

A woman in a white, strapless, ruffled dress stands in the center-left, smiling. She is wearing multiple strands of pearls and a large pearl necklace. To her left, a man in a dark suit is partially visible, smiling. The background is a soft, painterly mix of light blue and pale green. The text is overlaid on the right side of the image.

*La increíble existencia de Eva Perón,  
una mujer inolvidable que desató pasiones  
allá por donde fue*

LOS  
DÓS  
VIAJES  
DE  
EVITA

ÁNGELES  
BLANCO

NOVELA HISTÓRICA

# Índice

Dedicatoria

Primer viaje. 1947

Segundo viaje. 1971

Epílogo. El regreso a Argentina

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

*A ti, Vicente, porque tu impulso  
ha sido fundamental para escribir este libro.  
A ti, Daniel, por comprender, siendo tan pequeño,  
que mamá tenía que dejar de jugar contigo para poder escribir.  
A ti, mamá. A ti, papá.*

# PRIMER VIAJE

1947

—**E**va, quiero que viajes a España. Quiero que seas tú la que representes a Argentina.

—Claro, Juancito. Por supuesto que te acompañaré. Estar contigo en un viaje tan importante es un sueño.

—No, Cholita, no me has entendido bien. Quiero que vayas tú sola, sin mí. Que seas la embajadora de nuestro pueblo. No se me ocurre nadie mejor que tú para representar a este Gobierno.

Esa frase impactó de lleno en los oídos de Eva.

—Escucha. Yo... yo... ¿sin ti?

Toda su vida soñando con un papel protagonista y, ahora que llegaba el momento de interpretar uno de verdad, deseaba salir corriendo. Eva se quedó noqueada. Era la primera vez que su marido confiaba en ella para una labor de tanta responsabilidad. Ciertamente era que nunca se había comportado como una primera dama al uso. Era un activo para su marido, y lo sabía. Había recorrido Argentina junto a él para lanzar su campaña para las elecciones del 24 de febrero de 1946, había pronunciado varios discursos en sus visitas por el interior del país, y se había convertido en el eje de la acción social impulsada por el Gobierno peronista para desesperación de aquellos que consideraban que una mujer, y además de clase humilde, llevara, en buena medida, las riendas de la política.

Pero esto, viajar en misión diplomática a España, a un país repudiado por la comunidad internacional, era demasiado.

El reloj del comedor privado, situado en la primera planta de la residencia presidencial, marcaba las ocho y media de la noche. Eva, con la mirada puesta en la ligera ensalada que estaba cenando y agarrando con fuerza el tenedor que sujetaba con la mano derecha, tenía que hacer un trabajo ímprobo para que el aire entrara en sus pulmones y poder articular la siguiente frase por corta que fuera.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Claro que sí. ¿Lo dudas? ¿En quién puedo confiar más que en ti?

—Pero, Juancito, yo...

—Sí, tú... ¿no querías conquistar el mundo y no sé cuántas cosas más? —dijo Perón con una sonrisa socarrona y esa voz cálida y contundente que sabía cómo explotar—. Pues... ¡venga! ¡Esta es tu oportunidad!

—¿Al menos me das dos días para pensarlo?

—¿Pensar qué? ¿No quieres saborear lo que es sentirse la mujer más poderosa de Argentina? ¿No soñabas desde niña con ser portada de las revistas más importantes? ¿Con convertirte en Ava Gardner, en Rita Hayworth y no sé quién más? Cholita, ha llegado tu momento —replicó con un forzado tono de teatralidad.

—Pero, Juancito, esto trasciende lo que yo creo ser capaz de controlar. Estoy dispuesta a aprender. Y cada día lo hago a tu lado. Pero... así, de repente...

—Calla, no sigas. Ve y conquíсталos a todos como me conquistaste a mí. No estarás sola. Mañana mismo nos pondremos a trabajar para que todo sea perfecto. Ahora tranquilízate y descansa. Te esperan largas horas de estudio y preparación. No tengo ninguna duda de que serás una excelente embajadora.

Como si un terremoto se hubiera apoderado de su cuerpo, Eva empezó a temblar. Dejó el tenedor sobre el mantel, cogió la servilleta de color amarillo de su regazo y la puso sobre la mesa. Desplazó la silla hacia atrás, se levantó y buscó los brazos de su marido. Unos

brazos fornidos a juego con su cuerpo. Era un hombre fuerte y poderoso en su presencia. De espeso pelo negro peinado hacia atrás y marcadas cejas que intensificaban su mirada. De esas personas que no pasan inadvertidas y que en una sala repleta consiguen acaparar toda la atención. Precisamente su aspecto fue lo primero que atrajo a Eva aquel enero de 1944 cuando le vio por primera vez, cara a cara, en un homenaje a los damnificados de un terremoto ocurrido en la ciudad de San Juan, el día 15 de ese mismo mes. Y, aunque el tamaño de sus brazos era desproporcionado para su gran cuerpo, tenían un efectivo poder tranquilizador. Al menos para su mujer. Eva fusionó su cuerpo con el de Perón posando su cabeza sobre el pecho. Por un momento dudó si necesitaba o no llorar. No lo hizo. Se incorporó, lo miró fijamente a los ojos y, con un tono lleno de responsabilidad, le dijo:

—Tienes razón. No puedes, ni debes confiar en nadie más que en mí. Tranquilo, no te defraudaré.

Con este mensaje Eva aprovechaba para recordar al presidente, una vez más, que debía recelar de buena parte de su equipo de gobierno con el que ella no guardaba una buena relación.

Y tras esta advertencia, la pareja, no muy dada a las largas veladas íntimas, se dirigió al dormitorio de él.

El miedo por la responsabilidad asumida desapareció con el amanecer. Eva no necesitó muchas horas para creerse su papel.

Hacía unos meses que el Gobierno argentino había recibido una invitación oficial de Francisco Franco para visitar España. Quería, de esta forma, agradecer a Perón la ayuda que le había prestado y que seguía prestando a su país. Era un momento delicado para el régimen de Franco. España había quedado devastada tras la Guerra Civil. El riesgo de hambruna era una realidad y, por si fuera poco, la población sufría los efectos del aislamiento internacional impuesto por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial, que consideraban a España un país fascista, colaborador de la Alemania nazi y de la Italia de Mussolini. En este escenario, la ONU aprobó un duro bloqueo económico como castigo a Franco por desoír las peticiones de democratización expresadas por Naciones Unidas, y el 12 de diciembre de 1946 aprobó la retirada de los embajadores que todos los Estados miembros tenían en Madrid. La resolución obtuvo treinta y cuatro votos a favor, trece abstenciones, una ausencia y seis votos en contra. Uno de ellos, el de Argentina.

Así, Perón, a pesar de las reticencias de un sector de su gobierno, se negó a acatar dicha resolución a la que retó cubriendo el puesto de canciller argentino en España que, por aquel entonces, estaba vacante. Para este cargo nombró a Pedro Radío, un médico metido a político, que no comulgaba especialmente con las tesis del peronismo pero que era conocido por su capacidad y talante dialogante. Unas



dotes que tuvo que demostrar ampliamente en las relaciones diplomáticas entre Argentina y España, pero sobre todo ante las presiones que recibió de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética por el apoyo de su país a un régimen como el de Franco.

—Radío —le dijo Perón en su despacho de la Casa Rosada cuando le ofreció el cargo—, haz valer la historia en común, la amistad que tenemos con España y el trato que hemos recibido de la madre patria en momentos difíciles como argumento para justificar nuestra ayuda. Pero trata de no fomentar las justificaciones políticas o ideológicas. Eso solo nos traería problemas.

En pocos días, Radío partió hacia Madrid para cumplir con el encargo que le había hecho el presidente. Y una de sus primeras tareas consistía en preparar el terreno, en convertirse en la avanzadilla de la nutrida delegación que acompañaría, pocas semanas después, a Eva en su viaje por España.

### 3

La decisión de que fuera Eva quien viajara a España venía condicionada por varios factores. Primero, la situación política en Argentina. La violencia estaba instalada en las calles y había un sector dentro de las Fuerzas Armadas, sobre todo los representantes de las clases más acomodadas, que no veía con buenos ojos las estrechas relaciones del presidente con los sindicatos. Perón, que había ganado las elecciones poco antes con un 52 por ciento de los votos, temía que una ausencia tan larga pudiera ser aprovechada por sus opositores. Y segundo, las complicaciones diplomáticas que podría acarrear una imagen suya con un dictador como Franco, al que se relacionaba con los regímenes fascistas de Alemania e Italia.

El presidente argentino era consciente, pero fue sobre todo su ministro de Relaciones Exteriores, Atilio Bramuglia, el que insistió en señalarle el camino.

—Señor presidente, por favor. No puede aceptar la invitación de Franco.

Bramuglia se había trasladado hasta la residencia de Perón, tras la reunión que todos los ministros habían celebrado por la mañana en la Casa Rosada para tratar la pertinencia de la visita. Quería la máxima intimidad y sabía que aquella tarde el presidente estaría solo.

—Bastantes problemas nos puede acarrear el apoyo explícito a España ante Naciones Unidas, como para que se fotografíe con el

líder de un Gobierno señalado por sus simpatías nazis. El viaje no sería bien visto por los Estados Unidos, ahora que estamos intentando reconducir nuestras relaciones —explicó el responsable de la diplomacia argentina.

—Esa es tu opinión. Ya sabes que Miguel Miranda, que tiene toda mi confianza en los asuntos económicos, cree que ir a España puede representar una punta de lanza para poder acceder a Europa. Eso nos ayudaría a revertir la imagen que por allí se tiene del peronismo. Y, como dice el diputado Efraín Moscoso, hay que enseñarles que no somos unos indios ignorantes y que nada tengo que ver con un tirano que ha asaltado el poder. —Perón se levantó de golpe de su silla como si hubiera sufrido un calambre—. Atilio, será una grandísima ocasión para vender nuestra imagen. Como dice Miranda —presidente del Banco Central, pero considerado ministro de Economía por su influencia sobre Perón—, nos van a seguir acusando de todas formas de ser filofascistas. Y con Franco o sin él, muchos países verán con simpatía que rompamos el bloqueo y llevemos a los españoles la ayuda que necesitan.

—Pero, presidente, su imagen saludando a un dictador quizá no sea la más recomendable para nuestro país.

—Tienes razón, Atilio. Comparto contigo esa inquietud, y por eso ya tengo en mente una alternativa.

Perón confiaba por completo en Bramuglia. De hecho, era una de las personas en las que más confiaba de todo su gobierno por sus aciertos políticos en momentos delicados.

—Presidente, le temo —dijo el canciller, adelantándose a lo que estaba a punto de escuchar—. No irá usted a hacer caso de algunas sugerencias, permítame, descabelladas, que se han podido escuchar en la reunión que hemos tenido esta mañana con el resto de miembros del Gobierno.

—Eva irá a ese viaje —soltó Perón sin más adornos.

La frase impactó directamente en la cabeza del ministro, quien no supo ni quiso disimular su contrariedad.

—¡Eva no puede ir! ¡No está preparada! —le espetó Bramuglia, alzando la voz.

—Es la primera dama de Argentina y entre sus funciones está representar a su pueblo.

—Presidente, ¿no se da cuenta de la importancia que tiene este viaje? La comunidad internacional tiene sus ojos puestos en nuestro país por ayudar a un régimen dictatorial. Nadamos contracorriente y debemos ser muy cuidadosos con los mensajes que lanzamos. ¡No puede ser! —exclamó, visiblemente contrariado.

—Atilio, no hay nada que discutir. La decisión está tomada. Soy el primer interesado en que este viaje salga bien. Tranquilo, se ceñirá al guion. Todo estará controlado hasta el último detalle.

—Presidente —contestó Bramuglia, mirándole a los ojos y enfatizando cada palabra—, usted sabe mejor que nadie que Eva es imprevisible, es incontrolable.

—No, Atilio. Eva es pura pasión.

No hubo más conversación. Bramuglia abandonó el despacho que Perón tenía en la planta baja de su residencia del palacio de Unzué, digiriendo la decisión presidencial. La desconfianza entre el ministro de Relaciones Exteriores y la primera dama era mutua, pero él tenía todas las de perder enfrentándose a Perón. Por ello decidió tragar saliva mientras salía del edificio camino de su casa. No había nada que hacer. Ya había empezado a tomar conciencia de que le esperaban largas jornadas de dedicación, para preparar una gira en la que no tenía depositadas demasiadas esperanzas. El primer encargo era elegir los nombres más políticos de quienes acompañarían a la primera dama en su primer desplazamiento al extranjero.

Iba a ser el primer viaje de Eva fuera de las fronteras argentinas. Y tal y como ella había exigido, se la trataría con honores de jefe de Estado. Tras la sorpresa inicial por el ofrecimiento de su marido, había empezado a sentir la satisfacción derivada de una posibilidad única para demostrar quién era y exhibir toda su valía.

Su felicidad era absoluta y no pensaba hacer nada por disimularla. Al ofrecimiento de España, que correría con todos los gastos, se habían sumado las invitaciones de Portugal, Francia, Italia, Mónaco, Suiza, Brasil y Uruguay. Claro está que el Gobierno argentino también había movido los hilos para que el viaje trascendiera los límites de un país dictatorial y se presentara como una gira por todo el continente.

—Viejito, ¿te das cuenta? Europa está tan entusiasmada con este viaje, que los países se disputan mi presencia —exclamó, mirando juguetona a su marido mientras levantaba los brazos con las manos abiertas—. ¡Hasta el rey de Inglaterra caerá rendido ante mis encantos! —El ego de Eva no le permitía imaginar que el monarca rechazaría finalmente recibirla en su palacio.

Aprovechando la agradable mañana que había amanecido en Buenos Aires, la pareja se sentó en el porche del palacio de Unzué y empezó a poner nombres y apellidos a la comitiva que la acompañaría en la Gira del Arco Iris. El Gobierno había decidido bautizarla así para

dar más empaque a la presencia de Eva, a la que presentaban como el puente que estrecharía las relaciones entre Argentina y el Viejo Continente, capaz de ofrecer luz y color a una tierra gris y desolada por los conflictos bélicos. Para llevar ese halo de esperanza, Perón era consciente de que había que organizar una comitiva que estuviera a la altura y fuera capaz de arropar a su esposa de la mejor manera posible. Y no iba a resultar nada fácil diseñar el listado dadas las exigencias de la ilustre enviada.

—Ayer estuve cerrando con Bramuglia la lista de quienes deberían acompañarte en el viaje.

—Uf —exclamó ella con aires de burla—, no entiendo por qué mantienes la confianza en ese boludo.

—Eva, es el ministro de Relaciones Exteriores y de él depende en buena parte el éxito de esta misión diplomática.

—¿De él? —replicó ofendida—. Perdona, soy yo, mal que le pese, la que se va a patear media Europa.

Como la discusión no conducía a ninguna parte, Perón cortó por lo sano y se lanzó a enumerar los nombres de quienes la acompañarían durante el viaje. Más de una veintena de personalidades de lo más variopinto.

—Juancito, antes de que sigas —le interrumpió Eva—, quiero que sepas que Lillian me ha dicho que no vendrá conmigo. Y yo sin ella no viajo.

Lillian Lagomarsino de Guardo era la mujer del presidente de la Cámara de Diputados y hermana del secretario de Industria de la Nación. Pero lo más importante era que se había convertido en su mejor amiga, en su consejera y confidente.

—He hablado con ella esta mañana y dice que no hay nada que discutir. Que ella no puede dejar aquí a su familia para irse tan lejos. ¡Será posible! Renunciar a una oportunidad como esta ¡por quedarse a quitar las cacas de un bebé! —recalcó.

En la cabeza de Eva no cabía esa opción. Nunca había conseguido entender cómo una mujer podía anteponer las cuestiones caseras, su casa, su marido y sus hijos, a las inquietudes y al crecimiento

personal. Claro que valoraba el esfuerzo que las madres hacían por sacar adelante a sus hijos —de hecho, lo veía todos los días cuando cientos de ellas se apostaban en la entrada de su despacho para pedirle ayuda—, pero no era capaz de comprender que la mayor preocupación de una mujer acomodada como Lillian fuera cambiar un pañal.

—Le he dicho que no era una sugerencia, sino una orden que debía obedecer. Pero, Gordito, a mí no me toma en serio. Creo que vas a tener que obligarla si quieres que sea yo la que cruce el Atlántico.

Que Eva viajaría a Europa, con o sin ella, estaba claro. Pero lo que menos deseaba Perón eran complicaciones por cuestiones que él consideraba menores. Así es que no le quedó otra alternativa. Demasiado difícil estaba siendo la preparación del viaje como para que el principal obstáculo lo pusiera la dama de compañía de su mujer. Se levantó del balancín de madera en el que estaba sentado, se introdujo en el enorme distribuidor de la vivienda y llamó a una de sus ayudantes.

—Estela. Póngame con la señora Lagomarsino.

—Enseguida, presidente.

La conversación fue muy breve. Lo justo para quedar a almorzar al día siguiente.

Eva era una experta en preparar la escenografía perfecta para conseguir sus propósitos. Por eso había ordenado a los miembros del servicio que para la comida con Lillian habilitaran una mesa en el gran salón de la planta baja. Una estancia que solo se utilizaba para ocasiones importantes. Diez minutos antes de la una de la tarde, la hora fijada para el almuerzo, la mejor amiga de Eva ya había llegado a la residencia.

—¿Qué tal, Lillian? ¡Cómo me alegro de verte! —saludó con extraña efusividad Perón, que fue a recibirla a la puerta.

—Pasa pasa —le gritó Eva desde el interior.

Lillian era una mujer tímida. Mucho. Y extraordinariamente preparada en comparación con la gran mayoría de las mujeres argentinas de la época. Mientras que Eva era una mujer espontánea, de carácter fuerte y poco ilustrada —no tanto por su procedencia humilde sino más bien por su desinterés en todo lo que supusiera estudiar—, Lillian era toda sensatez y tranquilidad, con un exquisito comportamiento inculcado en el seno de su acomodada familia. Hablaba a la perfección, además del español, el inglés, el francés y el italiano. Eva, muy al contrario, bastante tenía a veces con no maltratar demasiado su propia lengua. Y, por si fuera poco, solo ella era capaz de influir en los extravagantes diseños que la primera dama elegía para muchos de sus compromisos.



Una vez en el salón, Eva la invitó a tomar asiento.

—Queridísima amiga, cómo me alegro de que compartas este rato con Juan Domingo y conmigo.

—Me temo que estoy ante una encerrona de la que no sé si voy a poder salir.

Lillian miró directamente hacia Perón, que entraba en la gran sala tras haberse lavado las manos en el aseo contiguo. Traía una toalla blanca pequeña con la que estaba secándose.

—Lillian, me dicen que usted no quiere ir con Evita a Europa.

—No. No es que no quiera. Es que tengo un bebé todavía de pocos meses y tres niñas en las peores edades. Ya sabe, de siete, nueve y once años. No me atrevo a dejarlas aquí, aunque ya me han dicho que solo me ausentaría quince días nada más —dijo ella con tono asustado, temiendo, como así fue, que la gira se alargara más allá de tres meses.

—Claro, Lillian, la comprendo perfectamente. Comprendo su manera de pensar, pero si usted no va, no dejo ir a Eva. Solo la dejaré viajar a Europa si usted la acompaña.

—Creo que no tengo alternativa —contestó resignada.

—No la tiene —contestó Perón con una amplia sonrisa. Se desplazó hacia la chimenea de mármol rosado en la que estaba apoyada Eva y agarrándola por la cintura, añadió—: ¿Se imagina a esta mujer sola tantos días por aquellas tierras? ¡Ni pensarlo!

—Che, Juancito, que me sé cuidar muy bien sola —replicó Eva pizpireta.

—No tengo ninguna duda. Te sabes cuidar demasiado bien y eso es lo que me asusta —le dijo mientras la apretaba contra su cuerpo—. Demasiada fuerza hay en este cuerpecillo como para perderlo de vista. —Cierto es que la pareja presidencial no dedicaba demasiado tiempo a cuestiones íntimas, pero tampoco había que descuidar del todo las formas.

Ante esta escena Lillian carraspeó para recordar que seguía allí.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó, sin más rodeos, consciente de que no tenía nada que hacer ante las peticiones del presidente.

—Si no hay sobresaltos, espero que en el próximo mes de junio.

—Entendido —asintió, esbozando una tímida y poco sincera sonrisa. Le quedaban pocas semanas para poder organizarse. Le esperaba un viaje que no podría olvidar mientras estuviera viva.

**E**l tiempo corría y se acercaba la fecha del viaje más importante de su vida. Consciente de la trascendencia de la misión se empeñó en prepararse, ganó en confianza en sí misma y multiplicó sus apariciones para dejar claro a su anfitrión español quién era ella. Como un mantra repitió en entrevistas, actos públicos y reuniones su prioridad por ayudar a los más desasistidos, a quienes ella se refería como sus «grasitas», y la necesidad de que las mujeres se levantaran por fin para conseguir lo que les correspondía. Apenas llevaba tres años con Perón. Nunca antes se había interesado por la política, pero en este tiempo había tomado conciencia de sus dotes para movilizar a todo un pueblo. Su prioridad habían empezado a ser los actos en los que podía demostrar su voluntad de ayuda. Pero tampoco despreciaba aquellos en los que enseñaba su imagen más glamurosa y refinada. En uno de esos actos, el 25 de mayo, en las celebraciones del Día de la Patria Argentina, Eva conoció a quien se ocuparía de organizar la primera parte y la más importante de su gira por Europa. El recién nombrado embajador de España, José María de Areilza, iba a tener la oportunidad de comprobar, en primera persona, lo que ya le habían advertido con anterioridad.

—Bienvenido a nuestro país, embajador —le dijo Eva, mirándolo fijamente con sus expresivos, y en constante movimiento, ojos oscuros.

—Un placer, señora de Perón.

Hasta ahí la cortesía. Inmediatamente, Eva le dijo entre dientes con un tono un tanto inquisitorial que pronto tendría noticias de ella.

—No me gusta nada lo que me tiene preparado —musitó mientras se recolocaba el elegante y largo vestido plateado que había elegido para acudir a la función de gala del teatro Colón, con la que acababan los fastos preparados para celebrar la fiesta patria. No hubo muchas más palabras. En cuestión de segundos, la primera dama desapareció entre los cientos de invitados que había en la sala.

Solo doce horas después, a las ocho de la mañana del día siguiente, sonaba el teléfono en la casa del canciller. Era Eva. Le citaba a las tres de la tarde en el edificio de la Dirección General de Trabajo. Era el lugar en el que más horas pasaba recibiendo a gente: sindicalistas, madres lactantes pidiendo ayuda para sus hijos, niños con sus maestros, inválidos, periodistas... Todos esperaban de ella desde una breve entrevista a un aumento de sueldo, una pensión, una subvención o, al menos, un donativo.

Entre todos ellos, casi a empujones, se abrió paso Areilza para poder llegar hasta donde le esperaba Eva, un despacho inundado de todo tipo de papeles. Sobre todo, cartas. Cada día recibía en torno a doce mil manuscritos pidiendo ayuda, que eran revisados por sus ayudantes para tramitar lo que se solicitaba. Del suelo brotaban las cajas de cartón donde guardaba algunos víveres que iba entregando a los necesitados que se acercaban por allí.

Eva pidió unos minutos a la multitud e invitó al embajador a entrar a su despacho con premura.

—Adelante. No perdamos tiempo —le soltó la primera dama, enfundada en un traje de seda gris adornado por una colección de perlas que muy pocas damas de la alta burguesía, a la que ella detestaba, podían tener.

La secretaria de Eva, una alemana de cuerpo robusto, cerró la puerta para tratar de amortiguar los gritos que se colaban desde los pasillos en los que se agolpaban decenas de fieles seguidores peronistas.

—Embajador, me dicen que ha venido usted con la misión de torpedear mi viaje a España y de entregarme aquí la Medalla de la Reina Isabel la Católica que tanta ilusión me hace —dijo mientras abría una carpeta de color rojo en la que, parecía, estaban los detalles del viaje que tenía previsto realizar.

—Lo que está diciendo es un infundio deliberado y absolutamente ridículo. Si usted desea viajar a España, la invitación está siempre abierta; lo mismo que para el general Perón —contestó el canciller.

—Ya sabe que el general no puede por ahora abandonar el país. El programa de mi viaje que me han mostrado es una porquería. Tendrá que cambiarlo entero.

El embajador a punto estuvo de perder sus dotes diplomáticas, pero optó por contar hasta cinco y facilitar que esa conversación terminara cuanto antes.

—No hay aún ningún programa establecido para su viaje. Dependerá de lo que usted decida o quiera en lo relativo a los actos a celebrar.

—Me consta que el embajador estadounidense ha hecho una gestión cerca de Perón para que yo desista de realizar el viaje. Al parecer, no le resulta prudente todavía. Pero le hemos contestado ya que iremos cuando nos plazca, en los plazos que tenemos previstos. Y a este respecto, quiero que sepa que Perón le ha dicho al canciller de los Estados Unidos que se arrepentirán de todo lo que están haciendo con su país, con España. Quiero comentárselo para que valore en su medida lo que mi esposo está haciendo por ustedes. —Y aún quedaba la última advertencia, la que realmente Eva deseaba ver cumplida—: Haga lo que tenga que hacer y mueva lo que tenga que mover para que el jefe del Estado de su país, el general Franco, me vaya a esperar al aeropuerto. Quiero el recibimiento más multitudinario y entusiasta de cuantos se hayan organizado en España. Quiero que haya un antes y un después de mi visita. Y quiero que en todo momento quede patente mi influencia y mi poder. Que se sepa quién es Eva. ¡Ah! —añadió con tono retador—. Y quiero que me imponga en público la

condecoración, la Gran Cruz de Isabel la Católica, en la plaza más importante de Madrid, en aquella en la que pueda verme y escucharme mucha gente. Nada de ponérmela aquí como de tapadillo, como si hubiera algo que ocultar.

El embajador se recolocó en la butaca de madera y terciopelo granate situada frente a Eva que, al mismo tiempo, reposaba sus brazos sobre la mesa de nogal que les separaba. Franco le había dado todo el poder de decisión para que diseñara este viaje. Y la primera dama argentina echaba por tierra a la primera de cambio el primer boceto. Lo que no podía esperar Areilza es que aún quedaba lo mejor.

—¿Es usted muy amigo del gallego Figuerola? —Eva se refería a un español al que Perón había encargado la coordinación de los diferentes ministerios y al que Eva no profesaba muchas simpatías—. Pues sepa que es un sinvergüenza y un traidor.

—Señora, yo conozco y respeto a todos los ministros del general Perón.

—Ya. Pues verá. Si le invita a la embajada el día que se celebre la recepción de despedida de mi viaje a España, yo, téngalo claro, no asistiré.

—Está bien —le contestó el embajador con una sonrisa forzada en su rostro—. Pediré a los responsables de la organización del acto una lista de invitados para que usted borre de ella a quien desee.

*Touché.* Areilza había conseguido dejar sin palabras a la mujer más locuaz de Argentina. Eva contraatacó sin demasiado éxito.

—Usted no puede entender el peronismo porque usted también es un oligarca. —Levantó la ceja derecha y, tras un par de segundos de silencio, continuó con su ataque—: Por cierto, al hilo de lo que estamos hablando, imenudas joyas llevaba puestas su señora anoche en la recepción que celebramos en el teatro Colón!

Sin quererlo, Eva le había puesto en bandeja su siguiente respuesta.

—Era lo menos que podía hacer mi esposa para poder estar a la altura de las que llevaba usted.

Con este duelo dialéctico acabó la conversación. Invitado por Eva, Areilza abandonó el despacho con la cartera llena de encargos. Había quedado claro que ni el presidente Perón, ni el ministro de Relaciones Exteriores argentino, ni el embajador español iban a diseñar su viaje. Había un antes y un después de que Perón le encargara una representación institucional sin precedentes. Eva empezaba a imponer sus decisiones como no lo había hecho hasta ahora. Tras la marcha del canciller, volvió a sentarse frente a su escritorio con el incomprensible deseo de volver a verle cuanto antes.

**E**n España, el no de Perón a desplazarse a Europa y la elección de su esposa como enviada no se recibió con mucho entusiasmo en un principio. Pero Argentina había colocado al país de nuevo en el mapa diplomático y su ayuda económica era imprescindible. Se le debía demasiado como para ponerse exigentes. El hambre hacía estragos y conseguir alimentos era lo prioritario. El estricto plan de racionamiento basado en las cartillas y cupos no servía para paliar las necesidades más básicas. Y el trigo, el maíz, el centeno, los aceites comestibles, las tortas oleaginosas, las lentejas, los huevos y la carne congelada que llegaban permanentemente en barcos desde Buenos Aires eran más que necesarios. Ciertamente que esos víveres estaban sujetos a una deuda crediticia que en ocasiones llegaba a ser asfixiante. Pero para eso se negoció un plan de cooperación por el que España enviaba a Argentina aceitunas o textil y construía material ferroviario o buques y ofrecía al país austral zonas francas en puertos nacionales para que pudieran colocar sus productos en el resto de mercados europeos.

En este contexto había que darle a la mujer del presidente Perón la mejor de las bienvenidas. Por ello Franco decidió ocuparse personalmente de que se atendieran todos los caprichos que la primera dama argentina ya había empezado a exigir. Y uno de los



principales obstáculos para que todo fluyera como debía era quién debía acompañar a Eva en toda su gira española.

La verdad es que Franco sentía cierta curiosidad por conocer a aquella mujer que había empezado a levantar pasiones al otro lado del océano Atlántico, pero, al mismo tiempo, temblaba solo con imaginar hasta dónde podía llegar esa rubia populista que pasaría dos semanas hablando sin parar por todos los rincones del país. Aprovechó una tarde de ambiente primaveral y vacía de agenda, para dar un paseo con su mujer por los jardines de su residencia, en el madrileño palacio de El Pardo, y tratar de convencerla de la importancia que tendría su cometido.

—Carmen, serás su sombra. A ti te tocará velar por el noble comportamiento de esa mujer. Sé lo que piensas de ella, pero no toca guiarnos por las opiniones personales. A nadie le va a costar más que a mí hacer reverencias a una exaltada como esa, pero...

—Déjalo, Paco, no sigas —interrumpió su abnegada mujer—. Ya sabes que yo por ti y por España hago lo que sea, pero difícil me lo pones. A mí no me vas a engañar. He oído cosas que preferiría no haber escuchado de esa mujer. ¿Sabes a qué se dedicaba antes de encontrar a un hombre que le diese de comer? A la farándula, Paco, ¡a la farándula! ¿De qué se puede hablar con una mujer así! Dios me dé paciencia, Paco. Fíjate que no creo yo que el Altísimo vea con buenos ojos que yo comparta tantas horas con ella. Porque, aparte de la vida licenciosa que lleva, es una comunista peligrosa. Seguro que el Señor considera pecado mezclarse con ella —dijo mientras se persignaba.

—Sabes que mi deseo era que este viaje lo realizara Perón. Él es el presidente de Argentina y a él se le cursó la invitación. No entiendo muy bien el rechazo, pero no queda otra, Carmen. Ni pizca de gracia me hace que esa mujer venga aquí a dar lecciones sobre cómo se debe gobernar a un pueblo. Tiene a los ministros argentinos levantados en armas por la influencia que ejerce sobre el presidente Perón. Pero Carmen..., es lo que hay. Piensa que serán solo dos semanas de nada. Además, no olvides el protagonismo que vas a adquirir. Aprovecha esta oportunidad mujer. Nunca tuviste una ocasión mejor para

demostrar lo que vales —le dijo Franco mientras le dedicaba una sonrisa con la que pretendía dar por zanjada la conversación.

—Paco, dicen que antes de conocer a Perón se había acostado con una legión de hombres. Que se fue desde su pueblo a la capital buscando fortuna y la encontró tras muchos intentos...

—Ya vale, Carmen, por favor. No me lo pongas más difícil. Perón ha dicho que sea ella la que venga y no hay más vueltas que darle. Estamos tratando de preparar una agenda que no nos cree demasiadas complicaciones.

—He echado un vistazo a algunas de fotografías que se hizo en su antigua vida cuando ejercía de cabaretera. Es una fresca, Paco, ¡una verdadera fresca!

La mujer de Franco seguía erre que erre con su discurso. Había conseguido hacerse con una colección de imágenes de Eva cuando intentaba abrirse camino en el mundo de la interpretación, en las que aparecía ligera de ropa y con gestos insinuantes e insultantes para una dama de profundas convicciones religiosas como era ella. Carmen Polo colocó sus manos en posición de rezo mientras resumía en dos frases todo lo que había visto y oído sobre Eva. Lo pasado y lo actual.

—¿Sabes que en Argentina se rumorea que esa fresca ha entablado lo que allí llaman una «relación muy especial» con algún hombre que tú conoces bien? —soltó de pronto sin más rodeos—. Esa mujer no tiene límites, Paco.

Franco no quería escuchar más. No deseaba sentirse partícipe de rumores inventados seguramente por gente con mucho tiempo libre, pocas responsabilidades y muchas ganas de malmeter. Por eso la interrumpió:

—A ver, Carmen... No te me irás a poner celosa.

El comentario jocoso no le hizo ni pizca de gracia a su mujer.

—Una última cosa, Paco. ¿Dónde has pensado que se aloje? Porque no se te habrá pasado por la cabeza traérmela aquí.

Se refería al palacio de El Pardo, residencia oficial de la familia Franco.

—Pues sí, Carmen, has acertado. Teniéndola cerca de nosotros será mucho más fácil controlarla.

—Cielo santo —exclamó sin mirarle mientras se encaminaba al interior del palacio por la puerta que accedía a la zona más privada del edificio, en el que iba a instalarse por unos días la incómoda invitada.

## 8

**A** Eva le aterraba volar. Ella se consideraba una mujer con los pies en el suelo, y por tanto no podía soportar la idea de montarse en un aparato que se moviera por el aire.

—Juancito, si ese cacharro se cae y muero en la caída, que quede constancia de que me obligasteis —llegó a decirle sin éxito a su marido.

Su idea era viajar en barco. Pero la distancia y el tiempo que se perdería en el traslado lo hacían poco recomendable. Además, Franco ya había dado la orden de que se prepara una aeronave a gusto de las no pocas exigencias de la primera dama argentina.

—Si quieren hacerme feliz, móntenme en un aparato en el que no eche de menos mi casa.

Así se lo dijo Eva al embajador español y así se lo trasladó el canciller a las autoridades españolas. Y de que su deseo se cumpliera se ocupó personalmente el propio jefe del Estado español.

El recorrido que Eva iba a hacer desde Argentina a España era la primera prueba de fuego para contentar al país al que había tanto que agradecer. Por eso no se escatimó en esos lujos que Eva exigía en privado y que en público repudiaba.

El aparato que la trasladaría al Viejo Continente, un Douglas Skymaster DC-4 1009, matrícula EC-AC de la compañía española Iberia, se estrenaba en este vuelo. Y para tal fin se había

acondicionado. Ni rastro quedó de las más de cuarenta plazas con las que se había diseñado. La felicidad de tan distinguida pasajera era lo prioritario y no había que escatimar en esfuerzos.

En un enorme hangar del aeropuerto de Barajas, se ejecutó el diseño planeado por un grupo de expertos. Pegados a la cabina del avión, justo detrás del piloto, se instalaron las dos butacas más grandes y cómodas para el descanso de Eva y de su inseparable amiga Lillian. La de la ventanilla estaba reservada para la primera dama. No soportaba la idea de volar, pero si el avión se iba a pique no quería que nadie se lo contara. Prefería verlo con sus propios ojos. Aquellos sillones eran solo una opción, porque la mayor parte del tiempo ambas amigas lo pasarían en la parte privada: dos dormitorios decorados al estilo morisco con una sala de estar de pequeñas dimensiones. En cada uno de esos dormitorios se había instalado un sofá cama, un sillón, una mesita, un espejo y todos los útiles que debían estar en el tocador de una señora de renombre como Eva. Los cubrecamas se habían elegido del mismo color que el tapizado de los sillones y de las cortinas, de un elegante terciopelo color beis tirando a verdoso. Un pasillo separaba estos aposentos del salón comedor que contaba con dos mesas. Alrededor de cada una de ellas podían sentarse cómodamente cuatro personas. Lo más destacado era su material: habían sido fabricadas con el mejor roble español y encargadas a un ebanista que trabajaba para el palacio de El Pardo. Aunque Eva no utilizaría demasiado esas mesas para comer, dado su forzado poco apetito derivado de su facilidad para engordar. El resto del pasaje sí tendría la oportunidad de sobrellevar mejor las horas de vuelo en una pequeña pero útil cocina en la que destacaba su gran cámara frigorífica. Por el resto del avión se habían instalado cómodos sillones para los miembros de la comitiva con menos privilegios.

Pero si importante era la zona en la que la mujer del presidente argentino iba a desplazarse a Europa, no menos lo era la bodega. Había que sacar espacio de donde no había para ubicar el equipaje que llevaban tanto Eva como el equipo que la acompaña en tan

importante misión. El objetivo fue imposible. Hubo que idear un plan alternativo para trasladar todo aquello.

Nada podía dejarse a la improvisación. Pasaban los días y aún quedaba por cerrar uno de los más importantes antes de emprender el viaje. Había que elaborar de una vez por todas la lista de nombres que se desplazarían con Eva. Había dos tipos de personas: por un lado, las que, por su experiencia y cualidades profesionales, llevarían el peso de las relaciones diplomáticas y los innumerables contactos políticos que se habían previsto, y, por otro, quizá incluso las más importantes, las que darían apoyo anímico y soporte emocional a una mujer de fuerte e imprevisible carácter.

—A ver quién controla a la fiera a tantos kilómetros de distancia —llegó a decirle un estrecho colaborador al presidente Perón cuando este dio a conocer el nombre de la encargada de liderar el viaje.

Era sábado por la mañana. Un sábado gris y lluvioso que había cubierto de tristeza la capital argentina. Buenos Aires, como todas las ciudades del mundo, son dos lugares distintos según la climatología. Y aquel día tocaba el Buenos Aires más triste y melancólico. El que deja semivacías plazas tan concurridas como San Telmo y permite funcionar a medio gas barrios tan populares como el de Belgrano.

Parecía el día perfecto para que el matrimonio Perón se pusiera manos a la obra. Juan Domingo y Eva habían decidido hacer dos listas por separado, en las que cada uno debía escribir el personal que consideraba imprescindible para que el viaje a Europa resultara un

éxito. En esas listas había una doble columna, una con los nombres intocables, innegociables, y otra en la que estarían reflejadas aquellas personas cuya necesidad se podría discutir. Y ahí estarían los principales problemas.

La pareja presidencial se había instalado en el despacho del general Perón. Aunque estuvieran en su residencia privada, con el cómodo atuendo que ambos utilizaban para estar por su hogar, convenía concentrarse en un lugar que invitara a la reflexión. Sentados cara a cara, separados por la desordenada mesa de trabajo que presidía la sala, había llegado el momento de poner en común lo que cada uno de ellos había pensado por separado.

—Juancito, aquí las únicas imprescindibles somos dos mujeres: Lillian, que ya está preparando las valijas y despidiéndose de su amada prole —comentó con cierta ironía—, y yo. Lo demás son aderezos —remató.

—¿Quieres decir que hasta tu queridísimo e inseparable hermano es prescindible? Ten cuidado con lo que dices, Cholita, que como se entere van a temblar los cimientos de este país.

Juan era el único varón de la familia Duarte. Tenía cuatro hermanas, la más pequeña era Eva. Durante su adolescencia tuvo que ayudar a su madre a sacar adelante a los suyos tras el abandono de su padre, que tenía otra familia legítima de la que ocuparse. Pero las responsabilidades adquiridas desde pequeño no le impidieron disfrutar de la vida como si no hubiera un mañana. De hecho, sus escarceos con las mujeres y sus inagotables ganas de fiesta le habían llevado a meterse en más de un lío.

—Calla, Juancito, calla. No te extrañe si tras esta gira mi queridísimo hermano no regresa. —Hacía poco tiempo que había sido nombrado secretario privado del presidente de la república por el propio Perón—. Ya sabes que no le cuesta nada echar raíces —dijo Eva, refiriéndose a la facilidad que tenía para enamorarse.

Con el paso de los días, Eva empezaba no solo a creerse su papel, sino que ya lo saboreaba. Puso condiciones intocables a la hora de elaborar la lista de invitados para ese viaje, aunque consciente de su



inexperiencia, también dejó que en esta ocasión su marido la orientara con determinados nombres. No en vano era él el presidente de Argentina. El resultado de las negociaciones, una extensa nómina a la que día tras día se iban incorporando voluntarios. A los imprescindibles Juan Duarte y Lillian Lagomarsino, se unían otros nombres igual de necesarios para que la gira fuera un éxito. Entre ellos el recién casado y obligado a cruzar el Atlántico Francisco —Paco— Muñoz Azpiri, un periodista que trabajaba para el Gobierno y que era capaz como nadie de mimetizarse con Eva a la hora de elaborar sus aclamados discursos. Francisco Alsina, el médico personal de la primera dama, que sufría de una precaria salud de hierro de la cual siempre había que estar pendiente. Insustituible era también la presencia de su peluquero y confidente para asuntos personales Julio Alcaraz, a quien conoció cuando interpretaba sus primeros papeles como actriz y atesoraba todos los secretos inconfesables del pasado y del presente de su fiel amiga. Junto a ellos un fotógrafo, un cámara y un periodista, encargados de recoger todos y cada uno de los pasos de Eva y de trasladarlos con todo lujo de detalles a la opinión pública argentina. En la comitiva figuraban también dos diplomáticos y tres militares, en representación de un estamento que Perón cuidaba especialmente. Y, cómo no, un rico empresario y asesor del presidente en cuestiones financieras que, a cambio de tener la oportunidad de buscar nuevas inversiones en Europa, financió el coste del periplo en esos países cuyos Gobiernos habían decidido no asumir la totalidad de los gastos del desplazamiento de Eva. No menos importante era la presencia de quienes habían convertido a Eva en un icono de la moda y las tendencias: el sastre Luis D'Agostino y las modistas Asunta Fernández y Juanita Palmou. Todos ellos viajarían a España junto a Eva. Abriendo camino a esta comitiva se había desplazado ya a Europa, por orden de Perón, el sacerdote Hernán Benítez. Tenía la sensible misión de preparar la visita de la mujer del presidente al Vaticano y su histórica reunión con el papa Pío XII, también de allanar el terreno para las reuniones más comprometidas que podían levantar las suspicacias de Franco.

**E**l momento se acercaba. Ya quedaba poco para que Eva disfrutara del viaje que cambiaría su vida para siempre y que pensaba expresar sin reservas. Y al margen de sus capacidades oratorias, ella sabía que su mera presencia, su carisma y su físico hollywoodiense trabajado con tesón eran su principal reclamo y la receta ideal para el éxito. Tuvo muy claro, desde que Perón le encomendó que encabezara este viaje, que pisaría con fuerza allá por donde pasara y que todo lo que hubiera a su alrededor quedaría eclipsado por su presencia. Y para eso tenía que llevar todo perfectamente preparado.

—Mariana —llamó a una de las asistentes que se ocupaba de sus asuntos en la residencia presidencial—, convoca ahora mismo a mi equipo de imagen. No soportaré que tarden más de una hora en estar aquí. ¡Ah! Y llama también a Lillian. Y si puede que esté incluso un poco antes.

Dicho y hecho. Con el carácter de Eva no se jugaba. En cincuenta minutos su peluquero, su modista y sus sastras llamaban a la puerta del palacio de Unzué. Todos ellos habían quedado en una de las esquinas del recinto para entrar juntos. No querían que uno quedara mejor que el otro a los ojos de la primera dama. Había confianza con ella, sí, pero era mejor evitar conflictos. Lillian ya había llegado unos minutos antes. Todos se reunieron en el gran vestidor que Eva tenía pegado a su habitación.

—Vamos a empezar por ti, Julito —se dirigió hacia su inseparable peluquero—. Te toca la parte más fácil pues lo más complicado ya lo lograste con matrícula de honor.

Julio Alcaraz había conocido a Eva en 1940 muy cerca de Mar de Plata cuando ella se encontraba rodando la película *La carga de los valientes*. Ella le pidió parecerse a Bette Davis en *Amarga victoria* y él, desoyendo sus peticiones, se esforzó por convertirla en Olivia de Havilland en *Lo que el viento se llevó*.

—Ay, Julito, qué bien hiciste en no escucharme por aquel entonces. Y fíjate las satisfacciones que te he dado después —le recordó Eva, dejando claro que ella era la responsable de que él se hubiera ganado un nombre en el mundo de la estética.

La primera vez que Julio Alcaraz vio a Eva no fue en aquel rodaje. Se había encontrado con su imagen unas semanas antes en un libro de fotografías de chicas con gesto insinuante e incluso lascivo. Y entre las jóvenes estaba Eva. Su torpeza, derivada de la inexperiencia a la hora de posar, enterneció a Alcaraz. Por eso, cuando la reconoció durante el rodaje en el que coincidieron, no pudo más que apiadarse de ella.

De esa primera colaboración laboral surgieron muchas más. Pero el episodio más importante fue aquel en el cual la entonces actriz se entregó en cuerpo y alma. Era consciente de que el coqueteo sexual era un arma poderosa con los hombres. Lo sabía, lo experimentaba y no estaba dispuesta a renunciar a tal placer. En todo caso, el problema lo tenían los hombres si, incapaces de resistir al coqueteo, se veían obligados a dar explicaciones en casa. Y esa conciencia la empujaba a buscar una imagen aún más llamativa.

—Señora, creo que ha olvidado algún pasaje que otro de nuestra vida en común. —Julio buscaba su sonrisa.

—No sé por qué lo dices —respondió Eva con una mueca tontorróna, mirando al resto de los presentes para buscar su complicidad.

Entonces Julio compartió con el resto del equipo los logros conseguidos con su clienta más reconocida.

—Aquí donde la veis —comentó Julio, dirigiéndose al sastre y a las modistas e ignorando la presencia de Lillian—, he hecho maravillas para convertirla en la reina que es hoy. No os podéis ni imaginar cómo era.

—Gracias, Julito. Para amigos como tú, no necesito enemigos.

A pocas personas permitía Eva ese tipo de licencias, y una de ellas era su amado peluquero.

—Tenía el pelo negro y encrespado —recordó él—, y así pretendía parecerse a sus adoradas actrices de Hollywood a las que quería imitar. ¡Lo que me costó un simple cambio de color! Señora —le dijo ahora serio, mirándola fijamente a los ojos—, la he convertido en una diosa sin que usted se haya dado ni cuenta.

—Julito, no creerás en serio que soy lo que soy por un tinte y un simple recogido —contestó juguetona, tratando de quitarle importancia—. Además, ese trabajo ya terminó. Ahora ocúpate de que los gallegos no puedan quitarme los ojos de encima durante el tiempo que dure el viaje. Y para eso estate muy atento a lo que vas a ver a continuación. —De repente Eva se quedó casi inmóvil, como cogiendo fuerzas para pronunciar lo que iba a decir—: A ver, cómo os lo explicaría yo. Los ojos del mundo se posarán sobre mi figura. Cada día, decenas de mujeres deseosas de que las cámaras se fijen en ellas se pondrán a mi lado. No pueden hacerme sombra —espetó con contundencia—. La mujer del general Franco sacará todos sus encajes y perlas para competir con la mujer del presidente Perón. No nos pongamos límites. Para eso ya está esa burguesa carca.

—Eva, no te pierdas —interrumpió su mejor amiga—. Vas en misión diplomática, en representación de nuestro país.

—¡Ay, Lillian! Si no fuera porque te adoro... Deja ya de ponerte trascendental y mira los trajes que he pensado lucir en este viaje.

Eva tenía poca habilidad para dibujar, y mucha menos para diseñar vestidos. Pero había buscado y rebuscado entre las mejores revistas de moda la inspiración perfecta para sus trajes. Y la encontró.

—Mirad —dijo mientras sacaba del primer cajón del sinfonier blanco unos dibujos en los que las protagonistas eran unas perfectas

princesas.

—Eva, por favor. ¿Crees que alguien te tomará en serio en España si te presentas así?

—Lillian, no te he pedido opinión.

Cuando Eva tenía algo muy claro no soportaba que nadie le pusiera peros. Nadie más rechistó. Su modista se acercó los dibujos, se recolocó las gafas para apreciar cada detalle y, aunque ya conocía las medidas de Eva mejor que su nombre, cogió el metro y empezó a trabajar en lo que su renombrada clienta quería.

—Mi primer acto importante, más allá de mi llegada al aeropuerto, será el momento en el que me impongan la Medalla de Isabel la Católica en el Palacio Real. Y allí debo aparecer como una reina. Luis, consigue que todas las mujeres me odien.

Luis D'Agostino tenía muy claro lo que Eva quería decirle. Le encantaban los escotes, los drapeados, los brillos, los rasos, las colas largas en los trajes de gala...Y sin perder tiempo y con los aparatosos diseños de auténticas princesas en la cartera, se puso a trabajar en las decenas de cambios que Eva metería en su voluminoso equipaje. Calculó que entre tres o cuatro modelos por día, adornados con tocados y sombreros de Martín Soulés, hechos expresamente para ella, o de Casa Giulia. A pesar de ser verano en Europa, no pensaba renunciar a las llamativas pieles de Marcel Kummer y luciría joyas y bisutería fina diseñados para la ocasión por Uber Ricciardi, Henriette y madame Naletoff. Quería llevarse los cerca de trescientos pares de zapatos que formaban su colección, entre los que destacaban los modernísimos *peep-toes* y plataformas. Pero gracias a la insistencia de Lillian, recapacitó. Y si algo le hacía feliz era que a la innumerable colección de vestidos que irían en las maletas, podría sumar lujosas creaciones de Christian Dior, que compraría a su paso por París. Se había convertido en la musa del modista francés, y durante su visita a la capital francesa, el conocido diseñador mandó crear un maniquí con sus medidas para poder enviarle continuamente a Argentina sus mejores diseños. Para ella ideó trajes de chaqueta, vestidos y abrigos, que lucían impecables en su cuerpo. Sobre todo, esos atuendos de

cintura marcada y falda con volumen que resaltaban la figura de la mujer haciéndola más sensual y femenina, y con los que el maestro galo revolucionó el mundo de la moda bajo la denominación de *new look*. Eva llevaba todas las creaciones con un estilo envidiable. Y, como ella decía siempre, la «abanderada de los humildes» debía estar siempre impecable ante sus descamisados.

El sábado 31 de mayo de 1947 a las seis cincuenta y cinco de la mañana, justo una semana antes de que se iniciara la Gira del Arco Iris, el avión de Iberia acondicionado para el viaje de Eva salía del aeropuerto madrileño de Barajas con destino a Buenos Aires. Tardaría aún varios días en llegar a su destino. Un tiempo que el matrimonio presidencial aprovechó convenientemente para ensalzar aún más la figura de Eva ante el mayor reto que se le había presentado hasta el momento. Recibió el título *honoris causa* por la Universidad de La Plata, un reconocimiento que le hacía especial ilusión por su prematuro abandono de los estudios en busca de una carrera cinematográfica de éxito. También fue objeto de homenajes empalagosos en los que ella empezó a ser de verdad consciente de su capacidad de atracción y de las auténticas posibilidades políticas que se le abrían en el horizonte. Uno de esos reconocimientos se celebró en la embajada de España en Buenos Aires. Como ya había pedido Eva directamente al embajador, en la lista de invitados no aparecía uno de los hombres más odiados por la mujer del presidente. Ella consideraba que José Figuerola, el secretario de asuntos técnicos, ejercía demasiado poder sobre su marido y ella detestaba que le hicieran sombra. Así, con una lista de asistentes diseñada para satisfacer los deseos de la caprichosa Eva, comenzó el acto en el que se sirvió un vino en honor a la ilustre enviada, y en el que la

protagonista y el canciller español pudieron aclarar un incómodo episodio ocurrido unos días atrás.

—Señor embajador —le llamó la primera dama argentina, buscando unos minutos de intimidad—, no se puede imaginar la bronca que me ha echado el presidente por culpa de los cuadros que me dio.

Eva se refería a varias pinturas que se habían llevado desde España a Argentina para formar parte de la exposición de arte español que se inauguraría unos meses después. Como con tantas otras cosas, ella se había encaprichado, a pesar de no estar muy interesada por el arte, y le había pedido directamente al embajador que hiciera las gestiones oportunas en su país para conseguir que se las dieran. José María de Areilza lo había conseguido, tras muchas horas de negociaciones, para satisfacer esta insólita petición.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —se interesó el canciller.

—Pues que Perón, al venir a almorzar a casa, se ha sorprendido al ver esos cuadros allí y, aunque me ha confesado que le encantan, considera que esto no se debe hacer. Vamos, que no puedo tenerlos en mi salón así, sin más justificación, y me ha obligado a que los devuelva. Por tanto, seré obediente y se los mandaré ahora mismo con mi secretario a la embajada.

El embajador no supo muy bien qué contestar, pero tampoco hizo falta porque, de repente, tras unos segundos de silencio, Eva había encontrado una solución mejor.

—¿No es cierto que en España tienen ustedes la costumbre de hacerse regalos en el mes de enero, por el Día de Reyes? —le preguntó Eva con voz melosa y en un tono de confianza cargada de seducción.

—Así es.

—Pues solucionado el problema, entonces. Yo se los doy ahora, pero usted me los vuelve a mandar en esa fecha como un obsequio personal. Si Perón necesitaba un motivo para ver colgados los cuadros en casa, pues ya lo hemos encontrado, ¿verdad? —le preguntó Eva, levantando con sensualidad un hombro mientras se giraba para



buscar nuevas compañías en la repleta sala en la que se le rendía homenaje.

Ante tal ocurrencia, Areilza no pudo más que sonreír y asentir con la cabeza.

Al día siguiente tocaba otro reconocimiento más, esta vez en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Enfundada en un traje de chaqueta gris, uno de sus colores fetiche, disfrutó durante un aperitivo de las palabras elogiosas que le quedaban por escuchar. Reconocimientos a sus capacidades intelectuales, pero también a su condición de mujer. En pie, situada en el centro de la sala en la que se organizó la despedida y pegada a su marido, se deleitó con los comentarios que el responsable de dicha Secretaría, José María Freire, le dedicó con un tono casi de enamorado:

—La señora de Perón, con esa inteligencia natural, con esa perspicacia y gentileza que la adornan, será la mejor representante de la mujer argentina, que es capaz de exhibir su personalidad, no con la vanidad de un pavo real, sino como encarnación de exquisita femineidad.

Mientras el presidente aplaudía casi por obligación —había momentos en los que empezaba a tener ciertos celos—, Eva levantó la copa que tenía en la mano derecha y apuntó hacia Freire.

—Está bien, amigo mío. ¿Qué es lo que quieres que te traiga? Te lo has merecido.

Mientras la concurrencia reía sus palabras, ella paseaba su mirada por la sala con la habilidad innata de fijar los ojos, o más bien hacer creer que los fijaba, en todos y cada uno de los allí presentes. Entre ellos, un fiel asesor del presidente que, dándose cuenta del segundo plano al que se había relegado a Perón, le invitó a que pronunciara un último discurso. El público acogió con entusiasmo la idea.

—No soy yo quien merece hoy ser escuchado —dijo, intentando quitarse importancia ante el tirón que demostraba su esposa—, pero ya que me lo piden, quiero agradecerles el cariño demostrado a mi mujer y quiero también pedir a la Divina Providencia que, en este

viaje que va a realizar al Viejo Mundo, a la España inmortal de todos los tiempos, los sentimientos más generosos de nuestros corazones y que el agradecimiento más profundo de los hombres justos y generosos de esta tierra se eleven al cielo, porque al honrarme a mí y al honrar a la patria están honrando a la vieja España de los colonizadores.

Quedaban solo veinticuatro horas para el viaje y a Eva aún le quedaba por protagonizar el acto más concurrido y empalagoso de los que se estaban haciendo en su honor. Ella se mostraba encantada por el creciente interés que su persona despertaba y su marido, al margen de las reticencias que empezaba a tener por el excesivo protagonismo del que estaba disfrutando su mujer, era lo suficientemente inteligente como para saber que todo el interés mediático que se había despertado era de lo más propicio para sus intereses políticos. Y en su papel de orgulloso marido, la acompañó al último y más multitudinario de los actos organizados en honor de la primera dama.

—Juancito —le dijo Eva en el coche camino del edificio donde estaba la Sociedad Rural Argentina, encargada de organizar el acto—, no entiendo por qué hay gente que me odia.

Empezaba a saber lo que suponía estar en primera línea y en el punto de mira de los adversarios políticos.

—Cholita, no hagas ni caso. La oposición es voraz y a partir de ahora tendrás que acostumbrarte a ser objetivo de sus malas artes.

—Sí, pero mira, ¿has visto lo que publica el diario? ¿Has visto lo que dicen?

Mientras le hacía estas preguntas, acercó una de las páginas del periódico a la cara de su marido.

—Mira, ¡panda de boludas! Recuérdame que no lo olvide.

Se refería así a la antiperonista Conferencia de Mujeres Socialistas que aseguraban no sentirse identificadas con Eva y rechazaban su título de *honoris causa*.

Poco le duró el disgusto por este artículo. La pareja se apeó del vehículo y ya antes de entrar al lugar del acto, Eva casi llegó al éxtasis al ver su creciente poder de convocatoria. Decenas de miles de

personas, cientos de miles si nos mostramos optimistas, habían acudido a la llamada de la CGT para que se congregaran en las inmediaciones, mostrando todo su entusiasmo.

—Gracias. De verdad, muchas gracias —gritaba Eva con las manos en el corazón, mostrando su faceta más teatral—. Gracias, mis «grasitas», por estar aquí y por demostrarme vuestro amor como lo hacéis.

Eva ya había comenzado a crear un lenguaje propio que desde el principio se mostró un arma eficaz para seducir a las masas.

Con los ojos humedecidos, visiblemente más emocionada que en el resto de los homenajes y con la voz entrecortada, se encargó de cerrar el acto tras varias horas de discursos.

—Sepan todos que voy a Europa representando al pueblo trabajador, a mis queridos descamisados. Al irme, les dejo mi corazón.

Ya estaba lista para seducir a España, que la esperaba con los brazos abiertos.

**P**or fin, tras largas semanas de preparativos y esperas llegó el día. El cuatrimotor Douglas Skymaster de Iberia que debía trasladar a Eva y a todo su séquito a España ya se encontraba en el aeropuerto Presidente Rivadavia, situado a las afueras de Castelar, en la provincia de Buenos Aires. Había sido una noche larga y de insomnio para Eva. Ciertamente le encantaba sentirse protagonista y recibir todos los halagos posibles, pero también era capaz de sentir los efectos de la responsabilidad que le esperaba. Y lo peor de todo, llegaba el momento de subirse a uno de esos infernales aparatos que se desplazan por el aire sin ningún apoyo. No es que fuera especialmente religiosa, pero por si acaso se había encomendado a todas las Vírgenes de las que había oído hablar, en especial a la Virgen de Luján, patrona de Argentina. Además, el comentario que su marido le hizo, medio en broma medio en serio, la noche anterior a la partida, seguía escociéndole.

—Bueno, Cholita, descansa y coge fuerzas que tienes mucho trabajo por delante —le dijo por el pasillo de la residencia presidencial mientras se dirigían a las habitaciones—. Y, ya sabes, contente, no me vayas a montar un quilombo que sea imposible de arreglar incluso por el propio Perón —añadió con un tono irónico que no gustó nada a Eva. No en vano era la enésima vez que se lo decía con diferentes palabras.

—*Dejate* de joder —contestó ella, usando una de sus expresiones de desahogo favoritas.

A pesar de las peticiones de su marido, no fue capaz de pegar ojo. Además los nervios le impidieron sentir sueño a la mañana siguiente.

El trayecto en coche hasta el aeropuerto se le hizo interminable. Ya que no le quedaba otro remedio que coger un avión, que fuera cuanto antes. El vehículo oficial, de color negro, entró hasta la pista. Allí esperaban ya los gobernadores provinciales, varios ministros —tanto los afines como los contrarios a la influencia de Evita sobre Perón—, embajadores de los países que recorrería en su periplo europeo, senadores, diputados y cientos de simpatizantes peronistas, que se peleaban por poder estrechar la mano de Eva. Ella bajó del coche con la sonrisa puesta y con unas gafas de sol oscuras para ocultar las ojeras que le había dejado una noche de tanto desvelo. Los fotógrafos y las cámaras se peleaban por un hueco para captar la mejor imagen de una mujer que regresaría tres meses después siendo otra. Aprovechando el despliegue mediático, Perón evitó sentimentalismos y demostraciones personales para dejar claro que el cometido de su esposa tenía un alto contenido político. Alzó la voz y, en medio de la vorágine, gritó:

—Dirá Evita a la vieja España que nosotros, aquí, bajo la Cruz del Sur, no desmentimos que pertenecemos a la gloriosa estirpe española de todos los tiempos.

Tras esta orden, el presidente regaló a Eva un beso tierno en la mejilla. Ella contestó dirigiéndose, con la voz entrecortada, a quienes habían acudido a despedirla:

—Parto hacia el Viejo Mundo con un mensaje de paz y de esperanza. Voy como la representante de los trabajadores de mi patria, de mis amados descamisados, con quienes en esta partida dejo mi corazón.

No había más tiempo. Tras el aviso del piloto de que todo estaba listo, Eva subió las escalerillas del avión, luciendo un voluminoso abrigo de piel marrón a juego con un vistoso tocado bicolor que aún no había estrenado y unos favorecedores pendientes largos de oro.

Antes de entrar a la aeronave, se giró y estiró los brazos hacia la muchedumbre que la vitoreaba. Moviendo al mismo ritmo las manos, se despidió cual diva de Hollywood dispuesta a conquistar el mundo.

Eran exactamente las cuatro y veintitrés de la tarde cuando el avión de Iberia despegó, seguido de otra aeronave, otro viejo DC-4 de la Flota Aérea Mercante Argentina que transportaba al personal de servicio y las decenas de maletas enormes y arcones que contenían el cuidado vestuario de Evita y el de sus asistentes. En cuestión de minutos, todos ellos ocuparon los asientos habilitados para el despegue y el aterrizaje, y el piloto del avión, un malagueño de amplia experiencia en vuelos de larga distancia, anunció la partida.

—Buenas tardes, les habla de nuevo el comandante Fernando Rein Loring. —Ya había tenido la oportunidad antes de presentarse ante tan distinguido pasaje, pero quiso mantener la fórmula del saludo que se emplea habitualmente en los viajes aéreos—. Las condiciones atmosféricas son excelentes, por lo que esperamos un viaje tranquilo. No les molesto más. Disfruten del vuelo.

El piloto no dijo más. Pero antes había encargado a las dos azafatas a las que se había encomendado tan importante viaje que no perdieran de vista a la pasajera de mayor renombre de cuantas habían conocido, y, probablemente, conocerían nunca. María Josefa Ugarte y María Luisa Arana se deshicieron en atenciones para tranquilizar a Eva, mientras ella permanecía dentro del avión con las gafas puestas y los ojos cerrados para no ver cómo el avión dejaba de tocar suelo.

—Lillian, ¿me dices de verdad que estás segura de que este chisme no se va a caer?

—Claro que no —contestó su paciente amiga, sentada a su lado y ofreciendo sus manos para que Evita las apretara tratando de liberar toda la tensión.

Minutos después de despegar, cuando la aeronave ya surcaba los cielos y se había alcanzado la velocidad de crucero, Eva pidió a Lillian que le dijera al resto de la tripulación que se acercara a su asiento.

—Os voy a decir una cosa muy importante, así que no quiero ni un murmullo. Los ojos del mundo están puestos en este viaje. Hay

quienes esperan que cometamos errores para tirársenos encima. Ojo cómo se portan. Y no pienso avisar más.

Mientras pronunciaba estas palabras, Eva movió los ojos repasando las caras de todos sus acompañantes, pero, al final, los posó fijamente sobre su hermano dirigiéndole una clara advertencia sobre su incontenible gusto por la fiesta.

Lanzado el aviso, se levantó de la butaca y se encerró en el cómodo dormitorio que se había diseñado en exclusiva para ella. Se tomó un té caliente, que una de las eficaces azafatas le había preparado, se quitó el maquillaje y se puso su pijama favorito compuesto por un pantalón y una camisa con cuello y botones de franela azul. En el exterior ya se había hecho de noche. En medio de la soledad y el silencio, y sobre todo el miedo, Eva imaginó una escena que le aterró: su cuerpo, joven, sin vida, tendido sobre la cama de un hospital. No era la primera vez que le venía a la cabeza esa imagen, pero el hecho de que ocurriera en el interior de un avión no le hizo ni pizca de gracia. Sintió la necesidad irrefrenable de escribir, de dar rienda suelta a sus miedos en forma de carta a su marido. De hacer un repaso a su corta vida juntos por si acaso, como ella temía, no volvían a verse.

—Querido Juan —iba diciendo en voz alta mientras escribía—, salgo de viaje con una gran pena, pues lejos de ti no puedo vivir. Es tanto lo que te quiero que es idolatría. Yo tal vez no sepa demostrarte todo lo que siento, pero te aseguro que luché en mi vida por la ambición de ser alguien. —Según iba rellenando el papel, el texto se iba pareciendo más a una carta póstuma, preparada para ser entregada tras su muerte—. Sufrí mucho, pero llegaste tú y me hiciste tan feliz que pensé que fuera un sueño, y como no tenía más que ofrecerte que mi corazón y mi alma, te lo entregué por completo; pero eso sí, en nuestros tres años de felicidad cada día mayor, no dejé una hora de adorarte y bendecir al cielo por lo bueno que fue Dios al darme el premio de tu cariño, que traté en todo instante de merecerlo haciendo todo lo posible por hacerte feliz. No sé si lo logré, pero puedo asegurarte que en el mundo nadie te ha respetado ni querido

más. Te soy tan fiel que, si Dios no quisiera en esta felicidad de tenerte y me llevara, aun después de muerta, te sería fiel y te seguiría adorando desde las alturas.

Eva estaba deshecha en lágrimas. Con tres meses de ausencia por delante, con la incertidumbre de qué se encontraría en su gira y, sobre todo, con la amenaza imaginada de la muerte, nunca pensó que echaría tanto de menos la compañía de Perón. Se secó la cara con un pañuelo de algodón blanco y continuó confesándose por escrito a su marido:

—Juancito querido, perdóname estas confesiones, pero es necesario que sepas en el momento que parto y estoy en manos de Dios, y no sé si no me pasa ningún accidente, que tu mujer, con todos sus defectos, tú llegaste a purificarme, porque vivo por ti, siento por ti y pienso por ti. Cuídate. El gobierno es ingrato, tienes razón. Si Dios quiere y terminamos esto bien, nos retiramos a vivir nuestra vida que yo trataré de hacerte lo más feliz que pueda, pues tus alegrías son las mías.

Hizo una breve pausa para coger aire. Venciendo sus miedos miró durante unos segundos a través de la ventanilla de la aeronave que tenía a su derecha, y echó una cuenta rápida de la herencia económica que podía dejar a los suyos. Así lo plasmó por escrito:

—Juan, si yo muriera, a mamá cuídala por favor. Está sola y sufrió mucho. Dale cien mil dólares. A Isabelita, que te fue y es fiel, veinte mil dólares y un mejor sueldo —se refería a Isabel Ernst, la alemana que se había ganado su confianza y se había convertido en su secretaria personal—, y yo desde las alturas velaré por ti. Mis alhajas quiero que las guardes tú. Lo mismo la quinta San Vicente y la casa de la calle Teodoro García para que te acuerdes de tu Chinita que tanto te quiso.

Pero si ella desaparecía, Perón debía saber de quién debía fiarse en su Gobierno y de quién no. Y, evidentemente, ella tenía que marcarle el camino. Y si había una persona en la que el presidente debía confiar era Domingo Alfredo Mercante, un militar que tenía toda la confianza del presidente, y lo que era más importante, de la



esposa de este. Fue él quien los presentó durante un festival benéfico para las víctimas de un terremoto ocurrido en la ciudad de San José.

—Juan —le rogaba Eva en la carta—, ten siempre de amigo a Mercante porque te adora y que siempre sea colaborador por lo fiel que es. De Rudi Freude —un empresario muy amigo de Perón con pocas simpatías hacia la primera dama—, cuidado. Le gustan los negocios. Castro me lo dijo y puede perjudicarte mucho. —Castro era un hombre de total lealtad del entorno de Perón—. Yo lo que quiero es tu nombre limpio como tú eres. Además, es doloroso, pero debes saber lo que mandó hacer en Junín. Castro lo sabe. Te juro que es una infamia. Mi pasado me pertenece, pero eso en la hora de mi muerte debes saberlo. Es mentira todo. Es doloroso querer a los amigos y que le paguen así. Yo salí de Junín cuando tenía trece años. Qué canallada pensar de una chica esa bajeza. Es totalmente falso. Yo a ti no te puedo dejar engañado. No te lo podía decir al partir porque ya tenía bastante pena al separarme de ti para aumentar con esta, pero puedes estar orgulloso de tu mujer, pues cuidé tu nombre y te adoré. Muchos besos, pero muchos besos, besos... Evita, 6 de junio de 1947.

Tras despedirse por escrito, cayó rendida. En el país de destino todo estaba ya listo. Los españoles, con el general Franco al frente, la esperaban.

Quedaban pocas horas ya para que Eva llegara a Madrid. En su trayecto hacia España, había hecho una breve escala en Brasil antes de cruzar el Atlántico. Atravesado este, el avión se dirigió a Villa Cisneros, en el Sáhara español, y después a Las Palmas de Gran Canaria. En ambos lugares fue agasajada como nunca antes. Parece que sus exigencias para recibir el mismo trato que recibían los jefes de Estado habían llegado a quienes debían ejecutarlo. Pero no se podía imaginar ni mucho menos lo que le esperaba en la Península. A las dos y media de la tarde toda la comitiva, con ella al frente, partía del aeropuerto de Gando hacia la capital española. Franco fue avisado convenientemente de su salida en su despacho de El Pardo. Estaba nervioso y no dejaba de mover hacia un lado y hacia el otro la gran bola del mundo que había hecho colocar entre dos de los tres enormes ventanales que había en la sala. Había programado al detalle la visita. Si hubiera venido el propio Perón, pensaba, todo sería más fácil. Pero claro, su mujer, esa rubia incontenible, podía decir cualquier barbaridad.

—Tranquilo —se decía a sí mismo en voz baja—. Tranquilo — insistía en repetir para autoconvencerse de que nada podía fallar.

España estaba en ruinas tras la Guerra Civil devastadora que había ganado ocho años atrás. Por todas partes se veían los efectos de esa trágica y sangrienta contienda que destruyó el país y que rompió

familias enteras. Después llegaron las represalias y el hambre. Cualquier cosa servía para saciar una necesidad vital como es comer. Peladuras de tubérculos, de frutas, o cualquier residuo que se preciara podía servir para llevárselo a la boca, lo que desembocaba en las consiguientes e inevitables epidemias. Pero frente a una España, la más amplia, que sufría los efectos de una pobreza extrema, estaba la otra España, aquella que estaba enriqueciéndose gracias a las prácticas que se habían impuesto al margen de los cauces oficiales. El mercado negro se convirtió en una forma de vida. Y mientras algunos luchaban a diario por acceder a algo más que lo que permitía el racionamiento impuesto por el régimen de Franco, otros llenaban sus bolsillos gracias al estraperlo, o disfrutaban de las ventajas que permitían pertenecer al círculo más próximo al general. Había una burguesía boyante, y Eva tendría la oportunidad de disfrutar en este viaje de su distinguida compañía, así como de los imponentes escenarios que se habían incluido en su recorrido, como catedrales o palacios. Ese era el plan preparado por el Generalísimo. No había necesidad de organizar paseos por suburbios llenos de casas humildes sin luz ni calefacción. Podría encontrarse con los obreros, solo faltaba. De hecho, la llevarían a recorrer las fábricas más importantes del país, para que la primera dama argentina pudiera comprobar en primera persona la satisfacción de los trabajadores por tener los derechos que les otorgaba el Fuero del Trabajo. Franco estaba especialmente orgulloso de esa ley que permitía tener un horario laboral y un periodo de descanso, y que al mismo tiempo recluía a las mujeres en su casa bajo el argumento, en apariencia liberador, de que la mujer casada bastante tenía con el cuidado de la familia y del hogar como para echar horas en el taller o en un despacho. Pero tampoco había por qué excederse con las visitas, no fuera que durante un descuido inoportuno la enviada tuviera la ocasión de intercambiar alguna palabra de más con un obrero inconformista. Franco y, sobre todo, su esposa consideraban a Eva una mujer peligrosa que incitaba al pueblo con ideas revolucionarias e izquierdistas, que podía animar a los ciudadanos a sublevarse con sus discursos incendiarios. Nada que ver

con el presidente Perón, al que veían como un militar más conservador y comedido. No es que el dictador temiera una insurrección en su pueblo por motivos políticos, pero el hambre acuciaba y no convenía que alguien lo recordara en público.

Entre reflexiones, el tiempo corría. Franco atravesó su enorme y luminoso despacho camino de uno de los vestidores de palacio, donde su esposa estaba terminando de prepararse. Enseguida el matrimonio abandonó su residencia con destino al aeropuerto de Barajas. Estaba a punto de llegar su invitada más incómoda, pero también más necesaria.

**F**ranco miró su reloj justo en el momento en el que el avión de Iberia, que él mismo había ordenado rediseñar para traer a Eva, tomaba tierra en el madrileño aeropuerto de Barajas. Había sido decorado para la ocasión con decenas de banderas españolas y argentinas. Los altavoces anunciaron con solemnidad su inminente llegada. Pasaban unos minutos de las ocho y media de la tarde. Mientras la aeronave se desplazaba por la pista, Eva ya pudo hacerse una idea de todo el dispositivo que habían organizado en su honor.

—Mira, Lillian, lo estás viendo. ¡Si parece que están esperando a la futura reina de Inglaterra! —dijo casi a gritos y con la relajación que le ofrecía el haber dejado de estar suspendida en el aire. Tenía verdadera obsesión con la monarquía británica, a cuyo rey aún mantenía la esperanza de ver en su ruta por Europa a pesar de las reticencias expresadas por la realeza, desde el principio, para permitir el encuentro.

Al mismo tiempo que se abría la puerta del avión, su peluquero, Julio Alcaraz, terminaba de recolocar su estudiado recogido con un último toque de laca y fijaba encima el tocado que había elegido para una ocasión tan importante. Eva se puso en pie y recorrió el pasillo hacia la salida mientras se estiraba el traje de chaqueta azul que había reservado para su primer encuentro con el anfitrión. Los gritos del exterior eran ensordecedores. Miles de personas abarrotaban el

aeropuerto agitando pañuelos blancos y coreando su nombre. Como si fuera una sola voz gritaban con fuerza «Franco, Perón, un solo corazón». Ella estaba casi en éxtasis. Tanto, que antes de aparecer ante la multitud cogió aire y lo soltó de forma entrecortada. Miró hacia atrás buscando la cara de su hermano, y la encontró.

—Venga, va, Eva. ¿No estarás pensando en regresar a Argentina ya y perderte esta fiesta? —Juan Duarte estaba disfrutando del momento como un adolescente. Su mera función de acompañante le liberaba de mayores responsabilidades y le permitía organizarse una agenda más acorde con sus gustos—. Vamos. La madre patria te espera —dijo con sorna mientras le indicaba con la mano la puerta de salida.

Era un momento inolvidable. Esperándola estaba el general Franco en persona, su esposa Carmen Polo y la hija de ambos, Carmencita. Y junto a ellos, todos los ministros, el presidente de las Cortes, el embajador Pedro Radío y las más altas autoridades. Un poco más alejada, en un segundo plano, aguardaba su llegada una amplia representación de la colonia argentina.

—A por ello —se dijo a sí misma en voz baja cuando bajaba la escalerilla del avión.

—Bienvenida a España. Es un verdadero placer recibirla aquí, en mi país. Mis compatriotas y yo estamos dispuestos a mostrarle todo el agradecimiento que sentimos por Argentina por lo que están haciendo por nosotros —la saludó Franco, vestido de gala para la ocasión y con una amplia sonrisa tras besarle la mano. Al mismo tiempo, le hacía reverencias y agitaba con fuerza el brazo entero de su invitada, dando evidentes muestras de nerviosismo.

Inmediatamente después le tocó el turno a su esposa. Carmen Collares, como ya se la conocía por su evidente gusto por las perlas, se consideraba una señora y, como tal, le ofreció el mejor de los recibimientos. Vestida de oscuro, como era habitual en ella, y con un aparatoso tocado de plumas que afeaba su aspecto, se esforzó por sonreír. Antes y después de saludar a la primera dama argentina, la

examinó de arriba abajo y de abajo arriba, sin dejar un detalle al margen, buscando argumentos que confirmaran sus prejuicios.

—Como dice mi marido, estamos verdaderamente encantados de tenerla unos días entre nosotros —le dijo, como si conocerla hubiera significado un antes y un después en su vida. Lo que no le dijo es que nada más verla había constatado sus sospechas de que le parecía una fresca. Pero eso lo guardaba para ella.

Durante la mayor parte de la visita, anfitriones e invitada se trataron de usted. No hubo acuerdo previo, pero los tres parecieron coincidir en que sería mejor mantener cierta distancia. Solo se bajó la guardia en momentos muy concretos y de especial intimidad.

—¿Y quién es esta joven tan guapa que ha venido a recibirme? —dijo Eva, mirando a la hija de Franco. Su sonrisa le hacía presagiar que pasarían momentos agradables juntas durante su estancia en Madrid.

—Soy Carmen, la hija de los anfitriones, y estoy encantada de conocerla —respondió la joven pizpireta, tendiendo nerviosa la mano para saludar a aquella rubia que tanto le llamaba la atención, y con la que compartiría casa durante dos semanas.

—Estoy segura de que haremos buenas migas durante estos días —le comentó Eva mientras le guiñaba un ojo.

Eva creía haber encontrado a la mejor de sus aliadas durante las jornadas que permanecería en la capital de España. Y no se equivocó. Tras estrechar innumerables manos, conceder la primera entrevista, recibir todo tipo de halagos y escuchar los himnos de ambos países, abandonaron Barajas. Mientras recorrían la pista camino del coche que les esperaba para hacer el primer recorrido por la ciudad, Eva se dirigió a Franco. No pudo evitar recordarle que esa escena no iba a gustar nada en países como los Estados Unidos.

—La rabia que le va a dar al gringo Truman el vernos juntos —aseguró, refiriéndose al presidente estadounidense que tan intransigente se había mostrado a la hora de permitir la incorporación de España a la comunidad internacional, y cuya supremacía en el

continente americano pretendía reducir el presidente argentino Juan Domingo Perón.

Eva no había tardado ni una hora en demostrar que a ella nadie la callaba y que tenía la habilidad de decir lo que pensaba, sin sopesar las consecuencias que sus palabras podían provocar.

Los llamamientos que el régimen habían hecho a la movilización popular habían surtido efecto. El alcalde de Madrid había publicado varios anuncios para que los ciudadanos salieran de sus casas a mostrar todo el cariño y admiración hacia la nación hermana. Y los periódicos del régimen llevaban días destacando en primera página las bondades de doña María Eva Duarte de Perón, como habían decidido llamarla las autoridades españolas durante su estancia en el país. Una invitada tan especial debía sentir desde el primer instante el calor de los españoles, y así fue. Cerca de trescientas mil personas atendieron a los llamamientos de Franco y se animaron a romper su aburrida rutina para echarse a la calle y saludar durante el recorrido por las principales avenidas de Madrid a esa joven argentina de aspecto rompedor y maneras poco ortodoxas.

—¡Por fin ocurre algo en este bendito país que nos permite salir del letargo! —le comentaba excitada una joven a otra mientras esperaban impacientes a que pasara la comitiva por la madrileña calle de Alcalá.

Y pasó en cuestión de minutos, con la suerte de que el Rolls-Royce negro, el coche oficial con el escudo del jefe de Estado en el que viajaba Eva junto a Franco, se paró justo ante ellas. Desde el interior, la primera dama argentina fijó sus ojos en las chicas, a las que dedicó una sonrisa cómplice para regocijo de las destinatarias.

—Gracias, señora, gracias por venir a ayudarnos. Dios sabrá agradecerle todo lo que está haciendo por nosotros —alcanzó a decirle una de ellas mientras la otra esgrimía una sonrisa tímida y tontorróna.

Enseguida el coche continuó su recorrido por una abarrotada avenida de José Antonio, por la plaza de España, la calle Ferraz, el paseo de Rosales, la calle de Moret y la plaza de la Moncloa. A pesar



de la escasez y de los recortes en electricidad obligados por la creciente carestía, Franco había ordenado que ese día todos los monumentos permanecieran encendidos para lucir su mejor imagen. La Puerta de Alcalá, la Cibele, la fuente de Neptuno... todos y cada uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad invitaban a ser contemplados. El aspecto que presentaba la capital aquel domingo histórico era sencillamente espectacular.

—He de decirle que estoy abrumada por el recibimiento que me han dispensado. Tiene usted un evidente poder de convocatoria — comentó Eva a Franco, con una sonrisa coqueta.

—No merece usted menos. España tiene una deuda con Argentina para el resto de nuestros días. Les estamos muy agradecidos por todo el apoyo prestado en circunstancias no precisamente fáciles.

Eva y Franco no intercambiaron muchas más frases durante su primer recorrido juntos. Ya habría tiempo de intimar algo más. Tras cerca de cuatro horas de trayecto, y varias paradas obligadas para poder saludar a través de las ventanillas del coche a un pueblo entregado, llegaban a El Pardo junto al resto de los vehículos en los que se desplazaban los otros miembros de la familia Franco y parte de la delegación argentina que se instalaría también en el palacio.

Apenas puso un pie en el interior de la residencia, Eva quiso dejar claro que llegaba dispuesta a marcar los tiempos.

—Digo yo que en este impresionante edificio tendrán alguna pequeña oficinita desde la que pueda hablar a sus ciudadanos para darles las gracias —dijo en tono afirmativo sin esperar un no por respuesta.

—Claro que sí —se adelantó a decir la hija de Franco, que empezaba ya a disfrutar como nadie en la casa de la presencia de aquella mujer. Desde el primer instante se quedó hechizada con su forma de desenvolverse. Le pareció tremendamente divertida y agradeció que durante unos días ayudara a romper la monotonía de la vida palaciega—. Papá tiene un estudio de radio siempre preparado para que los españoles sepan todo lo que está haciendo por ellos.

—Fantástico, pues entonces, ¿qué hacemos aquí perdiendo el tiempo? —apremió Eva a sus anfitriones mientras les dedicaba una de sus sonrisas ensayadas.

—A ver, un momento —interrumpió la mujer de Franco con gesto serio—, la mesa ya está puesta. Es muy tarde, y tras un viaje tan largo, yo creo que lo mejor sería comer algo para poder descansar mejor.

Eva no estaba en absoluto de acuerdo. Ella no tenía, como era habitual, ningún empeño en comer, pero acababa de llegar y consideró que ya tendría tiempo de imponer sus ritmos. Tras una brevísima y frugal cena, la invitada se levantó de la silla y pidió que la acompañaran hasta el micrófono desde el que dedicaría su primer mensaje a los madrileños. Los Franco cruzaron los dedos y así los mantuvieron durante toda la estancia de la primera dama argentina. Juntos, sin intercambiar palabra alguna, se fueron hasta la sala de estar en la que tenían el aparato de radio. Se sentaron en dos cómodos sillones de piel color ocre y se dispusieron a escuchar.

—Amigos de España —arrancó Eva con un tono alto y teatral que no gustó nada a los delicados oídos de doña Carmen—, abrumada de agradecimiento por vuestra gentileza, aquí estoy, pueblo de Madrid, corazón de España. No voy a cansaros. Mi mensaje es tan simple como profundo. Mensajera de los afectos de mi pueblo, mensajera de reconocimiento, seré también mensajera de la paz que deseamos reine, de una vez por todas, sobre todos los pueblos de la tierra. —Eva ya había asumido y hacía público su papel de transmisora de los más importantes valores—. No será este un mensaje más, por cierto, compañeros. Porque este es el mensaje de los trabajadores argentinos; de esas fuerzas proletarias que en esa tierra surgen y se organizan, no con la idea de la lucha fratricida que han practicado algunos pueblos, sino con la idea de la paz y el trabajo constructivo. Que sepa ese Viejo Mundo, que sepáis vosotros, españoles, que nosotros, los dignos descendientes de la hispánica tierra, estamos empeñados en devolveros un día, centuplicado, todo el bien que nos hicisteis, enarbolando la nueva bandera de una humanidad triunfante con el trabajo y la paz. Madrileños: os devuelvo en el estrecho abrazo

de mi pueblo trabajador que me dio para vosotros. Os participo de su ternura desbordante por España y os confundo en mi corazón de mujer, sensible a la calidad de vuestro agasajo, el calor de vuestra hospitalidad y el maravilloso e inenarrable de vuestro fervor por mi país. ¡Hasta pronto!

Final del discurso. La mujer de Franco empezaba a confirmar sus sospechas.

—Paco. Esta mujer es un peligro. ¿La has oído? Es muchísimo peor que la Pasionaria. Por Dios. Vaya diítas nos esperan.

Franco se levantó del sillón sin pronunciar palabra. Su esposa le siguió, y ambos se dirigieron hacia el dormitorio. Eran cerca de las doce de la noche. Unas horas intempestivas a las que no estaban acostumbrados. El descanso se hacía imprescindible ante la cantidad de citas que el régimen había preparado para esta visita. Y, además, Carmen tenía muy claro que dormir bien era lo mejor para poder mantener la calma. Y la iba a necesitar.

Ahora sí había llegado el momento de coger fuerzas. Eva, en compañía de su amiga Lillian, salió de la sala en la que estaba permanentemente instalada la emisora de Radio Nacional. Guiadas por dos personas del servicio de palacio, atravesaron el patio de los Austrias y subieron la escalera que llevaba hasta la galería de la Reina. Al final de ese pasillo estaban las habitaciones que Carmen Polo había elegido para albergar a tan destacada personalidad y a su amiga. Estaban en el extremo contrario de la zona en la que se movía habitualmente la familia Franco.

—Mira, Lillian, no nos podía haber enviado más lejos. Cualquiera diría que esa flaca no se quiere cruzar conmigo.

El personal de servicio acababa de marcharse y Eva no desaprovechó ni un solo segundo para dar a conocer sus primeras impresiones sobre la anfitriona.

—Señora, es tarde. Ya tendremos tiempo de comentar todo lo que ocurra en este viaje —dijo Lillian en tono conciliador—. Ahora disfrute de esta preciosa estancia que le han preparado.

La habitación estaba ubicada en la zona de los Austrias. Era la más discreta y apartada, situada en un torreón. Tenía una confortable alfombra gris y estaba decorada en tonos rosas. Sobre la cama, colgando del techo, habían instalado una corona dorada de la que caía un delicado dosel. Contaba con un baño privado y la puerta de entrada

daba directamente a una enorme sala llena de tapices con escenas costumbristas y un precioso techo abovedado, que Eva utilizaría de vestidor. Justo al otro lado de esta sala habían dispuesto la que sería la habitación de la dama de compañía, decorada al estilo imperio, con una elegante chimenea de mármol, y tapizada con paños de Goya. Resultaba más imponente que la de Eva, pero también menos discreta.

—Señora, si no le importa me voy a dormir. El viaje ha sido agotador y el día de mañana será intenso.

—Claro —contestó Eva poco convencida—. Pero no te vayas lejos, no sea que te necesite.

—Estaré pegada a vos, justo al otro lado del vestidor —la tranquilizó su amiga mientras salía del dormitorio.

Eva aguantó sola exactamente el tiempo que tardó en quitarse la ropa y ponerse el pijama.

—Lillian. Lilliancita —la llamó, alzando la voz desde su habitación.

La dama de compañía prefirió no contestar a gritos. Dejó de escribir la primera página del diario de viaje que se había propuesto hacer y que nunca consiguió rematar. Mientras se ponía la bata y las zapatillas, sonó el teléfono que había en la elegante mesilla de noche que había al lado de la cama. Era Eva. No le gustaba nada que la hicieran esperar, todo lo contrario de lo que ella hacía habitualmente.

—Lilliancita —dijo, utilizando el diminutivo que usaba cuando quería conseguir algo importante de su amiga.

—Sí, señora. Estoy acá, al lado, escribiendo todo lo que vivimos hoy.

—Pues venga a mi estancia. Así podremos intercambiar ideas y podré enterarme de lo que está poniendo.

Dicho y hecho. Lillian respondió rápidamente a los requerimientos de su señora y se presentó en su habitación con el cuaderno y el lápiz en las manos.

—Lillian. Si va a escribir sobre el viaje que vamos a hacer, tendrá que dedicar un capítulo a la visita a la tumba de los Reyes Católicos

en Granada. Me han contado que la almohada del rey Fernando es más recta y tiene menos movimiento que la de la reina Isabel. Vamos, que la de ella está más hundida. ¿Sabe por qué?

—La verdad es que no —contestó Lillian—. Sí sé que es una obra de un escultor italiano, un discípulo de Miguel Ángel. Creo recordar que se llamaba Domenico Fancelli —añadió, dando toda una lección de arte—. Pero el detalle de la almohada no lo recuerdo.

—Pues ese tal Fancelli reflejó con ese guiño que el cerebro de Isabel era más pesado que el de Fernando, porque era más inteligente y tenía mejores ideas que su esposo. Y yo me lo creo, ¿sabes por qué? Porque en todos lados pasa lo mismo —dijo Eva, convencida del argumento que tanto le había llamado la atención—. Es más, te diría que si las almohadas me las pusieran a mí debajo del corazón estarían más aplastadas que las de mi esposo.

La dama de compañía, obediente, tomó nota en su cuaderno para no olvidar el detalle de las almohadas de los Reyes Católicos. Poco después, aprovechando una cabezada de su señora, se levantó de la silla y, casi de puntillas para no hacer ruido, se dispuso a abandonar la habitación. Pero el crujido de la tarima le jugó una mala pasada.

—Lilliancita, Lilliancita, ¿adónde vas?

Estaba claro que la noche iba a ser complicada. Lillian se giró y, armándose de paciencia, contestó:

—Mire, señora. Mañana vamos a estar horribles las dos. Tenemos que descansar. Hay que dormir. No puede ser que pasemos toda la noche conversando. Ya tendremos tiempo de hacerlo. Ahora voy a dejarla para que tome fuerzas. Cierre los ojos y sueñe con cosas bonitas.

Mientras se disponía por segunda vez en poco tiempo a dirigirse a su dormitorio, escuchó a Eva con un tono temeroso y lleno de angustia, inusual en una mujer de tanto carácter.

—No se vaya. Es que... es que tengo mucho miedo.

La respuesta enterneció a Lillian que se acomodó en un pequeño sillón de terciopelo gris, que había junto a uno de los ventanales, para dormir allí. Era la primera noche de las muchas que le quedaban. Con

lo a gusto que estaría ella en su cama, en su casa, en Argentina, con su marido y sus hijos, con su vida, con su rutina... Cuando pensaba en todo lo que tenía por delante se desesperaba. Pero se consideraba una mujer fuerte y no dejaba de repetirse a sí misma que cuando quisiera darse cuenta el viaje, habría llegado a su fin. Entre reflexiones, y con no poco esfuerzo, consiguió conciliar el sueño a pesar de la incomodidad de dormir en un sillón.

**E**n la residencia de los Franco se desayunaba pronto. Y más aún si después había que dedicar mucho tiempo a acicalarse cuidadosamente para atender actos importantes. Y los de ese lunes 9 de junio lo eran. A Eva le costó más de la cuenta levantarse. Primer día como invitada y ya incumplía los horarios. Cuando consiguió desperezarse se fue hacia el comedor con ropa cómoda y sin complementos. Con dos trenzas y sin una gota de maquillaje en el rostro apareció ante el matrimonio anfitrión y su hija. No había nadie más. Lillian optó por quedarse en la habitación dándose una reconfortante ducha, y el resto de la comitiva que se alojaba en El Pardo descansaba de los excesos de la primera noche en la capital. Las carencias que sufría la mayor parte de la población española contrastaban con el tren de vida que algunos podían disfrutar. Y algunos acompañantes de Eva pudieron comprobarlo.

—Esto no puede ser —avisaba ya desde el primer momento Carmen Polo a su marido, dejando claro que no estaba dispuesta a permitir que sus invitados alterasen el orden y las prácticas casi monacales de su hogar.

De repente, Eva irrumpió en la sala.

—Buen día —saludó alegre la primera dama argentina—, disculpen que me haya retrasado unos minutos, pero ya saben que estos cambios horarios la dejan a una loca.



El comentario no hizo ni pizca de gracia a Carmen, pero sí a su descendiente que veía con cierta admiración cómo alguien se atrevía a cambiar las rígidas costumbres palaciegas.

—No se preocupe —la disculpó Franco—, aún tenemos unas horas hasta que nos desplazemos al Palacio Real. Ya sabe que hoy disfrutará de uno de los momentos más importantes de su visita a nuestro país.

Se trataba de la imposición de la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica que tanto deseaba la mujer de Perón, y que había pedido expresamente que se le concediera en un multitudinario acto lleno de boato.

—¡Claro que sí! Estoy tan feliz que... de veras no sé cómo agradecerse —exclamó Eva mientras le dedicaba una caída de ojos al general.

El gesto no gustó nada a su mujer, que se apresuró a intervenir en la conversación sin apenas mirarla, y mientras se disponía a dar un sorbo a la taza de café caliente, comentó.

—Será un momento emotivo, sin duda. Pero esta visita, se lo aseguro, estará llena de momentos inolvidables. Hemos preparado para usted una agenda muy completa y que pueda hacerse una idea de la cultura increíble que tiene nuestro país. Y de la que seguro ya habrá oído algo... supongo.

—Bueno, sí —contestó Eva—, algo he oído. Pero la verdad es que tengo otras prioridades —añadió provocativa—. Lo poco que sé de cultura me lo ha enseñado Perón, mi marido, que tiene muchas inquietudes intelectuales. A cambio, yo le he enseñado otras cosas porque a mí, la verdad, hay otros asuntos que me llenan más. No sé, el fútbol, por ejemplo, o cosas así que me entretienen. Y, por supuesto, por encima de todo, ocuparme de mis «grasitas». Yo soy una mujer del pueblo, que se preocupa por su pueblo.

Eva empezaba a disfrutar provocando a Carmen Polo, a la que resultaba muy difícil disimular su contrariedad.

—Claro, lo entiendo. Y digo yo, ¿cómo llevan esos... cómo ha dicho, «grasitas», que se presente con esos modelos tan elegantes y

llamativos que luce en los actos populares a los que acude? —la interrogó, mirándola de reojo, mientras dejaba la taza sobre la mesa.

—Ya veo que sigue muy de cerca mis pasos a pesar de la cantidad de kilómetros que nos separan.

Ante este duelo dialéctico entre ambas damas, Franco rompió su silencio para echar una pequeña mano a su mujer. De hecho, él también tenía curiosidad por saber cómo era posible conjugar esa exhibición de lujosos atuendos de los diseñadores más caros, con ese discurso populista hacia los más necesitados.

—Díganos, ¿a los obreros argentinos no les molesta que vista con tanto lujo?

Eva sonrió, levantó la ceja derecha y contestó matizando cada una de sus palabras:

—A ver si lo entienden. A ellos, a los descamisados, les gusta verme así porque ven en mí aquello a lo que aspiran. Me miran y saben que ellos también lo pueden conseguir. Les encanta verme bella y yo no les defraudo. Me arreglo para ellos. Además, ellos quieren que les gobierne alguien con buen aspecto. Yo, simplemente, les ofrezco lo que desean. —Ante la estupefacción que se reflejaba en los rostros de los anfitriones, la primera dama argentina siguió con sus argumentos—: Me da la sensación de que no me creen. Pero bueno, no pasa nada. Si están pensando que digo boludeces, llamemos a Perón y le preguntamos. ¿Qué les parece?

A Franco le hizo gracia la respuesta. Esa mujer le ponía nervioso, pero al mismo le llamaba la atención su desparpajo. Por el contrario, su esposa no respondió. Ni siquiera la miró. Solo mostró una impostada sonrisa de medio lado y optó por hacer valer lo que le habían enseñado: una dama nunca debe ponerse a la altura de alguien que hace gala de un comportamiento inapropiado. Inmediatamente urgió a su invitada a acudir a la sala en la que sus estilistas, con su peluquero a la cabeza, la esperaban para que luciera espléndida en este día tan importante. Ni la acogedora decoración de la estancia, llena de luz y decorada con alegres flores de tonos pastel, era capaz de amortiguar la frialdad con la que se comunicaban ambas mujeres.

Franco insistió también en la necesidad de comenzar a prepararse. Todos se levantaron de sus asientos, y antes de abandonar el comedor, la hija del matrimonio Franco, Carmencita, no pudo evitar el impulso propio de su juventud y, entregada a lo que ella consideraba la simpatía de la que hacía gala esa rubia argentina, le preguntó:

—Señora de Perón, ¿sería posible, si a usted no le importa, que me probara alguno de estos días en los que usted está en casa alguno de esos preciosos vestidos que suele lucir en los actos a los que acude? He visto alguna fotografía suya y ¡me encantan! ¡Adoro su estilo!

—Por supuesto, jovencita. Estaré encantada de ayudar a crear para vos una nueva imagen —le dijo Eva, completamente entregada y consciente de que su madre, Carmen, tragaba saliva para no intervenir. Prefirió callar y dejar el rapapolvo familiar para otro momento. Optó por dirigirse a su vestidor en silencio mientras se santiguaba.

Hacía mucho tiempo que el Palacio Real de Madrid no lucía así. Engalanado en toda su estructura, lleno de flores a rebosar y plagado de banderas españolas y argentinas. Los ojos de medio mundo se fijarían en este lugar y había que estar a la altura. Incluso se habían dispuesto varios altavoces para que el medio millón de personas que iban a abarrotar la plaza de Oriente no se perdieran detalle de los importantes mensajes que iban a pronunciarse. El régimen había declarado este 9 de junio día festivo para que todo el pueblo pudiera echarse a la calle y agradecer así, a la esposa de Perón, su visita y la ayuda que su país prestaba a una nación hambrienta. A las doce del mediodía salía del palacio de El Pardo el coche en el que se desplazaban Franco y Eva. Detrás, en otro vehículo en el que se respiraba mejor ambiente, viajaban la mujer del general y la mejor amiga de la esposa de Perón.

—Lillian, tengo entendido que tiene usted cuatro niños muy pequeños. Supongo que le habrá resultado muy difícil separarse de ellos tantos días.

Por su educación, para ella era inconcebible que una madre pudiera estar alejada de sus hijos más de tres meses.

—Verá. Yo, la verdad, es que me resistí. Pero, ya va conociendo a la señora de Perón. Es muy cabezota y como algo se le ponga por delante no hay quien la frene. Pero he de decirle también que, la

verdad, estoy encantada de poder ver con mis ojos cuánto la quieren. ¡Menudo recibimiento le está dado su país! Es para no olvidarlo.

—Claro, entiendo —se limitó a decir Carmen, sin querer abundar en el supuesto cariño hacia Eva. De hecho, prefirió interesarse por la comodidad de su interlocutora—: Y ¿cómo ha pasado la noche? ¿Le ha resultado cómoda la habitación que le hemos reservado?

—Pues la verdad es que... si le soy absolutamente sincera... ni la he usado.

—Pero ¿qué me está diciendo?

—Ya se habrá dado cuenta de que a la señora le gusta mucho hablar. —Lillian pensó que era mejor ocultar que realmente Eva se moría de miedo en aquel palacio—. Y, claro, yo, pues me he quedado en su dormitorio comentando las cosas del viaje y preparando un poco las visitas... Así es que, al final, me he dormido en el silloncito que hay al lado de la ventana.

—Pero, bueno, ¿me está diciendo que no se ha podido tumbar en toda la noche por culpa de su señora?

—No, no lo vea usted así. A mí también me gusta su compañía.

Lillian ya se había dado cuenta de que la química entre las dos mujeres era inexistente y optó por no echar más leña al fuego. Durante un momento insistió en que no pasaba nada, en que no había estado tan mal y en que había sido cosa de una noche. Pero conforme empezó a imaginar cómo se le quedaría el cuerpo si el capricho de su amiga se repetía durante el resto de la estancia, comenzó a recular.

—No le diga nada a la señora, prefiero que no sepa que se lo he pedido yo, pero... —Lillian contó hasta cinco antes de lanzar la pregunta—, ¿no tendrá en algún rincón del palacio un catrecito que no use y que yo pueda colocar al lado de su cama? Ya le digo que yo estoy bien en cualquier sitio, pero bueno, tampoco es necesario que renuncie a estar un poco más cómoda, ¿verdad?

—Lillian, por favor, ¿qué pregunta es esa? Ni se preocupe —contestó solícita la mujer de Franco, que había encontrado en esa conversación un argumento más para reforzar su idea de que la rubia

argentina era una egoísta sin piedad—. Yo me ocupo de que enseguida le coloquen una cama como se merece, isolo faltaba!

Y así lo hizo. La orden fue inmediata y aquella misma noche la dama de compañía de Eva pudo descansar igual que los demás.

Cuando quisieron darse cuenta ya habían llegado al Palacio Real. La Guardia Mora custodiaba el perímetro exterior del edificio, así como los corredores y la escalera principal que daba acceso al interior. Los pomposos uniformes de gran gala de estos soldados de élite de origen marroquí, que se ocupaban de la seguridad personal de Franco, contribuían a dar aún más esplendor y solemnidad a la escena. A pesar de las peticiones del público allí congregado, el coche no paró entre la multitud y accedió directamente a la zona reservada del palacio. El jefe del Estado español bajó del vehículo luciendo, para tan importante momento, el uniforme de capitán general, el Gran Collar y la banda de la Orden del Libertador de América José San Martín que se le entregó el año anterior por orden del presidente argentino Juan Domingo Perón. Eva, a pesar de los más de treinta grados que marcaban los termómetros en esa jornada especialmente calurosa de junio, optó por ponerse sus adoradas pieles. Y eligió una de las más vistosas y caras que tenía, una capa de marta cibelina, un mamífero procedente de Rusia especialmente codiciado por la calidad de su pelaje. Debajo llevaba un llamativo vestido granate con lentejuelas negras propio de una entrega de premios cinematográficos. Y en la cabeza, un casquete negro con plumas de ave del paraíso. No recordaba haber sudado tanto en su vida, pero no importaba. Era una ocasión única para lucirse y llamar la atención y, evidentemente, no la iba a desaprovechar. Además, le resultaba muy sencillo destacar al lado de Carmen Polo que, siguiendo con sus costumbres, rescató de su armario un discreto y aburrido vestido negro con pamelas a juego, que adornó con sus insustituibles perlas. Tras recorrer los imponentes pasillos llegaron al salón del trono. Allí Eva iba a poder saborear el momento que más esperaba desde hacía meses. En una ceremonia exigida por ella y cuidada hasta el más mínimo detalle, se le impondría la condecoración de la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Se trataba de un llamativo emblema de cincuenta y tres milímetros, con cuatro brazos iguales, puntas de esmalte rojo, con oro macizo, perlas cultivadas, rubíes y pequeños diamantes, y con la leyenda «A la lealtad acrisolada, por Isabel la Católica». En el centro tenía un escudo con las Columnas de Hércules y la leyenda «Plus Ultra», abajo, ambos mundos enlazados con una cinta y cubiertos con la corona imperial. Había sido instituida en su momento para premiar la lealtad y los méritos contraídos en favor de la prosperidad de los territorios americanos descubiertos bajo su reinado. Y Eva no albergaba duda alguna de que ella era merecedora de tal reconocimiento. Como testigos, en este simbólico acto de imposición de la medalla, estaban las más importantes autoridades del país.

—No se puede imaginar cómo agradezco esta distinción que me concede hoy —le dijo escuetamente a Franco mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Gracias por las molestias y por los sacrificios que entraña vuestro viaje —respondió él, solemne—, y gracias por haber aceptado que pueda hoy colgar, en este solar, de vuestro pecho, las insignias de la orden de aquella reina que puso todos sus amores e ilusiones en la felicidad de vuestro pueblo, dando a luz aquellas sabias leyes de las Indias. España estima en todo su valor la gran prueba de afecto que vuestra visita entraña, y se felicita de que podáis apreciar el amor que en nuestra nación despierta la gran figura de vuestro egregio esposo.

Franco, enfundado en su uniforme de gala, quería dejar claro en su discurso que el destinatario último de su agradecimiento era Perón, a pesar de haberse visto obligado a hacerlo a través de su mujer. Era consciente de la necesidad de la ayuda que Eva portaba y, además, no podía despreciar este momento que le permitía publicitar su régimen dentro y fuera de España. Con una amplísima sonrisa, con algo de nervios y sabedor de que no había nadie capaz en aquel momento que le hiciera sombra, la primera dama argentina agarró los papeles en los que tenía escrito su discurso y se colocó ante el micrófono. Su mensaje iba a ser escuchado por millones de españoles

a través de los altavoces y de la radio. Toda una satisfacción para su creciente ego.

—Excelentísimo señor, confieso que sentía y amaba a España, pero el amor de España me abrumba hasta hacerme desconfiar de la amplitud de las palabras de agradecimiento que, en el nombre de mi pueblo, el de mi esposo y el mío propio, debo aceptar esta ofrenda máxima de vuestra hospitalidad. Correspondo a vuestra liberalidad con mi pasión de mujer argentina, amiga de los necesitados, de los débiles, de los pospuestos y los explotados. Os ofrezco mi corazón de mujer empapado en la nueva justicia que hemos dado a los obreros de mis ciudades y mis campos.

Eva se estaba gustando. Con mayor teatralidad de la que habitualmente hacía gala y con una envidiable oratoria, en este punto de su discurso ya había deslizado algunos de sus titulares favoritos, pero le quedaban más.

—Yo, como mujer, con el espíritu isabelino que la gloria de esta Gran Cruz me aporta, puedo adelantaros: la Argentina marcha hacia delante, porque está consigo misma y porque en la crudeza de su batalla, por su pan y su salario, supo elegir entre la falsa democracia engañosa y la real democracia distributiva, donde las grandes ideas se llaman por nombres tan simples como estos: mejor paga, mejor vivienda, mejor comida y mejor vida. —Y tocando la condecoración que se le acababa de imponer, concluyó—: ¡Que este signo sea sobre mi pecho, por siempre y sin desmayo, el acicate de mi fe en Dios y en nuestros pueblos!

Punto y final. En ese momento todos los asistentes, con Franco a la cabeza, dedicaron un entusiasta aplauso. Lo que realmente pensarán de lo que acababan de escuchar se quedaba para ellos. Pero si había alguien en aquella sala a la que le costaba de verdad disimular esa era Carmen. Apenas rozó las yemas de los dedos para aplaudir y, cuando pensaba que nadie la contemplaba, relajaba su rostro mostrando un evidente gesto de incomodidad. No le gustaba el tono populista de Eva, ni su aspecto, ni su cara, ni su vestuario, ni su



discurso... y menos aún la risa tontorróna que su marido le parecía dedicar en demasiados momentos.

Desde el exterior se escuchaban los gritos que proferían los cientos de miles de personas que habían respondido al llamamiento para homenajear a la dama argentina. ¡Franco, Perón! ¡Viva España! ¡Viva la Argentina! ¡Argentina supo comprender a España! ¡Los obreros de España con los descamisados de Argentina! Uno tras otro se repetían los lemas y las ovaciones entusiastas que obligaron a los protagonistas del acto a asomarse al balcón central del palacio. El general, feliz y emocionado, salió junto a una exultante Eva que no paraba de agradecer el cariño mostrado mientras saludaba sin descanso con su mano derecha. Había aterrizado hacía tan solo unas horas, y ya había cumplido uno de sus sueños, el que había exigido directamente al embajador español José María Areilza en uno de sus encuentros en Buenos Aires. También le había pedido un lugar emblemático en el que pudiera escucharla mucha gente, y allí estaba, nada menos que en el balcón principal de uno de los palacios reales más bellos de la vieja Europa.

—Españoles, os entrego, junto con mi corazón, el corazón de mi esposo, el presidente de los argentinos —se arrancó a decir Eva a la entregada muchedumbre—. Sé que mi presencia no colma vuestros anhelos. Deseabais que os visitara el general Perón, quien en horas amargas de vuestra vida nacional se presentó ante el mundo batallando por los fueros de España, con la valentía de un hijo bien nacido que se juega entero por su madre. Os traigo el contagio de felicidad de los trabajadores argentinos, de la urbe y del campo, que enronquecen por el ámbito de mi patria vitoreando el amanecer de un gran pueblo en marcha, nuestro pueblo, y orgulloso, como yo me siento orgullosa, de pertenecer al linaje hispánico.

Ante estas palabras, pronunciadas con una excelente declamación y una fuerza expresiva a la que no estaban acostumbrados los españoles, la multitud que se había dado cita en las inmediaciones del palacio de Oriente estalló en un sonoro aplauso. Los hombres se vieron conquistados por la fuerza del

discurso de aquella rubia argentina y por su capacidad seductora. Las mujeres se sintieron atraídas por su llamativo aspecto, alejado de cánones tradicionales, y por su papel protagonista en una sociedad en la que ellas estaban relegadas a las tareas del hogar y al cuidado de toda la familia.

Franco comprobó desde el primer momento que no podía competir con la capacidad dialéctica de Eva y sus dotes interpretativas. Aun así, quiso agradecer de nuevo públicamente su presencia y, sobre todo, la valentía de Perón por quedarse al margen de lo que consideraba una conjura internacional contra España. Tras escuchar cómo la multitud entonaba obediente el «Cara al sol», Franco invitó a la primera dama argentina a volver al interior.

—Qué bárbaro. ¿Vos habéis visto? ¡Toda esta multitud ha venido aquí por mí, para verme y escucharme! Ya sé que usted es capaz de reunir a mucha gente, pero si quiere ver una concentración semejante a esta en los actos que convoque, solo tiene que hacerme llamar —le dijo Eva a Franco entre risas, exagerando su seductor acento argentino.

Como respuesta solo obtuvo una sonrisa y un gesto con la mano que la invitaba a tomar el camino que les llevaría hasta el salón de Embajadores. Allí, junto a las más importantes personalidades de ambos países, iban a disfrutar de un exquisito, variado y abundante almuerzo, pocas veces visto en la mayoría de las casas en aquellos tiempos de hambruna.

**E**n muy pocas ocasiones el palacio de El Pardo abría sus puertas para celebrar fiestas que prometían alargarse hasta altas horas de la madrugada. Los Franco llevaban una vida tranquila, incluso austera entre esas paredes y no les gustaba que nadie rompiera la tranquilidad y la rutina de su hogar. Y menos aún si se trataba de recibir a una amplia representación del mundo de la farándula. Pero había que hacer otra excepción. Una más, y apenas habían pasado unas horas desde el aterrizaje de la argentina en el aeropuerto de Barajas. Dado que en sus orígenes Eva había sido una artista, seguramente estaría encantada de poder disfrutar de una velada con las más reconocidas folclóricas de España. Y eso hicieron. Invitaron a las estrellas más rutilantes del panorama artístico para agasajar a su invitada.

—Señora Eva, lo vamos a pasar muy bien, ya lo verá —le dijo nerviosa Carmencita, la única hija del matrimonio Franco, deseosa de compartir una velada diferente con una mujer a la que tanto admiraba sin apenas conocerla.

—Claro que sí. Pero hazme un favor. Para que nos llevemos bien es fundamental que no me llames señora. ¡Si somos casi de la misma edad!

Y era cierto. Eva había cumplido en mayo los veintiocho años y Carmencita ya tenía veintiuno, pero nada tenían que ver la una con la

otra. Mientras que la joven argentina demostraba un carácter seguro forjado en los complicados caminos que la vida le había puesto por delante hasta encontrar a Perón, la española desprendía la inocencia y la docilidad propias de quien ha sido educada en el seno de una familia acomodada, con el único fin de convertirla en una buena madre de sus hijos y mejor esposa. La hija de Franco deseaba compartir un rato a solas con esa invitada tan simpática y extrovertida que había roto todos los moldes y que había llegado para trastocar la monotonía de su vida diaria. Eran exactamente las cinco de la tarde, según marcaban los sesenta relojes que había dispersos por las diferentes habitaciones del palacio. Aún quedaba tiempo para la cena de gala y la posterior actuación de las celebridades españolas, y Carmen Polo decidió aprovechar el parón para oír misa en la capilla que había junto al palacio de El Pardo. Carmencita no desaprovechó la oportunidad que le brindaba su madre, e invitó a Eva a visitar el coqueto teatro que Carlos IV mandó construir en el interior de la residencia, donde esa noche actuarían las folclóricas.

—¡Qué bien que nos hayan dejado un rato para nosotras! — comentó excitada ante la posibilidad de intercambiar algún que otro secreto de juventud—. Sígueme. Quiero enseñarte uno de los rincones favoritos de mi padre. No sabes la de noches que pasa a solas viendo películas de todo tipo en las que él aparece. Hay veces que mi madre se desespera porque le dan las tantas y sigue aquí encerrado sin quitarle ojo a las imágenes.

Franco era un apasionado del cine. Pasaba horas y horas delante de la pantalla que había hecho colocar sobre el escenario. Y no era de extrañar porque el lugar resulta mágico. De hecho, El Pardo es uno de los poquísimos palacios europeos que cuentan con un teatro en su interior, con su escenario, candilejas, telón, cortinas de terciopelo granate... y un pequeño patio de butacas con techo abovedado y llamativas estrellas, situado justo debajo de un acogedor palco en el que la familia Franco solía sentarse cuando tenía invitados. Sin duda, era el lugar perfecto para compartir confidencias.

—Siéntate ahí, en ese sillón. El que está más cerca de la pared. Es el preferido de mi padre.

Franco siempre elegía los lugares que estaban más apartados del exterior. De hecho, de las muchas y elegantes habitaciones que tenía el edificio, había escogido la menos espectacular para instalar su dormitorio. El motivo era que no se veía desde fuera, sino que daba a un patio interior, donde era más fácil garantizar su seguridad. El ganador de la Guerra Civil tenía un miedo atroz a ser víctima de un atentado.

—Espero que tu papá no me monte un quilombo por quitarle el sitio —contestó Eva a carcajadas.

Ajenas a compromisos y prisas, ambas jóvenes decidieron disfrutar del primer momento de ocio en común que les dejaba la agenda.

—Ya te lo comenté ayer en el comedor, pero apenas pudimos hablar. Soy una apasionada de tu estilo. ¡Me encantas! Mi madre no está de acuerdo. Ya te habrás dado cuenta de que no se parece nada a ti. Ella cree que tu imagen es demasiado llamativa, incluso indecorosa, pero a mí me gusta. Aquí, en mi país, es raro ver a las mujeres de bien tan, no sé, tan descocadas.

Carmencita no encontraba la palabra exacta y acabó pronunciando la menos oportuna, mientras se llevaba la mano a la boca.

—¿Descocada? —contestó Eva, mostrando cierta sorpresa por el comentario—. Jovencita, eso depende de los ojos con los que se mire. Si a los demás no les gusta cómo vistes, el problema no lo tienes tú, lo tienen los otros, ¿me *entendés*? —preguntó con un tono lleno de simpatía, al tiempo que se movía como una modelo por el escenario del teatro—. Lo importante es que una misma se guste, sin dar mayor importancia a lo que opine la gente. Y si quieren hablar, que hablen. Así tendrán algo con que entretenerse.

Eva siempre tuvo claro que, por mucho que le dolieran, ninguna habladoría o infundio podría evitar que ella actuara como quería hacerlo.

—Seguramente tengas razón, aunque para algunas puede ser más fácil salirse del redil que para otras. No quiero ni imaginar qué dirían mis padres si me presento en un acto con los hombros y medio pecho al descubierto. ¡Me echan de la familia!

—¿Qué te parece si uno de estos días te dejo el vestido más espectacular de cuantos he traído y probamos? ¿Qué tal ponerte un diseño de alta costura, de raso plateado y generoso escote? ¡Pongamos a prueba a tu madre!

—¡A mi madre tendríamos que enterrarla! —Las dos mujeres compartieron una sonora carcajada que pudo oírse en la otra punta del palacio—. Ahora en serio —siguió Carmencita—, lo que de verdad me encantaría es tener tu pelo, ese cabello rubio y largo —añadió mientras se tocaba su negra melena.

Ante tal confesión, Eva se animó a compartir lo que era un secreto a voces.

—*Mirá*, no se lo digas a nadie, pero soy aún más morocha que vos. Lo que ocurre es que me tiño —le dijo en tono de confianza como si acabara de descubrir uno de los mayores secretos de la humanidad—. Si quieres, yo te digo qué tono uso para que te lo puedas poner, aunque creo que a tus padres esto tampoco les agradaría —le insinuó mientras guiñaba el ojo derecho.

—Pues seguramente no. Ya te he dicho que mi madre considera frívolas muchas cosas.

—Carmencita —en ese momento Eva dejó la sonrisa a un lado—, ¿por qué tu madre tiene tantos prejuicios hacia mí? Perdona que haga esta pregunta, pero desde que llegué a Madrid me ha parecido que no deja de examinarme.

—No, no la malinterpretes. Mi madre es muy buena persona. Lo único que ocurre es que por su educación hay cosas que le cuesta asimilar. Por ejemplo, yo creo que no tiene nada de malo, pero a ella le choca que una actriz pueda convertirse en la primera dama de un país —comentó inocente la hija de Franco.

—Ya, ¿y tiene algo de malo haberme ganado la vida actuando?

En ese momento Eva se puso seria. Tenía mucha facilidad para cambiar su estado de ánimo, y le costaba enormemente disimularlo. De repente consideró que aquella mujer gris y amargada, a quien le habían dado todo hecho, no podía permitirse dar lecciones a quienes, como ella, sabían a la perfección lo que costaba salir adelante.

—Eva, creo que ha llegado el momento de que nos vayamos a nuestras habitaciones para poder arreglarnos tranquilamente, sin prisas. El tiempo vuela y cuando queramos darnos cuenta nos llamarán para la cena.

Carmencita no pretendía incomodar a la invitada de su padre, pero la conversación se había complicado y convenía poner punto y final cuanto antes. Pensó que seguro algunos de sus comentarios no habían sido del todo apropiados, pero también se había podido dar cuenta de que la argentina tenía una gran facilidad para reaccionar ante determinados estímulos, como si la estuvieran pinchando con una aguja. Demostrando una vez más que no le importaba la hora que marcaran los relojes, Eva se acomodó en el sillón e invitó a Carmencita a que hiciera lo mismo. No sabía por qué, pero esa chica de mirada dulce y aspecto inofensivo había logrado desmontarle la coraza que habitualmente llevaba puesta.

—*Mirá*, te voy a contar cosas de las que no suelo hablar, pero me has caído muy bien y simplemente me apetece contártelo.

—Yo estoy encantada de escucharte, pero... no te sientas obligada, de verdad. No quiero que te sientas mal.

—Jovencita, no me conoces aún, pero yo nunca hago nada por obligación. —Y a partir de aquí, se empezó a desahogar. Sintió que resultaba mucho más fácil hacerlo con alguien ajeno a su entorno habitual—. ¿Sabes? No han sido pocos los que se han empeñado en inventarse una vida que nada tiene que ver con la real. Seguro llevados por el odio que sienten hacia mí por ser mujer, por tener en mis manos asuntos de mucha importancia y por haber llegado tan alto desde mis orígenes humildes. Pero lo que menos toleran es que el pueblo, mis queridísimos descamisados, me adoren como lo hacen. —Eva tragó saliva y continuó haciendo un repaso a buena parte de las

cosas que de ella se habían dicho y publicado—: De mí dicen que justo antes de mi boda con Perón, para purificar mis orígenes, cambié mi partida de nacimiento para que yo apareciera como hija legítima de mis padres. Cuentan que mi padre tenía otra familia legal, con la que vivía, y que a nosotros, a mi madre, a mis hermanos y a mí, solo nos veía de visita. Para que mi cambio de identidad fuera más creíble, argumentan, obligué al registro a que sustituyera el acta en el que figuraban mis datos por otros que correspondían a un bebé que había fallecido a los dos meses de vida. Que en realidad me llamaba Eva María Ibarguren en lugar de María Eva Duarte porque mi padre no nos dio su apellido... ¡Pelotudeces! ¿Por qué iba yo a cambiarme el nombre, el lugar y la fecha en la que me parió mi madre? ¿Por qué no me dejan en paz y cesan de buscar mierda? ¿Por qué les preocupa tanto mi vida? ¿Por qué no me dejan tranquila?

Tras lanzar al aire varias preguntas retóricas, continuó confesándose ante el silencio y la incredulidad de Carmencita:

—Sí, he sido actriz, y orgullosa de ello. He luchado por conseguir los papeles que había imaginado desde pequeña. Mi madre me enseñó que para conseguir que los sueños se hagan realidad no puedes quedarte parada, hay que perseguirlos. Por eso, junto a ella me fui a Buenos Aires siendo una adolescente, aunque hay quienes dicen saber que marché sola. Lo cierto es que tenía muy claro lo que quería, y a mí no se me pone nada por delante. Es cierto que sufrí mucho y que no fue fácil. Fui perseverante, tuve que trabajar muy duro, ¿sabes? Yo no he tenido la suerte que tienen otras de nacer en una familia acomodada, rodeada de lujos, sin tener que hacer esfuerzos para conseguir sus metas.

Lejos de sentirse aludida, la hija de Franco sentía tanta empatía hacia su nueva amiga que a punto estuvo de ofrecerle un abrazo. Pero prefirió mantenerse en su asiento, quieta, sin apenas pestañear. Sin ánimo de molestar, solo alcanzó a decir:

—No tienes por qué contarme todo esto. De veras, no es necesario.



—Ya sé que no es necesario, pero me da la gana hacerlo — contestó la argentina con una sonrisa, intentando relajar el ambiente —. Verás, los hombres no soportan que una mujer llegue más lejos que ellos. Les parece antinatural. Pero, cuidado, porque nosotras somos nuestras peores enemigas y tenemos una capacidad de hacer daño de la que carecen ellos. Las más terribles maledicciones que se han vertido contra mí han salido de las bocas femeninas. He tenido que oír cómo inventaban que yo conseguí papeles importantes seduciendo a hombres que me podían ayudar. Que mis amantes me sacaron de pensiones mugrientas y me llevaron a hoteles de lujo. Que me pusieron apartamentos en las zonas más nobles de Buenos Aires. O que conocí a mi esposo, al que amo e idolatro, gracias a que otro hombre, que decía haber tenido relaciones conmigo, le habló de mis méritos como amante. ¡Panda de boludas y envidiosas!

El tono de Eva empezó a subir y sus ojos mostraban la ira de quien sentía que no podía defenderse, a pesar de la posición social que había conseguido.

—Pero no debes hacer caso de todo lo que dicen los demás. De mi padre también se comentan barbaridades y, créeme, te digo yo que es un buen hombre —la interrumpió Carmencita, intentando hacer un paralelismo con las críticas que uno y otro recibían, sin tener en cuenta los motivos.

—Intento que no me duela lo que comentan de mí, y de hecho siempre niego que las críticas me afecten, pero... —Eva se calló durante un instante, fijando su mirada en el suelo entarimado del teatro. Se disponía a contar el testimonio, real o ficticio, más doloroso de cuantos había tenido que escuchar en su corta vida—: Han llegado a asegurar que cuando era casi una niña tuve una hija con un hombre casado, y que la abandoné al nacer. ¡Hasta eso han dicho de mí!

Eva se rompió. Si alguien creía que por ser la mujer del presidente no iba a enterarse de las falacias que se vertían contra ella, estaba equivocado. Era la esposa de Perón, y con un poco de empeño, no le resultaba difícil convencer a algunos de sus asesores de que la pusieran al día de las habladurías de la gente. Sobre todo, de las que

procedían de esas burguesas aburridas que para ocupar su tiempo inventaban chismes sobre las que no pertenecían a su círculo.

La hija de Franco se había quedado impactada por lo que acababa de escuchar. Ni se planteó preguntarle si todo aquello era cierto porque, en el fondo, prefería no saberlo. En sus profundas creencias religiosas, inculcadas por sus padres, no cabía el pecado. Y todo lo que había dicho la argentina traspasaba la línea de lo que para ella estaba permitido. Pero sintió compasión por aquella mujer que hacía gala de una enorme rebeldía, pero que en la intimidad se mostraba con una evidente fragilidad. En un arrebato de cariño, Carmencita la sujetó cariñosamente de la mano y decidió poner fin a la conversación. Lo que había comenzado como un diálogo banal entre dos jóvenes presumidas, había derivado en una confesión de extrema dureza. Enseguida Eva se recompuso y tirando de carácter, con una amplia sonrisa, ordenó:

—Vamos, es tarde y hay que vestirse. No querrás que la Franca se enfade.

El nivel de complicidad había llegado a tal punto que olvidó que su interlocutora era la hija de quien había decidido bautizar con ese apodo.

Cuando Eva se dirigió a su habitación para comenzar a arreglarse ya habían empezado a llegar algunos de los miembros del Gobierno de Franco, junto a representantes de las más altas instituciones de España, para asistir a la cena de gala que se había organizado en su honor. Ella demostró una vez más no tener prisa. Era la homenajeadada y debía prepararse a conciencia. Por eso se encerró en su vestidor junto a su equipo de estilistas y su fiel amiga.

—Lillian, ¿sabes algo de mi hermano? Desapareció sin decir nada cuando abandonamos ayer el Palacio Real, y dadas sus incontrolables aficiones, me estoy temiendo lo peor.

—No, señora. Solo alcancé a escuchar cómo le preguntaba a uno de los trabajadores que estaban en el Palacio Real cuáles son los lugares imprescindibles que hay que visitar en Madrid, para conocer el mejor ambiente de la ciudad.

—Ya. El mejor ambiente, ¿no? Recuérdame que en cuanto aparezca me ponga seria. Que luego me mira con esa cara de cordero degollado que solo él sabe poner, y se ahorra la bronca.

Para aquella cena, y para el posterior espectáculo, Eva había elegido un insinuante y ajustado traje negro con escote palabra de honor y talle sirena. No era tremendamente guapa, pero tenía la virtud de saber sacarse todo el partido posible, y el resultado era espectacular. Como era habitual en ella para este tipo de actos, se

pintó los labios de un sugerente color rojo y le pidió a su peluquero, Julio Alcaraz, que le hiciera el elegante moño bajo trenzado que se había convertido en su seña de identidad. Tras más de dos horas de arreglo, Eva enfiló el pasillo camino del salón en el que se iba a celebrar el ágape. Todos estaban esperando a que llegara, entre ellos Franco, que se adelantó unos pasos para recibirla como merecía.

—Está usted bellísima esta noche —le dijo el general en un arranque de galantería y, sobre todo, con un estudiado agradecimiento a quien había venido a paliar las penalidades de la gran mayoría de los españoles, y dar así un respiro a su régimen. A Carmen Polo, con un vestuario incomparablemente más discreto, no le gustó nada el comentario de su marido, y no pudo evitar torcer el gesto. Por muchos favores que se le debieran a la argentina, todo tenía un límite.

—Muchas gracias, es usted muy amable —le contestó mientras ambos se dirigían a la mesa.

La velada resultó muy agradable. Apenas se habló de política, lo que facilitó que la charla fuera mucho más distendida. Y cuando faltaban unos minutos para las once, llegó el momento de trasladarse al teatro que había en el palacio para asistir al espectáculo que Franco había ordenado organizar. Sobre el escenario esperaban los artistas más famosos y reconocidos del momento en España. Y había algunos cuyos nombres ya sonaban en el país de origen de Eva, lo que sin duda les daba mucho más prestigio. La mujer de Perón se emocionó escuchando el repertorio que le habían preparado y recordando sus tiempos como actriz. Lola Flores prodigó todo el arte y la garra que solo ella sabía imprimir sobre las tablas. Carmen Sevilla la agasajó con su inconfundible voz. Manolo Caracol protagonizó todo un derroche de arte flamenco y la tonadillera Juanita Reina demostró todo su arte y personalidad con un extenso repertorio de coplas para regocijo de Franco. No en vano era su favorita. Todos ellos iban a actuar bajo la dirección del gran maestro Quiroga. Pero Eva echó de menos la presencia de una artista en concreto. Se trataba de Concha Conde, una folclórica a la que había conocido hacía ya algunos años

en una de sus actuaciones en Argentina, y con la que había entablado una gran amistad. De hecho, le organizó a Eva una multitudinaria fiesta en Buenos Aires para celebrar la boda de esta con Perón. Antes de viajar a España, la argentina se había puesto en contacto con ella para advertirle de su visita y poder así compartir un rato de confidencias.

—Concha, voy para allá, a tu país. Ni que decir tiene que me tendrás que reservar un rato para que te dé un abrazo, y de paso podamos tratar nuestros asuntos.

—La que tendrá que encontrar ese rato eres tú con todo lo que, me imagino, te tendrán organizado —le respondió su amiga española.

—Verás, me da la sensación, por comentarios de embajador Areilza, que me están preparando una velada artística en la que estarán las mejores voces de España. Evidentemente, no puedes faltar —dijo Eva, confundiendo sus deseos con la realidad.

—¡Qué equivocada estás! Este dictador no quiere cuentas conmigo. Sabe lo que pienso de él y me castiga vetándome en los actos que organiza. ¡Como si a mí me importara! Que llame a sus fieles lameculos que estarán encantadas de hacerse la foto con él — exclamó la folclórica con mucho resentimiento, pero satisfecha de su rebeldía.

Eva no pudo más que reír la ocurrencia y la emplazó para un encuentro íntimo en Madrid, en cuanto la agenda lo permitiera. Y así lo hicieron. Sin que nadie lo supiera, encontraron un hueco para compartir secretos y para poner al día los asuntos monetarios en los que la española ayudaba a la argentina. Eva tenía claro que pudiendo diversificar sus ahorros resultaba absurdo concentrarlos todos en un mismo banco de un solo país. Había que pensar en el futuro y, en política, nunca se sabe lo que puede ocurrir. De la noche a la mañana los enemigos de Perón podrían expulsarle del poder, y ellos necesitarían un colchón para poder tirar hacia adelante. El caso es que la ayuda de Concha Conde fue tan importante que, años después, Eva le devolvería con creces todos los favores. La hija de la artista, de la que Eva era madrina de bautizo, contrajo una gravísima

enfermedad. Estaba desahuciada, le habían dado incluso la extremaunción, pero pudo salvar su vida gracias a un medicamento, unas cápsulas, que solo se comercializaban en ese momento en los Estados Unidos. La esposa de Perón fletó un avión especial para hacerlas llegar lo antes posible a Madrid, a través de la embajada argentina en España. Hizo todo lo que estaba en su mano como buena y agradecida amiga que era.

Eva no pudo disfrutar esa noche de la compañía de Concha tras el veto de Franco, pero aun así lo pasó en grande hasta altas horas de la madrugada. A su equipaje de vuelta, tendría que sumar los regalos que se le acababan de ofrecer: una reproducción de una pintura de El Greco, una colección de cerámica fabricada en Toledo, un lujoso abanico de oro y marfil, un llamativo collar de plata, un elegante mantón de Murcia y una extensa colección de perfumes. Todo fue depositado en una de las salas de la zona en la que residía el equipo de seguridad del jefe del Estado.

Faltaban pocos minutos para las dos de la madrugada cuando Eva, en compañía de Lillian, se retiró a su dormitorio a descansar. Justo en el momento en el que caminaba por el corredor de la Reina pudo escuchar la voz distorsionada de su hermano, que aparecía a esa hora en el palacio tras una larga noche de fiesta. Visiblemente enfadada, la primera dama argentina bajó a toda prisa hasta la entrada por la que hacía acto de aparición Juan Duarte.

—Che. ¿Qué *pretendés*? ¡Vos estás loco! Hazme el favor de comportarte y de guardar un poco las formas. ¿Crees que no sé lo que has estado haciendo hasta ahora? Te prometo que si hay una puta más, te devuelvo de una patada a la Argentina.

Su hermano no tenía fuerzas ni para contestar. Las últimas horas habían sido demasiado intensas. Cabizbajo, enfiló el pasillo camino del baño más próximo.

Nada más llegar a Madrid, el día antes del homenaje en el Palacio Real, Eva encontró en su habitación de El Pardo una lujosa y trabajada carpeta con una elegante portada hecha por uno de los artistas españoles más prestigiosos de la época. Dentro estaban los detalles de todos los lugares que visitaría durante su estancia en España, y de todos los actos que se celebrarían en su honor. Mostrándose contrariada por lo que había visto, obligó a sus anfitriones a retocar los planes. Nadie había previsto que visitara los barrios más pobres del país, aquellos en los que «la abanderada de los humildes», como ya se le empezaba a conocer, decía sentirse especialmente cómoda.

—Paco, esto es demasiado. Como se empeñe, también va a decidir quién le acompaña en las visitas y a mí, evidentemente, me dejará en casa. Cosa con la que, por otro lado, estaré encantada —había protestado la mujer de Franco tras las primeras exigencias de la argentina.

Había llegado el segundo día de visita oficial a Madrid y, a pesar de que la jornada volvía a estar llena de acontecimientos, Eva no estaba dispuesta a esperar más para hacer lo que realmente le apetecía. Daba lo mismo que apenas hubieran dormido esa noche, dadas las horas a las que había terminado el espectáculo folclórico. Si los Franco creían que no iba a salirse con la suya, lo llevaban claro.

Como era de esperar, vio cumplido su deseo, y antes de visitar el monasterio de El Escorial protagonizó, para disgusto de Carmen, una de sus citas más esperadas.

En esta ocasión, Franco prefería no participar. Era mejor reservarse para los actos institucionales y de especial lucimiento. El coche oficial salió de la residencia a las ocho de la mañana camino de uno de los barrios obreros de Madrid. En su interior iban Eva, Carmen y la encantadora Lillian. La mujer de Perón necesitaba una aliada para comentar sus impresiones con total libertad. Además, no se imaginaba a esa mujer tan recta, seria y erguida, prototipo de la alta burguesía provinciana, estrechando las manos manchadas de quienes tenían que buscar el alimento en cualquier cubo de basura.

—Carmen, llevamos más de una hora en el coche y el chófer no ha tenido a bien pararse si un solo momento para ver la verdadera España, a la que yo he venido a ayudar. ¿Sería tan amable de pedirle que se detenga para poder visitar y pisar estos barrios? —preguntó Eva sin más rodeos.

—Eva, sinceramente, no creo que sea apropiado, y ni siquiera necesario. Tenemos una agenda muy apretada esta noche y no deberíamos perder demasiado tiempo en este paseo —contestó la mujer de Franco, intentando ser amable, pero con escaso éxito.

—¿Paseo? ¿Vos le llamáis a esto paseo? ¡Pero si llevo sin estirar las piernas ni se sabe cuánto tiempo! O le pide al chófer que pare, o se lo pido yo. Y si es necesario me bajo en marcha.

Esto era demasiado. Pero si era lo que quería, adelante. Cada minuto que pasaba, pensaba Carmen, era un minuto menos para tener que soportar a esa mujer tan engreída, exhibicionista y maleducada. Tras contar hasta diez, pidió al conductor que detuviera el vehículo e invitó a Eva a que cumpliera su capricho.

—Por favor, Eva, no tarde. Aún le quedan muchos días aquí y seguro que podremos encontrar algún otro hueco para que recorra libremente la ciudad. Hoy, ya sabe que tenemos prisa. Si no le importa, yo me quedaré aquí, dentro del coche, esperando a que regrese.



—Claro que sí. Por supuesto. Es una grandísima idea. Quédese descansando mientras Lillian y yo vamos a preocuparnos un rato por los pobres. ¡Vamos, Lillian, los descamisados de España nos esperan! —La dama de compañía salió del coche obediente, evitando mirar el rostro perplejo de la anfitriona.

Nada más bajar del vehículo, Eva consiguió concitar la atención de quienes vivían en esos empobrecidos y embarrados suburbios de la capital. No era para menos. Se presentó ante ellos con un impecable vestido de chaqueta blanco y una pequeña pámela sobre su inconfundible cabello rubio. Ofreciendo la más amplia de sus sonrisas comenzó a estrechar las manos de la gente y a entrar en sus modestas casas. A todos cuantos se reunían para saludarla, les contaba la cantidad de cosas que el Gobierno de su esposo estaba haciendo en Argentina para acabar con las desigualdades y luchar contra la pobreza.

—Si Perón estuviera aquí, en España, dejaría su vida por ustedes y no descansaría hasta que tuvieran el trigo y la carne necesarias para sobrevivir dignamente —le dijo a una familia que la recibió en el salón de su casa—. Se llama justicia social. Eso es lo que hacemos en nuestro país y lo que debería hacerse en todos los países del mundo. He venido a ayudarles porque a mí me duele demasiado el dolor de los pobres, de los humildes, el gran dolor de tanta humanidad sin sol y sin cielo.

Su gusto por los mítines y su habitual incontinencia verbal la llevaban a organizar verdaderos actos políticos incluso en los más improvisados escenarios, como era el caso. Calle por calle, casa tras casa, Eva repetía a los madrileños el interiorizado repertorio de lemas y consignas con los que seducía y encandilaba a las masas de su país. Pueblo, oligarquía, trabajo, imperialismos, explotadores, justicia, fanatismo, «vendepatrias»..., y así todo un diccionario de conceptos asumidos y repetidos como un mantra, y cuyos destinatarios recibían con efusivos aplausos. Eva estaba disfrutando como una niña haciendo lo que mejor sabía. Le encantaba ver los rostros entregados de quienes la consideraban el hada madrina que les ayudaría a

cumplir sus sueños. Les regalaba sonrisas y billetes de cien pesetas que llevaba guardados en su impecable bolso. Pero el tiempo corría y Lillian tuvo que recordárselo.

—Señora, se hace tarde y se puede imaginar lo impaciente que debe estar la esposa del general.

—Lillian, por favor, ¿de verdad a vos os preocupa lo que pueda estar pensando la Franca?

—No es que me preocupe, es que acabamos de empezar esta gira y no conviene que ya nos quieran sacar de acá —contestó su amiga con gesto inocente y haciendo gala, una vez más, de su extraordinario talante conciliador.

Ambas mujeres se dirigían hacia el coche en el que esperaba la esposa de Franco cuando, de repente, un niño irrumpió en su camino para entregarle a Eva un papel.

—Señora, por favor, discúlpeme —dijo, educado, el pequeño, que aparentaba tener unos doce años.

—¿Qué pasó? ¿Qué ocurre? —se interesó la primera dama argentina.

—Mi madre... es por mi madre. Por favor, lea este mensaje en cuanto pueda. Es muy importante. Mi familia, y sobre todo mi abuela, creen que solo usted nos puede ayudar.

Eva cogió el papel, echó un rápido vistazo a su contenido y lo guardó en el bolsillo de su recién estrenada chaqueta blanca al mismo tiempo que le dedicaba una sonrisa cómplice al niño. Instantes después, el crío desapareció por la misma calle por la que había venido mientras el coche oficial abandonaba el barrio de chabolas camino de palacio.

U nos meses antes de que Eva iniciara su viaje a España, una célula comunista organizó desde la clandestinidad una acción violenta que tendría como escenario la embajada de Argentina en Madrid. El canciller acababa de aterrizar en la capital tras la decisión del presidente Juan Domingo Perón de cubrir esa vacante, ignorando las peticiones de la ONU para que los países miembros retiraran a sus representantes. Nada más llegar a España, el embajador Pedro Radío había definido España como un «oasis de paz», para ofensa de quienes sufrían la represión franquista. Y eso fue lo que desató las iras del grupo de comunistas que decidió actuar contra la cancillería argentina.

—¿Cómo? ¿Un oasis? ¿Con esta dictadura y los miles de españoles que mueren fusilados o por hambre? ¡Hay que demostrar que el oasis no es tal!

Bajo esta consigna del jefe del grupo, actuaron de madrugada, sin testigos aparentes. El objetivo era colocar un artefacto en la puerta de entrada, que explotó sin causar heridos. Sin embargo, su acción consiguió tener una gran repercusión pública. Entre los implicados había una mujer de veintinueve años, Juana Doña. El régimen de Franco la detuvo por su relación con los hechos y la condenó a pena de muerte, como el resto de sus compañeros. Era viuda. Su marido había sido fusilado años atrás, junto a otros hombres, en la tapia de

un cementerio madrileño. Su hija mayor había muerto de meningitis cuando aún era un bebé y su vida giraba en torno a su hijo pequeño, su madre, sus hermanas y la lucha clandestina contra el franquismo desde el PCE, el Partido Comunista Español, y formando parte de la guerrilla urbana madrileña. A Juana ya le quedaba poco para caer víctima de las balas de un fusil en cualquier tapia de cualquier lugar, cuando su familia probó la única e imaginativa posibilidad para conseguir el perdón de Franco: acudir a Eva Perón. Intentar entregarle una carta escrita por el pequeño, bajo el dictado de su abuela materna. Si la argentina accedía a solicitar el perdón, Franco no podría negarse dada la necesidad que tenía de conseguir su ayuda económica.

Nada más entrar en El Pardo, Eva se dirigió a su habitación. La mujer de Franco ya le había advertido durante el trayecto de lo importante que era llegar a tiempo al siguiente acto que había programado. En él iban a participar miles de personas que se darían cita en la plaza Mayor de Madrid, uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad. Pero la primera dama argentina no pensaba continuar con la agenda sin saber antes qué era lo que realmente quería comunicarle aquel niño, que apareció de la nada, durante su visita por uno de los lugares más desfavorecidos de la capital. Dejó su bolso sobre la cama, se sentó en el sillón en el que Lillian había pasado la noche y comenzó a leer la carta en voz alta.

—«Señora Eva Perón, por favor, a mí me han fusilado a mi padre y ahora van a fusilar a mi madre. Necesito que me ayude. Se llama Juana Doña, está en la cárcel de mujeres y Franco la quiere matar. Firmado: Alexis Jiménez».

Hasta ahí el mensaje. Era breve, pero su contenido impactó de lleno en el corazón de la primera dama argentina. Tal y como terminó de leer la misiva, salió con paso firme de la estancia en busca de su anfitrión. A mitad del largo pasillo que repartía las habitaciones, en el punto en el que el palacio deja de ser de los Austrias para convertirse en el de los Borbones, Carmen Polo la detuvo.

—¿Le pasa algo? Parece muy excitada.

—Necesito hablar urgentemente con su marido. Está a punto de cometer una barbaridad y no estoy dispuesta a permitirlo.

—¿De qué está hablando, Eva? Debe ser algo muy grave.

—Lo es —contestó la argentina mientras le enseñaba la carta de refilón.

Con un simple vistazo, la mujer de Franco pudo hacerse una idea de qué se trataba.

—Un momento. Pare —le dijo con contundencia—. No creo que sea la ocasión para hablar de un tema como este. Usted no entiende las cosas que ocurren aquí. Mi marido sabe perfectamente lo que tiene que hacer para preservar la paz y la tranquilidad en este país. Seguro que esa mujer es una roja que ha hecho algo grave.

—Che, un momento. No sé qué ha pasado exactamente y eso es lo que le voy a preguntar ahora mismo a su esposo. Lo único que sé es que llevo acá pocas horas y no hago más que escuchar cómo llama rojos a quienes viven en esos barrios que no le gusta pisar. Verá, no sé si vos se ha dado cuenta de que su marido no gobierna España por los votos del pueblo. Lo hace por imposición de una victoria en una guerra. Nada que ver con lo que hace Perón. Él gana elecciones y gobierna porque todo un pueblo así lo ha querido por medio de las urnas.

—Eva, pregunte a sus obispos. Ellos pueden dar razón de las tropelías que han cometido los rojos —contestó Carmen, aferrándose al argumento al que más recurría en todas sus reflexiones, el religioso.

—Mire, Carmen. Cuando se fomentan guerras, hay que aguantar sus resultados. El general Franco gobierna tras la guerra, y es muy fácil tildar de colores a sus participantes. Nuestros obispos se ocupan de cosas argentinas. Y no me voy a extender más, ya tendré tiempo de contarle con detalle las cosas buenas que se están haciendo por allá —le dijo Eva con tono insolente—. Y si le digo la verdad, me da lo mismo lo que piense. Ahora, si no le importa, quítese de mi camino porque si me hace perder más tiempo llegaremos tarde a esa cita tan interesante que, según ustedes, me han preparado.

Carmen optó por callar. La verdad es que no sabía muy bien qué contestar a esa demagoga de planteamientos simplistas a la que le encantaba provocar. Ella no era así. Ni mucho menos. Se consideraba una mujer educada y como tal debía actuar, aunque cada minuto que pasaba le costara más guardar las formas ante una mujer que demostraba, cada vez que podía, ser una ordinaria de malos modales. Lo mejor que podía hacer era dirigirse al pequeño oratorio que había en el interior del palacio y refugiarse allí, como hacía al menos un par de veces al día. Necesitaba pedirle a Dios que le siguiera dotando de paciencia para aguantar lo que aún tenía por delante.

Mientras tanto, Eva entró como una exhalación en el despacho de Franco, donde el general se sentía especialmente cómodo y donde aprovechaba cualquier minuto para ocuparse de los asuntos que tenía pendientes.

—Esta mujer no puede morir —le ordenó mientras depositaba la carta sobre un enorme escritorio de caoba, con patas de madera pintadas en oro y unas llamativas esfinges de bronce en la parte de abajo, casi tocando el suelo.

—Eva, ¿de qué me está hablando?

—De esto, de lo que pone en esta carta. Me la ha entregado un niño que está a punto de ver cómo asesinan a su madre por su culpa. —Eva no se anduvo con rodeos—. ¿Se puede imaginar por un momento que a su hija le pasara lo mismo? —le interrogó mientras apoyaba las dos manos en la mesa y lo miraba fijamente a los ojos.

—Tranquilícese. Habría que ver los detalles de este caso en concreto, pero ya le adelanto que si ha sido condenada habrá sido porque ha hecho algo.

—¿Me lo está diciendo en serio? ¿Me está diciendo que si la van a asesinar cualquiera de estos días es porque ella tiene la culpa? ¿De qué? ¿De no pensar como vos? ¡Por favor, no diga boludeces y haga algo! Sinceramente, me da lo mismo lo que haya hecho esa mujer, pero seguro que no ha sido tan grave. Lo único que sé es que ese niño perdió a su padre por su culpa y ahora no puede quedarse sin madre. Levante el teléfono y dé la orden. Ya sabe que en este país solo se

hace lo que vos *querés*. Vamos, llame. No perdamos más tiempo, que tenemos una agenda que cumplir —añadió sin dar opción a que Franco respondiera. Se dio media vuelta y con actitud altiva pisó con fuerza la sonora tarima de madera que la llevaba hasta su habitación. Se sentó frente al escritorio y escribió en una cuartilla: «Por la liberación de Juana Doña». Metió la nota en un sobre y lo guardó hasta que visitó en Zaragoza a la Virgen del Pilar. Allí, nada más besar la imagen, dejó disimuladamente el papel entre sus pies. El mensaje fue leído inmediatamente por las autoridades encargadas de custodiar la catedral que, sin perder un solo segundo, lo pusieron en conocimiento del general.

Efectivamente, Franco no podía llevar la contraria a quien había llegado cargada con ayuda para evitar la muerte de miles de españoles por culpa del hambre, y a quien representaba a un país que se había enfrentado a la comunidad internacional por apoyarle. Por eso, acabó conmutando la pena capital dictada contra esa joven gracias a la intervención y el empeño personal que puso Eva. Ambas mujeres no se conocían y nunca llegaron a conocerse, pero la mediación de la primera dama argentina libró a la madrileña de morir fusilada en una tapia cualquiera. A cambio, pasó dieciocho años encerrada entre los muros de las cárceles de Guadalajara, Segovia y Alcalá.



**E**ra tardísimo. La comitiva oficial tenía que haber partido hacia El Escorial a las once de la mañana y el reloj marcaba una hora más. En esta ocasión, Franco volvería a quedarse en El Pardo para disgusto de Carmen Polo, que tendría que volver a lidiar sola con Eva. La bienvenida a esta histórica localidad madrileña fue apoteósica. Miles de personas volvieron a echarse a la calle para ver de cerca a aquella mujer que hacía gala de una imagen muy alejada de la que lucían las españolas de la época y que exprimía, con notable acierto, su extraordinario carisma.

—¡Cómo me gusta ese vestido! ¡Lo que daría por poder tener uno igual! ¡El estampado verde no puede ser más bonito!

—Pues yo me quedo con esa pamea blanca. ¡Parece hecha para mí!

Las dos jóvenes encargadas de ofrecer sendos ramos de flores a Eva y a Carmen Polo cuchicheaban así, entre risas, mientras las veían descender de los coches. La visita al monasterio, como el resto de los actos, había sido preparada al milímetro. Tras escuchar los himnos nacionales de España y Argentina en el patio de los Reyes, y ser saludadas por las principales autoridades políticas y eclesiásticas, ambas mujeres, junto al resto de los acompañantes, se dirigieron al interior de la basílica. Se habían colocado dos reclinatorios en el altar mayor para que pudieran orar durante unos instantes. Por supuesto,

Carmen lo hizo con mucha más entrega que la argentina, aunque el rezo fue breve porque enseguida debía comenzar la visita. Eva quedó impactada por todo lo que estaba viendo, en especial por el Panteón de los Reyes y el de los Infantes. Todo lo que tuviera que ver con la muerte la removía por dentro. Seguramente influida por su frágil y delicada salud, siempre tuvo la sensación de que moriría muy joven, antes de tiempo, y compartía sus miedos con quien quisiera escucharla. De hecho, algunos años atrás, cuando se abría camino en el mundo del espectáculo, tuvo un encuentro con un cronista teatral al que confesó, tras un interminable ataque de tos:

—¿Sabés? Estoy segura de que voy a morir muy pronto. No sé por qué, pero no me veo de viejita.

—¡Anda ya! No te aflijas. Que seas tan blanca y tengas una piel tan transparente no tiene por qué convertirme en un fantasma prematuro —le dijo él, tirando de sentido del humor.

—Eso es precisamente lo que veo en mis sueños, me veo como un fantasma, y me asusta mucho. Aparezco tumbada en una cama estrecha y baja, como de hospital, rodeada de una cortina blanca que se desliza sobre una barra. La cama está colocada en una sala grande, vacía, alicatada con azulejo blanco, sin apenas objetos, pero en la que siempre hay un grupo de personas observándome. Me miran como si acabaran de ver a una momia. De hecho, yo me veo a mí misma así, ¿sabés?, como si me hubieran convertido en una figura de cera. Tengo los ojos abiertos y apenas pestañeo para no perder de vista a quienes no paran de hacerme fotos. Hay mirones que solo pretenden saciar su curiosidad, pero hay otros cuyo único fin parece ser hacerme daño. En sus ojos solo hay odio, y no entiendo muy bien por qué.

—Eva, por Dios, ¿qué tomas antes de ir a dormir? Deberías relajarte un poco. Aunque te empeñes, no todo el mundo está contra ti.

La confesión estaba impactando al periodista, que apenas sabía qué decir a pesar de la amistad que les unía.

—No me interrumpas, que no he terminado. Jamás he hablado de esto, pero... siento mucha necesidad de compartirlo. A pesar de todo

lo que te he contado, en ese sueño recurrente aparezco guapa. Vestida como con una larga túnica blanca y con el pelo recogido en una trenza. Te vas a reír, pero ¡el cabello es muy rubio, casi blanco!

En aquella época Eva era una atractiva morena que no pensaba, ni por asomo, en usar tinte.

De repente, le cambió el gesto y se calló. Se asustó al recordar esa pesadilla recurrente que la martirizaba.

—En fin. Vamos a dejarlo. Vas a pensar que estoy loca y es lo que me faltaba, que un vocero publique ahora que la actriz Eva Duarte sufre alucinaciones. ¡Podrías acabar con mi carrera! —le dijo con complicidad mientras le guiñaba un ojo.

El periodista se echó a reír por la ocurrencia, mientras le pedía que no pensara en cosas tan raras.

—Amiga, creo que te metes demasiado en el papel de actriz. No te dejes influir tanto por tus personajes, que luego pasan estas cosas —le contestó poniendo fin a la conversación.

Años después, Eva estaba recordando aquel encuentro mientras contemplaba, con los nervios contenidos, las tumbas de quienes habían reinado España. También estaban en aquel panteón de El Escorial los restos de los príncipes, infantes y reinas que no habían sido madres de reyes.

La primera dama argentina escuchó con evidente atención las explicaciones que, sobre el monasterio, ideado a mediados del siglo XVI por Felipe II, le ofrecían las autoridades responsables. Recuperada del *shock*, volvió a mostrar su imagen más peleona, y mientras el obispo de Madrid-Alcalá, el doctor Eijo y Garay, le contaba la historia y las anécdotas de aquel lugar, se giró para preguntarle a la mujer de Franco:

—Carmen, ¿cuántos huérfanos de la Guerra Civil puede haber en España?

—Pues no sé exactamente. Calculo que unos doscientos mil. Pero quizá haya alguno más.

—Y con todos esos huérfanos que hay, ¿por qué no les ofrecen un hogar decente? Sin ninguna duda este es un edificio maravilloso. Con

lo enorme que es no entiendo por qué está tan desaprovechado. Está lleno de habitaciones vacías. Creo que deberían hacer algo realmente útil con él. No sé. Quizá, se me ocurre, una colonia para niños sin hogar. En estas horas que llevo acá, ¡he visto tantos pequeños necesitados por las calles! Piense en lo que le voy a decir, si no hacemos cosas que sirvan para ayudar a los demás, ¿para qué están los presidentes?

—Eva, comprenderá que hay cosas que no se pueden tocar —le contestó, educada, la mujer de Franco—. Para ayudar a quienes más lo necesitan, a los más desfavorecidos, mi marido ya tiene otros recursos.

—¿Ah, sí? Pues dígame cuáles porque, por mucho que se empeñen en enseñarme palacios, vos ya *sabés* que estoy aquí por la ayuda que necesitan para alimentar a millones de bocas. —Hizo una pequeña pausa y continuó—: Verá, Perón es el padre de la nación, de la Argentina, y como yo no tengo descendencia considero que todos los argentinos son mis hijos. Y así, como madre suya que soy, les dedico todo mi tiempo, les doy todos los regalos que puedo y les creo centros para que disfruten durante las vacaciones.

Por enésima vez, Carmen volvía a optar por el silencio como respuesta, y, ante las decenas de personas que se congregaban alrededor, invitaba amablemente a la argentina a volver al coche que las devolvería a la residencia de El Pardo.

Nada más llegar, se encontraron a Franco esperándolas en el acceso al palacio.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido el día? —se interesó el general.

—Pues no sé. Yo creí que era una buena idea mostrarle a nuestra invitada una de las maravillas arquitectónicas que tenemos en España, pero quizá nos estemos equivocando con el recorrido —contestó Carmen con cierta ironía.

—Me da la sensación de que me he perdido algo —afirmó Franco, resignado, ante la evidente antipatía que se profesaban ambas mujeres.

Tras varios segundos de intercambio de miradas, Eva se lanzó a hablar:

—Pues verás, yo se lo voy a explicar mejor. En Argentina trabajamos para que haya menos ricos y menos pobres. Y ponemos todos los recursos que tenemos en nuestras manos para que así sea. Pero, por lo que estoy viendo, no estoy del todo segura que acá hagan lo mismo.

—Eva, sinceramente no sé a qué se refiere —dijo, tirando de paciencia el Caudillo, consciente de que no le quedaba otra alternativa.

—Pues es muy fácil. ¿Para qué quieren tanto edificio vacío cuando la gente no tiene un hogar donde vivir, ni un hospital decente al que acudir cuando lo necesitan? No le quiero *romper las bolas*, pero creo que no sería mala idea quedarme aquí más tiempo del que está previsto para organizar un poquito mejor este país.

Y así, con sorna y sin necesidad de más comentarios, la esposa de Perón se dispuso a subir las escaleras que la llevaban hasta su habitación, ante la mirada atónita de los anfitriones. Carmen empezó a temblar solo con imaginar que la estancia de Eva en España pudiera prolongarse un solo minuto más.

**E**va intentaba hablar con su marido todos los días. Ella se mostraba confiada en sus cualidades, pero aún necesitaba escuchar los consejos de su mentor político y quien había sido el verdadero artífice de su viaje a España. Además, Perón le había ordenado que le informara permanentemente de todo lo que hacía Franco y de lo que decía sobre Argentina. No tenía mucho tiempo, ya le habían advertido de que debía estar lista a las diez en punto de la noche para ir a la madrileña plaza Mayor, pero ese día tenía una especial necesidad de escuchar la voz de su esposo.

—Viejito, ¿cómo estás? —preguntó con voz dulce una vez que la operadora había transferido con éxito la llamada transoceánica.

—¡Flaca! ¿Cómo te va? ¿Te están tratando como una reina? ¿Como tú querías?

Perón tenía también información permanente de la embajada de su país sobre todos los aspectos del viaje, pero dadas las exigencias de su esposa quería constatar que todo iba bien.

—Sí, es realmente impresionante la acogida. *Fijate*, Franco me dijo nada más llegar que en España es fácil llorar de emoción; yo le respondí que creo en sus palabras, pero que estoy tan acostumbrada a llorar en mi patria que acá en España me resultaría difícil hacerlo. Él me contestó que si me iba sin llorar me regalaría un maravilloso Gobelino que está en el Museo del Prado y que representa la muerte

de Darío. ¡Pues tenía razón! He sucumbido a la intensidad de los homenajes y no he tenido más remedio que llorar. Juancito, ¡me llevaré el Gobelino a casa! —Al otro lado del teléfono Perón soltó una carcajada sin añadir palabra alguna. Eva aprovechó el silencio para continuar relatando de manera entusiasta el trato que se le estaba dispensando en España—: En la calle los españoles se vuelven locos por saludarme y este amigo tuyo, Franco, apenas me deja descansar —dijo con picardía—. Lo cierto es que el viaje está siendo extenuante, pero *escuchá*, a nadie le amarga que le quieran y a mí, como ya *sabés*, me encanta que me lo demuestren.

—Ya veo que el cansancio no te ha afectado a la ironía, pero ya sabes que Franco no es mi amigo. Es el jefe de un Estado al que hay que ayudar por los vínculos históricos que nos unen.

—Sí, Juancito, sí. No te me vayas a poner didáctico ahora. No tiene nada que ver con la idea que tú me habías trasladado. Pensé que me encontraría con un atractivo militar lleno de carisma y capaz de conseguir el favor de su pueblo, pero ¡nada más lejos de la realidad! Además, habrá ganado una guerra, pero por su aspecto parece más un farmacéutico vestido con traje de gala del Ejército. Ya le dije a mi hermano, a Juancito, que nada más verle en el aeródromo de Barajas me pareció idéntico a Caturla, el que se dedicaba a vender pollos en Junín. Era petiso, barrigón, con pinta de almacenero, y llevaba una banda que se le apoyaba en la panza. *Fijate*, Perón, que hasta la mujer y la hija de Franco se parecen a la mujer y a la hija de Caturla. ¡Con todo lo que vos me habías dicho de él! —dijo Eva con una sonora risa sin importarle, aparentemente, quien pudiera estar escuchando. No llegaba a entender la admiración que su marido, en ocasiones, parecía sentir por el dictador.

—Chinita, ya vale. —Perón tenía todo un repertorio de apodos para dirigirse a Eva en función de la seriedad del momento—. Quizá no lo sepas, pero es el general más joven de España y hace ocho años ganó la Guerra Civil. Fue el primero en combinar tácticamente la infantería con la caballería blindada en las batallas del Ebro y de Guadalajara.

Al presidente argentino le apasionaba todo lo que tuviera que ver con las tácticas militares.

—A sus órdenes señor —bromeó su mujer—. No le voy a quitar mérito a sus hazañas en el frente, pero lo siento, no me gusta su aspecto ni su actitud. Se ha empeñado en cambiarme la agenda sin avisar. Yo había pedido tener más contacto con la gente, quiero que me cuenten a la cara cómo están por acá, qué les preocupa, qué necesitan y eso le aterra a Franco. ¡Menudo pendejo! Este tipo me tiene casi secuestrada. Ha anulado visitas a fábricas y talleres para evitar que tenga contacto directo con los obreros, ¿lo *podés* creer? Voy de palacio en palacio, y de iglesia en iglesia. Pero, Juancito, ya me *conocés*, cuando me rompen las bolas, yo me rebelo.

—Cholita. Vale ya. No olvides que vas en misión diplomática. Así es que todo lo que me estás diciendo ahora, que se quede entre nosotros. Tú sonríe, intenta ser amable y relájate.

—Bueno, ya está bien. No hablemos más de este tema que me recaliento. Pero, *escuchá*, ¿cómo están las cosas por allá? ¿Cómo están mis grasitas queridos? ¡Tengo un millón de planes para cuando vuelva a la Argentina!

Su marido se temía lo peor. El recibimiento que había tenido en España y la repercusión en la prensa internacional de la gira que iba a hacer por buena parte de Europa le habían dado alas para aspirar a un estatus mucho más importante dentro del Gobierno de Perón, y para luchar más activamente por las causas que ella consideraba irrenunciables.

—Mira, Juancito, cuando vaya de vuelta haré algo que pasará a la historia de nuestro país, y tú figurarás como el presidente que lo aprobó. —Eva sabía a la perfección cómo ablandar a su marido—. He pensado que nada más volver pondré en marcha toda la maquinaria necesaria para que las mujeres podamos por fin votar en las próximas elecciones.

Eva tenía unas firmes convicciones en defensa de los derechos de la mujer. Según el momento y la conveniencia, defendía la liberación absoluta de las mujeres o, por el contrario, su irremplazable papel en



el funcionamiento y cuidado de la familia y su apoyo desinteresado al hombre. Pero en ningún caso la entendía como una figura sumisa, carente de los principios más elementales. Ante esta advertencia, a Perón le costó reaccionar.

—Está bien, flaca, pero no creo que sea el momento de hablar de asuntos como este. Ahora céntrate en el viaje y en dejar la imagen de la Argentina en lo más alto —intentó así zanjar la conversación, algo sorprendido por la ocurrencia repentina de Eva cuando había tantos asuntos de los que ocuparse.

—Muy bien. Además, te tengo que dejar. Ya me esperan para seguir haciendo cosas. Pero te advierto de que no voy a renunciar. Adiós, amorcito mío, lo hablaremos a la vuelta.

Si algo se le metía a Eva en la cabeza, se acababa cumpliendo. Era tozuda y no se arrugaba ante nadie cuando consideraba que el objetivo era justo. Y este lo era. Por eso su advertencia iba en serio. Pocas cosas tenía tan claras como que en la próxima cita con las urnas ella, como el resto de las mujeres de su país, tendría el mismo derecho que los hombres a elegir a quien asumiría la responsabilidad de tomar decisiones que también les afectaba directamente.

Tras una despedida más formal que cariñosa, Eva se dispuso a grabar un extenso mensaje radiofónico que, en unas horas, se retransmitiría a través de Radio Nacional en su emisión para América. Su marido le había pedido, antes de emprender el viaje a Europa, que mantuviera un contacto permanente con los argentinos a pesar de la distancia y del tiempo que estaría fuera. El presidente era del todo consciente de la capacidad de persuasión de Eva y de su innato poder comunicativo. Por eso él se ocupaba de la labor puramente ejecutiva y buscaba el apoyo de ella cuando tocaba hacer propaganda. Nunca había que bajar la guardia porque, si una cosa tenía clara la pareja presidencial, era que la batalla de la imagen había que ganarla siempre. Y para ello Eva estaba dispuesta y preparada. Como en aquel momento. Concentrada, esperó a que el técnico de la emisora le diera el aviso y se dispuso a hablar:

—Compañeros: mensajera de paz y de armonía; mensajera de una sociedad nueva basada en el trabajo de todos ustedes, embajadora de los queridos «descamisados» que, agrupados sólidamente detrás de su líder y presidente Perón, están echando las bases de un país mejor. He venido acá para contarle a la madre patria que, en la República Argentina, la tierra de la paz y la justicia, estamos asegurando los beneficios del mayor salario y la mayor protección a todos nuestros trabajadores, jóvenes y viejos, sin distinción de clases. Contarles lo que representa para ustedes la agotadora jornada diaria de trabajo del general Perón, el presidente, que acude a su despacho a las seis y media de la mañana para crear, con su presencia, la tónica de la energía argentina y el ejemplo periódico de una exaltación de sus deberes para con el pueblo que le llevó al poder en los comicios más limpios de nuestra historia.

Franco había sido avisado por sus asesores de que Eva grabaría este mensaje y se dispuso a escucharlo desde el otro lado de la pared. El elevado tono de voz y la perfecta declamación de la argentina permitían entenderlo al detalle, y esas alusiones a las urnas no le estaban haciendo gracia alguna al Caudillo. Pero, a partir de ahí, como si alguien la hubiera avisado de que tenía un improvisado oyente, matizó su discurso.

—Queremos que la sonrisa de todos ustedes, mis queridos descamisados, llegue a todos los rostros de los hombres del Viejo Mundo, de donde nos vino la vida. Queremos devolver a España y a toda Europa, centuplicado, el bien que nos hicieron al crearnos un nuevo mundo. No podemos dejar este mensaje sin rendir el homenaje de admiración que nos inspira la actitud del hombre que rige a España y que ha tenido, para con vuestra embajadora, una modesta mujer de la Argentina, la caballerosidad proverbial en todo español y todo dignísimo soldado de España. El Generalísimo Franco ha hincado como nuestro Perón en el fervor de su pueblo; también arrasa sus ojos de lágrimas ante el emotivo espectáculo de sus muchedumbres. Y ahora en fin como al principio, que me escucháis en la distancia con el corazón, ¡viva España! ¡Viva la Argentina!

Tras escuchar este final, Franco se tuvo que contener para no estallar en un agradecido aplauso. Se sentía extrañamente atraído por esa mujer que era capaz, en cuestión de segundos, de provocarle, con la misma intensidad, un irrefrenable rechazo y una incontenible admiración.

Con casi una hora de retraso, respecto al horario previsto, Eva apareció ante el vehículo que la llevaría hasta la plaza Mayor.

—¡Venga! ¿A qué esperan? ¡Que no vamos a llegar!

Su desparpajo no tenía límites. Toda la comitiva estaba en la calle esperándola pacientemente, y ahora era ella quien aparecía apremiando al personal. Sin más, se metió en el coche en el que ya se encontraba Franco, en esta ocasión algo alterado por la mala educación que volvía a demostrar su invitada.

—Y entonces, general, ¿qué es lo que vamos a ver?

Eva lo sabía perfectamente, pero trató así de romper el hielo, consciente de la molestia del Caudillo.

—Le hemos preparado un homenaje que no podrá olvidar, ofrecido por todas las provincias españolas. Pero eso será después. Ahora me gustaría que se fijara en lo bonita que está la ciudad —le dijo Franco mientras señalaba con el dedo a través de las ventanillas—. Espero que cuando vuelva a su país se lo cuente a todo el mundo. Estaremos encantados de recibir a quien quiera hacernos una visita.

—Por supuesto que sí. Claro que lo haré. Pero le avisaré antes de que vengan para que puedan iluminar la ciudad como lo han hecho con motivo de mi presencia acá. Porque, digo yo, que esto será algo extraordinario. Con los problemas que tienen, no estaría bien que derrocharan tanta energía el resto del año.

Cuando Eva quería ser impertinente, no encontraba competencia. Pero tampoco la tenía cuando quería mostrar su imagen más dulce y comprensiva.

Al igual que ocurrió cuando recorrió la capital, nada más aterrizar, los principales monumentos de la ciudad volvían a mostrar el mejor de sus aspectos. También lo hacían las mujeres que habían sido invitadas a participar en uno de los actos principales que figuraban en la agenda. La mayoría, las que tenían el privilegio de sentarse más o menos cerca de la primera dama argentina, se sumaron al entusiasmo que Eva mostraba por las pieles, a pesar del calor, y se enfundaron cuellos, capas, chaquetas e incluso largos abrigos de las especies más variopintas. En España había mucha pobreza, muchísima. Pero también había dinero, aunque estaba concentrado en muy pocas manos. La exquisita clase alta vivía ajena a las penurias que sufría la mayoría de los españoles.

La entrada de Eva en la plaza fue apoteósica. Su presencia fue recibida con un interminable y sonoro aplauso que consiguió emocionarla. Y ella respondió con una extraordinaria amabilidad, saludando con las manos a quienes llenaban los balcones y abarrotaban el lugar. La argentina no defraudó. Si algo le gustaba en la vida era llamar la atención y volvió a conseguirlo. Cuando se disponía a sentarse en la silla que tenía reservada, un solícito Franco tuvo que ayudarla a deshacerse del impresionante abrigo de piel blanco que llevaba encima. Al descubierto dejó un llamativo vestido blanco y negro que adornó con un imponente conjunto de pendientes, pulsera y collar cuyos reflejos podían verse a muchos metros de distancia. Mientras el jefe del Estado español ayudaba a la primera dama argentina a ponerse cómoda, al lado Carmen Polo se las apañaba sola para quitarse el chaquetón marrón, también de piel, que había elegido para la ocasión. No tenía la costumbre de lucirlo durante los meses de verano, pero si Eva se empeñaba en mostrar poderío, en cuestión de pieles ella no se iba a quedar atrás. La diferencia la marcaba con sus discretos vestidos, tapando todo lo que

su invitada se empeñaba en enseñar. Tras los saludos protocolarios, todos tomaron asiento.

—Debo decirle que el recibimiento ha sido de nuevo extraordinario —comentó amablemente Eva.

—Me alegro de que se sienta halagada. Es nuestro objetivo hacerla sentir como en casa. De hecho, lo está porque tengo entendido que sus orígenes están en España, concretamente en las Vascongadas.

—Veo que le tienen muy bien informado —se limitó a contestar.

A Eva le encantaba presumir de su ascendencia española. Siempre que podía recordaba que su padre se llamaba Duarte, una derivación directa del apellido de origen vasco-francés D'Huart. Y su madre era Iburguren, lo que tampoco dejaba muchas dudas sobre su procedencia.

En el centro de la plaza, junto a la estatua ecuestre de Felipe III, se había ordenado colocar un enorme escenario por el que desfilarían los coros y danzas típicos de todas las regiones de España, lo que supuso horas y horas de bailes y cantos característicos de Segovia, Cuenca, Salamanca, Sevilla, Valencia, Badajoz, Guipúzcoa, Canarias, La Rioja... Eva aguantó con la mejor de sus sonrisas, a sabiendas de que al final vendría lo mejor. Tras las danzas regionales llegó el momento de la ofrenda. Semanas antes de su visita, los maestros artesanos dedicados a elaborar los trajes típicos de cada provincia, recibieron las medidas exactas de la mujer de Perón. Para ella diseñaron las más lujosas creaciones con ricas y suntuosas telas sin apartarse, por supuesto, de los modelos tradicionales. Las prendas que fueron elaboradas expresamente por mujeres estaban llenas de sorpresas: decenas de mensajes ocultos con palabras de cariño y admiración hacia quien había traído luz y color a la España gris y oscura de la posguerra.

Agrupadas por provincias, decenas de jóvenes bajaron del escenario hasta el estrado en el que la ilustre invitada recibiría sus regalos, un total de cincuenta y un trajes estirados y colocados en enormes cestas de mimbre con formas femeninas. Y junto a ellos, el

mismo número de cajas de zapatos y de estuches que guardaban las llamativas alhajas con las que adornar los vestidos. Las encargadas de hacerle entrega de los presentes se peleaban por conseguir un saludo o un gesto de Eva, convertida en icono de la modernidad y destinataria de los excesos ofrecidos por el mismo régimen que, en el día a día, administraba la miseria.

**E**n los dieciocho días que pasó en España, Eva pudo hacer todo lo que la gran mayoría de los españoles de aquella época no lograba en toda una vida. Visitó innumerables palacios y edificios nobles que quería habilitar para los más necesitados. Acudió a una corrida de toros en Las Ventas, organizada para ella, y a la que, por supuesto, llegó tarde. Lo hizo vestida de blanco, a juego con el abanico que llevaba en las manos, y ataviada con la tradicional mantilla española en color negro que compartía protagonismo con dos claveles rojos. A modo de homenaje, en la arena del coso habían pintado los colores de las banderas de Argentina y España. Eva, sentada junto a Franco en el palco de honor, pudo ver, que no disfrutar, de las magníficas faenas del rejoneador Pepe Anastasio y los toreros Gitanillo de Triana, Pepe Luis Vázquez y el matador, nacido en Buenos Aires, Raúl Acha Sanz —Rovira—, que lidiaron astados de Clemente Tassara. Eva nunca entendió el arte de la tauromaquia, pero saboreó la sensación de sentirse aún más importante que los hombres que se estaban jugando la vida en el ruedo. También tuvo tiempo para pisar las más impresionantes catedrales, como la del Pilar en Zaragoza, la de Toledo, la de Sevilla, la de Santiago de Compostela... En algunas de ellas entró bajo palio, algo inusual ya que estaba reservado para contadas autoridades como Franco, y en las que depositó, ante las imágenes de las diferentes Vírgenes, joyas de mayor o menor valor.



Le costaba mucho deshacerse de objetos que fueran especialmente caros y lujosos. Pero, por el contrario, no mostraba pudor alguno a la hora de pedir que le regalaran aquello de lo que se encaprichaba. Ya se lo demostró entre otros al embajador español en Argentina, José María de Areilza, cuando le pidió directamente que le regalara los cuadros de artistas españoles que habían llegado a Buenos Aires para formar parte de una exposición. Y aprovechando su viaje a España, quiso sumar a su colección aquellas alhajas que lucían las mujeres que se cruzaban en su camino y que le llamaban poderosamente la atención. Una de las situaciones más embarazosas ocurrió durante su visita a Galicia, concretamente a Vigo. Allí llegó sin la compañía de Carmen Polo, que consiguió liberarse de Eva durante un par de jornadas que le supieron a gloria bendita. Perderla de vista unas horas era lo mejor que le podía pasar. Pero no solo ella respiró aliviada durante unos días. También la primera dama argentina se sintió liberada. Por fin podría actuar como le daba la gana sin el examen permanente de su anfitriona. Y eso hizo. Llegó aún más tarde de lo que era habitual a sus citas y se comportó de manera caprichosa ante la burguesía gallega.

—Doña Eva Duarte de Perón, bienvenida a nuestra tierra. Estamos especialmente orgullosos de que nos honre con su presencia esta noche aquí, en este Real Club Náutico. Es un verdadero honor recibirla en este lugar que pocas veces, por no decir nunca, ha abierto sus puertas a una figura tan ilustre como usted.

El responsable de la institución la recibió con estas palabras en la puerta del edificio, una llamativa construcción con fachada blanca y ventanas redondas, emulando a un barco, y que contaba con biblioteca, salas de juegos, salón, cafetería y una estancia para jugar al tenis de mesa. Todo un placer para quienes tenían la fortuna necesaria para poder inscribirse.

—Muchas gracias por ofrecerme el honor de disfrutar de esta velada con tanta gente importante —contestó, educada, Eva.

Tras el efusivo saludo, se trasladaron a la terraza más alta de todas las que disponía el club, para contemplar los fuegos artificiales

que se habían organizado en su honor. Finalizado el interminable espectáculo de luz y sonido, en el que primaban los colores de las banderas española y argentina, un grupo de jóvenes amenizó la velada con bailes y cantos propios de la región.

—Señora, no sabe lo felices que nos hace su visita. Disfrutar de su presencia en este lugar, créame, es un acontecimiento muy relevante para nuestra institución. Estoy seguro de que a partir de ahora no tendremos tiempo para gestionar la cantidad de peticiones que vamos a recibir para entrar a formar parte de esta sociedad.

Quien así se dirigió a ella fue uno de los socios más destacados del club, un médico con mucha retranca llamado José González y conocido por toda la clase alta gallega.

—Gracias a vos por sus palabras y a todos los que se encuentran acá por este maravilloso recibimiento.

—No hace falta que se lo diga, pero si necesita cualquier cosa solo tiene que hacérmelo saber. A mí, o a cualquiera de los que nos encontramos aquí —le dijo solícito el doctor.

Dicho y hecho. Claro que quería algo y agradecía profundamente el ofrecimiento porque no iba a dejar pasar la oportunidad de pedir lo que deseaba.

—Pues ya que lo dice, sí que hay una cosa que me encantaría pedirle.

—Por supuesto. Dígame qué quiere —respondió el médico, sin imaginar lo que estaba a punto de escuchar.

—Si pudiera ser un vaso de agua. Me habían dicho que en estas tierras no hacía demasiado calor, pero debí entenderlo mal.

—Le han informado a usted bien. Tenemos la suerte de tener los veranos más frescos de toda España. Pero, casualmente, estos días estamos batiendo récords de temperaturas.

—¡Vaya! Debe haber sido por mi presencia —contestó una jovial Eva, ante la risa generalizada de quienes estaban allí.

Mientras una de las camareras se dispuso a acercarle un vaso de agua fresca, Eva continuó con su inacabada lista de peticiones.

—Además del agua, voy a abusar algo más de su amabilidad.

—Por supuesto. Será un honor para mí atender a sus deseos — respondió el médico.

—Debo decir que estoy impresionada por la elegancia de las mujeres que han venido a compartir esta maravillosa noche conmigo. Es evidente que no a todos les va mal en este fantástico país.

—Bueno, ya sabe que en todas partes hay diferencias. Nosotros trabajamos mucho para poder tener determinadas comodidades y no nos olvidamos de ayudar, a través de determinadas instituciones, a quienes pasan penurias.

—Entiendo —contestó Eva, con algo de impertinencia.

—Pero dígame, ¿qué es eso que le gustaría que le ofreciéramos? Sería un orgullo para nosotros que guardara siempre en su memoria esta visita.

—Verá. Nada más entrar puse mis ojos en el broche que luce en su vestido esa mujer alta y morena —contestó, señalando sin disimulos a la propietaria del codiciado adorno—. Me he enamorado de él nada más verlo y no puedo resistir las ganas que tengo de lucirlo. Ese sí que sería un magnífico recuerdo de mi estancia en este lugar.

El hombre no podía creérselo. Durante unos segundos se quedó en silencio sin saber qué contestar. El lujoso broche de platino y brillantes al que se refería Eva lo llevaba su esposa. De hecho, se lo regaló él mismo en su quinto aniversario de boda.

—¿Ocurre algo? —preguntó retóricamente Eva sin perder la sonrisa y usando su tono más persuasivo. Había salido su lado más caprichoso y tenía claro que quería irse de allí con aquel broche puesto.

José González no salía de su asombro. Se había metido, sin pretenderlo, en un inmenso lío. Conocía bien a su mujer y aquello no tenía buen arreglo. Para empezar, prefirió no decírselo directamente a su esposa. Llamó a una trabajadora del local y le pidió que fuera ella quien le sugiriera que la primera dama argentina se había fijado en aquella exquisita joya que lucía con tanto gusto. Y así fue. Sin rechistar, y con mucha vergüenza, la muchacha se dirigió a la pareja

del médico para cumplir la orden que este le había encomendado. Formaba parte del sueldo, pensó.

—Perdone, señora —dijo, casi pidiendo perdón—. Su ilustre invitada ha puesto los ojos en el broche que lleva usted en su vestido. Me refiero a Eva María Duarte de Perón.

Para que no hubiera dudas, la joven repitió el mismo nombre que había podido leer en los artículos de los periódicos que hablaban de la argentina.

—Muy bien. Me alegro muchísimo de que tan noble mujer considere mi buen gusto —dijo entre risas mientras miraba a las amigas que la acompañaban.

—Así es, señora. Y, por lo que le estaba comentando a su esposo, le ha gustado tanto su joya que quiere llevársela a su país para poder demostrar allí la elegancia con la que se visten las mujeres españolas.

La muchacha no sabía cómo gestionar el embrollo. Solo tenía ganas de salir corriendo.

—¿Ah, sí? Qué orgullo más grande. Pues verás, jovencita. Ve y dile que me siento honrada por sus palabras y que mi orgullo en este momento es tan grande, que estaré encantada de que ella, a cambio, me regale a mí una pieza similar para poder demostrar aquí, en España, el buen gusto que también deben tener las mujeres argentinas.

La chica se quedó pálida, casi sin respiración. No sabía cómo poner fin a esa situación, pero tenía que hacerlo.

—Disculpe, señora, interpreto que lo que me acaba de decir es un no.

—Interpretas muy bien, jovencita.

Y se acabaron las explicaciones. La dueña del broche se giró para seguir hablando entre risas con el resto de las mujeres que la rodeaban, mientras la inexperta trabajadora dirigía sus pasos, con la cabeza agachada, hacia donde se encontraba Eva junto al amable doctor.

—Tranquila, no hace falta que me digas nada. Ya he podido observar la escena —dijo la esposa de Perón, estirando visiblemente el

cuello para mostrar lo ofendida que se sentía por el desplante—. Escucha. No te sientas mal. El broche tampoco parece ser nada del otro mundo. Es más, pensándolo bien, he de decirte que tampoco me gusta tanto. —Eva cambió su estrategia y focalizó su enfado en el comportamiento inapropiado que, según ella, había mostrado la dueña del broche hacia la inexperta camarera—. Lo que es realmente intolerable es el comportamiento que esa boluda ha mostrado hacia ti. Pero ¡quién se habrá creído que es! ¡Tremenda pelotuda!

La argentina no podía concebir que alguien se plantara ante sus caprichos. No estaba entrenada para ello. Y tras unos segundos de desahogo, decidió guardar su orgullo herido y continuar la fiesta como si nada hubiera pasado. La joven trabajadora se marchó, sin mediar palabra, hacia la otra punta del local. Por su parte, el médico, que tan solícito se había mostrado en un principio, prefirió disimular y ocultar el parentesco que le unía con la propietaria del codiciado broche, e invitó a la argentina a disfrutar de un brindis colectivo en su honor. El objetivo se había cumplido, aunque con un final distinto al imaginado. Eva no olvidaría nunca ese día, ni a aquella mujer que se atrevió a llevarle la contraria. La dueña de la joya tampoco borraría de su memoria aquel momento irrepetible.

Desde que Perón se convirtió en presidente, Eva tuvo muy claro que su papel no sería el de mera acompañante en los actos oficiales. Ella quería ejercer, tomar decisiones, ocuparse de todas aquellas cosas de las que nadie se ocupaba. Su marido, Juan Domingo Perón, bastante tenía con sus asuntos. Además, hay cuestiones de las que solo una mujer se preocupa.

—Si no miramos por nosotras, ¿quién lo va a hacer? —decía una y otra vez a todo aquel que quisiera escucharla.

Su gira por Europa supuso un aliciente para su trabajo posterior en Argentina. Vino a ayudar a la empobrecida España, pero puso mucho empeño en aprender de los modelos europeos en materia de igualdad.

—Lillian —le repetía constantemente a su amiga y confesora—, ¿sabés? Cuando vuelva a la Argentina, haré algo que pasará a la historia y que siempre irá unido a mi nombre. No voy a perder un solo segundo en lograr que nosotras, vos y yo, y el resto de las mujeres de nuestro país, tengamos los mismos derechos que los hombres a la hora de votar. ¿Me oíste? Lo voy a conseguir. Me dejaré la vida en ello, aunque sea lo último que haga. Lograré que los esfuerzos infructuosos de tantas mujeres que me precedieron tengan por fin un resultado.

En Argentina, las mujeres nunca habían podido participar en un acto tan democrático como es el de elegir a los representantes del pueblo. Por eso, se dedicó con ahínco a estudiar cómo se había conseguido en Gran Bretaña allá por 1918. Leyó cómo las legislaciones de Finlandia, Noruega o Alemania también permitían a las mujeres elegir a quienes iban a influir políticamente sobre la vida de todos. También sobre las de ellas. Y en su visita a Francia se interesó sobre cómo había sido el proceso de apertura al voto femenino apenas unos años atrás, en 1944. Pero a Eva le llamaba la atención el caso de España. El retroceso en materia de libertades había sido grande para todos, pero en especial para las mujeres. Antes de la dictadura de Franco, durante la República, se convirtieron en ciudadanas de pleno derecho al poder acudir a las urnas. Fue el 19 de noviembre de 1933 cuando seis millones y medio de mujeres eligieron a sus representantes en igualdad de condiciones que los hombres. Pero la alegría duró poco. Enseguida llegó la Guerra Civil y, después, un régimen que finiquitó sus derechos. Se suprimió la educación mixta en los colegios para que cada sexo recibiera unas enseñanzas apropiadas en función de su condición. Así, las mujeres quedaron al margen de los cargos con poder de decisión. Su presencia fue anulada en sectores como la política o la cultura. El trabajo remunerado no era para ellas y se alababa su imprescindible misión en el seno del hogar. Su principal y único cometido era cuidar de la familia y sus derechos se limitaban a obedecer primero a sus padres y después a sus maridos. Eran ellos los que tenían el poder de permitir que sus esposas pudieran hacer cualquier gestión que se les negaba por el simple hecho de ser mujeres. Se prohibió que ejercieran una serie de profesiones de prestigio como diplomática, notaria o abogada del Estado. Su presencia en el ámbito laboral se ceñía a la educación infantil o a la enfermería. Las niñas acudían a las conocidas como Escuelas de Hogar en las que eran instruidas en las labores propias de la casa, en la economía doméstica, la cocina o el cuidado de los hijos. Esas debían ser sus únicas preocupaciones y para ello se las formaba. Y de eso se encargaba la Sección Femenina de la Falange, un

organismo destinado a velar por que las mujeres aprendieran cuál era su verdadero papel en la sociedad, tratándolas como si fueran menores de edad. En este contexto, el feminismo, sobre todo en los primeros años de la dictadura, era considerado como algo antinatural.

Antes de marcharse de España, Eva quiso saber cuál era el papel real que las mujeres tenían en un régimen como el de Franco y, sobre todo, cómo lo aceptaban ellas. Y quién mejor para responder que la esposa de quien había puesto en marcha un sistema de corte tan patriarcal.

—Carmen, ¿está satisfecha con su vida?

Así, sin más rodeos, le preguntó Eva a la mujer de Franco nada más llegar al palacio de El Pardo tras una larga jornada de visitas al Museo del Prado y a distintas instituciones y edificios públicos en los que se intentó demostrar a la primera dama argentina la espléndida gestión del régimen en tiempos tan complicados. La pasearon por escuelas de capacitación, por viviendas protegidas llenas de familias felices con niños, centros de formación profesional con hombres jóvenes satisfechos y encantados con la educación recibida.

La esposa de Franco necesitó varios segundos para procesar la pregunta, y otros tantos para pensar la respuesta.

—Claro que sí. Dios me ha dado salud y una hija y un marido estupendos. ¿Qué más podría pedir?

—¿Y no echa de menos hacer algo más? No sé, sentir satisfacción por la trascendencia de un trabajo bien hecho, tener una vida más activa... Porque imagino que la actividad que demuestra estos días acompañándome no es la habitual. Si yo fuera vos, rezaría para que no se acabaran estos días tan entretenidos junto a mí.

Eva era experta en incomodar, de una u otra forma, a sus interlocutores. Lo conseguía incluso cuando pretendía entablar una conversación sincera.

—Eva, no sé qué quiere decir con eso. Ya le he contestado. Yo soy muy feliz con la vida que me ha tocado vivir. Pero si le interesa mucho saber cómo estoy, quizá sea una buena idea que deje sus cosas en su habitación y nos dediquemos una charla tranquila antes de



prepararnos para la cena. ¿Le parece? Si quiere, la espero en unos minutos en el comedor. Con una taza de té en la mano las conversaciones son más agradables.

Eva se quedó sorprendida por la invitación. Sentía mucha curiosidad por saber algo más de esa señora tan estricta, seria y cumplidora, con una vida tan aparentemente aburrida, solitaria y recogida.

—Me parece una idea estupenda. Le prometo que no tardo nada. Allí nos vemos.

Por una vez, la argentina cumplió con el tiempo. En solo unos minutos ambas mujeres se reunieron en la sala en la que solían desayunar. Era un lugar especialmente agradable para conversar, con las paredes forradas de seda en unos colores pastel que irradiaban tranquilidad. Se sentaron cara a cara, cada una a un lado de la mesa.

—¿Le ha sorprendido que le preguntara por su vida como esposa de un gobernante? —Eva reinició así la conversación que habían dejado pendiente.

—Bueno, es usted una mujer inquieta y sus preguntas van en consonancia con su forma de ser.

Durante unos segundos se hizo el silencio, hasta que una desconocida Eva comenzó a hacer una especie de confesión.

—Es que hay veces que tengo dudas, ¿sabe?

—¿Dudas sobre qué?

—Verá. Yo no sé si soy feminista. Yo creo que sí. Considero que la mujer debe estar presente en todos los ámbitos de la vida, en especial en las decisiones que afectan a todos. Por eso defiendo con todo mi empeño que debemos participar en las cuestiones públicas. De eso no tengo duda, pero ¿eso significa ser feminista? Cuando hablo de esto con Perón, ¿sabe lo que me dice? ¿Sabe lo que me contesta cuando le expreso mis contradicciones?

—Pues no, no lo sé. ¿Qué opina él? —se interesó Carmen.

—Que las feministas quieren ser hombres. Que las feministas más militantes reniegan de las mujeres. Me dice: «Chinita, ¿no ves que ni se arreglan ni se pintan? Porque quieren ser hombres». Me

insiste en que si lo que queremos es cambiar el mundo lo peor que podemos hacer es imitar las mismas cosas que hacen los hombres. Dice que nosotras estamos para no cometer los mismos errores que ellos han cometido.

—Pues sinceramente creo que no le falta razón a su marido — contestó convencida la mujer de Franco, quedándose sobre todo con la primera frase pronunciada por la argentina—. Solo hay que verlas.

—Ya. Pero ¿no cree que es necesario que alguien se ocupe de abrirnos los ojos? ¿De hacernos creer que tenemos otras misiones importantes más allá de la de ser guardianas del hogar? Yo creo que es imprescindible un movimiento femenino porque debe cumplir con una función sublime. Pero, en ocasiones, también considero que el feminismo puede caer en el más absoluto ridículo si nos empeñamos en actuar llevadas por el resentimiento. Y eso es lo que les ha pasado a innumerables líderes feministas cuya primera vocación debió de ser la de convertirse en hombres.

Eva agarró con las dos manos la taza blanca con bordes dorados que contenía el té ardiendo y empezó a soplar mientras mantenía la mirada fija en las ondas que se formaban en la infusión. Carmen no podía creer que esa mujer arrolladora e incontrolable tuviera momentos de reflexión como ese al que estaba asistiendo.

—Eva, no se vuelva loca. No hay un papel más importante que otro. Lo verdaderamente imprescindible es que todas las necesidades estén cubiertas. Y eso pasa por repartirse el trabajo. El hombre en su ámbito, y la mujer en el suyo. Insisto, no creo que haya uno más importante que otro. A mí me toca encargarme de que mi marido no tenga más preocupaciones que la de ocuparse de los españoles, que no es poca cosa, y hacer de mi hija una mujer de bien. ¿Le parece poca tarea?

—Evidentemente, no. Es un trabajo noble, necesario e imprescindible que nosotras debemos desarrollar, pero ¿no cree que sería bueno que aprovechara el escaparate que le ofrece ser mujer del general Franco para cambiar las cosas que no le gustan? Yo creo que se trata de sumar, no de restar.

Carmen estaba sorprendida al ver que aquella mujer revolucionaria, de ideas populistas y transgresoras, no era capaz de tener una visión clara del papel que en realidad debía jugar la mujer en la sociedad. Luchaba por su incorporación a los ámbitos tradicionalmente reservados para los hombres, pero al mismo tiempo parecía renegar de quienes se habían dejado la piel luchando por la igualdad entre sexos. La seguridad que desprendía la argentina en sus discursos públicos contrastaba con las contradicciones que expresaba en privado.

De repente, irrumpió en la sala Carmencita, la hija de los Franco. Y ese momento fue inspirador para la primera dama argentina. La miró con ternura y pensó en la vida que esa joven tenía por delante. Educada bajo las tesis de su padre, su vida se limitaría a encontrar un marido y ser una magnífica madre para sus hijos. Eso sí, sin penurias ni necesidades.

—Mamá, ¿se puede saber de qué estáis hablando?

No hubo apenas tiempo para contestar. Eva miró el pequeño reloj de bronce que había sobre un coqueto aparador de madera pintado en tonos rosas, verdes y amarillos.

—¡Cómo es posible! ¡Se ha hecho tardísimo! Disculpen, pero es momento de bajar a la emisora. Hoy toca hablar de nosotras, de las mujeres argentinas y españolas. —Y mirando fijamente a Carmen Polo con una relajada sonrisa en su rostro, continuó—: Nuestra charla ha sido realmente estimulante, se lo aseguro. ¿Por qué no me acompaña al estudio? Le gustará escuchar lo que voy a decir —le advirtió Eva con picardía.

A pesar del extraño ambiente de complicidad que se había creado entre ambas, Carmen prefirió no relajarse en exceso.

—Le agradezco la invitación, de verdad, pero si no le importa debo ir a la capilla. Fíjese la hora que es y aún no he tenido apenas tiempo de rezar. Hay cosas que no se pueden dejar de lado.

Era cierto que la mujer de Franco no había encontrado aún el momento para hablar con Dios. Pero más cierto era que, a pesar del clima de amabilidad que había rodeado su última conversación, no

acababa de fiarse y le generaba angustia pensar lo que esa mujer era capaz de decir ante el micrófono. Y, fuera lo que fuera, prefería no estar demasiado cerca.

—De acuerdo. No se hable más. Vamos a dedicarnos a las tareas que más nos inquietan a cada una de nosotras. Es cuestión de prioridades —dijo mientras guiñaba un ojo.

Eva se levantó de la silla y se dirigió a las instalaciones de Radio Nacional, con un elaborado y corregido guion en sus manos. Eran las diez menos cuarto de la noche cuando la argentina comenzó a hablar en un mensaje dirigido especialmente a las mujeres españolas, poco acostumbradas a escuchar discursos en los que se utilizara el término feminismo.

—Mujeres de España: este siglo no pasará a la historia con el nombre de «siglo de las guerras mundiales» ni acaso con el nombre de «siglo de la desintegración atómica», sino con otro mucho más significativo: «siglo del feminismo victorioso». La revolución social a la que asistimos en esta hora de veloz transición alcanza no solo al obrero, quien reclama justamente se le considere dentro de la sociedad como persona humana informada por un alma trascendente y eterna, sino también a la mujer, la cual exige todos los derechos imprescindibles para el desarrollo de sus poderosas virtualidades. Por eso, representante como soy de un país que es la esperanza, no solo por su riqueza nativa sino por haber inaugurado como ningún otro un nuevo orden de equidad social, de armonía cristiana y de libertad, no puedo guardarme en silencio el mensaje que, por mi intermedio, envía la mujer argentina a la mujer española sobre todo a la mujer que lucha como héroe, inadvertida del mundo, en la brega cotidiana de la vida. La mujer argentina se afana, en primer lugar, por la estructuración del hogar cristiano como vínculo indisoluble. Porque si a la mujer no se le ha dado el señorío de la fuerza física, se le ha dado el imperio de amor. Y sabemos las mujeres, sin necesidad de sutiles ratiocinios, que solo en el hogar y en el matrimonio indisoluble puede el amor alcanzar toda su expansión. Sabemos las mujeres que la decadencia del amor, sin duda alguna, es una de las

decadencias más grandes que ahora padece el mundo; es resultado inmediato de la paganización de la familia y de la desarticulación del hogar. La mayoría de los pensadores opuestos al cristianismo no trepidan en reconocer que el matrimonio y la familia, tal como los reclama la austera moral cristiana, constituyen el único ideal sociológico que puede colmar las aspiraciones más profundas del amor, y que todas las civilizaciones marcadas por una franca decadencia se caracterizaron por una honda crisis de vida familiar. Cuando la corrupción de costumbres ha minado la vida de la familia, entonces junto con el amor, pierde la mujer la libertad. Porque ella solo es libre de la esclavitud del amor y solo es esclava en la libertad del amor en el que desemboca el matrimonio, no bien pierde sus dotes y prerrogativas de eternidad. Porque la mujer argentina se ha empeñado en mantener a toda costa el hogar estructurado y porque se ha empeñado, además, en conseguir que en él se respire un perfume de santuario de suerte que el esposo y el hijo sientan a Dios como en un templo pequeño, por eso sabe que no le arrebatara ni un adarme de feminidad el participar en los movimientos de recuperación nacional, colaborando con todos sus recursos a la implantación de un mundo más justo, más humano y más pacífico. Menos tememos las argentinas a la mujer que pilota automóviles, yates y aviones, que a la emancipada de la familia o la que toma el amor y el matrimonio como un «egoísmo de dos» sin entender que de la solidez y de la fecundidad del matrimonio depende el engrandecimiento de la patria. La Iglesia, como nos lo ha enseñado siempre, ni ha prohibido ni ha disuadido a la mujer de que ejerza de médico, de diputado o de embajadora con tal de que no abandone sus deberes esenciales de madre, de hija y de esposa. Y si la evolución de los tiempos la lleva a participar en la vida cívica y a intervenir en las contiendas electorales, es ella quien está encargada de conspirar al triunfo de un orden social y familiar, en el que pueda compartir, al lado del hombre, los frutos de la paz y de la justicia. Por eso, ¡mujeres españolas!, os digo a todas, a través del éter, lo que quisiera decir a cada una de corazón a corazón, con esa efusión y medias palabras con

que nos entendemos las mujeres, si no han faltado agitadoras que soliviantaran las clases sociales unas contra otras, con flamas incendiarias, ¿por qué han de faltar otras mujeres que de alma a alma se digan un mensaje de amor y de paz? Faltaría a mi deber, el deber que me impone la Gran Cruz de Isabel, si no secundara la misión de la gran reina quien, como ninguna mujer de España, se afanó por dar unidad y libertad a esta tierra, batallando no solo contra los invasores de su suelo, sino también contra los invasores de su fe. Por eso, mujeres de España, a cuyo lado he vivido los días más emocionantes de mi vida, quiero hacer extensivo a vosotras cuanto dije no ha mucho a las mujeres de América: trabajemos por la paz que libra a los pueblos de las amenazas y de las agresiones y nos permite cerrar las heridas abiertas por contiendas fratricidas. Trabajemos para afianzar la paz y por impedir que una nueva guerra vuelva a asolar la humanidad con nuevos estragos y nuevos odios. Trabajemos por implantar en el mundo los derechos fundamentales debidos a los seres humanos y por desarmar los espíritus de los odios y prevenciones originados por la diversidad de razas, de los idiomas y de las formas sociales de vida. Se ha dicho que hemos venido a formar un eje Buenos Aires-Madrid. Mujeres españolas, no hemos venido a formar ejes, sino a tender arco iris de paz con todos los pueblos, como corresponde al espíritu de la mujer. Trabajemos por la conquista de un mundo mejor, fundamentado en el amor y no en el odio, mundo en el que anhelamos todos construir y no destruir, y en el que florezca como una bandera fulgurante de luz la libertad y la soberanía de los pueblos. Trabajemos por la implantación de un orden de justicia social cual lo requieren los principios proclamados por el general Perón, en el que todas puedan gozar de una retribución justa, en el que el obrero viva en condiciones dignas de trabajo y pueda preservar su salud, elevar su *standard* económico y desarrollar libremente las actividades lícitas en bien de los intereses profesionales (...). Somos nosotras parte de una nueva fuerza que entra en las corrientes humanas empeñada en sostener la civilización y la cultura a la que pertenecemos. En la lucha gigantesca en la que

nos hallamos envueltas, las grandes y pequeñas, las afortunadas y las humildes, todas las mujeres debemos estar dispuestas a cumplir nuestro deber, a que el mundo se vuelva lo que debe ser: una gran confraternidad de todos los pueblos, con trabajo y con paz. Y antes de terminar, permitidme que os diga la impresión que he recogido en vuestras ciudades y vuestros campos. He venido por primera vez a España y, sin embargo, me ha parecido retornar a ella después de una ausencia de mucho tiempo. Como si mi alma, por misteriosas reminiscencias, se despertara de un sueño de inconsciencia a las visiones de mis antepasados, los cuales nacieron y gastaron sus ojos en la contemplación de esas mismas ciudades y de estos campos de ensueño. Me siento más argentina que nunca, precisamente porque me encuentro en la madre patria. La suprema efusión y amor solo lo experimenta la mujer cuando une las trepidaciones de su corazón efímero al ritmo eterno de las armonías divinas. Por eso me siento ahora embriagada de amor y de felicidad, porque mi sencillo corazón de mujer argentina se ha puesto a vibrar en consonancia con los acordes eternos de la España inmortal.

Terminado el discurso, Eva se quedó a solas durante unos minutos ante el micrófono. Era un habitáculo pequeño, casi asfixiante y aislado por completo del exterior gracias al material que recubría sus paredes. Tenía una pequeña ventana que comunicaba con el puesto donde se encontraba el técnico de sonido. Le hizo un gesto para que se ausentara y la dejara sola. El joven obedeció sin mediar palabra. Y en ese momento, Eva se echó a llorar mientras diseñaba sus futuros pasos. En la parte posterior de los papeles que contenían las palabras que acababa de pronunciar, escribió varias frases sueltas: «La mujer argentina ha superado el periodo de las tutorías civiles». «La mujer debe afirmar su acción. La mujer debe votar». «La mujer, resorte moral de su hogar, debe ocupar el sitio en el complejo engranaje social del pueblo. Lo exige la transformación del concepto de mujer, que ha ido aumentando con mucho sacrificio el número de sus deberes sin pedir el mínimo de sus derechos». Eran conceptos que ya había utilizado en algunos de sus discursos en

Argentina. Antes de iniciar su gira por Europa había movido algunos hilos en favor de la igualdad electoral para disgusto, no solo de los antiperonistas, sino de un importante sector de los seguidores de Perón, el más conservador, que no concebía tantas concesiones hacia las mujeres. Tampoco las feministas le mostraban mucho afecto. Ella lo achacaba a que se consideraban superiores por ser más instruidas y estar mejor preparadas. Pero ya no cabían titubeos. Se sentía fuerte, con ganas de luchar, y ese día supuso el comienzo de una nueva etapa en su acción política. Lo primero que hizo fue censar a las mujeres y entregar más de cuatro millones de documentos. Y gracias a su ahínco y empeño consiguió que, en septiembre de ese año, de 1947, se sancionara la ley 13.010 que permitía el voto femenino, con Eva como presidenta de la Comisión Pro Sufragio. Ese hecho permitió que el 11 de noviembre de 1951 más de tres millones y medio de argentinas pudieran ejercer por primera vez en la historia su derecho a voto, gracias al establecimiento del sufragio universal. El noventa por ciento de las mujeres censadas acudió a votar.



Amanecía en Barcelona cuando un carguero argentino llamado *Río Santa Cruz* llegaba al puerto de la Ciudad Condal. Se trataba del primer barco de la flota mercante de aquel país que llegaba a la ciudad catalana tras la Segunda Guerra Mundial. Y con él se iniciaba una línea regular entre Buenos Aires y el Mediterráneo, mar en el que realizaba dos paradas, y que concluía en Italia. En su interior viajaba un centenar de pasajeros, entre ellos importantes personalidades de la política y la empresa tanto de Argentina como de Uruguay, muy interesadas en abrir líneas de negocio en Europa, y más concretamente en España. Pero lo más importante del contenido de ese barco no eran precisamente las personas. En sus amplias bodegas trasladaba nada menos que mil toneladas de trigo a granel, junto a otras tantas de azúcar y judías. Las operaciones de descarga de todo ese alimento se realizaron con un entusiasmo que pocas veces se había visto en los muelles del puerto barcelonés. Mientras esos esperados víveres eran trasladados a unos almacenes estrechamente vigilados y donde permanecerían hasta su reparto, en Madrid Franco informaba de manera puntual a Eva de la llegada de esta ayuda. La primera dama argentina se había levantado ese día con cierta sensación de resaca. Ya empezaba a tener los primeros signos de cansancio por culpa de una agenda que apenas le dejaba tiempo para descansar. Por fortuna, había convencido a sus anfitriones para que

las actividades de este día arrancaran a las doce de la mañana, debido a que la noche anterior se había prolongado más de lo previsto. La agasajaron con una cena de gala en el edificio del Ayuntamiento de Madrid, y posteriormente la invitaron a la representación de *Fuenteovejuna* en uno de los teatros más conocidos de la capital.

—¿Qué tal, Eva? Espero que el descanso del que ha disfrutado esta mañana le haya permitido coger fuerzas para afrontar lo que le queda de viaje.

Franco salió a la puerta principal donde ya estaba listo el vehículo que trasladarían a su mujer y a la esposa de Perón hasta Toledo. Él había optado por quedarse de nuevo en su despacho para arreglar asuntos pendientes.

—Lo estoy pasando realmente bien. Con muchas ganas de seguir conociendo su país, aunque en ocasiones parezca que las fuerzas no me responden.

Eva tenía una inagotable capacidad de trabajo y una actividad incansable. Pero, en ocasiones, desde hacía ya un tiempo, notaba que su cuerpo se quedaba atrás frente a las órdenes que le daba su cabeza.

—Pues, sinceramente, yo la veo muy bien. —Franco se permitió esta licencia aprovechando que Carmen Polo no había comparecido aún ante ellos. Ya se había dado cuenta de las miradas inquisitoriales que le lanzaba su esposa cada vez que se mostraba cortés y hospitalario con la argentina—. Por cierto, aprovechando que tenemos estos minutos, quería informarle de que esta mañana ha llegado a Barcelona el barco con alimentos que nos prometió. No hace falta que le repita que los españoles, y yo en su nombre, estamos muy agradecidos por todo lo que su esposo y usted están haciendo.

—Lo sé y lo noto. Y le puedo asegurar que el general Perón está convenientemente informado de los esfuerzos de su familia y de todo su gobierno por agasajarme.

—Todo agradecimiento es poco, se lo aseguro, para un país que ha demostrado la voluntad de no someterse a las órdenes de aquellos que, con sus decisiones, no son capaces de ver el sufrimiento que causan en todo un pueblo. Le aseguro que no olvidaremos todo lo que

están haciendo. Y, por supuesto, su estancia entre nosotros servirá para escribir una importante página en la historia de España. Puedo decirle, sin equivocarme, que el fervor que hacia su persona ve en las calles es del todo sincero.

Pocos momentos como este se habían producido desde la llegada de Eva a Madrid. La conversación era extrañamente relajada, llena de sonrisas y de buenas palabras. Tan solo se vio interrumpida por la llegada de Carmen, que, cansada de los retrasos de Eva, se esforzó por adaptarse a las formas de la argentina.

—Vaya, no sabía que me estaba esperando. —La esposa de Franco había tomado buena nota de los modos de Eva y, aunque se sentía incapaz de reproducirlos, sí empezó a permitirse el lujo de emular algunas de sus actuaciones—. Espero no haberme retrasado demasiado, aunque me da la sensación de que no hubiera pasado nada si llego un poco más tarde. Veo que estáis muy a gusto charlando, ¿no es así, Paco? —preguntó, recalcando cada una de las sílabas.

Ella misma se mostraba sorprendida ante determinadas reacciones que en los últimos días le brotaban del interior, sin poder ponerle remedio. Se repetía una y mil veces que no tenía motivos para ponerse celosa. Que su marido no podía ser tan estúpido de quedarse prendado por una barriobajera de pasado oscuro e incierto. Que a su Paco le gustaban decentes y serias, que fueran unas señoras de pies a cabeza. Y mientras todas estas suposiciones bullían en su cabeza, señaló a Eva el camino hacia el coche que las esperaba, sin dejar que su esposo respondiera a la pregunta que le acababa de hacer.

—Vamos. Nos esperan en Toledo.

Sin mediar palabra, Franco se metió resignado en la residencia de El Pardo mientras ambas mujeres subían juntas al Rolls-Royce oficial que se puso a disposición de la argentina durante toda su estancia en España. Detrás iba una caravana de vehículos en los que se desplazaban, entre otros, Lillian, su hermano Juan y el escritor y diplomático Agustín de Foxá, que formó parte de varios de los desplazamientos de la primera dama por distintas ciudades españolas.

Unos minutos después de las dos y media, la comitiva llegó a la ciudad castellana. En medio de los aplausos y vítores pronunciados por miles de personas, Eva bajó del coche. En esta ocasión sí aparecía ataviada con un veraniego y colorido vestido de seda estampado, que adornaba con un elegante gorro de color crema. Lucía una imagen muy juvenil frente al aspecto que mostraba la esposa de Franco, que optó por un traje blanco y gris sobre el que se puso sus inseparables perlas y una clásica pamelita blanca.

—Pero mira que viste mal esta vieja —comentó al oído la primera dama argentina a su amiga Lillian nada más bajar de los respectivos vehículos en los que se habían desplazado.

—Señora, por favor, intente ser más discreta, que aún nos quedan muchas horas que compartir con ella. Además, he de decirle que a mí no me cae tan mal. Aunque parezca algo hosca y seria, me parece que es una mujer muy educada y atenta —contestó la dama de compañía, agarrando del brazo a Eva en un provocativo gesto de complicidad.

Eva se había levantado esa mañana especialmente puntillosa. Durante su recorrido por las calles toledanas pudo recibir el cariño de miles de personas que se habían concentrado para poder verla de cerca. Se había dado la orden de que se cerraran todos los comercios y de que se suspendieran todas las actividades previstas en la ciudad. Antes de visitar la catedral y el alcázar, besó a cientos de niños, firmó miles de autógrafos y estrechó innumerables manos que temblaban al rozar la piel de una mujer que parecía recién sacada de una película rodada en los estudios norteamericanos más prestigiosos. Durante un momento, aprovechando un parón para disfrutar de las maravillosas vistas de la ciudad, la primera dama argentina buscó la compañía de Foxá. Le llamaba la atención la capacidad oratoria de este periodista nacido en el seno de una familia aristocrática, y que era conocido por su ingenio, brillantez y escasa, por no decir nula, vergüenza. Ese mismo año, en 1947, había sido nombrado consejero cultural en la embajada española en Buenos Aires, donde tuvo alguna ocasión de compartir charla con la pareja presidencial argentina. Pero durante la

estancia de Eva en España, apenas había tenido oportunidad de intercambiar unas palabras con ella.

—Agustín —le llamó la argentina en voz alta mientras se acercaba al escritor—, quería comentar con vos una cosa que me ha llamado especialmente la atención. Verá, los autos que han puesto a mi disposición durante estos días son maravillosos, impecables, y, como no podía ser de otra manera, yo lo agradezco mucho. Pero estos coches no se ven en las calles españolas. En Madrid, en concreto, hay muchos menos coches que en Buenos Aires, y además acá están infinitamente más viejos.

Foxá, que conocía a la perfección la ciudad porteña, contestó educado:

—Puede ser como dice. Pero denos un poco más de tiempo y verá cómo conseguimos superarles.

—Ya le digo yo que lo dudo —contestó con cierto aire de superioridad—. Tienen muchas cosas que mejorar, porque no solo se trata de los autos. Si me permite, creo que tienen un asunto urgente que atender en las calles.

—Dígame, ¿cuál? —preguntó Foxá.

—Solo están encendidas aquellas por las que se ha ordenado que yo pase. El resto están demasiado oscuras, y eso puede ser peligroso. Allá en Argentina, como vos *sabés*, no escatimamos en luz. No se trata de un lujo, es una herramienta indispensable para espantar a los delincuentes. Consiste en que la gente se sienta segura y pueda ver a lo que se enfrenta.

—No se preocupe, Eva. Aquí en España no hay problemas de inseguridad en las calles. Puede estar completamente tranquila allá donde vaya —respondió escueto el diplomático.

Eva no puso atención a las explicaciones de Foxá. Había interiorizado su discurso y continuó incansable con sus argumentos.

—¿Y qué me dice de los transportes? Porque, como bien sabe, en pocos días visitaré Sevilla. Muy a mi pesar me trasladaré en avión. No sé si le han dicho que no me gustan nada esos aparatos que van por el aire sin ningún tipo de sujeción. Pero claro, es que he oído que el tren

que va desde Madrid tarda catorce horas en llegar. ¡Es de locos! ¿Puede ser eso verdad?

Foxá empezaba a sentirse un tanto incómodo ante la cadena de impertinencias pronunciadas por Eva.

—Pues mire, supongo que no. Eso habrá ocurrido en algún caso puntual en el que el convoy se haya estropeado. Ya sabe que las máquinas, como los humanos, siempre fallan alguna vez.

—¡Qué va! Es que, por lo visto, se para dos horas en uno de los pueblos que atraviesa. Y no solo eso, creo que en invierno no tienen ni siquiera calefacción. Vale que lo estén pasando mal por acá, pero van a acabar con la salud de la gente. Allá en la Argentina eso no ocurre, velamos por que nuestros ciudadanos tengan las mejores condiciones.

La conversación estaba durando demasiado y poco le hacía falta a Agustín de Foxá para olvidarse de sus funciones como diplomático, y sacar su vena más sarcástica y desagradable. Respiró profundamente e invitó a la mujer de Perón a que disfrutara durante unos segundos del paisaje. Era un día soleado. Ni una sola nube cubría el cielo y desde el lugar en el que se encontraban, el espectacular alcázar de Toledo, casi podía apreciarse cada una de las calles que conformaban la ciudad. Pero ella optó por no callar.

—Ya sé que lo están pasando mal —insistió por enésima vez—, pero, claro, hay cosas que deben cambiar.

—¿Por ejemplo? —se adelantó a preguntar el escritor.

—El papel higiénico.

—¿El papel higiénico? —repitió asombrado Foxá.

—Sí sí. El que usan acá, en los baños, deja mucho que desear. No sé, es muy duro y excesivamente rígido. El que tenemos allá en mi país es mucho más suave e higiénico.

El diplomático sabía cómo era Eva, conocía bien su incontinencia verbal, pero aquello era ya demasiado. Así es que, sin darle muchas más vueltas, optó por jugar con las mismas cartas. Se giró hacia ella y, con un tono lo suficientemente alto como para que lo escucharan quienes se encontraban alrededor, intentó zanjar la conversación

como más le gustaba, tirando de ingenio, chispa y un punto de ordinariez.

—Vaya, señora. Ya lo siento. Pero si ese es el ojo con el que nos ha estado mirando durante todos estos días, y con el que piensa seguir viéndonos, comprendo que haya encontrado en mi país cosas tan horribles y tan feas.

Ahora sí consiguió callar a Eva. No es que se hubiera sentido ofendida —en el fondo le gustaba que le hablaran con el mismo desparpajo del que ella hacía gala—, es que no era capaz de encontrar una frase que pudiera superar lo que acababa de decir Foxá.

A pocos metros, Carmen se santiguaba mientras escuchaba tan escatológica conversación. Ese duelo había tenido un ganador, el atrevido aristócrata que había llegado a presumir en charlas, con no pocos testigos, de disfrutar del trabajo ideal. De tener cargos diplomáticos de una dictadura —la de Franco— en países democráticos. Así —decía—, «puedo disfrutar de ambos sistemas».

En sus años jóvenes se sumó con entusiasmo a la Falange para acabar desencantado con el franquismo. Tanto que, en sus últimos años, enfermo de cáncer, resumió su ideario político de la siguiente manera: «Todas las revoluciones han tenido como lema una trilogía: libertad, igualdad, fraternidad fue la de la Revolución francesa; en mis años mozos yo me adherí a la trilogía falangista que hablaba de patria, pan y justicia. Ahora, instalado en mi madurez, proclamo otra: café, copa y puro».

Estaba siendo un mes de junio especialmente frío en Buenos Aires. En Argentina era pleno invierno, aunque las temperaturas que se pueden sentir allí, en esa época del año, poco tienen que ver con las que marcan los termómetros en Madrid en un mes de enero. Juan Domingo Perón había decidido ir más temprano de lo que era habitual a su despacho de la Casa Rosada. Había citado a los miembros de su gobierno para hablar de asuntos de especial relevancia para el país. Estaban en plena elaboración del primer Plan Quinquenal, que presentaría en el Congreso en octubre de 1947. Con él, el presidente quería transformar la estructura económica de Argentina fomentando la industria y, sobre todo, estimulando el mercado interno, con el fin de ser menos vulnerables en un momento en el que podían verse afectados por las fluctuaciones de la economía mundial. Unido a esto, Perón quería impulsar un aumento sustancial de los sueldos y acercarse al pleno empleo. Esta ecuación permitiría acelerar el consumo en su país, gracias a la potenciación de los productos argentinos y, sobre todo, establecer una base social sólida de apoyo a su régimen, constituida fundamentalmente por los obreros. Pero entre las prioridades de Perón, en estos primeros meses de gobierno, estaba también un ambicioso plan de nacionalizaciones, mediante el cual el Estado asumiría el control de importantes empresas privadas. Entre esas compañías estaban todas las líneas



férreas del país, que hasta entonces se encontraban en manos de corporaciones británicas y francesas. También los servicios telefónicos, los sanitarios, las empresas de gas, los seguros... Y junto al plan económico ideado por Perón estaba el sistema de ayuda social del que se ocupaba directamente Eva. Ella impulsó una fundación, que llevaba su nombre, que promovía la construcción de hospitales, escuelas, asilos, ofrecía ayudas a la vivienda, promocionaba a las mujeres y repartía ropa, alimentos o útiles que fueran necesarios en los hogares argentinos. Para financiar todo esto, había una importante partida del presupuesto nacional y, además, se obligaba a muchas empresas privadas a hacer cuantiosas donaciones bajo la amenaza de enfrentarse a no pocos problemas con el Estado. La primera dama era la principal urdidora de este sistema, organizado para recaudar ingentes cantidades de dinero y muy reconocido por los sindicalistas de la CGT, que no dudaron en promover su candidatura a la vicepresidencia del Gobierno. Lo cierto era que el peso real de Eva en las decisiones de su marido resultaba cada vez mayor y su influencia era conocida por todos. Perón no daba luz verde a una medida sin que ella lo supiera. Esto no gustaba nada a una buena parte de los ministros y cargos de confianza del presidente. Y así volvió a quedar claro en esa temprana reunión en la Casa Rosada.

Todos los miembros del gabinete acababan de tomar asiento en la sala donde el presidente y los miembros de su gobierno discutían y aprobaban los asuntos más importantes para la nación. Sentados frente a una amplia mesa ovalada, comenzaron a sacar los papeles que llevaban en sus carteras. En ese momento, sin más preámbulos, Perón les lanzó una clara advertencia:

—Debéis ser conscientes de la importancia de las decisiones que está adoptando este gobierno. Por eso, os pido que no me lo pongáis más difícil. Si alguien no cree en la política desarrollada por este Ejecutivo, solo tiene que irse. Os lo digo a vosotros y, por extensión, a quienes trabajan a vuestro lado. Hay que ser discretos en las declaraciones. Lo que no se puede hacer es torpedear nuestro trabajo y sembrar dudas sobre nuestras intenciones.

El aviso tenía sus motivos. Había voces dentro del peronismo que se habían unido a las acusaciones de parte de la oposición, que ponían en entredicho el protagonismo que habían adquirido algunos empresarios cercanos a Perón. Se les veía como la punta de lanza de una recién estrenada oligarquía, incompatible, para muchos, con la defensa a ultranza de la clase obrera. Estos empresarios, junto a personas del entorno del presidente, habían mostrado además su malestar por la política intervencionista diseñada para favorecer la industria liviana, en contra de la pesada, en la que ellos tenían sus negocios. Y, por si fuera poco, aumentaban las voces de quienes señalaban actitudes corruptas por parte de destacados miembros del gabinete. Pero las críticas no se quedaban ahí. La creciente proyección de Eva, a quien acusaban de muchas de esas decisiones, empezaba a ser inasumible para algunos ministros y destacados militares.

—Presidente, me alegra comprobar que es plenamente consciente del malestar que existe por algunas de sus últimas decisiones. Y permítame que le dé un consejo: si quiere salir indemne y mantener el importante apoyo que supone tener a nuestro lado al Ejército, debería reflexionar sobre la implicación de su esposa en los asuntos de Estado.

El ministro de Relaciones Exteriores, Juan Atilio Bramuglia, volvía al ataque. Su animadversión contra Eva se había convertido en incontrolable.

—Juan Atilio, te pido que lo dejes. Tu actitud hacia mi esposa me tiene contrariado. No hay un solo día en el que no expreses tus reproches hacia Eva. He de recordarte que ahora mismo se encuentra a miles de kilómetros de distancia. ¿Ni siquiera así te puedes relajar? —le inquirió Perón.

—No sé si ha visto esto.

El responsable de los Asuntos Exteriores se levantó de su silla para enseñarle al presidente algunas de las portadas y artículos en los que aparecía Eva con motivo de su ya iniciada gira por Europa.

—No sé qué problema hay. Sinceramente, creo que es un éxito diplomático, del que, por cierto, deberías estar satisfecho. Que el viaje

esté siendo tan satisfactorio debería alegrarte.

—¿Éxito? ¿Para quién? ¿Para nuestro gobierno? ¿Para vos, presidente? ¿O para ella?

—Para la Argentina —quiso zanjar sin éxito Perón.

—Mire. —En ese momento Bramuglia abrió las páginas del magazine estadounidense *World Report* que había lanzado sobre la mesa junto a la revista *Times* en cuya portada destacaba la cara en primer plano de Eva, junto al titular «Entre dos mundos, un arco iris argentino».

—¿Qué es eso tan importante que no puede esperar? —preguntó con ironía el presidente.

En ese momento, el ministro empezó a leer en voz alta algunas de las frases que aparecían en el artículo publicado a cuatro columnas:

—«Eva Perón comparte, en forma progresiva, la jefatura del Estado con su esposo». «La visita que está realizando a la España del general Franco ha motivado un nuevo interés por todo lo que ella hace». «Algunos observadores creen que la señora de Perón tiene tanto poder como su marido. Llegan incluso a decir que hasta los miembros del gabinete escuchan su consejo y hace que su opinión influya en la legislación del país tanto como la de cualquier otra personalidad de la Argentina». «Nadie niega que la primera dama del país toma parte en la labor del presidente Perón y que este toma en consideración los consejos de su mujer, juzgándolos tan valiosos como los que más». ¿En qué papel le deja como presidente? ¿Y a nosotros, a sus ministros? Pero, espere, que aún hay más.

—¡Déjalo! —le ordenó un Perón visiblemente enfadado—. No hace falta que me lo traduzcas. Sé leer perfectamente.

En ese momento asió la revista y comenzó a examinar el contenido de la información. Leyó en voz baja, con un tono casi inaudible:

—«Ella misma ha dicho que tenía tres amores: la Argentina, los descamisados y Perón. Es inevitable que haya sido comparada a la señora de Roosevelt. No hace mucho tiempo que la Argentina era un

país donde, para que se pudiese oír a una mujer, había que utilizar la influencia, pero Eva de Perón ha roto la tradición y ha dado un impulso considerable al movimiento feminista en la vida social del país, cuyo final no puede ser previsto. Lo que puede darse como seguro es que concederá el voto a la mujer.

»Doña Eva Duarte de Perón es conocida en los círculos políticos por la “presidenta”, aunque ella niega la existencia por su parte de toda ambición política. Afirma que no quiere para sí más que ser una ayuda para el general Perón y asumir el papel de esposa cariñosa. Dice también que todo su trabajo se reduce a la cuestión social y a prestar ayuda a los pobres. Vive su vida con la misma intensidad que la de su esposo. Se levanta a primera hora de la mañana y no es extraño que a las siete se encuentre sentada a la mesa de su despacho, lo mismo que el presidente argentino. Las horas del día las distribuye en visitar fábricas, escuelas, casas de maternidad, celebrar reuniones con los sindicatos, etc. Es indudable que la esposa del general Perón está desempeñando un importante papel al extender por todas partes la influencia de su marido y la de su país que ella ha denominado “un oasis de libertad y de amor en este apesadumbrado mundo”».

Perón terminó de leer el artículo mientras el resto de miembros de su gabinete guardaba silencio y se entretenía jugando con los bolígrafos o haciendo dibujos en sus libretas. La tensión era máxima. Bramuglia ya había vuelto a su sitio esperando la reacción de su jefe. El presidente evitó cualquier comentario sobre Eva. Tragó saliva y empezó a exponer el orden del día, que contenía los asuntos que debían forjar el sistema económico del país. Mientras enumeraba en voz alta el calendario de actuaciones, en su cabeza solo aparecía la cara de Eva. No quería precipitarse, pero empezaba a pensar que a su vuelta a Argentina debía mantener una seria charla con ella para que quedara claro quién de los dos mandaba en el país.

La estancia en Madrid estaba llegando a su fin y Eva iba a poder disfrutar de uno de los momentos que más ilusión le hacía. Entre sus caprichos estaba el de ser madrina de bautizo de cuantos niños pudiera. Pero solo varones. No quería ver a una niña ni de lejos. Las malas lenguas lo achacaban a lo ocurrido el 26 de octubre de 1940. En esa fecha, la argentina mantuvo un romance con su compañero de rodaje, el actor Pedro Quartucci. Era un hombre casado con una mujer discreta y sumisa que cargaba con todo lo que le echaran. Como todo lo que rodeaba a su vida anterior a Perón, Eva nunca quiso reconocer nada en público. Pero algunas supuestas amigas se entretenían contando que fruto de aquella relación nació una niña a la que, quien por aquel entonces era actriz, nunca pudo ver la cara. Quartucci le habría dicho que la pequeña había muerto durante el parto y se la llevó a su casa para que, junto a su esposa, formara parte de su familia.

—¡Boludeces! —contestaba airada la argentina cada vez que alguien se atrevía a hablar del asunto. Pero era evidente que la sola insinuación le hacía daño, como ya le había confesado en un momento de debilidad a la hija de Franco.

Menos radical se mostraba con su confesor, el padre Hernán Benítez, la única persona a la que contaba sus secretos más

inconfesables. El caso es que el propio Benítez fue el encargado de buscar en España a un pequeño que la argentina pudiera amadrinar.

—Padre, ocúpese de buscar al niño más bonito de Madrid —le había pedido ya en Buenos Aires, antes de partir rumbo a Europa.

El sacerdote se puso manos a la obra. Sin hacer muchos esfuerzos, se acordó de un joven que había sido su asistente durante una estancia anterior en España, y con el que había entablado amistad. Días antes de que Eva iniciara la Gira del Arco Iris, Benítez se enteró de que ese joven, llamado Mario Casal, acababa de ser padre. Objetivo cumplido.

Eva había pedido expresamente a los Franco que le dejaran libre esa mañana de junio para poder participar en tan importante y esperado acto litúrgico. Cuando les explicó de qué se trataba, Carmen Polo se sumó feliz a la iniciativa. Y allí estaba, junto a la argentina en la puerta de la iglesia de San José, en la madrileña calle de Alcalá, donde iba a celebrarse el bautizo.

—Carmen, es curioso. No sé por qué, pero cada vez que ejerzo de madrina me pongo renerviosa. Debe ser la responsabilidad que representa.

—Pero, mujer, habla como si esto fuera algo habitual.

—Y lo es. No podría decir cuántos ahijados tengo, pero... —durante unos instantes se quedó callada como si estuviera intentando contarlos—, pero le aseguro que no tengo paredes suficientes en casa para colgar todas las instantáneas en las que aparezco con bebés en brazos junto a una pila bautismal.

Mientras ambas primeras damas mantenían una de sus escasas conversaciones sin tiranteces ni reproches, aparecieron el afortunado padre Mario Casal y su esposa, la feliz madre de la criatura. Y junto a ellos llegaba también el jesuita Hernán Benítez. El sacerdote hizo las presentaciones de rigor en un ambiente de felicidad máxima.

—Eva, a partir de hoy, entrarás a formar parte también de esta familia —dijo el cura.

—Señora, no sabe lo que significa para nosotros que una personalidad tan destacada como usted, ejemplo de entrega hacia los

demás, se convierta en madrina de nuestro bebé —le dijo el agradecido el padre.

—Qué va, no se equivoque, soy yo la que tengo que agradecer a vos que me deje disfrutar de este día tan maravilloso. Es un auténtico orgullo ser alguien importante para este niño tan lindo.

Concluidos los agradecimientos mutuos, todos entraron en el templo. Recorrieron el pasillo central hasta llegar donde les esperaba el párroco de la iglesia. Eva tomó a la criatura en brazos, con sumo cuidado, mientras el cura preparaba el agua bendita con la que regarían su cabeza.

—Qué bien le sienta tener un bebé en brazos. Debería planteárselo —le dijo en ese momento Carmen, sin ánimo de ofender. Vivía con especial entrega todos los actos litúrgicos y los bautizos en especial. Pero enseguida cayó en la cuenta de que no había sido un comentario afortunado, por todo lo que se decía de la argentina. Eva optó en esta ocasión por callar.

El acto duró muy poco. Nadie quería entretener más de la cuenta a la entregada madrina, que se ocupó de calmar los lloros de la criatura que tenía en brazos.

—Por cierto —se giró repentinamente hacia el sacerdote que había oficiado el bautizo—, se le ha olvidado pronunciar el nombre del niño. ¿Cómo se llama? —preguntó mirando a su madre.

Se hizo el silencio. Nadie contestó y nadie sabía cómo manejar aquella incómoda situación generada por una inocente pregunta.

—Eh... Mario. Se llama Mario, como yo —contestó algo inquieto el padre del bebé.

—Lindo nombre para tan lindo niño. Tiene una cara tan bonita que parece una nena.

Todos sonrieron y callaron porque realmente era así. Eva quería un niño y no había que llevarle la contraria. La premura imposibilitó encontrar a un varón, y el padre Benítez optó por pedir silencio a todas las partes.

—No importa lo que sea —le dijo unos días antes a su antiguo asistente y padre del pequeño cuando este le confesó que era una

niña—. Si lo hacemos bien, Eva no tiene por qué enterarse.



Cuando Eva regresó al palacio de El Pardo eran cerca de las doce del mediodía. No se sentía demasiado bien. Hacía ya tiempo que su cuerpo no respondía como ella deseaba, pero tampoco le daba mayor importancia. Si se la hubiera dado, se lo habría comentado a su médico particular. Era joven y podía con todo. Al menos eso era lo que se decía a sí misma cada mañana desde que empezó a sentir que la fuerza no le acompañaba como era habitual. Y aquel día era uno de los peores de los últimos meses. No sentía un dolor concreto. No podía decir que le doliera la cabeza, ni el estómago, ni las piernas, ni la espalda... No existía un foco de molestia. Ese día, toda ella era una molestia. Lo primero que hizo al llegar a la residencia oficial de los Franco fue pedir que le prepararan una taza de mate bien caliente. Se había traído varias bolsas de esa hierba desde Argentina, donde es la bebida nacional y donde se consume varias veces al día. «Es capaz de resucitar a un muerto», comentó a la asistente que se lo llevó a la habitación. Lo segundo que hizo, tras dar un reconfortante sorbo a la infusión, fue pedir que llamaran a su hermano.

—Lilliancita, ve y acércate a la habitación de Juancito. Llama a la puerta y si es necesario tírala. Mira qué hora es y aún no ha dado señales de vida.

—Señora, creo que la noche fue muy complicada para él — respondió Lillian que, a las seis de la mañana, había escuchado los

pasos Juan Duarte por el pasillo que había al otro lado de su habitación.

—Pues que espabile. Pasan los días y no hemos podido repasar los detalles del viaje por el resto de países de Europa. ¡Se supone que de esas gestiones debe estar pendiente él!

—No quiero malmeter, pero sabe perfectamente de qué asuntos se está ocupando su hermano acá en España.

A Lillian no le gustaba Duarte. Eran como el blanco y el negro. Ella tan discreta y responsable. Él tan escandaloso y vividor. Cumpliendo las órdenes de su amiga, enfiló el pasillo hacia la estancia de Juan. Los ronquidos podían escucharse desde la otra punta de palacio, desde la zona que habitaban los Franco.

—Señor Duarte, su hermana le reclama, ¿me oye? Eva quiere que vaya a su habitación cuanto antes.

La respuesta se hizo esperar. Su cuerpo era incapaz de recibir estímulos después de haberse recorrido todos los locales nocturnos de Madrid. No tenía escrúpulos. Se adaptaba de igual forma a los mejores salones de fiesta que a los tugurios más lúgubres de la capital.

—Ya voy, ya voy —contestó pasados unos segundos con una voz de ultratumba.

Ni siquiera pasó por la ducha. En cuanto fue capaz de poner los pies en el suelo y estirar las piernas se trasladó, casi a rastras, hasta la habitación de su hermana.

—¿Qué es eso tan urgente que tienes que resolver? —le preguntó a Eva, mirando al suelo para que no viera el lamentable estado de sus ojos.

—Todo, Juancito, todo. ¿A qué viniste acá? ¿A «coger» a todas las «minas» de este país? Te avisé de que no aguantaría una puta más. Te juro que me lo estás poniendo muy complicado. ¡No hagas que me arrepienta de no haberte mandado ya de vuelta! ¡Te pido por Dios que demuestres que somos un pueblo educado y no un pueblo de hijos de puta y milongueros como vos! —Eva estaba especialmente alterada. Entre sus molestias físicas y el comportamiento inapropiado de su

hermano, estaba a punto de explotar—. Trabaja un poco, que ya va siendo hora de que lo hagas. Siéntate, no te vayas a caer —le dijo visiblemente enfadada, señalando el escritorio de madera pintada de rosa que había junto a la ventana.

Justo en ese instante hizo aparición el padre Benítez. Se había quedado un momento en la iglesia de San José comentando los detalles del bautizo con los nuevos padres, pero en cuanto pudo se desplazó a El Pardo, tal y como le había pedido Eva. La etapa española era, sin duda, la más trascendental de la gira europea por la importancia de las relaciones históricas y económicas entre España y Argentina. Pero a Eva, personalmente, le hacían especial ilusión otras cosas. Más allá de las visitas a los modistas más prestigiosos y caros de París, soñaba con que la realeza británica le rindiera pleitesía o que el papa Pío XII le otorgara un marquesado pontificio o le hiciera entrega de la Rosa de Oro. Se trataba de una condecoración concedida por el sumo pontífice a personalidades católicas destacadas, como emperadores o emperatrices, reyes o reinas o duques. Y para conseguir todo esto había un duro trabajo diplomático que hacer.

—¿Cómo está, padre? Qué bien que haya venido justo ahora que mi hermano se incorpora a la charla —comentó Eva sin mirar a Juan—. El tiempo va pasando y hay que empezar a tomar decisiones. Tenemos aún muchos aspectos por cerrar, y las cosas llevan su tiempo. Primero, ¿qué sabemos de Inglaterra? Ya os he advertido de que, si no se me recibe en visita oficial, no voy.

—Ayer precisamente estuve hablando de este tema con nuestro embajador en Londres. Cholita —le dijo su hermano utilizando el apodo más usado por la familia—, ve haciéndote a la idea de que no va a poder ser.

—Si no hay rey, no hay viaje, ¿entendido? —dijo Eva con un evidente mal humor.

—Escucha. Al parecer Jorge VI y su esposa estarán de vacaciones en esa fecha.

—Vaya, ¡qué casualidad!

—Eva, por favor, ¡no me interrumpas! —exigió Juan Duarte. El comportamiento de su hermana estaba siendo el mejor remedio contra la resaca—. Sea por lo que sea, el Gobierno británico ya ha dejado claro que no acepta que la visita sea oficial. Parece que, además, desde el comienzo de la guerra en 1939, decidieron suspender todas las giras oficiales por motivos de austeridad.

—Ya. Pues que hablen con Franco. Aquí tienen menos dinero y no han escatimado en demostrarme cómo me quieren.

No había forma de calmar el orgullo de Eva. Aun así, su hermano seguía intentando negociar.

—Mira. A cambio ofrecen un amplio comité de recepción y un extenso programa de visitas. Además, la esposa del primer ministro se ha prestado amablemente a invitarte a un té. Incluso podría ser que, al final, la reina Isabel te recibiera también durante unos minutos.

Silencio absoluto. Eva, ofendida, tardó varios segundos en contestar:

—La mujer del primer ministro británico. ¿De verdad me estás diciendo que me quiere ver la esposa del primer ministro británico? ¡Si no sé ni cómo se llama, ni me importa! *Dejalo* ya. No pienso perder más el tiempo. ¡Hay que cancelar mi visita a Inglaterra ahora mismo!

Asunto zanjado. Todos asintieron con la cabeza para no calentar más el ambiente. Lo mejor de haber hablado de Jorge VI al principio fue que a partir de entonces todo sería más sencillo. O quizá no.

—Siguiente punto. Italia. Espero que aquí las gestiones hayan tenido más éxito. Creo que le toca hablar a vos, padre, que es quien se ha ocupado de esa gestión —comentó Eva mirando directamente a Hernán Benítez.

—Claro que sí, Eva. Como bien sabes llevo meses negociando la audiencia con el papa. —Decidió ahorrarse las escalas que estaban previstas en Roma, Nápoles o Milán a sabiendas de que lo que más le importaba a la esposa de Perón era lo que pudiera sacar del Vaticano—. Puedes estar tranquila, Eva. Las gestiones han dado sus frutos. El

pontífice te recibirá en la biblioteca del Vaticano. Es un sitio muy especial, ya lo verás.

—La verdad es que no me importa mucho dónde quiera recibirme. Lo único que quiero es volver a la Argentina condecorada con mi más que merecida Rosa de Oro. Supongo que el papa ya conocerá la importantísima tarea social que lidero. E imagino también que el sumo pontífice tendrá previsto darle a Perón la Gran Cruz de San Gregorio, ¿verdad? —preguntó retóricamente Eva, dando por hecho que no había otra respuesta que un sí.

—Aún no lo tengo confirmado, pero hay que tener fe.

—¿Fe, padre? ¿Ha dicho fe? No, padre, para esto no. Para esto hay que tener voluntad. Y aquí no caben boludeces. A mí el papa no me va a joder. Depende cómo él se porte, me portaré yo. Si quiere donaciones, estas serán proporcionales a lo que él me dé a mí. Voy a hablar con Alberto Doderó y le voy a decir que eso de entregar la donación antes de recibir el regalo, nada de nada. —Eva se refería a un acaudalado empresario argentino que asesoraba al matrimonio Perón en cuestiones financieras—. Primero hay que ver lo que te dan y, después, actuar en consecuencia. Y ya sé cómo lo vamos a hacer. —Quienes estaban en la sala se miraron temiéndose lo peor—. Le diré a Doderó que cuando salga de la entrevista me pregunte cómo ha ido. Si yo le digo que muy bien, es que el papa me ha hecho marquesa y tendrá que poner ciento cincuenta mil pesos. Si le digo que bien, significará que me ha dado la Rosa de Oro y tendrá que depositar cien mil. Y si por el contrario le digo regular, será que no he recibido nada y habrá que darle a ese miserable que vive en el Vaticano lo mínimo posible. ¿Qué os parece?

El padre Benítez no salía de su asombro.

—Eva, hija, las cosas no se hacen así.

—Las cosas, perdone que le diga, se hacen como uno quiere que se hagan. No entiendo por qué hay que tener tantos miramientos con ese señor.

—Hija, no es un señor cualquiera, es el papa.

—No me interrumpa, padre. Ayer mismo mantuve una charla con Franco sobre mi encuentro con Pío XII. Y se me ocurrió enseñarle la carta que había escrito para entregarle al pontífice. ¡Me la cambió entera! Que si no puedes dirigirte así a él, que si esta palabra no es apropiada, que si el papa está acostumbrado a otro lenguaje, que si tienes que controlar tus emociones... ¡che! ¡Ya está bien! A mí lo único que me emociona es el pueblo. *Mirá*, sinceramente creo que la inmensa mayoría de las jerarquías clericales padece una inconcebible indiferencia frente a la realidad sufriente de los pueblos. Solo excepcionalmente he visto entre los altos dignatarios del clero generosidad y amor. En ellos simplemente he visto casi siempre mezquinos y egoístas intereses con una sórdida ambición de privilegio.

—Eva, no creo que tus palabras denoten precisamente un interés real en conocer al pontífice. Si eso es lo que habías escrito en la carta al papa, puedo entender bien por qué Franco te la ha cambiado, y sinceramente, creo que ha hecho lo correcto en hacerlo —la interrumpió Benítez con voz tranquila y pausada, intentado que el comentario no enervara aún más a su amiga.

—Padre, entienda que no puedo ocultar mi decepción por el comportamiento de esas élites. Les reprocho muchas cosas. Muchas. Les reprocho haber abandonado a los pobres; a los humildes, a los descamisados... a los enfermos... y haber preferido en cambio la gloria y los honores de la oligarquía.

—Te recuerdo que estás ante un representante de la Iglesia, esa institución que ahora mismo estás destrozando con tus palabras.

—No, padre, no. No se equivoque. Yo soy y me siento cristiana, porque soy católica. Pero no comprendo que la religión de Cristo sea compatible con la oligarquía y el privilegio.

—Eva, hazme un favor —le pidió casi de rodillas el franciscano—, desahógate acá, ahora, como lo estás haciendo. Saca todos tus reproches en esta sala, pero, por favor, mantente callada cuando estés frente a Pío XII. ¿Crees que serás capaz? —le preguntó mirando a sus

oscuros ojos sin ninguna esperanza de obtener respuesta. Y en efecto, no contestó.

En ese momento Lillian, que había asistido en silencio a toda la conversación, llamó la atención sobre la hora que era. No es que tuviera una especial prisa, pero era una manera de salir de aquel callejón.

—Tienes razón, Lilliancita, pero aguanta un momento. —Tras echar un breve vistazo a las hojas que tenía sobre el escritorio continuó con su particular interrogatorio—: ¿Algo que decir sobre Francia? —En realidad, lo que más le importaba de ese país era la moda. Y como esa agenda iba a gestionarla ella directamente, no había más de lo que hablar—. Por cierto, se me olvidaba. Hay un asunto pendiente en nuestro viaje a Portugal. —Y mirando a su hermano, remató—: Juancito, he decidido que me reuniré con Juan de Borbón.

Eva volvía así a provocar. Sabía bien que no era buena idea, desde el punto de vista diplomático, entrevistarse con el jefe de la casa real española en el exilio.

—¿Lo sabe Perón? ¿Se lo has contado?

—No. Ni pienso.

—Sabes que no es lo más conveniente, después del trato que te está dando Franco estos días. No le sentaría nada bien que hablaras con él.

Las recomendaciones del hermano de Evita cayeron en saco roto.

—Yo iré donde me dé la real gana y haré también lo que me dé la real gana, ¿entendiste? No tengo que pedir permiso a nadie. Y si al gordo no le gusta lo que hago, que se aguante. Mala suerte.

—De acuerdo. No pienso decir nada más.

Juancito no estaba para muchas más discusiones y su querida hermana tampoco tenía su mejor día.

—Bueno. Se acabó. Ya se pueden ir porque hay muchas cosas que hacer —dijo Eva mirando a Lillian y al padre Benítez—. Juancito, tú quédate.

Todos obedecieron sin rechistar. Su amiga y su confesor salieron por la puerta de la habitación dejando a la familia a solas. Eva, que había estado de pie todo el tiempo, se sentó cómodamente sobre su cama. Lo que iban a tratar era en especial sensible. Alto secreto familiar.

—Juan, confirma cuando puedas nuestro viaje a Suiza. He hablado con Perón y todo está listo. Tienes que cuidar en concreto la estancia en Zúrich y en Ginebra. Será allí donde se produzca el encuentro. Ah, muy importante. Ni en pedo nadie debe saber que iremos a Suiza hasta que llegue el momento. Anteayer conseguí zafarme un rato de la compañía de esos boludos de los Franco y me vi con Hjalmar Schacht, ya sabes el que le llevaba las finanzas a Hitler y que tanto está ayudando a Perón en sus negocios. Ya ha cerrado también varios encuentros con Aristóteles Onassis y no sé quién demonios más para que nos asesoren bien sobre qué hacer. Perón insiste en sus cosas de negocios navieros y no sé qué boludeces más. Pero no perdamos de vista lo importante, y tú ya sabes de qué hablo. No hemos venido hasta Europa para perder el tiempo. Che, espabila, que allá en Suiza tenemos la misión más importante. Y por Dios, Juancito, sé discreto.

—Claro que sí. Estate tranquila. Hoy mismo estableceré contacto con los banqueros para fijar una cena con ellos. Nosotros nos alojaremos en el hotel Dolder de Zúrich, pero nos veremos con ellos en otro lugar. Previsiblemente en el hotel Baur au Lac de la misma ciudad, el próximo 8 de agosto. Pero ya te lo confirmaré.

—Sé cuidadoso. Ya he hablado con Perón sobre qué es lo mejor que podemos hacer, pero los detalles los cerraremos cuando estemos allí. Tú, de momento, ocúpate de que no haya sorpresas de última hora.

—No te preocupes. No debería haber problemas.

Al otro lado de la puerta alguien estaba escuchando la conversación. Un miembro del equipo de seguridad de Franco hacía la ronda pertinente por las instalaciones de El Pardo y no pudo evitar poner el oído. Las palabras de los hermanos Duarte parecían



confirmar lo que un conocido suyo le había contado cuando se enteró de que la primera dama argentina visitaría Europa.

—No te creas esos discursos de la lucha incansable por los pobres. Esta gente está podrida de dinero. Viven como reyes gracias al sistema corrupto que han implantado en las instituciones de su país, y sobre todo a las ingentes cantidades de lingotes de oro, joyas y dinero que los nazis donaron a Perón para asegurarse un asilo tranquilo en Argentina tras perder la Segunda Guerra Mundial. Dicen que a ese país fueron a parar hasta cuarenta mil millones de dólares que los nazis robaron a los judíos. Ni tú ni yo tenemos cabeza suficiente para imaginar tantos ceros.

Con este pensamiento, el vigilante optó por marcharse. Consideró que lo mejor era no saber nada sobre aquel asunto.

**E**l sol brillaba con fuerza en Madrid, y no era fácil aguantar más de dos minutos sin refugiarse en una sombra. Afortunadamente, los jardines de El Pardo tienen una espléndida vegetación que permite pasear durante un largo rato sin que apenas un rayo toque la piel. Muchas tardes, después de tomarse el café, Franco se desplazaba por los montes que rodean el palacio hasta llegar a su rincón favorito. Era su momento de soledad. No permitía que nadie le molestara mientras disfrutaba de una de sus aficiones favoritas: le encantaba pintar. Copiaba cuadros de artistas famosos, retrataba a su mujer e incluso llegó a hacer algún que otro autorretrato. Pero lo que más le gustaba eran los paisajes. Adoraba los grandes cuadros llenos de pequeños detalles que plasmaban con total fidelidad los distintos matices marrones de las cortezas de los árboles y la forma y el verdor de las hojas que nacían de las ramas. Durante su estancia en Marruecos, que tantos éxitos militares le valió, Franco había comenzado a interesarse especialmente por la pintura. Allí realizó varios óleos utilizando el seudónimo de Gironés. La estética del país le sirvió de fuente de inspiración para dar rienda suelta al que se convertiría en uno de sus principales *hobbies* junto a la caza. Tras ganar la Guerra Civil, y ya instalado en el palacio de El Pardo, se esforzaba en reproducir los paisajes que podía contemplar desde la inmensa extensión de montes que rodeaban su residencia.

Ese día había amanecido con un cielo despejado de un color azul intenso, ideal para ser plasmado en un óleo. Se afanaba por retratar el cielo despejado que lucía la ciudad y los frondosos árboles y arbustos que tenía a su alrededor.

—Papá, seguro que sabrás disculparnos —advirtió pizpireta Carmencita a escasos diez metros de distancia.

—Pero bueno, qué sorpresa es esta. Menuda excursión. —Franco apartó sus ojos del lienzo y comprobó cómo se acercaban hacia él su hija, su mujer, Eva, y Lillian—. Me asustáis. No sé qué pensar sobre esta inesperada visita.

—No pienses nada, papá. Solo quería que nuestras invitadas conocieran el lugar donde tomas las decisiones más trascendentales. Ya les he dicho que ni la sala donde reúnes a tus ministros ni tu despacho son tan importantes para ti como este sitio. Que aquí es donde te reúnes contigo mismo.

Eva rio la ocurrencia de la joven, que, aprovechando esos minutos de descanso antes de acudir a la cena con la que se despediría la argentina de Madrid, quiso compartir uno de los secretos de su padre. Carmencita se desvivía por agradar a su nueva amiga. Había quedado prendada de los encantos de la argentina. No había conocido a nadie que le despertara tantísima curiosidad. Incluso había momentos en los que soñaba con poder vivir las experiencias que acumulaba aquella mujer de carácter indomable. Estaba seducida por la figura de la esposa de Perón.

—Papá, venía diciéndole a Eva lo feliz que me ha hecho tenerla aquí, en casa, con nosotros. Su presencia ha supuesto un soplo de aire fresco, ¿no crees?

—Claro que sí, hija. Pero no quieras despedirla todavía. Aún le quedan unas horitas aquí en Madrid y luego podrás disfrutar más tiempo de su compañía en Barcelona.

—Sí, pero ya no estará aquí. Ya le he dicho que el palacio sin ella es bastante más aburrido —se sinceró Carmencita, mirándola con un gesto de complicidad.

—Muchas gracias, jovencita —contestó Eva, acariciándole el brazo—. Con las cosas que me dices, voy a tener que pensarme muy en serio la posibilidad de ampliar mi estancia acá —añadió mirando a Carmen Polo, a sabiendas de que no iba a recibir este comentario con demasiado entusiasmo.

Efectivamente, al escuchar esta frase, la mujer de Franco comenzó a hiperventilar. Ni en broma quería escuchar la posibilidad de tener que soportar más tiempo sus impertinencias.

—Cariño, Eva tiene muchos asuntos de los que encargarse en su país. Ya sabemos que es una mujer muy ocupada y comprometida —dijo con cierta sorna—. Seguro que su marido no estaría muy conforme con perderla de vista mucho más tiempo.

—Bueno, la verdad es que no sabría qué decirle —se adelantó a contestar la argentina—. Seguro que más tranquilo está sin mí, porque así no le toco las bolas. Pero diría que más inseguro también. Él se reúne, habla, negocia y decide. Y luego estoy yo para cambiarle los planes, ¿verdad, Lillian? —Su amiga optó por asentir sin demasiado entusiasmo—. *Mirá* —prosiguió, mirando a Carmencita—, nosotras, si nos lo proponemos, somos las que decidimos. Solo hay que dejarles creer a los hombres que ellos son los inteligentes, que las grandes ideas son de ellos. Así, nosotras mandamos y ellos no se dan cuenta. Les adulamos, ellos se crecen y nosotras nos salimos con la nuestra.

Eva hablaba con toda naturalidad de lo que en realidad hacía con su marido. Le conocía perfectamente y sabía cómo había que tratarle para que estuviera contento. Se refería a él como «mi líder» o «mi maestro». En público le dedicaba permanentes y exageradas odas para mantener alimentado el insaciable y evidente ego de su esposo. «Soy una enamorada del general Perón y de su causa», «No podría decir qué amo más, si a Perón o a su causa; que para mí es una sola cosa, todo es un solo amor», «La causa de Perón es la causa del pueblo, y Perón es la patria y es el pueblo». Y así se expresaba en todos sus discursos. De esta manera le mantenía tranquilo, aparentaba estar a su sombra para no despertarle celos, mientras en

la práctica manejaba cada vez más hilos dentro y fuera de la Casa Rosada.

—Si soy sincera, yo sé que el pueblo me quiere, y me quiere mucho. Los grasitas me lo hacen notar siempre que pueden. Me aplauden, me vitorean. Y sé que a Perón esas demostraciones de cariño le ponen celoso. De hecho, le gusta decir que me hizo él. Va contando por ahí que cuando me conoció yo era una chica de instrucción escasa, aunque trabajaba mucho y tenía nobles sentimientos. Que se esmeró mucho conmigo para llevarme por el buen camino y que yo soy un producto elaborado por él. Vamos, que no le gusta en absoluto compartir protagonismo. Y como lo sé, actúo ante él como se supone que debe actuar una buena mujer. Haciéndole creer que es él el que tiene todo el mérito.

Ante la confesión de Eva, se hizo el silencio en el monte de El Pardo. A Franco no le gustó nada lo que estaba escuchando. No podía ser que ese general amigo suyo, con el que mantenía tan buena relación y que sabía imponer su voluntad a los países más influyentes del planeta, fuera en realidad un pelele en manos de su esposa. Pero tampoco tenía ganas de entrar en una batalla dialéctica que no le iba a conducir a ningún lado. Por eso, ante las palabras de Eva, optó por seguir pintando. Carmen no quitaba la mirada del horizonte y Lillian prefirió hacer un ramo con algunas flores que iba encontrando a su alrededor. La única que atendía con una entrega absoluta, sin apenas pestañear, era Carmencita.

—Allá en la Argentina hay quien dice que en mi matrimonio yo soy el hombre y mi esposo es la mujer. Si eso significa que yo tengo mala leche y no me callo cuando alguien me incomoda, pues tendrán razón. Porque verá, quienes se atreven a poner trabas a las decisiones de Perón, se colocan a cuatro patas en mi despacho.

—Por Dios —se oyó decir por lo bajo a Carmen Polo mientras su hija no podía evitar la risa.

—Sí sí, no se asuste. No es una metáfora. Hace poco, quise llevar a algunos de los ministros de Perón a mi despacho para hablar de la justicia social. El tema, como puede imaginar, era muy delicado, pero

antes de entrar en faena quise ponerlos a prueba para comprobar el nivel de entrega que tenían hacia mí. Y para ello me inventé un juego. Agarré un bolígrafo y en mitad de la conversación que estábamos manteniendo, hice que la tapadera saliera despedida. Todos, sin excepción, se levantaron de sus sillas y se tiraron al suelo en busca de la pieza perdida. Conté hasta diez y simulé haberla encontrado en mi regazo. Todos se volvieron a sentar en sus asientos como corderitos. Fue divertido ver cómo esos pibes perdían la dignidad poniendo el orto en pompa solo por agradar a la mujer del presidente. —De repente se quedó mirando fijamente a Franco, que no sabía muy bien cómo reaccionar a esa mirada profunda que la argentina tenía ensayada desde sus años de actriz—. *Mirá*, conmigo no se juega. Ni conmigo, ni con Perón. La diferencia es que a mí no se atreven a chistarme. Cuando yo llamo a un ministro, no me tose. Y cuando llamo a tres, me hacen la reverencia. Y lo que digo es real. Es más, cuando es Perón el que se desinfla tras una reunión con su gabinete, yo me encargo de levantarlo con una patada en las bolas.

El contenido y el tono soez de la conversación estaban poniendo muy nerviosos a los anfitriones. Hasta el punto de que Carmen Polo no pudo evitar responder a pesar de sus esfuerzos por mantenerse callada.

—Querida Eva, las cosas no son iguales en todas partes. Y tampoco las personas. Por ejemplo, en España es mi marido el que ha ganado la guerra y yo me limito a alegrarme de sus triunfos y a sacar adelante a la familia. A educar a nuestra hija y a ocuparme de que todo esté en orden en nuestra casa. Ya se lo he dicho alguna vez. No es que mi trabajo sea menos importante, es que los hombres y las mujeres hemos sido creados para ocuparnos de cosas diferentes.

Carmen tenía muy interiorizada la educación impuesta por el franquismo, basada en los fundamentos del nacionalcatolicismo. Exaltaba los valores del patriarcado y la glorificación de la maternidad, colocando a las mujeres como meras productoras de hijos y responsables del cuidado de sus esposos. Los hombres explotaban la razón y las mujeres los sentimientos.

—Claro que sí. No defiendo que las mujeres renuncien a la familia. No me malinterprete. Lo que digo es que ellos no tienen por qué copar los puestos de poder. Nosotras debemos estar en lo público para mejorar las cosas. Llevar nuestra inteligencia emocional a las decisiones políticas. Nosotras somos capaces de ver injusticias donde ellos ven normalidad. Lillian me conoce bien —comentó señalando a su amiga que continuaba en busca de flores por el campo—, soy ambiciosa, claro que sí, y no tengo miedo a reconocerlo. Y le digo una cosa, no quiero desplazar a mi esposo, pero sí quiero ayudarlo de la manera más efectiva, aunque él no sea consciente de ello. Le voy a contar una cosa. Al poco tiempo de conocer a Perón, me dijo: pequeña *giovinota*, como solía llamarme en nuestros inicios, eres la única compañía sincera y leal de mi existencia. ¿Sabe? Me sentí pequeña, y decidí hacer lo imposible para acompañarlo de la mejor forma posible. Empezó a hablarme de sus ideales, de su lucha, de sus sueños... Y escuchando sus ilusionantes proyectos y tomando conciencia de sus crecientes enemigos, decidí que yo no estaba hecha para ser un ramo de flores que adorna el hogar. Noté que la lucha que se libraba en torno a él era demasiado dura, y su soledad en política casi infinita. Y decidí cambiar. Mi amor era demasiado grande para conformarme con ser simplemente un poco de alegría en su vida. Decidí tomar partido. Y escuche lo que voy a decir. Lucharé por ser algún día su vicepresidenta, por sentarme junto a él en el Consejo de Ministros, por ayudarlo desde el Gobierno a tomar las mejores decisiones, porque nadie mejor que yo le puede asesorar. Yo no busco en él interés alguno ni ansias de ocupar su puesto, como puede ocurrir con algunos de sus ministros. Como él mismo me confesó, es en mí en la única persona en la que realmente puede confiar.

—Eva, hay otras maneras de ayudar sin inmiscuirse en su trabajo —interrumpió educadamente la mujer de Franco.

—¿Cómo? ¿Esperándole pacientemente en casa a que termine su jornada de trabajo? ¿Sin tomar partido en los asuntos que afectan al pueblo, que también es el mío? ¿Dedicándome a organizar junto a otras damas festivos benéficos como hacen las mujeres de la

oligarquía, con el único objetivo de limpiar mi conciencia? ¿Qué ganaría yo con eso?

—Esas mujeres lo que buscan es ayudar. Lo importante no es cómo hacerlo, sino la finalidad —matizó la esposa de Franco mientras él hacía rato que había optado por impregnar el lienzo de diferentes tonalidades verdosas.

—Yo lo que quiero es que mi nombre figure alguna vez en la historia de mi patria. Pero no el nombre por el que me llama la gente poderosa, los hombres de gobierno, los dirigentes políticos, los empresarios o los intelectuales. Yo no quiero ser recordada como Eva. Mi deseo es ser recordada como Evita, como ya me ha bautizado el pueblo, mis descamisados. Y así me encargaré yo que sea.

De pronto la argentina miró al cielo como si hubiera recibido una señal divina. Se envolvió en un halo de misticismo y se creyó, como no lo había hecho hasta entonces, su papel de salvadora. Y aunque en su país ya había empezado a saborear las mieles del éxito, gracias sobre todo a su innata capacidad para movilizar a las masas, España estaba marcando un antes y un después en su personalidad. Su autoestima crecía en cada acto, en cada saludo, en cada aplauso que recibía. Empezaba a ser quien realmente quería ser. Empezaba a ser Evita.

—Escuchen bien lo que voy a decir. Y me da igual que suene pretencioso. —Tras el aviso, fijó su mirada en el horizonte y levantó sus manos para enfatizar el mensaje—: Quiero que de mí se diga, aunque no sea más que una pequeña nota, que hubo al lado de Perón una mujer que se dedicó a llevarle al presidente las esperanzas del pueblo, que luego Perón convertía en realidades. Y me sentiría de obra compensada si la nota terminase de esta manera: de aquella mujer solo sabemos que el pueblo la llamaba, cariñosamente, Evita.

La escena resultaba impactante. Era como si hubiera entrado en éxtasis. Nadie sabía muy bien qué añadir. La interpretación de la argentina estaba siendo magistral. Franco, Carmen, la hija de ambos y Lillian no podían apartar sus ojos de ella. Sus palabras sonaban a testamento. La idea de la muerte volvía, una vez más, a rondar en su



cabeza. Y aunque para ella era algo habitual, le sorprendía la cantidad de veces que durante su estancia en Madrid había experimentado la sensación de miedo a perder la vida.

—Me miran como si estuviera loca —alcanzó a decir, tras darse cuenta de que sus interlocutores eran incapaces de articular palabra alguna—. Vamos, habrá que moverse, digo yo. La última noche en Madrid nos espera.

Con el brazo derecho agarró a Carmencita, mientras que con el izquierdo hizo lo propio con su amiga Lillian. Las tres se perdieron entre la vegetación camino del palacio dejando atrás a un enmudecido matrimonio Franco.

**E**va tenía muy claro que quería impactar en su última noche en la capital de España. Había pedido a la embajada argentina que se encargara de organizar una cena de gala en honor al jefe del Estado español a la que asistieran las autoridades más importantes del país. El convite se celebraría en el mejor hotel de Madrid, el Ritz, situado en pleno centro de la ciudad y en cuyos alrededores se agolpaban miles de personas desde primera hora de la tarde para poder ver de cerca a esa mujer de la que tanto se hablaba y que estaba a punto de marcharse. Su despedida de Madrid, como el resto de su visita, iba a ser profusamente contada en toda la prensa. Y en los titulares volvería a destacarse la belleza y los encantos de los que hacía gala la esposa de Perón. Tenía que volver a brillar por encima del resto de las mujeres que sin fortuna intentaban hacerle la competencia. No albergaba dudas sobre el estilismo que luciría para la ocasión, pero quiso que Carmencita se sintiera implicada. A pesar de no llevarse muchos años, sentía una especie de instinto maternal hacia esa inocente joven que parecía incapaz de tomar alguna decisión sin el visto bueno de sus padres. A escondidas, la invitó a su habitación para que estuviera con ella mientras se arreglaba.

—Ven para acá, Carmencita —le dijo a su joven amiga mientras señalaba el armario en el que había colgado sus vestidos más llamativos—, ¿qué te parece si para hoy elijo este?

Eva hizo esta pregunta retórica mientras descolgaba el vestido de la percha y se lo ponía delante del cuerpo.

—Es maravilloso, ¡me encanta! —exclamó con un evidente entusiasmo la hija de Franco mientras trataba de imaginarse enfundada en tan lujosa prenda.

—*Mirá*, es un Dior creado solo para mí. Pero estaré encantada de compartirlo con vos cuando *querás*. En Barcelona mismo, antes de que me vaya de España —le dijo, guiñándole un ojo.

Carmencita no sabía muy bien qué decir y optó por tirar de su encantadora sinceridad.

—Sería estupendo poder ponérmelo, pero creo que a mí estos escotes no me sientan demasiado bien.

El vestido era una imponente creación del prestigioso diseñador francés al gusto de Eva: largo, con vuelo en la parte de abajo, de raso gris plateado y con un sensual escote palabra de honor que dejaba también al aire sus brazos firmes.

—¿Qué me *querés* decir? —preguntó casi a carcajadas la argentina—. ¿Que vos no *tenés* suficientes tetas para rellenarlo? —Carmencita sonrió mirando tímidamente al suelo—. ¡Pero si yo estoy más plana que vos! —dijo divertida Eva mientras deslizaba las dos manos sobre sus pechos—. Ven, te voy a contar un secreto que deberás guardar para siempre, no sea que se enteren tus padres y quieran castigarme por enseñarte cosas indecentes —añadió casi susurrando.

Se acercó hacia la cómoda en la que había metido algunas de sus prendas más íntimas. Abrió el segundo cajón, de los cinco que tenía el mueble, y sacó un par de medias.

—¿Ves esto? La mayoría de las mujeres las usan para cubrir sus piernas y protegerse del frío. Pero su uso más práctico es este otro. *Fijate* bien.

Eva arrugó una de las medias y se la introdujo en el lado izquierdo del sujetador. Después repitió la misma operación con otra media para meterla en el otro lado del sostén.

—¿Qué tal? ¿A que si vos fueras un hombre no podrías quitarme los ojos de encima?

Ambas lanzaron una carcajada que pudo oírse hasta la otra punta del edificio. Ni corta ni perezosa, Carmencita emuló a la argentina y, tomando las medias que le acababa de entregar la mujer de Perón, se las introdujo también en el sostén. El momento era digno de haber sido inmortalizado. Las dos mujeres se colocaron frente al gran espejo que había instalado en el vestidor y empezaron a contonearse como si fueran modelos. A Eva le encantaba observar el reflejo de su cuerpo mientras ponía posturas imposibles. Manos en la cintura. Movimiento de cintura hacia la derecha. Movimiento de cintura hacia la izquierda. Cuello hacia un lado. Cuello hacia el otro. Y en medio de las risas, Eva quiso compartir una confidencia más. Volvió a abrir el mismo cajón del que antes había sacado las medias y extrajo otra prenda poco glamurosa, pero muy efectiva.

—¿Sabés lo que es esto? —interrogó Eva a Carmencita mientras le mostraba una consistente faja de color carne—. Me la regaló una amiga muy querida que se empeñó en decirme que tenía un orto desproporcionado para el tamaño de mi cuerpo. Que era demasiado grande para lo delgadita que estaba.

Esa amiga no era otra que la folclórica española Concha Conde, esa que le ayudaba con sus asuntos monetarios en Europa y la introdujo en los círculos más exquisitos del mundo del espectáculo en Buenos Aires. Pero prefirió evitar pronunciar su nombre dada la escasa simpatía que se le profesaba en la familia Franco.

—Ella me regaló la primera y después no he podido dejar de usarla.

Carmencita miró curiosa la prenda. Dada la delgadez casi enfermiza de su madre, nunca había visto una faja en El Pardo. Le parecía imposible que una mujer con tanto *sex-appeal* como la argentina llevara debajo de sus faldas un artilugio como aquel. Pero lo que realmente le llamaba la atención de su nueva amiga no eran los complementos con los que pudiera adornarse, o que le ayudaran a

sacar el máximo partido a sus cualidades naturales, sino la piel casi transparente que lucía.

—Eva. Me dijiste poco después de llegar a España que tu pelo era tan negro como el mío pero que te lo teñías de rubio. Y tengo una curiosidad, ¿cómo se puede tener una piel tan blanca teniendo un cabello tan oscuro?

No era la primera ni la segunda vez que interrogaban a Eva sobre la calidad de su cutis. Pero nunca antes había dado tantas explicaciones sobre los motivos que la llevaban a lucir una piel tan llamativa. Eva invitó a Carmencita a sentarse en el banco de terciopelo granate que había en el centro de la estancia. Carmencita empezó a sentirse mal. No pensaba que una pregunta tan inocente como la que había hecho requiriera un momento de tanta seriedad.

—Todo ocurrió hace ya mucho tiempo. Tanto que yo solo tenía cuatro años. Mi madre estaba preparando la cena y yo aparecí por sorpresa en la cocina. Empecé a enredar, como hacen las niñas de esa edad, metiéndome por debajo de sus piernas. Ella perdió el equilibrio justo cuando tenía en la mano la sartén que contenía aceite hirviendo. La mala suerte hizo que el líquido fuera a parar íntegramente a mi cara.

—¡Qué horror! ¡Pobre! —se lamentó Carmencita, llevándose las manos a la cara.

—Sí, terrible. En los días posteriores al accidente mi rostro de niña empezó a oscurecerse, como si se fuera carbonizando poco a poco. Una costra negra se hizo fuerte en mi cara y durante meses lucí una especie de careta que solo dejaba asomar mis ojos. Mi familia estaba convencida de que me quedaría así para siempre, pero se obró el milagro. Como por arte de magia, una mañana me levanté sin rastro de la costra y con la piel más blanca que nunca hayas visto.

Eva quiso enfatizar sus palabras tocando su cara con las yemas de los dedos.

—¿Te acuerdas de todo eso? Supongo que fue un momento dramático, difícil de olvidar, aunque... eras demasiado pequeña, ¿no? —preguntó extrañada la hija de Franco.

—Sinceramente, yo no me acuerdo de nada de esto que te estoy contando. Fue mi hermana Erminda la que me explicó años después lo que me había sucedido. Se lo contaba a todo el mundo como si yo tuviera poderes sobrenaturales. No hay ningún documento que acredite que aquello fuera verdad, pero... qué más da, ¡me encanta ver la reacción de quienes escuchan esta historia tan increíble!

—Claro. Es que realmente lo es —apostilló muy seria Carmencita.

—Pues toda para ti. No me importa que la utilices. Hazla tuya y cuéntasela a quien quieras, como si fueras la protagonista —le sugirió la argentina mientras le guiñaba un ojo—. Y ahora, ayúdame a buscar el mejor complemento para este vestido tan espectacular. Bastante mala fama tengo ya como para llegar tarde a la cena que le ofrezco a tu padre.

No hubo mucho que debatir. La rubia argentina se lanzó a por un exuberante collar de brillantes que cubría prácticamente todo el cuello.

—¿Te gusta? —preguntó a Carmencita mientras se lo colocaba.

—¡Es maravilloso!

—Es un regalo de uno de los diseñadores más famosos de mi país. A ver si vas a creer que solo a tu madre le regalan perlas esos joyeros que la quieren tener contenta.

No tenía remedio. Las palabras volvían a salir por su boca sin ser procesadas antes por su cabeza. Pero no le importaba en absoluto. Le gustaba ser así. Carmencita hizo gala de su prudencia y optó por no darle mayor importancia al comentario. Se despidió amablemente de Eva, y acto seguido se dirigió hacia el oratorio del palacio donde le esperaba Carmen Polo para rezar juntas.

A las nueve en punto de la noche la comitiva salía de El Pardo camino del hotel Ritz. Era una fecha y una hora para recordar porque por primera vez Eva respetaba el horario que se había fijado. Era ella quien ofrecía la cena en honor a Franco y quiso demostrar que también era capaz de cumplir a la hora de ejercer como anfitriona. Como era habitual, a la salida del complejo y durante el recorrido en coche por las calles de Madrid, les acompañaban decenas de soldados. Desde el primer día de su llegada a España, la argentina miraba con curiosidad a aquellos hombres morenos, ataviados con pomposos uniformes que acompañaban a Franco en todos los desplazamientos.

—General, no se lo he preguntado hasta ahora, pero me puede la curiosidad. ¿De dónde ha sacado a estos muchachos tan aparentes que no le dejan solo ni para ir al lavabo?

Franco sonrió ante la inesperada pregunta de la argentina.

—Es la Guardia Mora, un cuerpo de élite formado por soldados marroquíes. Son los mejores hombres que integraban el Ejército de África. No les tiembla la mano a la hora de actuar. Lo demostraron en la Guerra Civil y ahora lo hacen cuidando de mí y de mi familia.

—¡Qué exótico! —exclamó Eva mientras giraba la cabeza hacia la ventanilla para saludar a quienes se paraban para ver pasar la comitiva.

A su llegada al fastuoso hotel Ritz, en el que se alojaban algunos de los acompañantes de Eva en su estancia en Madrid, se agolpaban en la puerta decenas, cientos de mujeres que copiaban con mayor o menor éxito la estética de la argentina. Muchas se habían teñido el pelo de un rubio similar y se habían recogido el cabello con llamativos moños, aunque mucho más sencillos que el enrevesado recogido que en esta ocasión lucía ella. Para completar la copia, casi todas habían adornado sus labios con el característico y sensual color rojo que se había convertido en una de sus señas de identidad. En solo unos días de estancia había conseguido erigirse en todo un icono de la moda y un referente para las mujeres españolas, que trataban de imitarla dentro de sus posibilidades con más o menos acierto.

En el gran salón comedor, donde iba a celebrarse la cena, esperaban ya el embajador argentino, prácticamente todos los ministros españoles, el presidente de las Cortes, diplomáticos, marqueses, condes... lo más granado de la sociedad española del momento. Todos ellos hombres, acompañados en buena parte por sus mujeres, que no podían ocultar la curiosidad que les despertaba aquella actriz, venida a más, que había atravesado el Atlántico para ayudar a una sociedad que no estaba representada en ese poco austero ágape.

La cena no fue especialmente entretenida a pesar de los esfuerzos de la orquesta por amenizar la velada. Lo que de verdad deseaban todos los presentes era trasladarse al salón anexo donde, ya sin la rigidez que impone el protocolo, podrían departir más tranquilos con la argentina.

Carmen Polo había recibido infinidad de peticiones de las invitadas para que fueran convenientemente presentadas. Y así lo hizo tras avisar del expansivo e impredecible carácter de la esposa de Perón.

—Querida —le dijo la mujer de Franco, nada más terminar los postres, con un tono más protocolario que afectuoso—, me gustaría que conociera a las esposas de algunos de los hombres más importantes de España.



—Claro que sí, será un placer. Un país tan fantástico bien merece tener a unas mujeres igual de fantásticas —contestó una diplomática Eva.

Carmen comenzó a pronunciar los nombres y los sonoros e interminables apellidos de las invitadas. Seis elegantes mujeres que habían formado un corrillo alrededor de la argentina. Estaban encantadas de poder ver de cerca a quien por su físico y su carácter despertaba tanto interés. Tras los pertinentes saludos, fue Eva la que comenzó a hablar:

—Gracias por aceptar la invitación a esta cena. Ya sabrán que son mis últimas horas acá y no podía irme de Madrid sin compartir una velada con tan distinguidas personalidades.

—Es usted muy amable. Pero somos nosotras las que estamos encantadas y agradecidas. No sé si es consciente de la expectación que ha levantado su visita. No se habla de otra cosa en todo Madrid. Somos unas privilegiadas por poder compartir con usted esta velada —aseguró la más joven del grupo, que rondaba los cincuenta y cinco años.

—Bueno, vamos a dejarnos ya de piropos, que nos va a dar una subida de azúcar —respondió, ante la perplejidad de quienes la escuchaban—. Bueno, díganme, ¿a qué se dedican? Ustedes ya saben a qué he venido yo, pero yo no sé qué hacen ustedes.

El comentario de Eva hizo temer a Carmen lo peor. Educadamente cada una de ellas comenzó a hablar sobre sus actividades centradas en la familia y en las obras de caridad.

—Durante estos días habrá podido observar lo necesaria que es la ayuda —continuó hablando la más locuaz del grupo—. Hay muchas familias pasándolo mal y nosotras, dentro de nuestras posibilidades, organizamos una serie de eventos con el objetivo de recaudar fondos para paliar esas necesidades.

—Nos faltan horas en el día para desempeñar esta labor solidaria, pero todo esfuerzo es poco si se trata de alimentar a quien se está muriendo de hambre —apuntó la más tímida del corrillo.

—Está bien, está bien. No hace falta que sigan —interrumpió de forma brusca la argentina—. Cuando no hay nada que hacer, esa es una buena manera de entretenerse. Y siempre pueden presumir de ser unas buenas samaritanas.

El comentario dejó descolocadas a las damas de la alta sociedad que empezaban ya a arrepentirse de haber mostrado tanto interés por conocer de cerca a la argentina.

—Querida —dijo la mayor con evidente familiaridad—, no se trata de presumir de nada. Simplemente nos preocupamos por los pobres. Comprenderá que se trata de una labor encomiable.

—Claro, claro —contestó Eva con un toque de ironía—. Disculpe, ¿me podría recordar su nombre?

—Ana Méndez-Cifuegos de Sagel.

—Vaya. Por el sonido de sus apellidos debe de ser una persona muy importante. Me recuerdan mucho a los de una de las integrantes de la desaparecida Sociedad de Beneficencia de mi país.

—¿Desaparecida? ¿En su país ya no tienen Sociedad de Beneficencia? —preguntó asombrada Méndez-Cifuegos.

—Bueno, más que desaparecida ha sido disuelta. La disolví yo.

Las seis mujeres, junto a Carmen Polo, se echaron las manos a la cabeza. Resultaba inverosímil lo que Eva acababa de decir.

—Decidí hacerlo tras una discusión con su presidenta. Una tal Mercedes Ortiz de Achaval-Junco. Un nombre que suena agrario y terrateniente, ¿verdad? Huele como a bosta de vaca.

Todas las mujeres que estaban escuchándola, sin excepción, abrieron los ojos y contuvieron la respiración ante tal comentario. Estaban oyendo a toda una primera dama haciendo alusión a los excrementos vacunos para referirse a una noble mujer volcada en los más necesitados.

—No se asusten. Ya se lo dije a ella a la cara la primera vez que fue a visitarme a mi residencia, acompañada por otras damas de renombre. —La explicación dejó aún más perplejas a sus interlocutoras—. Hacía poco que Perón había tomado posesión como presidente. Llegó dispuesta a decirme que yo no podía presidir esa

institución, a pesar de que siempre la había encabezado la esposa del jefe de la nación. Empezó a pronunciar una lista interminable de boludeces, como que yo era demasiado joven y que el criterio solo se ganaba con los años y la experiencia. Pelotudeces sin ningún sentido. Les contesté que, si era eso cierto, eligieran a mi madre, que ella tenía los años suficientes para ser una señora sensata. —Eva continuó hablando con un tono cada vez más alto y cargado de ira—: No me querían en esa sociedad oligárquica y clasista porque me consideraban una trepadora. Una ignorante, una cualquiera que había utilizado sus encantos como actriz para liarse con hombres influyentes y ascender gracias a ellos.

Nadie se atrevía a intervenir. Todas la miraban sin saber qué cara poner.

—Tuve que demostrarles que no tenía ningún interés en entrar a formar parte de ese círculo cerrado y burgués que ellas representaban. Así es que les dije que no las necesitaba. Es más, dejé claro que eran mis enemigas y las invité a salir cuanto antes de mi casa para no volver jamás.

Tras el desahogo de la argentina, Carmen Polo se animó a hacer una escueta pregunta:

—¿Y de ahí vino la decisión de disolver esa institución, la Sociedad de Beneficencia?

—Sí, de esa conversación. Les dije que se acabó. Que el pueblo ya me tenía a mí. Que los pobres ya no necesitaban de más limosna oligárquica.

Quiénes la escuchaban no podían creérselo. Más preparada para escuchar aquellos exabruptos estaba la esposa de Franco, que ya había advertido a sus acompañantes de la incontenible locuacidad de su invitada.

—Se hace tarde —se atrevió a decir Carmen, rompiendo el silencio que se había apoderado del grupo.

—Sí. Les agradecería que me dejaran unos minutos para poder hablar con alguien más.

Sin más comentarios desapareció entre la multitud que abarrotaba el salón, satisfecha de haber vuelto a demostrar quién y cómo era la primera dama de Argentina.

**E**l viaje estaba resultando extenuante y apenas acababa de empezar. Eva se sentía cansada, agotada físicamente. Pero el interés que despertaba allá donde iba y, sobre todo, las muestras de afecto que le brindaban los ciudadanos españoles la llenaban de vitalidad.

A las siete y media de la mañana Lillian llamó a su puerta para advertirla de que se hacía tarde.

—Señora, despierte. Nos vamos de Madrid.

La dama de compañía no podía ocultar su alegría. No porque se sintiera mal en la capital de España, todo lo contrario. Había hecho buenas migas con Carmen Franco y había disfrutado enormemente de todos los actos que se habían organizado en honor de su amiga. Estaba feliz porque concluía la primera etapa del viaje, e iba quedando menos para regresar a Argentina y estar de nuevo con su esposo y, sobre todo, con sus hijos.

—Lilliancita, ¿por qué no entras a la habitación y me ayudas a vestirme?

La pregunta sorprendió mucho a Lillian, que estaba notando cómo en los últimos tiempos Eva demandaba más ayuda y atención de lo que era habitual.

—Por supuesto, señora, ¿qué necesita? —dijo mientras entraba en la estancia.

—¿Sabés una cosa? He soñado toda la noche con Perón.

—Es normal. Llevan ya muchos días separados y es lógico que le eche de menos. Los sueños son muchas veces un reflejo de nuestras inquietudes, de nuestras preocupaciones o de pequeñas obsesiones que fluyen por nuestras cabezas.

—Ya. Entonces, ¿cómo interpretas que haya soñado con la primera mujer de Perón?

—¿Con Aurelia Gabriela?

—Claro, Lillian, con quién va a ser. Si yo soy la segunda, ella tiene que ser la primera.

Era uno de esos días en los que Eva se molestaba con demasiada facilidad. Lillian prefirió no darle mayor importancia al comentario. Para eso, pensó, están las amigas.

—¿Y qué es lo que ha soñado exactamente, señora?

—Con su enfermedad —dijo rotunda la primera dama argentina—. No es justo que alguien muera tan joven. Dios no debería permitirlo. Es verdad que su muerte me dejó vía libre para conocer a Perón, pero... —Eva guardó silencio durante unos segundos—, con treinta años una muchacha no puede morir.

—Es cierto, señora, pero acaba de decirlo. Dios decide por nosotros y considera cuándo es el mejor momento para que nos vayamos.

—Ya. Pero no es justo que lo permita y que lo haga además con tanto sufrimiento. Perón me contó que fue muy duro, que esa enfermedad que se instaló en su útero la destrozó por dentro.

Eva se negaba a pronunciar la palabra *cáncer*. Le provocaba escalofríos.

—Sí. Es terrible. Pero no le dé más vueltas. La vida es así. Unos se van y otros nos quedamos para ocuparnos de que esto funcione. Y vos se quedará mucho, muchísimo tiempo porque Perón y la propia Argentina la necesitan. Aparte ya de su cabeza tantos miedos. ¿No se ve? Está lindísima. Cada día se levanta más bonita. Pero hay algo que le tengo que decir —advirtió visiblemente preocupada—. Debería pensar en comer un poco más porque en cualquier momento va a

desaparecer. Tiene que cuidarse más, por usted y por Perón. Su marido la necesita.

Desde hacía tiempo, Lillian veía con inquietud la pérdida de kilos que estaba experimentando Eva y su creciente obsesión por quienes habían sufrido una muerte temprana.

—¿Tú crees, Lilliancita, que Perón realmente me necesita para algo?

—¿Qué pregunta es esa? ¡Pues claro! ¡Cómo no la va a necesitar! Me lo imagino a esta hora llorando por las esquinas esperando su regreso. Sinceramente, no creo que le dé motivos para desconfiar de sus sentimientos.

—No sé. Hay veces que me siento incomprendida. Noto que ha cambiado y tengo la dolorosa sensación de que mis logros a veces le molestan. Recuerdo cuando le conocí en aquel festival benéfico. Fue un día maravilloso, por todo. Porque le conocí a él, pero también porque por primera vez fui consciente de mi propio potencial, de todo lo que yo podía hacer si me lo proponía. Simplemente comenté que debíamos ir a pedir ayuda a los lugares en los que se reunía la gente de dinero. Que eran ellos los que debían aportar la plata para atender a los damnificados del terremoto de San Juan. ¿Sabés, Lilliancita, lo que me contestó Perón? Que ya que había sido yo quien tuvo la idea, debía ser yo quien la convirtiera en realidad. Le contesté que eso precisamente es lo que pensaba hacer. No pude disimular el impacto que me produjo conocerle y le prometí que si, como él decía, la causa del pueblo era su propia causa, por lejos que fuera y por grande que pudiera ser el sacrificio, yo estaría siempre a su lado.

—Y ahí está. Compartiendo vida y proyectos con él. ¿Qué motivos hay entonces para desconfiar?

—Temo lo que pueda estar haciendo en estos días de ausencia. No me gusta dejarle solo tanto tiempo. Hay veces que parece que le falte sensatez y me asusta que pueda meterse en algún lío. Es demasiado confiado. Sin darse cuenta, puede estar dando argumentos a la oposición o a esos voceros deseosos de escándalos para acabar con nuestro gobierno.

—Deje de imaginar tanto. Ya le digo yo lo que está haciendo a esta hora el presidente: trabajar sin parar para sacar adelante el país, que no es poca cosa. Y deje ya de pensar cosas extrañas, que al final no nos iremos nunca de aquí —apremió mientras señalaba la puerta del baño que estaba en el interior de la habitación.

Eva ignoró el gesto y siguió hablando:

—¿Sabés lo de Perón?

—Sé muchas cosas —dijo Lillian, intentando quitar tensión al momento—. ¿A qué se refiere exactamente, señora?

—A lo que ocurrió cuando me fui a vivir con él.

—No tengo ni idea.

—No llevábamos demasiado tiempo, pero nuestro amor y nuestra pasión fue tan fuerte al principio que no soportábamos la idea de separarnos. Bueno —matizó—, sobre todo yo. Así es que me presenté en la casa en la que él vivía por aquel entonces, en la calle Arenales esquina con Coronel Díaz, en la zona de Recoleta. Solo me llevé una pequeña valija en la que cabían las cosas imprescindibles para la nueva vida que iba a iniciar. Llamé a la puerta y me abrió una jovencita. Era mucho más pequeña que yo. Aparentaba ser prácticamente una niña. Se llamaba María Cecilia Yurbel, aunque la llamaban la Piraña. Nunca supe el motivo de ese apodo. Lo que sé es que Perón la había traído de Mendoza para que viviera con él. El caso es que ella me abrió, le pregunté por el coronel que en ese momento era secretario de Trabajo, y enseguida apareció él. No le dejé ni siquiera saludar. Entré a la residencia y le pedí que aquella chica se marchara inmediatamente. ¿Por qué?, me preguntó. Porque desde hoy la única joven que entrará aquí cada día seré yo, le contesté. Él trató de convencerme de que aquella niña solo estaba allí para echarle una mano con las cosas de la casa, pero no le creí. Nací con un sexto sentido para captar algunas señales y aquello no me gustaba un pedo. Así es que insistí para que se marchara. Lillian, no sabes cómo se puso Perón. Le dije: *Dejate* de joder y dile que se marche, que te voy a enseñar cómo es una mujer de verdad.



Lillian estaba asustada por lo que acababa de escuchar. Por un lado, le apetecía conocer más detalles de esa historia. Pero, por otro, como mujer educada y discreta que era, no podía mostrar mayor interés. Pero el impulso fue irrefrenable.

—¿Y qué hizo? —preguntó, casi avergonzada, la dama de compañía.

—Él nada. Fui yo la que de un empujón la eché de esa casa para siempre. Esa noche le enseñé al general lo que ninguna muchacha le había enseñado hasta entonces.

En ese momento Eva se recolocó. Miró el reflejo de su cara en el espejo que había encima de la mesilla. Se atusó el pelo y decidió que ya estaba bien de confesiones por el momento. A menudo le ocurría que, tras hablar durante largo rato sobre sus vivencias más íntimas, daba por zanjada la conversación ante la más mínima interrupción del interlocutor. Era como un aviso de que estaba hablando de más.

—Lillian —le dijo a su amiga, abandonando ya el tono de confesión que había utilizado hasta aquel momento—, avisa ya mismo a Julito para que venga a hacer lo que pueda conmigo. Quiero irme de esta ciudad aún más guapa de lo que llegué.

—Claro, señora. Eso no será difícil.

Obediente, abandonó la habitación boquiabierto, sin poder dejar de pensar en todo lo que había escuchado en boca de la propia Eva.

El reloj del comedor de El Pardo marcaba las nueve y media de la mañana cuando Eva apareció para desayunar. En la sala esperaban Francisco Franco, Carmen Polo, su hija Carmencita, Juan Duarte y Lillian. A las diez estaba previsto un encuentro con los jefes de las misiones diplomáticas acreditadas en Madrid que se iban a desplazar hasta el palacio para despedirse de la primera dama argentina, antes de que abandonara la capital a primera hora de la tarde. A pesar del trabajo de su peluquero Julio Alcaraz y del cuidado maquillaje que lucía, Eva estaba especialmente pálida y ojerosa. Ni siquiera el elegante y favorecedor vestido de seda color lila con lunares blancos que había elegido para ese día conseguía mejorar su aspecto

—Querida, ¿de veras se encuentra bien? —preguntó la esposa de Franco, mostrando una sincera preocupación—. Creo que sería buena idea que antes de subir al avión la viera el médico. Con una simple pastilla seguro que se sentirá mejor.

—Agradezco su interés, pero cuanto más lejos estén esos matasanos mucho mejor.

—No hay manera de que cambie de opinión —dijo visiblemente enojado Juan Duarte—. Se le han metido cosas raras en la cabeza y no hay manera de que la toque un médico. Ni siquiera para una simple revisión.

—Qué revisión ni qué boludeces. Lo que vos *querés* es que esos tipos se inventen algo y yo os deje a todos tranquilos. Pues no lo van a conseguir —contestó mientras se llevaba la taza de mate caliente a la boca.

—Para empezar, lo que tiene que hacer es comer algo más. Y para continuar tengo que llevarle la contraria. Los médicos no están para quitarnos de en medio, sino para que vivamos más y mejor. Qué sería de mí si no me vigilaran de cerca —apuntó Franco, tratando de convencerla.

—Pues le aconsejo que no sea tan confiado. No sé acá, pero en Argentina los médicos parecen todos de la oposición. Te dicen cosas malas para que dejes de trabajar y cedas terreno al contrario. Pero conmigo lo tienen claro. No me pondrán una mano encima hasta que dé el último suspiro.

Ante tal contundencia, quienes la escuchaban optaron de nuevo por callar. Ya era mayorcita para decidir lo que era mejor para ella. Tras el desayuno se reunió con los embajadores, y tras ese encuentro se negó a comer. A su malestar general se unía también el nudo en el estómago que se le había formado por tener que subirse de nuevo a un avión. Aprovechando que era domingo convenció, no sin esfuerzos, a su hermano para que le acompañara a conocer el Rastro madrileño, un conocido mercadillo donde podían encontrarse toda clase de baratijas y objetos de segunda mano, y en el que esperaba disfrutar intentando mezclarse entre la multitud como una compradora más. Pero no tuvo éxito. Las empobrecidas ropas de los vendedores y clientes contrastaban con la elegancia y la calidad del vestuario de Eva.

—Cholita, te dije que no era buena idea venir así a este lugar —le recordó Juan Duarte mientras se esforzaba en abrir paso entre los curiosos que se agolpaban para tocar y besar a la argentina.

—Juancito, ya lo sabes. A los pobres les gusta verme así —repetía como un mantra cada vez que alguien hacía alusión a su aspecto.

Les costó salir de allí, pero gracias al empeño de su hermano consiguieron estar a tiempo en el palacio de El Pardo para desplazarse

al aeropuerto. Eran las cinco y veinte de la tarde cuando comenzó a llegar a Barajas la caravana de coches que transportaban a Eva, a Franco y a toda la comitiva oficial. Como ya ocurriera a su llegada, miles de personas —hombres, mujeres, niños y niñas— abarrotaron las calles por las que pasaban los vehículos. En su recorrido la argentina pudo ver cómo atendían a una joven que, empeñada en verla lo más de cerca posible, había caído de la farola a la que estaba subida. El golpe le dejó la nariz rota, un brazo fracturado e innumerables moratones por todo el cuerpo. Apenas se quejó. La ocasión, pensaba, merecía el riesgo. El aeródromo había vuelto a vestirse de gala y los pañuelos blancos volvían a ondear en las manos de quienes habían podido entrar a despedirse. El régimen franquista demostraba una vez más que todo era poco para agradecer la visita de la primera dama argentina y, sobre todo, la ayuda ofrecida por Juan Domingo Perón. Cuatro millones de dólares había destinado Franco para agasajar a esa mujer agitadora e irreverente que no hacía más que protagonizar desplantes. Una inversión extremadamente dolorosa para un país hundido en la más absoluta miseria, pero que el jefe del Estado consideraba necesaria para contentar a quien tanto había hecho contra el aislamiento español.

Se habían instalado de nuevo cientos de banderas españolas y argentinas, la banda de música interpretaba los himnos de ambos países y la batería de un regimiento de artillería lanzaba salvas al aire. La multitud volvía a gritar los nombres de Franco y Perón, mientras los besos y abrazos se multiplicaban en la pista donde esperaba el avión que trasladaría a Eva a otras ciudades españolas.

—Descansen estos días de mi presencia, que ya me han aguantado bastante —dijo con sorna la argentina, mirando a Carmen Polo. La mujer de Franco había vuelto a elegir un sobrio y triste vestido negro para despedir a la primera dama argentina, aunque extrañamente lo había acompañado en esta ocasión de un llamativo gorro de flores de colores que no pasaba inadvertido por su aparatosidad y por el parecido que guardaba con el que había elegido Eva.

—No diga eso. Ha sido un verdadero placer compartir nuestra casa con usted. Pero le recuerdo que aún no se ha librado de mí. En unos días volveremos a vernos en Barcelona —contestó diplomáticamente Carmen, temblando por el solo hecho de pensar que debía reencontrarse con aquella mujer que tan nerviosa le ponía.

Carmencita interrumpió la conversación para desear un buen viaje a su flamante amiga:

—Cuento ya los días para que nos volvamos a ver. ¡Lo he pasado tan bien contigo! Espero que compartamos muchas más cosas en los días que nos quedan en Barcelona.

—Muchas gracias por tanta amabilidad, Carmencita. Tenemos más conversaciones pendientes —le dijo mientras le guiñaba un ojo—. Y vos, ¿qué me decís? ¿No me dejará tirada al final del viaje? —le dijo a Franco con una sonrisa pícaro, provocando de nuevo el enfado de su esposa.

—Por supuesto que acudiré a verla. Hasta tal punto tengo interés, que incluso montaré en un avión para que compartamos unas horas.

Franco tenía verdadero pánico a volar. Tanto o más que la propia Eva.

—Si yo he podido superar el trauma de montar en uno de estos aparatos, un hombre tan valiente como vos no puede quedarse atrás. —En ese momento la tripulación invitó a los pasajeros a entrar en el avión—. Queridos, no se me vayan a deprimir, que aún no me voy de España. Nos veremos en unos días.

Tras pronunciar estas palabras, Eva subió las escalerillas. Antes de entrar en el aparato buscó discretamente la cámara del NO-DO que grababa cada uno de sus pasos, y se despidió con su personal movimiento de brazos mirando de reojo al objetivo. Ante él coqueteó, consciente de que sus imágenes serían vistas por miles, quizá millones, de personas. Además, los periodistas españoles no eran como los que tenía que sufrir en su país cuyo único objetivo, decía ella, era buscar cualquier fallo por pequeño que fuera para poder descalificarla. Minutos después, ocupó uno de los asientos del avión que estaba pegado a la ventanilla. A ella se asomó para ofrecer una

amplia sonrisa de despedida. Casi tan expresiva como la que lucía la mujer de Franco mientras despegaba el DC-4 de la compañía Iberia en el que se marchaba la argentina.

—Paco, se acabó —ordenó a su marido una vez que el avión había abandonado la pista—. Nunca más, ¿me oyes?, nunca más me pidas que acojamos en nuestra residencia a alguien que no sea de la familia. La próxima vez que te empeñes en traer a España a algún jefe de Estado o a sus mujeres busca otro lugar para que duerman. Con esta arrabalera he tenido bastante. En mi casa ya no entra nadie más.

Y así fue. Nadie volvió a compartir techo con la familia Franco. La paz palaciega que reinaba en El Pardo no volvió a verse alterada, para desgracia de Carmencita.

Los siguientes días fueron más fáciles de llevar para Eva, sin la tensión que le provocaba la permanente compañía de los Franco. Pero la agenda que le habían diseñado seguía siendo extenuante. En pocas jornadas recorrió de punta a punta Granada, donde su hermano volvió a hacer de las suyas perdiéndose entre las callejuelas en compañía de toda mujer que se le acercara; en Sevilla, donde asustó a toda la comitiva tras sufrir un desvanecimiento provocado por el calor y por el agotamiento que acumulaba tras tantas jornadas sin descanso; en Huelva, donde fue recibida con una maravillosa lluvia de flores y de donde se llevó un vistoso y carísimo mantón de Manila que luciría después en numerosos actos; en Santiago de Compostela, donde se le impuso la Medalla Mayor de la Archicofradía del Glorioso Apóstol Santiago; en Vigo, de donde no pudo llevarse el costosísimo broche de platino y brillantes del que se había enamorado tras vérselo puesto a una mujer en el Club Náutico; y en Zaragoza, donde tuvo un recibimiento especialmente efusivo y donde Eva perdería para el resto del viaje a su principal aliada por culpa de su creciente ego y su incontrolable mala educación.

Para agradecer la escala que Eva había hecho en la capital maña, su ayuntamiento había preparado una cena en su honor en el palacio de la Lonja, un magnífico edificio de estilo renacentista que nunca había lucido tan espléndido como aquella noche. La cena estaba

prevista a las diez, pero para no renunciar a sus costumbres Eva no llegó hasta la medianoche. Su entrada fue apoteósica. Para esa noche eligió uno de los diseños más sensuales que llevaba en su extenso equipaje: un vestido largo de raso azul celeste que dejaba al descubierto los brazos, hombros y cuello. Demasiado para lo que se veía en España en aquella época y más tratándose de una capital de provincia. Sobre el traje se puso una llamativa piel de armiño blanco, que en cuestión de segundos se quitó.

—Señora, no sabe cómo le agradecemos que haya tenido la deferencia de aceptar la invitación del pueblo de Zaragoza. Es un honor extraordinario contar con su presencia entre nosotros.

El alcalde se deshacía en halagos hacia la argentina a su llegada al recinto, mientras ella se dedicaba a buscar su mejor gesto para los fotógrafos. Eva solía entrar la primera a los actos. Así lo había ordenado antes de empezar el viaje con el fin de que se notara quién ostentaba verdaderamente la autoridad. Ella iba varios pasos por delante de los integrantes de su comitiva, que jamás debían rebosar la línea imaginaria que les separaba. Ante su tardanza, al estar demasiado ocupada con los *flashes*, el ministro del Aire invitó a Lillian a que pasara por delante.

—¿Dónde vas? —preguntó irritada y sin ningún disimulo la mujer de Perón delante de todas las autoridades que se encontraban a allí. Y ante el silencio de su amiga, insistió—: ¿Te he dicho que dónde vas?

El ministro se quedó perplejo y enseguida salió a dar la cara por Lillian.

—No tenga prisa. Salude todo lo que tenga que saludar. Yo me ocupo de que su equipo vaya tomando asiento.

—¡*Dejáte* de joder! ¡De eso nada! ¡Dónde se ha visto que una ayudante se lleve la mejor foto! Ven acá y ponte detrás de mí. ¡Es una orden!

La soberbia le pudo y acabó pagándola con quien menos lo merecía. Lillian era menuda, educada y de comportamiento exquisito e incluso sumiso. Había aceptado acompañar a Eva a pesar de tener que dejar durante meses sus inquietudes familiares y había asumido



el inexistente papel de dama de compañía, aunque realmente era la esposa del presidente de la Cámara de Diputados de Argentina. Rebajó su estatus con el único objetivo de evitar problemas y agradar a su poderosa amiga, pero todo tenía un límite y las cosas estaban llegando demasiado lejos.

—Señora, tranquilícese. No tengo ningún afán por ocupar un puesto que no me corresponde ni por protagonizar las crónicas que se publicarán mañana en los diarios. Créame que tiene el camino despejado y no debe ver enemigos donde no los hay —apuntó Lillian, haciendo un tremendo esfuerzo por no decir lo que de verdad pensaba.

—Venga ya. Deja de poner esa cara de mosquita muerta porque a mí no me la das. Has visto los objetivos de las cámaras y te has tirado a ellos para robarme la foto y parecer alguien importante en los noticieros. ¡Qué habrás hecho tú en la vida salvo parir!

Las personalidades que se habían dado cita a las puertas de la Lonja pudieron comprobar enseguida que todo lo que se decía sobre el carácter de Eva era cierto. Estaban siendo testigos de cómo la mismísima primera dama de Argentina se comportaba con una vulgaridad impropia de su cargo por culpa de un incomprensible ataque de celos.

—Y los demás, ¿qué miran? —dijo Eva con tono amenazante—. A ver si va a resultar que les gusta más la compañía de esta indocumentada que la mía.

—Eva, se acabó. Hasta aquí hemos llegado. Para mí ha terminado el viaje. Mañana mismo hablaré con el embajador para que prepare mi regreso a casa. Búsquese otra bolsa de basura para llenarla con su vómito.

—No se te ocurra amenazarme. Si vos abandonas ahora la misión voluntariamente, tu marido abandonará obligatoriamente la presidencia de la Cámara. Te juro que yo me encargo.

La amenaza hizo efecto. Lillian calló. Se colocó, como era habitual, en un segundo plano y le prometió que acabaría el viaje junto a ella, aunque su relación a partir de ese momento no sería la

misma. De nada sirvió, sin embargo, su esfuerzo porque nada más poner un pie en su país, la primera dama argentina pidió a Perón que cesara en su cargo a Ricardo César Guardo. Y así lo hizo poco tiempo después dejando claro que nadie debía contrariar a su joven y caprichosa mujer.

Tras el incidente, la velada continuó hasta pasadas las tres de la madrugada. Cuando llegaron al monasterio de Nuestra Señora de Cogullada, donde se alojaban, Lillian se puso a escribir una carta a su marido. Para no preocuparle evitó contarle el enfrentamiento que había tenido con Eva y se limitó a ponerle palabras de amor. Había dejado la puerta entreabierta, y Eva se asomó.

—¿Qué *hacés*, Lilliancita? —La pregunta parecía un intento por reconducir la relación.

—Escribo a Ricardo para decirle lo mucho que lo echo de menos.

—¡Qué bueno! Has tenido una idea fantástica que no podía venirme mejor. Le prometí a Perón que le escribiría casi a diario, pero estoy tan cansada que no puedo pensar. No me encuentro con fuerzas ni para agarrar el bolígrafo.

Aunque no había sido invitada, Eva entró en la habitación, se colocó junto a Lillian y comenzó a copiar casi literalmente el contenido de la misiva. Solo evitó las frases que se referían a los hijos que tenía el matrimonio.

—Es una carta maravillosa. Perón se pondrá muy contento — comentó mientras plasmaba su firma al final del papel.

La paciente dama de compañía se levantó sin mediar palabra y se encerró en el baño para deshacerse en lágrimas de rabia e impotencia.

La estancia en Zaragoza fue corta pero muy intensa. Uno de los momentos más especiales lo vivió Eva cuando pudo besar la imagen de la Virgen del Pilar, que lucía por primera vez el manto misionero bordado en oro con el escudo de la provincia y las banderas de España y Argentina. Fue en esa ciudad donde tuvo su mayor encontronazo con la prensa que se encargaba de cubrir y contar los detalles de su visita. Los reporteros ya habían tenido ocasión de comprobar en propias carnes las malas formas que podía exhibir la esposa de Perón, pero no se imaginaban hasta dónde podía llegar. De hecho, cuando no estaba de acuerdo con algunas de las cosas que se publicaban sobre ella en su país, solía amenazarles con el cierre de sus medios. Llegó a hacer público su malestar con expresiones del tipo «a los de la prensa los vamos a reventar». El caso es que la imagen de la argentina ante la patrona de la ciudad era sin duda la más buscada por los fotógrafos en la capital maña. Eva se regodeó en el homenaje a la Virgen para que las decenas de fotógrafos que estaban en la basílica pudieran captar sin problema la instantánea. Besaba y volvía a besar la figura, rezó más de lo que era necesario y se esmeró en colocar y recolocar los no muy exquisitos pendientes que dejó como ofrenda.

—No podrán decir que no he colaborado para que saquen mi mejor cara —les dijo con una sonrisa cómplice a los camarógrafos que se agolpaban en la catedral.

Pero inesperadamente, justo cuando se arrodilló para rendir pleitesía a la Virgen, pasó por detrás un canónigo que acompañaba a la argentina en su visita. El hombre estaba completamente calvo y la mala suerte propició que el objetivo de una cámara captara una mancha de color carne al final de la espalda de Eva, justo cuando se encontraba de rodillas ante la imagen. No hacía falta tener mucha imaginación para ver cómo el efecto óptico transformaba la calva masculina en un contundente trasero.

—¿Qué es esto? ¿Cómo se atreven? Quiero que despidan inmediatamente a quien se ha atrevido a hacer tal barbaridad. Que no me joda. No sabe con quién está jugando.

Mientras desayunaba, solía echar un vistazo rápido a la prensa local para ver qué se decía de ella. Y su furia se desató cuando vio publicada la imagen en el diario *El Noticiero*. Su autor, un experimentado fotógrafo llamado Gerardo Sancho, se echó a temblar cuando le contaron la reacción de la primera dama, que había llamado incluso al propio Perón para contarle lo mal que, según ella, estaban portándose en los últimos días los periodistas españoles. Ante el escándalo que se organizó, Sancho decidió actuar. Se desplazó hasta el monasterio de Cogullada, donde dormía Eva durante su estancia en Zaragoza. Allí pidió verla.

—Señora, acaba de llegar el fotógrafo que asegura haber captado esa imagen que tanto le ha disgustado en la basílica del Pilar —le anunció Lillian con sumo cuidado. —Eva apenas la miró y siguió retocando su maquillaje antes de seguir con la agenda—. Señora —insistió la dama de compañía—, ¿quiere que le diga algo? Por lo visto, viene a explicarle qué ocurrió.

—¿Que viene a explicarme qué? No tengo dudas sobre lo que ha ocurrido. Me quiere hundir. Seguro que está pagado por uno de los enemigos de Perón para hacerle daño dándome a mí, literalmente, un golpe en el culo.

Eva veía enemigos por todas partes.

—Sinceramente, creo que debería recibirle, escucharle y zanjar de una vez por todas el asunto. Tenemos muchas cosas importantes de

las que ocuparnos.

Tras varios segundos de silencio aceptó el consejo.

—De acuerdo. Pero no creo que sea capaz de darme una explicación convincente que me deje satisfecha.

En cuestión de pocos minutos, Gerardo Sancho llegó al patio del claustro donde Eva le estaba esperando.

—Supongo que vendrá a disculparse por lo que me ha hecho — espetó la argentina sin ni siquiera saludar.

—No precisamente. Vengo a explicarle lo que ocurrió. Comprenderá que yo no tengo la culpa de que justo en el momento en el que apreté el disparador pasara alguien por allí.

—*Dejáte* de joder. No era alguien, era un calvo.

—Bueno, si usted lo prefiere, digamos que era alguien calvo que conociendo su escasez de pelo tendría que haberse abstenido de pasar por delante de la cámara, justo cuando estaba fotografiando su espalda.

El argumento le hizo gracia a Eva, que no estaba acostumbrada a que se le llevara la contraria con tanta sorna como la que mostraba aquel hombre de aspecto bonachón.

—Bueno, *contame*, ¿cómo lo piensa arreglar? —le preguntó mucho más relajada.

—Regalándole la foto original firmada por mí. Guárdela bien porque en un futuro, cuando yo sea tan famoso como usted, valdrá millones.

Ambos soltaron una sonora carcajada que pudo oírse por todo el monasterio. También la escuchó Lillian, que, más relajada ante la reacción de su jefa, apareció para recordarle que no había mucho más tiempo para risas. Debían iniciar viaje a Barcelona para reencontrarse con sus entregados anfitriones.

A las siete y media de la tarde Eva aterrizaba en el aeropuerto de Muntadas, en El Prat de Llobregat. Seguía sintiendo un miedo insoportable a volar, pero después de tantos kilómetros recorridos por los cielos españoles había aprendido a controlar mínimamente sus nervios. Para relajarse, en esta ocasión, optó por aprovechar el viaje desde Zaragoza para echar un vistazo a lo que la prensa estaba diciendo sobre su estancia en España. Y no podía sentirse más halagada. Guapa, elegante, inteligente, simpática, bella, extraordinaria, esbelta, fina... Pero se paró de manera especial en un artículo publicado por *El Heraldo de Aragón* en la primera página de ese domingo 22 de junio. Realmente era una carta dedicada a la mujer de Perón en la que se referían a ella con grandes dosis de almíbar:

Vemos en vos la embajadora de la feminidad, del talento y de la simpatía, ya que compartís con vuestro esposo la difícil y ardua tarea de dirigir los destinos de una gran nación, demostrando con ello la clara luz de vuestra inteligencia.

Anunciasteis vuestro viaje y la madre España, alborozada, se dispuso a recibirlos con la alegría y el contento con que se espera a la hija predilecta.

Sois mujer. Sabéis la ternura que encierra el corazón de una madre agradecida.

Una reina española, santa, sabia, Isabel la Católica, patrocinó la empresa del viaje a América. Gracias a ella se descubrió un mundo. El hecho quedó grabado en la Historia con letras de oro... Al cabo de los siglos, otra mujer

insigne, despreciando riesgos y molestias, viene desde la Argentina con misión de amor y de paz.

Cuando volváis a vuestro país, contad cómo ama España a los argentinos; decid la verdad de nuestra vida, de nuestros afanes, que son de amor y de paz. Explicad que aquí también se legisla para el humilde, para el trabajador, que también tenemos el anhelo de una patria grande, de una vida mejor.

Vuestra visita confirma el valor espiritual de la empresa que se llevó a cabo en el año 1492... Nuestra amistad no nació por complejos planes políticos, ni se ha sostenido por egoístas tratados comerciales. España llevó al Nuevo Mundo su religión, su fe, su Dios. Fue, según dijo la Reina Católica, a ganar almas para los cielos.

España... Argentina... Ni la distancia, ni los siglos, ni las intrigas los separarán. Permanecerán unidos mientras el mundo sea mundo.

Terminada la lectura, Eva se sentía como un pavo real.

—Has visto, Juan. Me comparan con Isabel la Católica. Y eso que ella venía entrenada desde la cuna. Yo me he puesto a su nivel en tiempo récord —le dijo a su hermano riéndose, mientras este trataba de echar una cabezada en el asiento de al lado.

No es que le hicieran mucha falta todos estos halagos, pero suponían una inyección de moral para enfrentarse a la última escala de su visita oficial a España. Como era habitual, poco antes de aterrizar reclamó la presencia de su peluquero para dar los últimos retoques a su peinado y colocar la llamativa pamelita que había escogido para su primer día en la Ciudad Condal.

—Julito, recuerda que esta es nuestra última parada en España. No vayamos a joderla en el último momento. Demostremos también acá cómo lucimos las argentinas.

Antes de que el bimotor en el que viajaba Eva con su séquito aterrizara en el aeropuerto barcelonés, lo había hecho el Dakota que transportaba lo que realmente era importante para ella, las cuarenta y seis maletas y baúles que formaban su equipaje, cuyo peso superaba los dos mil trescientos kilos. A lo que había traído desde Argentina, iba sumando infinidad de regalos con los que la agasajaban en cualquier acto al que acudía.

Su salida del avión, pasadas las ocho de la tarde, nada tuvo que ver con la que realizó días atrás en Madrid. Las inseguridades habían desaparecido por completo y descendió por la escalerilla como una verdadera actriz de Hollywood. En la pista esperaban cientos de autoridades, de mayor o menor relevancia, deseosas de estrechar la mano a la ilustre invitada. Y al frente de todas ellas Carmen Polo y su hija Carmencita, quienes se habían desplazado a Barcelona la noche antes para evitar contratiempos de última hora que les impidieran recibir a Eva a su llegada. Los Franco eran así de precavidos.

—¿Qué tal, querida? ¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó educada la mujer de Franco tras haber saludado a Eva con dos afectivos besos. Ya habría tiempo para nuevas tensiones.

—Muy bien, la verdad. Ha sido maravilloso. Se ha realizado con toda normalidad. Lo cierto es que estoy muy contenta por cómo ha ido todo. Han sido unos días estupendos en los que he disfrutado mucho en compañía de los míos.

Era evidente que la innata actitud provocadora de la argentina no había disminuido un ápice durante los días en los que ambas mujeres estuvieron separadas. Carmen, que se había propuesto ignorar los hirientes comentarios que pudiera hacer su invitada, optó por hablar de cuestiones banales.

—Debo decir que está especialmente elegante. Ese vestido negro le sienta francamente bien.

—Le agradezco el cumplido. Usted también está muy favorecida con ese vestido estampado que se ha puesto hoy. Cualquiera podría decir que lo ha sacado de mi armario.

Hasta ahí la intrascendente conversación que mantuvieron ambas mujeres en su reencuentro. Eva continuó con los saludos, primero uno muy efusivo y sincero dedicado a Carmencita, y después otros más protocolarios a políticos, diplomáticos, militares, autoridades locales y eclesiásticas. De nuevo, como ocurría en cada aeropuerto por el que pasaba, sonaron los himnos de España y Argentina y miles de personas ondearon con fuerza las banderas de ambos países. Mientras la mujer de Perón se movía con ademanes de



estrella, Carmen, a su lado, recibía como si fueran para ella los vítores y los aplausos de la multitud. Todos menos los que contenían alusiones explícitas al físico de la rubia porteña.

El recorrido por las calles de Barcelona fue apoteósico. Había gente en cada metro del recorrido por las calles del centro de la ciudad, que como ya ocurriera en Madrid, habían sido especialmente iluminadas para la ocasión. Como decía la contundente voz del locutor del NO-DO, «la capital de Cataluña está iluminada en honor de la esposa del presidente argentino, en la cual brillan bombillas y focos que rasgan las sombras de la noche urbana». Eva volvía a sentirse como una reina e insistía permanentemente al conductor en que aminorara la marcha para poder saludar a los miles de hombres, mujeres y niños que habían ocupado las calles con el único objetivo de que esa peculiar argentina les dedicara un saludo.

—Espere. Pare. Esas mujeres seguro que llevan horas esperando con sus pequeños a que yo pase por acá —le pidió por enésima vez al chófer cuando la comitiva atravesaba la avenida del Paralelo.

—Señora, no podemos perder más tiempo. Fíjese en la hora que es y, según lo previsto, debería estar a las nueve en el ayuntamiento para asistir a la cena que se ha organizado en su honor —apuntó con exquisita educación el ministro del Aire, el general Eduardo González Gallarza, que se desplazaba junto a ella en el vehículo.

—Le agradezco su preocupación, pero no creo que entre sus funciones esté gestionarme la agenda.

No hubo más comentarios.

El reloj del descapotable en el que se desplazaban marcaba las diez en punto de la noche cuando atravesaba la puerta del palacio de Pedralbes, un impresionante edificio situado en el distrito de Les Corts, rodeado de una amplia zona de cuidados jardines y en cuyo diseño había trabajado el propio Gaudí. Antes de la Guerra Civil, desde 1919 a 1931, sirvió de residencia para la familia real cuando visitaban Barcelona, y el mismo uso le dieron los Franco después de que este ganara la contienda. En este palacio se alojaban también

personalidades importantes que pasaban por la ciudad, como era el caso de la primera dama argentina.

—Eva, debería cambiarse de ropa lo más rápido posible. Se nos ha hecho tardísimo y tendríamos que haber llegado ya al lugar donde se celebra la cena. Está guapísima. No necesita muchos más retoques para llamar la atención —le pidió Carmen Polo nada más cruzar la puerta del majestuoso palacio.

—Con lo bien que he estado estos días, ha tenido que venir la Flaca para joderme. —Eva se iba desahogando en voz baja mientras una trabajadora del palacio la acompañaba hasta la que sería su habitación durante los próximos días.

Pocos minutos después hizo acto de aparición en la estancia la modista que la acompañaba durante todo el viaje.

—Señora, aunque no me haya llamado, he decidido venir por mi cuenta porque son más de las diez y media y aún no se ha empezado a vestir.

—Pero Asunta, ¿qué decís? Tranquilízate.

—Bueno, no me gustaría que se enojaran por algo que tiene tan fácil solución. Si nos ponemos ya con el vestuario, en cinco minutos puede estar lista.

—Che, no se preocupe más. A mí nadie me impone los horarios. Si no dejo a mi marido que me controle, no lo van a hacer los demás.

En ese momento apareció en la habitación Carmen Polo. Tras la experiencia vivida en El Pardo, no estaba dispuesta a que la argentina volviera a imponer sus ritmos. La mujer de Franco volvía a ser fiel a sus gustos y se había vestido con un discreto y aburrido traje negro de manga hasta el hombro, cuello a la caja y puntillas de color crema en la parte superior y en la cintura.

—Eva, ¿está lista? —preguntó mientras accedía al dormitorio.

—Pero bueno, ¡qué sorpresa! —contestó irónicamente la argentina—. ¿Vos también venís a meterme prisa? Me parece que está todo el mundo muy nervioso.

—No son nervios, querida. Es que debíamos haber llegado a las nueve al ayuntamiento y es una falta de respeto llegar con tanta

demora. Además, cuanto más nos retrasemos, más tarde empezará la representación de teatro que han preparado especialmente para usted en los jardines de Montjuïc. Creo que la versión de *Sueño de una noche de verano* que van a escenificar es magnífica. No hagamos que los actores salgan al escenario ya cansados de esperar.

Carmen se esforzaba en cumplir con las mínimas normas de educación, por muy difícil que se lo pusiera su joven invitada.

—A ver, Carmen, ¿aún no se ha dado cuenta de quiénes somos? Somos las presidentas y sin nosotras no se atreverán a empezar — apuntó Eva ante su resignada anfitriona.

Con dos horas de retraso, Eva daba permiso para salir de Pedralbes. No había escatimado un minuto en su arreglo y logró su objetivo: su imagen era espectacular. Durante la larga velada no hubo mirada masculina ni femenina que no se parara a examinar con minuciosidad su figura, perfectamente adornada por un sensual y vaporoso vestido largo de tisú blanco con lentejuelas que dejaba al descubierto casi más de lo que cubría.

Eva estaba impactada por la belleza de Barcelona. Por sus edificios, sus avenidas, sus plazas... Lo mismo le había ocurrido con Madrid. En sus largos recorridos por esta ciudad veía rincones que le recordaban a Buenos Aires, por su arquitectura y su ambiente: la plaza Dorrego, en el barrio de San Telmo, la calle Florida o las avenidas 9 de Julio y Corrientes. Pero, tal y como le había comentado a Franco durante uno de sus trayectos por el centro de la capital de España, le faltaba el mar. Por eso, cuando llegó a Barcelona su máximo deseo era pasar el mayor tiempo posible cerca del agua. Y a poder ser a bordo de un barco. Dicho y hecho. Al día siguiente de su llegada se trasladó junto a varios miembros de su séquito al puerto de Barcelona. Hacía unos días, el 17 de junio, había llegado hasta allí el buque de bandera argentina *Hornero* que, procedente de Buenos Aires, llegaba cargado con dos mil toneladas de trigo y otras doscientas toneladas de productos para el comercio y la industria de toda la provincia catalana. El barco era propiedad de Alberto Doderó, el empresario amigo de Perón que se había comprometido a financiar buena parte del viaje de la esposa del presidente argentino y que la acompañaría en todos sus desplazamientos por Europa. Primaba la amistad, pero incluso más los futuros negocios.

—Eva, he dispuesto que este mediodía comamos en mi barco junto al embajador Radio y algún invitado más. Será divertido. Podrás

hacerte las fotos que quieras con la ayuda que Perón ha ordenado traer a España. Pero sobre todo podré presentarte a algunos amigos que se encuentran de vacaciones estos días por acá y que han atracado sus yates en este puerto a sabiendas de que estábamos de visita en esta ciudad.

El empresario diseñó la jornada aprovechando que ese día, hasta el atardecer, la primera dama no tenía nada previsto en la agenda oficial.

Dodero era el menor de los cinco hijos de un inmigrante italiano que había buscado fortuna en Uruguay. Siendo muy joven, al final de la guerra mundial, se había desplazado a Argentina con un crédito de diez millones de dólares con el que había adquirido ciento cuarenta y ocho navíos de la Armada norteamericana que había revendido consiguiendo un importante beneficio. Tenía una capacidad innata para las relaciones públicas y se codeaba con lo mejor de cada país.

—¡Qué buena idea! Sos un amigo. Mientras los demás no paran de buscarme trabajo, vos os preocupáis por entretenerme un rato. Sinceramente, me encanta la idea.

A las dos en punto de la tarde, tras una necesaria mañana de descanso, salieron en coche hacia la zona portuaria junto a Juan Duarte y Lillian. Una vez a bordo del *Hornero* disfrutaron de un variado almuerzo con varias clases de pescado recién sacado del mar, y los tradicionales raviolis, presentes en la gran mayoría de las mesas argentinas.

—¿Preparada para conocer a la persona más interesante de cuantas están atracadas con sus barcos en este puerto? —preguntó Dodero.

—¿A qué hemos venido si no? —contestó Eva con picardía.

Ambos se dirigieron hacia el área en el que se encontraban los yates más exclusivos, dejando en el buque argentino al resto de la comitiva.

—Aquí es.

El empresario señaló un yate espectacular, el más grande y llamativo de cuantos se encontraban atracados allí.

—Vaya. No está mal. Menudos amigos *tenés*.

—Desde hoy serán también los tuyos.

Ambos entraron en el barco en el que esperaba un hombre fornido. Un francés que había prosperado también gracias al negocio naval y que se dedicaba a recorrer cualquier costa que tuviera a su alcance. Se llamaba Philippe Juppé y entre sus características estaba una innata facilidad para conquistar a las mujeres.

—Es un verdadero honor recibirla aquí, en mi casa flotante —le dijo a Eva mientras besaba su mano.

—El honor es mío por haberme recibido —contestó la argentina visiblemente agradecida.

—Philippe, tenemos algo de prisa. Te puedes imaginar que la agenda que le han preparado no deja apenas espacio para el ocio. Pero quizá mañana podríamos buscar un hueco para salir a navegar juntos —propuso Doderó.

—Por supuesto. Decidme a qué hora podéis estar listos y yo tendré el barco preparado.

El empresario argentino miró a Eva invitándola a que fijara una hora. Era ella quien tenía que cumplir con las obligaciones que requería su misión en España.

—Mañana llega Franco. Me habían insinuado que sería conveniente que fuera a recibirlo al aeropuerto, pero... para eso está su querida esposa, ¿no creen?

Los hombres asintieron mientras lanzaban una carcajada al unísono. Quedaron en verse al día siguiente a las doce del mediodía, justo a la hora que estaba previsto que aterrizara el avión que trasladaba al jefe del Estado español.

Eva era feliz al frente de sus responsabilidades. Sobre todo, si iban acompañadas de tantas demostraciones de entrega y devoción. Y si había alguna muestra sincera era la que le expresaban los obreros que le rendían pleitesía y que veían en ella a una auténtica salvadora. Solo con ellos parecía mostrarse relajada. Tras el almuerzo en el *Hornero*, Eva pasó rápidamente por el palacio de Pedralbes para cambiarse antes de asistir al homenaje que le rendían los sindicatos del Movimiento. También acudiría junto a ella la esposa de Franco, que con anterioridad había expresado por teléfono a su marido la poca ilusión que le generaba acompañar a una mujer tan populista como Eva a un acto protagonizado por los obreros. Pero sus quejas cayeron en saco roto. Aceptó sin rechistar cuando le explicó que debía estar allí para amortiguar con su presencia el ímpetu incontrolable de la argentina. Por eso, tras haber pasado toda la mañana de compras por el centro de Barcelona, se dio un baño rápido para refrescarse antes de acudir al acto.

Eran las seis de la tarde cuando Eva y Carmen entraban en el Palacio Nacional de Montjuïc. Cientos de trabajadores se peleaban por tocar a la esposa de Perón y por tener el mejor sitio para escuchar a quien parecía tener una varita mágica para solucionar sus problemas. Y la argentina no defraudó. Con su discurso convenció incluso a los más exigentes. Contenía emotividad y pasión;

agradecimiento y esperanza, y una importante dosis de populismo. La cuidada escritura sonó perfecta con la inigualable oratoria de Eva.

—Trabajadores de España. Quiero, ante todo, transmitir desde el fondo de mi corazón el reconocimiento por la acogida que el pueblo y el Gobierno de España han tenido para conmigo. He visitado vuestras ciudades, he estado frente a las tumbas que resumen la grandeza de vuestro pasado y, paralelamente, he sentido la afección y el extraordinario calor humano que ha rodeado mi llegada a cada lugar de esta hermosa tierra. Acepto esos homenajes, acepto esas muestras de cariño y entusiasmo. Acepto ese fervor porque revela de manera decisiva el singular aprecio que sentís por la República Argentina, mi patria. De ahí vine a traer un mensaje de paz y de trabajo y habéis facilitado mi misión volcando el corazón en cada gesto, en cada actitud, en cada acto.

Los obreros escuchaban extasiados las palabras de una primera dama, reconvertida en líder sindical. A su lado, Carmen Polo asistía rígida al alegato, sin mover un solo músculo del rostro.

—Quiero ser la embajadora de la humildad de nuestros descamisados. Ellos deberían estar conmigo aquí, rubricando este maravilloso final de mi visita, que ha contado en cada recepción con el calor espontáneo y anónimo del pueblo español y la finísima gentileza individual y colectiva de las autoridades, a partir de la primera de ellas, que es el Generalísimo Franco y su esposa. A ellos, mi gratitud —dijo, girándose hacia Carmen Polo y esperando el reconocimiento compartido de los allí presentes.

Colocó a su marido a la altura de mito con frases como «Perón, artífice del nuevo país», «En la Argentina de Perón no existe la palabra expoliación ni desconfianza» o «Perón cumple con su palabra de mejor que decir, es hacer, y mejor que prometer, es realizar». Y a punto de terminar una de sus más teatralizadas intervenciones, cogió aire, elevó sus brazos y colocando las palmas de las manos hacia arriba puso el broche de oro a la noche de San Juan.

—Dejo parte de mi corazón en España. Lo dejo para vosotros, obreros madrileños, cigarreras sevillanas, agricultores, pescadores,



trabajadores de Cataluña, del país todo. Este puente de hermandad inaugurado con mi paso por esta tierra de trabajo no quedará interrumpido. Que sepan todos los obreros de España que mientras en nuestros trigales haya una espiga, esa espiga será repartida con ellos en una solidaria expresión de cristiandad, de paz y de justicia social. Pensad vosotros que en la República Argentina el general Perón nada promete y todo lo da, haciendo el milagro de que en nuestro país haya menos pobres y menos ricos. Y retribuyendo la finísima gentileza del Caudillo y de su pueblo, diré adiós con este solo grito, repetido y voceado, pero tan recio y sonoro como el metal de una espada: ¡viva España!

El recinto se vino abajo. Los españoles no estaban acostumbrados a escuchar frases pronunciadas con tanto entusiasmo y menos aún con una voz femenina como protagonista. Apenas había mujeres en el auditorio, no tenían representación sindical, pero los hombres reaccionaron con euforia y entusiasmo a las palabras de esperanza que llevaba aquella sonriente joven ataviada con un escotado y llamativo traje blanco, que contradecía sus palabras con sus hechos.

La noche se había alargado mucho más de lo que era prudencial debido a las constantes demoras de Eva. Si tenía que estar en el Real Club de Tenis a las diez de la noche, llegaba a las dos de la madrugada. Si había prometido estar a las once en el Pueblo Español, aparecía por allí cerca de las dos y media de la mañana. Y si estaba previsto que Carmen y ella se fueran a descansar sobre las doce, lo hacían cuando faltaban pocos minutos para las cuatro. Un verdadero infierno, como lo describía la mujer de Franco. Pero, aunque la madrugada había sido dura, para la cita que Eva tenía ese 24 de junio no cabían demoras. Estaba encantada con el plan que le había preparado su amigo Dodero en el puerto barcelonés. Pidió que le acompañaran su hermano y Lillian, con la que estaba intentando limar asperezas tras la pelea que ambas habían mantenido durante su estancia en Zaragoza. Sacó de una de sus maletas un elegante bañador negro que había incluido en su equipaje por si se daban las circunstancias. Se vistió con un pantalón blanco corto y una camiseta estilo marinero, y por una vez renunció al moño y optó por dejar su rubia melena al aire, solo sujeta por una casi inapreciable horquilla. Estaba irreconocible. Y más cuando se colocó unas enormes gafas de pasta negra que cubrían prácticamente su rostro. Era la imagen del glamur en estado puro.

En pocos minutos los dos coches en los que se desplazaron desde Pedralbes llegaron al puerto barcelonés donde les esperaba su anfitrión.

—Está usted bellísima —le confesó el naviero francés mientras ayudaba a Eva a entrar en el yate.

—Sos muy amable. Vengo dispuesta a disfrutar del mejor día de mi estancia en este país.

—Espero conseguir que así sea.

Inmediatamente después accedieron al barco Alberto Doderó, Juan Duarte y Lillian Lagomarsino.

—Hace un día espléndido para disfrutar en alta mar. Acomódense en cubierta porque partimos.

Con este aviso Philippe agarró el timón y sacó la embarcación del puerto. Ya lejos de la costa ofreció a sus invitados el mejor champán francés y una amplia selección de exquisitos productos que había hecho traer desde su país.

—Por usted. Por la mujer más atractiva que he conocido jamás —brindó el empresario galo, invitando a los demás a juntar sus copas.

—Como te oiga Perón, vas a tener que darle unas cuantas explicaciones —apuntó Doderó, convirtiéndose en el perfecto guardián de los intereses del presidente argentino.

—*Dejame* que me defienda yo solita, que ya hace años que dejé de ser una niña —le contestó Eva, guiñándole un ojo tras el cristal de las gafas—. *Sabés* perfectamente con quién estás hablando. A esta mujer —dijo señalándose con el dedo índice— nadie le tose.

—No tengo la menor duda. Solo hay que tener un poco de memoria para saber cómo te las gastas. No quiero acabar como la pobre Libertad Lamarque.

Todos rieron el comentario, aunque a Eva no le sentó bien.

—Esa boluda no se merecía trabajar. Pero cuidado, no me malinterpreten. No lo digo por cuestiones personales, sino por la pésima calidad de sus películas. El público me tendría que haber dado las gracias por haberla apartado de las pantallas. Es injusto gastarse la plata en una entrada para que te engañen de esa manera.

Eva levantó de nuevo la copa y pidió un brindis para zanjar la conversación. No le gustaba que le recordaran el episodio que protagonizaron ambas actrices meses antes de que Eva se convirtiera en primera dama de Argentina. Durante un rodaje, Lamarque se había mostrado molesta por la impuntualidad de su compañera, que llegaba a los rodajes a bordo de vehículos oficiales con chófer personal. Un día su paciencia se agotó, y lo que empezó siendo un reproche acabó transformándose en una sonora bofetada que enrojeció el pálido rostro de Duarte. Casualmente, cuando esta llegó a la Casa Rosada, los productores cinematográficos dejaron de contratar a su rival en las pantallas. Lamarque tuvo que marcharse de su país y buscar refugio y contratos en México.

Tras el brindis, el anfitrión y dueño del barco dirigió su mirada hacia Doderó.

—¿Le has contado a la mujer de tu presidente el empeño que tiene Aristóteles Onassis por pasar un rato con ella? Parece que se quedó impactado cuando se coincidieron hace unos meses en Montevideo.

El francés cumplía con esta pregunta el deseo que había manifestado el armador griego al enterarse de que Eva pasaría varias semanas por Europa.

—Vaya. Me da la sensación de que me estoy perdiendo algo —apuntó irónicamente la argentina.

—Pensaba comentártelo después —añadió Doderó—. Ari —así le llamaba amistosamente— me dijo que sería el hombre más feliz del mundo si conseguía reunirse un rato a solas contigo. Me comentó que durante estas fechas estaría pasando unos días en Montecarlo junto a su esposa Tina y que, ya que tenías pensado pasar por la Costa Azul, quizá podrías satisfacer sus deseos.

—Doy por hecho que lo que realmente quiere es conversar conmigo sobre la situación mundial, para ver si entre los dos conseguimos el fin de las injusticias, ¿no es así?

Todos rieron la ocurrencia de Eva, que seguía llenando sin descanso la copa de champán.

—Eva, yo solo te transmito lo que Ari me dijo hace unos días. De ti depende lo que quieras que ocurra —le dijo Dodero en tono de confesión.

—Parece que no le gusta perder el tiempo, ¿verdad? ¿No tiene bastante con la larga lista de mujeres que ya han caído en sus redes? —Tras esta pregunta hizo una breve pausa y continuó—: ¿Cuándo vas a volver a hablar con él?

—Cuando sea necesario.

—Pues dile de mi parte que acepto a cambio de que desembolse 10.000 dólares para ayudar a los descamisados. ¡Ah! Y coméntale que en el precio van incluidos los mejores huevos revueltos que haya probado nunca. Estaré encantada de preparárselos para desayunar. — De nuevo el comentario fue recibido con una sonora carcajada por todos menos por Juan—. Hermano, parece que no te ha hecho gracia mi ofrecimiento.

—No creo que sea el comentario más adecuado para una mujer como vos.

—*Dejate* de joder. Y lo dices tú, que chingas con todo lo que se mueve. Dodero —le dijo mientras se quitaba las gafas para que pudiera ver bien sus ojos—, transmítele a Onassis que acepto encontrarme con él en algún lugar de Mónaco. Ya veremos para qué.

**F**ranco, vestido con el uniforme de capitán general del Ejército de Tierra, había aterrizado en el aeropuerto barcelonés de Muntadas unos minutos antes del mediodía. Odiaba viajar en avión. De hecho, desde 1937, en plena Guerra Civil, no había vuelto a subir a uno de esos aparatos. La muerte de su amigo el general Emilio Mola Vidal en un accidente aéreo, el 3 de junio de ese año, le había marcado para siempre. Nunca se disipó la duda sobre las causas de la tragedia. Unos apuntaron a las malas condiciones climatológicas, mientras que otros veían claro que se trataba de un atentado. Fuera el motivo que fuera, lo cierto es que después de aquello Franco no quiso volver a volar... hasta ese día. Su esposa Carmen Polo encabezó la delegación que fue a recibirle al aeródromo. Eva no compareció.

—¿Dónde está? ¿Va todo bien? —preguntó a su mujer nada más bajar del bimotor Douglas de color plateado en que se había trasladado a Barcelona a los mandos del ministro del Aire.

—¿Te sorprende? Parece que tenía cosas más importantes que hacer junto a esos amigos ricos que ha traído desde Argentina. Paco, de verdad, no puedo más. Cuento las horas para que esa mujer se marche de aquí. Y a pesar de que te sorprenda que no haya venido, no sabes cómo agradezco que me haya regalado este rato a solas contigo.

—Carmen, deja de agobiarte. Antes de que te des cuenta habrá cruzado la frontera.

Tras los pertinentes saludos a las autoridades que esperaban la llegada del general, los Franco pusieron rumbo a Pedralbes. Allí esperaron pacientemente a que apareciera Eva. Pasaban unos minutos de las cuatro de la tarde cuando la argentina hacía su entrada triunfal en el palacio. Llegó especialmente alegre y excitada. No podía ocultar su felicidad por el día que le habían preparado sus amigos. Nada más atravesar la puerta principal se encontró con el jefe del Estado español, que departía tranquilo con algunos de sus colaboradores más cercanos.

—General, espero que el viaje haya sido de su agrado —le dijo, a sabiendas del escaso gusto que sentía por los aviones.

—Podía haber sido mejor, pero puede sentirse satisfecha por lo que has conseguido —contestó mientras le besaba con gentileza la mano—. Nadie, ni mi propia mujer, había logrado antes que subiera a uno de esos terribles aparatos que se mueven por el aire. Qué le voy a contar que no sepa.

—Siempre digo que Dios nos dio piernas y no alas para que nos moviéramos por el suelo. Comparto con vos que es nuestro estado natural.

—Por cierto, Eva. Traigo una sorpresa desde Madrid.

—Fantástico. Me encantan las sorpresas. ¿De qué se trata? —preguntó visiblemente excitada.

—Mi Servicio de Información ha conseguido encontrar la Gran Cruz de Isabel la Católica. No ha sido fácil pero no podía permitirme que se fuera de aquí sin tal reconocimiento.

Eva había perdido la prestigiosa condecoración en una larga noche de fiesta en Granada, durante una divertida exhibición del mejor folclore andaluz. Franco fue puntualmente informado y puso toda la maquinaria en marcha para conseguir el «milagro» de localizarla. Era idéntica a la que había extraviado.

—General, ¡no sé cómo agradecerse! Es increíble que con todo lo que me he movido por su país haya conseguido encontrarla.

—Bueno. No le voy a decir que haya sido fácil, pero lo importante es que vuelve a estar en las manos que debía estar. Ahora, por favor,

trate de ser cuidadosa.

Lo que Franco realmente quería decir es que no sería fácil encontrar una nueva medalla si volvía a perderla. Conseguir una segunda había sido difícil. Hacerse con una tercera resultaba casi imposible.

—Por cierto, ya he podido trasmitírselo directamente al general Perón, pero quería trasladarle también a usted mi felicitación y la de mi familia por la onomástica de su esposo.

—Muchas gracias. Es sin duda un bonito día para la celebración. En Argentina lo pasamos muy bien encendiendo y saltando las fogatas y asando en ellas infinidad de papas y batatas.

—Sí. En España también es un día de alegría en el que las familias encienden hogueras en las playas. Es una noche llena de magia. Dicen que gracias a unos sencillos rituales es posible deshacerse de las energías negativas. Desconozco si es verdad.

—¿Y si vamos a comprobarlo?

—¿Me está pidiendo que salte hogueras?

—¿Por qué no?

—No creo que haga falta que le conteste.

—Yo lo que creo es que debería relajarse un poquito, que sin darnos cuenta nos marchamos de este mundo con una montaña de asuntos pendientes.

—Aún es muy joven, pero ya se dará cuenta de que por mucho que hagamos siempre nos quedarán cosas por hacer.

A Eva le irritaba profundamente que la trataran como una niña.

—Creo que se equivoca. No es cuestión de años sino de mentalidad. Por cierto, ¿ha permitido a Carmencita viajar sola en alguna ocasión?

—¿Por qué lo iba a hacer?

—¿Y por qué no? Se lo digo porque sería fantástico que se viniera unos días a Buenos Aires. Le digo yo que en diez días iba a aprender mucho más que en varios años de clases en el palacio.

Franco empezó a temblar. Le vino a la cabeza la imagen de su mimada y protegida hija asomada a un balcón, con un escote de



infarto, el pelo teñido de rubio y los labios pintados de rojo. La escena se completaba con su «pequeña», brazos en alto, profiriendo gritos a favor del proletariado. Tardó varios segundos en reaccionar. Agradeció el ofrecimiento de Eva y se perdió por los jardines de Pedralbes. Allí estaba su inocente Carmencita, ajena a los planes que su padre acababa de abortar.

**H**abía llegado el momento de pensar en la segunda fase de la Gira del Arco Iris. Los días eran tan intensos y la actividad tan frenética, que los miembros de la comitiva que había llegado a España el 8 de junio casi habían olvidado que la misión debía continuar varias semanas más. El tiempo apremiaba y, aunque una de las escalas más importantes del viaje llegaba a su fin, no podían descuidarse los detalles de la estancia en otros países europeos. Si algo fallaba en adelante, todo lo conseguido hasta entonces habría sido en balde. La diplomacia no entiende de fiestas y el día de San Juan resultó ser especialmente estresante en dos aeropuertos: el de Ciampino en Roma, segunda escala de Eva en el viejo continente, y el de El Prat en Barcelona, donde decenas de personas se afanaban en introducir, con un cuidado exquisito, los baúles y las maletas con los que viajaba la primera dama. El aparato, un Douglas DC-4 argentino, haría un primer viaje a la capital italiana para llevar el voluminoso equipaje y volvería a la capital catalana al día siguiente para trasladar a toda la delegación. Resultó imposible, sin embargo, cargar todos los regalos que la enviada de Perón había recibido durante sus desplazamientos por España. Finalmente, fueron transportados por mar hasta Buenos Aires en el interior de seis enormes baúles de color gris. Eva pensó en llevarse también todos los ramos de flores que estaba recibiendo en las horas previas a su despedida, pero la cordura se impuso y acabó

cediendo a las propuestas de sus colaboradores para que los entregara al monasterio de Montserrat. El camposanto se quedó pequeño para acoger tal profusión floral.

El pulso de la ciudad era completamente distinto al que tenía el aeródromo. Las calles se recuperaban de los excesos de la noche anterior. La tradicional verbena con la que se celebra la llegada del solsticio de verano había adquirido en esta ocasión un esplendor especial. Nunca antes los barceloneses habían podido disfrutar de unos fuegos artificiales tan coloridos y duraderos, y tampoco había podido verse antes tanta animación en plazas, terrazas, restaurantes o bares que servían sin parar las tradicionales cocas acompañadas de bebidas refrescantes. Barcelona quería dejar en Eva una impronta imposible de olvidar. Y lo consiguió. La argentina se entregó al disfrute en el elitista y aristocrático Real Club de Tenis de la Ciudad Condal, muy lejos de las barriadas más concurridas y populares. La fiesta se prolongó hasta bien entrada la madrugada y el día no comenzó para Eva hasta más allá del mediodía. Sí estaba en pie desde bien temprano el matrimonio Franco, que aprovechó para visitar a solas algunos de sus lugares favoritos de la Costa Brava. Frente a un pequeño y escarpado acantilado Carmen sorprendió a su marido con una inesperada pregunta.

—Paco tú me sigues queriendo, ¿verdad?

Franco la miró atónito.

—Pero ¿qué pregunta es esa?

—Es que nunca te había visto así... tan... tan entregado y tan tontorrón. Tenías que verte la cara cada vez que le diriges la palabra a esa mujer. —No hizo falta pronunciar el nombre de Eva.

—Carmen, otra vez no, por favor.

—Pues dime que a ti ese estilo de mujer no te gusta.

—Pues claro que no.

—Pero ¿me quieres?

—¿Tengo que contestar?

—Debes hacerlo.

—Sí.

Carmen se dio por satisfecha. Después de tantos años juntos no necesitaba escuchar mucho más.

**E**l balance no podía ser más positivo. En sus días de permanencia en España Eva creía haber conseguido los objetivos que se habían marcado para este viaje. Fundamentalmente el de recomponer la imagen que del peronismo había en el exterior. Pero sobre todo había conseguido crecer personal y políticamente, sentando las bases de la que sería su propia leyenda. Eva ya no andaba, levitaba. Sabía que encendía pasiones públicas y privadas y eso le llenaba de satisfacción. Con una buena dosis de autoestima, se disponía a poner fin a la primera e importante fase de su *tour* europeo. Eran las diez en punto de la noche cuando comenzó a descender por la espectacular escalera de mármol blanco que desembocaba en el distribuidor principal del palacio de Pedralbes. Era el decorado perfecto para el impresionante aspecto que lucía la argentina. El vestido largo de color azul acompañaba los movimientos sensuales que su cuerpo hacía al bajar los escalones. Lo hacía despacio obligada por los interminables tacones de aguja que tenían sus zapatos plateados. Abajo, sus anfitriones la observaban boquiabiertos.

—El coche nos espera —dijo Franco, evitando hacer más comentarios sobre el físico de Eva delante de su esposa—. Pero echo de menos algo en su vestimenta.

—Vaya. No sabía que a vos también le interesara la moda —contestó la mujer de Perón—. ¿Qué he de ponerme?

—La Gran Cruz de Isabel la Católica que con tanto empeño hemos buscado. Sería una señal de agradecimiento a quienes han trabajado tan duramente para encontrarla.

—¡Qué imperdonable despiste! Créame si le digo que la tenía lista en mi tocador y olvidé colocármela en el último segundo. Espere, lo arreglamos enseguida.

Eva subió levemente su brazo derecho y chasqueó con fuerza los dedos. Uno de sus ayudantes, que había sido testigo de la conversación, corrió hacia el vestidor donde estaba la medalla. En cuestión de segundos ella misma se la colocaba sobre el pecho, y unos minutos después la comitiva salía camino del palacio de la Diputación Provincial, donde tuvo lugar la última cena de gala. El patio de los Naranjos, donde se celebró el acto, mostraba todo su esplendor. A los reflectores que se habían colocado estratégicamente para dar al recinto un encanto especial, se sumaron las miles de velas que ardían en las decenas de candelabros que se habían instalado sobre las mesas. La más importante, en la que se sentarían Eva y el matrimonio Franco, estaba repleta de flores, de lazos con los colores de las banderas española y argentina, de jarrones de cristal y de esculturas con motivos de caza. Se había logrado el ambiente apropiado para una noche intensa, de sentimientos encontrados y sensaciones a flor de piel.

—Ahora que está a punto de concluir mi visita, debo decir que nunca, jamás, olvidaré el recibimiento y el trato que los españoles, empezando por vos y por Carmen, me han tributado. Llegué siendo una aprendiz y marché llena de vitalidad, ganas e ideas para afrontar lo que acontezca en mi país en el futuro. Gracias de verdad por la paciencia y el cariño que me han demostrado.

Aún no se había marchado y ya empezaba a echar de menos la apoteosis ciudadana que se repetía en cada uno de sus desplazamientos por España.

—No hay nada que agradecer. En todo caso, somos nosotros quienes debemos reconocer el apoyo recibido. Y dígame al general

Perón, en cuanto llegue a Argentina, que, aunque no he estado nunca en su país, soy un enamorado de aquella tierra —contestó Franco.

—Pues cuando la conozca se enamorará aún más. Ya le dije que está invitado a ir cuando quiera. Yo, le advierto, tengo la sensación de que volverá a tenerme acá.

—Sería estupendo volver a recibirla.

En ese momento, Eva sujetó con la mano derecha la copa de vino blanco que habían servido durante la cena. Después, con la izquierda cogió un tenedor con el que daría varios golpes al vidrio para llamar la atención de quienes se encontraban sentados alrededor de su mesa.

—Sí, ya sé que este no es el comportamiento que se espera de una dama —explicó ante las sorprendidas miradas de los presentes—. Si me estuviera viendo ahora mismo Perón, se escondería avergonzado debajo del mantel. Siempre le gusta contar que cuando me conoció contrató al refinado conde de Chikoff para que me diera unas clases de protocolo y buenas formas. Le dijo: quiero que enseñes a Eva a comer, porque toma la sopa cantada. —El comentario, pronunciado tratando de imitar un tono masculino, fue recibido con una fuerte carcajada—. Qué lástima, pobre hombre. Al principio creyó que el trabajo iba a resultar fácil, pero me tuvo que dejar por imposible. Enseguida se dio cuenta de que me revienta profundamente que no piensen como yo, y solo dos días después de haber sido contratado, presentó su renuncia ante mi esposo. Dijo que era incontrolable y que no soportaba mis malas palabras.

De nuevo se repitieron las risas por parte de sus compañeros de mesa, entre los que se encontraban los ministros de Exteriores, Industria o del Aire, el embajador de Argentina o el alcalde de Barcelona. Su reacción escondía una cierta estupefacción ante tal comportamiento. Quien no pudo ni quiso disimular su malestar fue Carmen Polo, que en un recorrido visual por los rostros de quienes parecían divertirse con los comentarios de la argentina, se encontró con la cara pálida de Lillian Lagomarsino. Ajena a aquellas reacciones, Eva levantó la copa y pidió a todos que brindaran con ella:

—Por mi próximo regreso a España.

El avión de la compañía argentina FAMA, en el que la primera dama argentina y sus acompañantes se desplazarían a Roma, esperaba ya en el aeropuerto barcelonés de El Prat. Todo estaba listo. De nuevo las banderas con los colores rojo y amarillo, y azul celeste y blanco ondeaban por todo el aeródromo al ritmo de los himnos, español y argentino, que ensayaba la orquesta. Todo había sido preparado al detalle para despedir a quien dieciocho días antes había aterrizado en España, temblorosa y paralizada por el miedo lógico que provocaba en aquella joven inexperta de veintiocho años llevar el peso de un encargo diplomático de tanta responsabilidad. Los baños de masas la habían llenado de autoconfianza; había recibido honores de reina; había salvado una vida, la de una mujer comunista que no olvidaría nunca aquella visita; con sus pronunciados escotes, elegantes vestidos y joyas deslumbrantes, había despertado el entusiasmo de las mujeres españolas a las que les había tocado vivir un momento gris, marcado por el hambre y la represión, y que vieron en aquella rubia un ejemplo a seguir; había removido conciencias; había entusiasmado a las clases más pobres y a los obreros con sus mensajes de esperanza; había irritado a aristócratas que no entendían cómo alguien como ella podía haber llegado tan lejos; había amadrinado niños españoles, como le gustaba hacer en cada una de las ciudades argentinas que visitaba; había bailado y cantado en las



divertidas fiestas a las que fue invitada; había conseguido su propósito de convertirse en la más bella entre las bellas y sentir la envidia de quienes pretendían parecerse a ella; había repartido dinero en su recorrido por los barrios más desfavorecidos para paliar las necesidades más inmediatas de quienes allí vivían; había explicado en cada rincón de España que pisó el ingente trabajo que su marido estaba realizando en su país; había prometido que mientras Perón estuviera gobernando, a España no le faltaría nunca la ayuda que necesitara; había encandilado a Carmencita con su espontaneidad y sus momentos de ternura; había desquiciado a Carmen Polo con sus tardanzas, sus salidas de tono y su inapropiado vestuario; había provocado en Franco una doble sensación de atracción y rechazo que nunca había sentido hacia una mujer; y ante todo había dejado atrás a Eva para dar la bienvenida a Evita, a esa mujer valiente dispuesta a luchar a partir de aquel momento por pasar a la historia gracias a sus acciones. En el equipaje, junto a sus pertenencias materiales, llevaba decenas de ideas que pensaba transformar en realidades. La Fundación Eva Perón, las colonias de vacaciones para niños pobres, los derechos de la ancianidad, el voto femenino, la creación de un partido peronista femenino, la ayuda social directa, la ciudad estudiantil... Evita se marchaba llena de vitalidad, dispuesta a ocupar un lugar relevante en la política argentina, con el objetivo utópico de conseguir la justicia social.

Había llegado la hora. El padre Benítez fue hasta su dormitorio para recordarle que era el momento de partir.

—Hija, nos están esperando. Vamos a intentar que los Franco se queden con un buen sabor de boca al menos en el momento de la despedida —dijo el sacerdote con sorna.

No hubo contestación al otro lado de la puerta, a través de la cual sí se podían escuchar sollozos.

—Eva, ¿estás bien?

—Sí, padre —contestó Evita entre lágrimas.

—Voy a pasar.

El franciscano entró en la estancia donde estaba su amiga tumbada boca abajo sobre la cama. Lloraba desconsolada como una niña.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿En qué te puedo ayudar?

Al sacerdote Benítez le conmovió aquella imagen que mostraba la cara más frágil de una mujer aparentemente dura e impenetrable.

—Padre —alcanzó a decir a duras penas—, llegué a España queriendo descubrirlo todo, y me voy aterrada deseando que nunca nos llegue la guerra a nuestra patria. En estos días de estancia en España he visto a mucha gente que, a pesar de las penurias por las que está pasando, ha salido a la calle con la mejor de sus sonrisas para admirarme. Padre, ¡que a mí, a una india de Los Toldos, a una bastarda como yo le hagan estos homenajes...!

En ese momento se levantó de la cama y se fundió en un largo abrazo con su confesor, que la reconfortó con caricias y palabras llenas de cariño. La aparente dureza de su carácter se confundía en ocasiones con una personalidad llena de temores.

Tardó unos minutos en recomponerse, los justos para que los técnicos prepararan en una pequeña sala del palacio de Pedralbes el micrófono a través del cual la argentina pronunciaría su último discurso en suelo español.

—Españoles, habéis arrebatado mi espíritu con un homenaje como no lo tributó jamás España a lo largo de toda su historia. (...) Recojo vuestro aplauso porque revela a las claras el hambre de justicia social arraigada en el pueblo hispánico y en el ansia incontenida de sostener el nuevo mundo de pan y de paz. (...) Recojo vuestras manifestaciones exultantes porque ellas han evidenciado que terminó el tiempo en que la prensa dirigida tergiversaba la conciencia de los pueblos, sumiéndolos en la confusión y conculcando sus soberanías. (...) En la hora de la despedida debo decir que mi viaje a España deja huellas, no solo en mi alma, que necesitaría ser de roca para no hallarse enternecida, sino también en el alma misma de la historia argentina. (...) He comprendido toda la grandeza del hombre que preside vuestra patria. A él se debe el

resurgimiento de las viejas virtudes españolas que señalaba en un discurso mi esposo, el general Perón. A él se debe la exaltación de un puñado de virtudes sencillas y elementales, con las que la gente de la hispana estirpe marcha segura hacia un futuro de paz y esplendor. Sois el pueblo que sabe morir por defender una idea y por mantener una afirmación. Pido a Dios que no sea preciso morir por vuestra afirmación y por vuestra verdad. Parto con el corazón henchido de gozo y también de orgullo y de ternura por tener una madre tan hermosa y tan noble, tan señora de sí misma, tan maternal y humana y, sobre todo, tan profundamente católica. Parto con la alegría que me sale a los ojos de contemplar una España tan española y dueña de su más personal estilo. Tendría que pedir el corazón, el corazón que os entregué al llegar. Pero siento que puedo irme con el vuestro en mi pecho, dejándoos para siempre el mío. ¡Adiós, España mía! ¡Viva la España inmortal!

Tras acabar el discurso, Evita necesitó unos minutos para recomponerse y poder salir de la habitación. Estaba muy emocionada. Fuera del palacio esperaban ya Franco, Carmen y Carmencita. Todos, junto a los acompañantes de la primera dama argentina, ocuparon sus vehículos para trasladarse al aeropuerto. El jefe del Estado español y la primera dama argentina volvieron a ocupar el mismo Rolls-Royce negro que dieciséis días antes habían utilizado para desplazarse desde el aeropuerto de Barajas a la residencia de El Pardo. Los coches apenas podían avanzar por las abarrotadas calles en las que miles de personas esperaban impacientes para poder decir adiós fugazmente a Evita. La comitiva atravesó la avenida del Generalísimo hacia la plaza de España, y de ahí al aeropuerto situado en la localidad de El Prat de Llobregat. Su despedida reproducía el patrón de lo que había ocurrido a su llegada. La pista donde esperaba el avión volvía a llenarse de pancartas con mensajes alusivos a su buen corazón. Las salvas de ordenanza lanzadas desde el castillo de Montjuïc coincidieron con el momento en el que Evita se despedía de sus anfitriones al pie de la escalerilla. La primera a la que dijo adiós fue a Carmencita.

—He pasado unos días estupendos contigo. Gracias por regalarme unos ratos tan divertidos y por ser mi inesperada confidente durante mi estancia en Madrid. Te espero cuando quieras al otro lado del Atlántico.

—Gracias a ti por abrirme tu corazón y por compartir tantos secretos conmigo.

—Pues hazme caso. —Y acercándose al oído concluyó la frase—: El más efectivo de todos esos secretos que te he contado es el de las medias en el escote. No falla. —Evita arrancó una sonora carcajada a Carmencita—. Para que recuerdes a esta rubia que tan extraños consejos te dio, quiero que te quedes con este broche. No es que sea especialmente caro, pero tiene un gran valor personal. Me ha dado mucha suerte en algunos de los momentos más importantes de mi vida y estoy segura de que a ti también te ayudará —le dijo la argentina mientras colocaba la joya en el pecho de la joven.

Inmediatamente después se giró hacia Carmen Polo. La despedida no fue tan afectiva, pero en el momento del adiós pareció derribarse el muro que se había interpuesto entre ambas durante toda la visita.

—Sé que en ocasiones no ha sido fácil convivir conmigo y quiero agradecerle la paciencia que ha demostrado tener. Gracias de veras por su hospitalidad y por todas las atenciones que me ha dedicado. Es usted una magnífica anfitriona.

—Ha sido un placer poder tenerla entre nosotros. Espero que recuerde con cariño su visita a España. De veras que hemos intentado que se encontrara como en casa y nos sentiremos muy felices si lo hemos conseguido.

—Claro que sí —respondió Evita mientras ambas se daban un cordial pero poco afectuoso abrazo.

Franco esperó a que la mujer de Perón separara su cuerpo del de su esposa para reiterarle su agradecimiento por su presencia y, sobre todo, por la ayuda brindada.

—No puede imaginar lo importante que está siendo para mi país la implicación de Argentina. Espero en un futuro poder devolverles

tantos favores prestados. De momento, quédese con mi más sincero agradecimiento y con mi compromiso de que tanto usted como el general Perón podrán contar siempre conmigo.

—Tanto mi marido como yo lo tendremos siempre presente.

Tras estrechar sus manos Evita se dispuso a subir al avión. En ese momento se oyó un fuerte aplauso de quienes ocupaban la pista del aeródromo. Se marchaba de España mostrando la misma imagen impecable que lucía cuando llegó, con un sencillo vestido oscuro estampado con lunares y con dos llamativas flores que su peluquero colocó estratégicamente en el pelo. Mientras subía las escaleras se repetían los vivas a Perón y a Franco; a Argentina y a España. Al llegar a la puerta del aparato se dio la vuelta y respondió a las muestras de afecto con una sincera sonrisa. Levantó su mano derecha y casi en un susurro se despidió con una frase premonitoria: «¡Hasta la próxima ocasión! ¡Adiós!».

# SEGUNDO VIAJE

1971

# 1

**E**va reposaba dentro del ataúd que esperaba en el palacio de Unzué a ser trasladado al Ministerio de Trabajo, donde quedaría instalada la capilla ardiente. Hacía pocos minutos que había muerto. Exactamente a las ocho y veinticinco de aquel histórico 26 de julio de 1952. Era una noche desapacible como pocas. No dejaba de llover y la temperatura era extrañamente fría para lo que suele ser habitual en la ciudad de Buenos Aires durante los meses de invierno.

La agonía había sido inhumana. Su cuerpo se había consumido hasta quedarse en treinta y tres kilos de peso. Prácticamente lo que pesaban los huesos y la piel que los recubría. No había apenas carne. Y lo que más destacaban eran sus ojos, hundidos y tristes, pero que mantuvieron su característica viveza hasta el último segundo. Pero no solo el físico demostraba que el final estaba cerca. También su carácter. Ni rastro quedaba de aquella mujer arrolladora capaz de agotar y desesperar a cualquiera con su incansable actividad.

—Paco, necesito que me ayudes.

Cinco días antes de que Eva expirase, Perón había llamado desesperado al modista personal de su mujer.

—Por supuesto, presidente, cuente conmigo para lo que quiera.

—Mi esposa no debe enterarse de esta conversación. Está pasando por un verdadero infierno. Cada vez tiene más crisis, los

dolores son insoportables y solo pide morir. Ya no sé qué hacer y he pensado que quizá tú podrías ayudarme.

Paco Jaumandreu asintió con la cabeza.

—Es un honor que cuente conmigo.

—Voy a contarle a Eva una mentira piadosa para subirle el ánimo. Le voy a decir que estoy preparando un largo viaje, como el que realizó por Europa hace unos años y que tú le estás diseñando ya los modelos que llevará. Necesito que tengas los bocetos para mañana mismo.

Y así fue. Al día siguiente se presentó en la residencia presidencial con una carpeta llena de dibujos que vio la propia Eva desde su cama.

—Gracias, Paco. No sé qué haces acá en la Argentina perdiendo el tiempo. Deberías estar trabajando en París.

Eva apenas tenía fuerzas para hablar. No entendía cómo su marido podía pensar que ella iba a creerse aquel invento del viaje. Pero se esforzó por demostrar a los demás que estaba feliz con la idea.

—Son maravillosos. Pero cuando vayan a confeccionarlos tienes que tener en cuenta que me he quedado muy flaquita. A ver si no me van a valer y se los vas a tener que regalar a otra.

Jaumandreu abandonó pronto la habitación. Perón le esperaba en la puerta con lágrimas en los ojos.

—Gracias. ¿Has visto qué fácil era hacerle disfrutar un poco? Corre, haz ya los vestidos, no escatimes en gastos. Prepáralos, aunque no llegue nunca a probárselos.

Y así fue.



Apenas unas horas antes de su muerte, Eva había dado las últimas órdenes a la que había sido su inseparable cuidadora durante las semanas que el maldito cáncer de útero le había destrozado por dentro.

—María Eugenia. Ya queda poco —le dijo mientras se lavaba las manos y observaba su rostro demacrado en el espejo del baño.

—Sí, señora. Claro que queda poco para ir a la cama.

—No, María Eugenia. A mí me queda poco. Anda, abre del todo las ventanas que quiero que se ventile bien la habitación. Debe oler de maravilla ahí fuera con la lluvia que está cayendo. No hay olor tan agradable como el de la tierra mojada, ¿verdad?

—Cierto, señora —contestó la enfermera mientras cumplía con los deseos de Eva.

—Y otra cosa más. Ven acá y ayúdame a ir a la cama. Mis piernas ya no responden.

La enfermera obedeció. Agarró su frágil cuerpo para llevarlo casi en volandas hasta el colchón. Allí la acomodó entre las recién cambiadas sábanas blancas.

—No se preocupe, señora. Seguro que mañana se sentirá mejor.

—No entiendo por qué me tiene que pasar esto a mí. Soy tan pequeñita. —Hizo una pasa y continuó—: Yo he besado a mis descamisados sabiendo que muchas veces estaban enfermos, eran

tuberculosos o leprosos. Siempre pensé que Dios no me mandaría tanto dolor porque yo todo lo hacía por los pobres... y ahora Dios me manda todo esto. María Eugenia, ¿por qué tengo que morir yo? ¡Dime! ¿Por qué me estoy muriendo y no se mueren tantos hijos de puta que no hacen otra cosa que pensar en sí mismos y en cómo joder a los demás?

Eva quería gritar, pero sus escasas fuerzas no le dejaban. En ese momento se echó a llorar ante la mirada impotente de su cuidadora.

—Escuchá —añadió Eva entre lágrimas—, saca del primer cajón de la cómoda ese pijama que tanto me gusta, el de villela celeste. Ya sabes cuál es. Me quiero marchar de este mundo linda y cómoda. Quienes han estudiado esto de la muerte dicen que el último viaje puede ser largo.

Fueron sus últimas y premonitorias palabras. Enseguida la enfermera avisó al presidente, que se encontraba en la habitación contigua junto a varios miembros de su gobierno, el médico de confianza de la familia, Ricardo Finochietto, y el padre Benítez, encargado de darle la extremaunción. En un momento dado, todos salieron de la sala menos el sacerdote, que pidió quedarse a solas con su amiga durante unos minutos.

—Evita, se acabó el dolor. Y bien sabes que no me refiero solo al físico. Dios tendrá en cuenta todos tus desvelos. Él es testigo de ese dolor secreto que desgarró tu corazón mucho más que la enfermedad. La historia ignorará tu sufrimiento oculto. Ningún historiador conseguirá acceder a algo que solo te pertenece a ti, estate tranquila. Sé que este asunto te inquieta, pero créeme. Con mi muerte y la de tus hermanas desaparecerán los únicos testigos. Hasta entonces, te aseguro que seremos tumbas. Descansa en paz, hija mía.

—*Gracias padre. Vos sabes como nadie lo que supuso para mí. Cuántas veces le dije que no lo podía soportar más y que sería capaz de hacer cualquier cosa por saber la verdad. No lo hice. No luché, ni siquiera investigué. Ahora solo pido que, si anda por ahí, si esa pequeña fue entregada a alguien en mi ignorancia, sepa perdonarme, y que Dios la cuide siempre, como yo lo habría hecho.*

Eva quiso llorar, pero enseguida se dio cuenta de que los muertos no pueden generar lágrimas. Estaba emocionada por el amor y la complicidad que durante tantos años le había demostrado el sacerdote. Él la volvió a besar y ella quiso sin éxito devolverle el gesto. El padre Benítez abandonó la habitación, y ella se quedó sola. Por delante tenía veinte años de tortuoso recorrido hasta poder descansar tranquila.

### 3

**E**l cadáver de Eva esperaba a ser preparado en la pequeña habitación en la que la joven mujer del presidente argentino había consumido sus últimas semanas de vida. Anteriormente, antes de que la enfermedad acabara con ella, esa estancia había sido su vestidor. Pero cuando su estado de salud empeoró, se decidió instalar allí una especie de cuarto de hospital, en el que no faltara ningún instrumento necesario para hacer más llevadera su agonía. Su hermano Juan acababa de salir de la estancia tras despedirse a solas de ella.

—Evita, qué injusto es todo. Con lo que has hecho en tu vida, con todo lo que has dado a los demás y mira lo que ha hecho Dios contigo. Te ha olvidado. Te ha dejado tirada. Te ha matado.

Eva se hubiera querido revolver en la cama en la que permanecía tumbada.

—*Te querrás callar ya, imbécil. Dios sabe perfectamente lo que hace con todos nosotros.*

Juan se dirigió a la habitación que compartía pared con aquella en la que había fallecido su hermana. Allí se encontró a su madre, doña Juana, y a sus otras tres hermanas, Blanca, Erminda y Elisa, que ya habían visitado antes el lecho de muerte. También estaba el general Perón que, por sorpresa, avanzó cuál sería el futuro inmediato de su esposa.

—Hace unos días me reuní en secreto con un importante médico español. Se llama Pedro Ara. Es anatomista, trabaja en la Universidad de Córdoba y es experto en embalsamamientos —comenzó a decir el presidente argentino—. Le pedí que hiciera a Eva inmortal.

Cuando se lo comunicó a ella, Evita quiso abrazar a su esposo. Le había pedido insistentemente, durante sus últimos meses de vida, que no dejara que se pudriera. Y él estaba cumpliendo con su palabra.

—Ella lo quería así, y así se hará. Su cuerpo será depositado en la cripta del monumento que ella misma ideó. Se construirá en la plaza de Mayo, y solo será comparable al que se construyó para Napoleón. Será el mayor mausoleo del mundo, del tamaño de una de las pirámides de Egipto. Intentaré que se construya lo más rápidamente posible. Pero antes debo cumplir el más urgente de sus deseos. Ella no quería consumirse bajo tierra. Me hizo prometerle que sería embalsamada. Su belleza permanecerá intacta por los siglos de los siglos.

—No voy a dejar que lo hagas —contestó Juan Duarte, sin poder salir de su asombro por lo que acababa de escuchar—. Mi hermana debe recibir cristiana sepultura cuanto antes, a poder ser en la iglesia de San Francisco, tal y como habíamos hablado. Dejémosla en paz. Es lo que se merece después de tantos meses de sufrimiento.

—Está decidido. De hecho, el doctor está a punto de llegar. Hará los primeros trabajos acá, en la residencia, para que el cuerpo esté listo para la capilla ardiente. Después continuará con su labor el tiempo que sea necesario para que mi esposa pueda ser venerada por todos los que la amaban.

—Mi pobre niña no merece sufrir más —se lamentó con lágrimas en los ojos Juana, la madre de Eva.

—De eso me encargaré yo en persona. Descansará eternamente, tranquila y bella como era, después de que el pueblo pueda darle su último adiós. Nada de despedidas discretas. Evita debe permanecer entre los suyos hasta el último instante, porque esa fue su última voluntad. Su gente, sus obreros, tienen derecho a acompañar a quien más los amaba, y yo facilitaré que puedan despedirse de ella.

—Es evidente que no tenemos nada que hacer. —El hermano de Eva no ocultaba su impotencia ante la seguridad mostrada por Perón—. El destino de mi hermana depende de vos desde que ella te eligió como esposo. Solo te pido que le ahorres más sufrimiento. Ella decidió ignorar su enfermedad, y obedecimos sin protestar. Incluso yo callé cuando me reprochó hace pocos meses que no le hubiera advertido de que su mal no tenía solución. Se ha ido sin haber tenido la posibilidad de ser tu vicepresidenta. Le negaste ver cumplido su sueño político por algún extraño motivo que nunca logró comprender. Porque ella nunca entendió que fueras más sensible a las críticas de los militares rebeldes que a sus ruegos. Si ahora consideras que debes ocuparte también del futuro de sus restos, hazlo, adelante. Solo espero, de corazón, que no te confundas.

Perón no respondió. Su silencio se mezcló con el sonido del timbre de la puerta principal. Pedro Ara, el experto embalsamador, acababa de llegar. Mientras una de las asistentas que trabajaban en la residencia presidencial le invitaba a entrar, por los pasillos de la elegante mansión se oía, a través de la radio, la voz de Jorge Furnot, el prestigioso locutor de la cadena del Estado. Con tono afectado, leyó a las nueve treinta y seis de la noche un breve texto redactado por el periodista Raúl Apold, que trabajaba para la Subsecretaría de Prensa y Difusión del Gobierno peronista:

Cumple la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la nación el penosísimo deber de informar al pueblo de la república, que a las veinte y veinticinco horas ha fallecido la señora de Perón, jefa espiritual de la nación. Los restos de la señora Eva Perón serán conducidos mañana, en horas de la mañana, al Ministerio de Trabajo y Previsión, donde se instalará la capilla ardiente.

Hacía ya varios años que su cuerpo estaba avisando de que algo no iba bien. En 1949 Eva sufría continuos desmayos y fuertes hemorragias vaginales, pero prefirió ignorar las primeras señales de alarma. Nada debía interrumpir su incansable dedicación a los más necesitados. Pero las enfermedades no se curan ignorándolas. Por eso los síntomas empeoraban, evidenciando que el cáncer se iba haciendo cada vez más fuerte en su interior. Sus colaboradoras más cercanas insistían en que debía tomarse un descanso. Que sus múltiples ocupaciones como primera dama, su trabajo en el Partido Peronista Femenino, sus constantes reuniones con los miembros más destacados de la CGT, su labor al frente de la Fundación Eva Perón y su continua y permanente entrega a quienes ella llamaba sus «grasitas», le acabarían pasando factura. Después de aquel episodio, su marido le dijo una noche mientras se despedía de ella al borde de la cama:

—Cholita, tienes que descansar un poco. Esta anemia tan fuerte que tienes te va a matar. Te veo tan débil que tengo miedo de que acaben contigo de un abrazo.

No hizo caso. Continuó con su ritmo frenético hasta que poco después, el 9 de enero de 1950, se desmayó mientras participaba en la inauguración del nuevo local del Sindicato de Conductores de Taxis. Cierto es que hacía un calor infernal provocado por los treinta y ocho

grados que marcaban los termómetros, pero era evidente que pasaba algo más. Acabó ingresada en el Instituto de Diagnóstico.

—Presidente, acabo de operar a su esposa de apendicitis y lo que he visto no me gusta nada. —El ministro de Educación, el doctor Oscar Ivanissevich fue sincero con Perón—. Por los síntomas que tenía, ese dolor intenso en la ingle, parecía que el origen pudiera estar en el apéndice. Pero durante la intervención he tocado algo raro en el útero. Sinceramente, creo que su esposa debería someterse a una exploración más exhaustiva para confirmar mis sospechas.

—No des más rodeos, Oscar, ¿de qué estás hablando?

—El diagnóstico puede ser erróneo. Aún habría que hacer muchas pruebas, pero creo que su esposa podría sufrir un cáncer de útero.

La frase cayó como una losa sobre el presidente argentino, que ya había perdido a su primera mujer, Aurelia Gabriela Tizón, por culpa de la misma enfermedad. Al escuchar al médico, no pudo evitar sentirse en cierta forma responsable. ¿Qué había hecho mal? ¿A quién había provocado tanto daño para que la vida le castigara de aquella manera? Se tapó la cara con las manos y miró hacia el techo blanco recién pintado del despacho que Ivanissevich tenía en el hospital.

—Dios, ¿por qué eres tan injusto conmigo? ¿Por qué me vuelves a poner a prueba? ¿Te pareció poco sufrimiento el que me dejó la enfermedad y la muerte de Aurelia?

Durante unos segundos pasaron por su cabeza los peores recuerdos de los últimos días junto a su primera esposa. Pero no podía hundirse. Tenía que sacar fuerzas. Además, estaba convencido de que Dios no podía arrebatarse a Eva. Ni a él ni a todas esas personas que la adoraban.

—Te pido un favor —le rogó a su ministro—. Ni se te ocurra hablar de este tema delante de ella. Se moriría solo por escuchar el nombre. Pero te agradecería que me acompañaras a su habitación para intentar convencerla de la necesidad de que se haga más



pruebas. Ya sabes cómo es. A mí no me hará caso y a ti probablemente tampoco, pero lo tenemos que intentar.

Ambos hombres enfilaron el pasillo del centro médico hacia la habitación en la que se encontraba Eva. Acababa de despertar de la anestesia y convivía aún con ese sopor que apenas deja pronunciar una frase con un mínimo de coherencia.

—Vaya, ¿vienen los dos juntitos a comprobar cómo han conseguido dejarme quieta por unas horas?

—Debes tomarte en serio tu salud. ¿No me querrás dejar solo tan pronto? —bromeó Perón para preparar el terreno al doctor.

—Ya sabes que no quiero operaciones. Ya me habéis engañado con una y ahora lo que quiero es que me dejen salir de esta horrible habitación de hospital cuanto antes.

—Chinita, cada día estás más flaca, en muy poco tiempo has perdido diez kilos, y tus dolores son cada vez más insoportables. Algo habrá que hacer.

—Bueno, pero ya me metieron mano, ¿no? Ya me quitaron ese molesto apéndice que tanta lata me ha dado.

—Si me permite, creo que debo dar mi opinión como médico — interrumpió sin más preámbulos Ivanissevich—. Sinceramente, opino que debería someterse a más pruebas. Es indispensable una amplia revisión para descartar problemas mayores. Creo que sería bueno que la viera un ginecólogo. Quizá haya que hacer una pequeña intervención de matriz, como la que le practiqué a su madre. Fíjese qué bien ha quedado.

—¡Ni hablar! —contestó rotunda—. A mí usted no me toca, porque yo no tengo nada. Lo que pasa es que los médicos se han puesto de acuerdo con la oposición para quitarme de en medio y que deje de joder. No soportan que me meta en política. ¿Pues sabe una cosa? Escuchame. ¡No lo van a conseguir! —dijo Eva a gritos.

—Pero, señora, aquí nadie está hablando de eliminarla. Lo único que queremos es salvarle la vida.

—¿Es que no me entiende? ¡He dicho que no! Los médicos son para los desocupados, para los oligarcas. ¡Yo tengo muchas cosas que

hacer!

A los pocos días Eva abandonó el hospital e Ivanissevich su cargo en el Gobierno. No quería sentirse partícipe de lo que él consideraba un suicidio llevado a cabo con el consentimiento del presidente, que optó por respetar las temerarias decisiones de su mujer.

**E**l médico y profesor universitario Pedro Ara consiguió entrar en el palacio de Unzué, con muchos problemas, a las diez de la noche. Nada más hacerse público el fallecimiento de Eva, miles de personas comenzaron a congregarse en las inmediaciones de la residencia, uniéndose a las otras muchas que esperaban desde hacía días noticias sobre su fallecimiento. Las calles de acceso al edificio estaban colapsadas a pesar de los controles impuestos por el propio Perón.

—Adelante, doctor —le dijo el general mientras le ayudada personalmente a deshacerse de su gabardina negra y su enorme paraguas del mismo color—. Quería agradecerle su disposición. Sé que le ha costado decidirse.

Ara no tenía demasiadas ganas de conversar. Era un profesional, y él consideraba que los profesionales solo piensan en hacer un buen trabajo.

—He recibido el permiso de la embajada española en Buenos Aires y aquí estoy. ¿Dónde está el cuerpo?

Perón le acompañó hasta la primera planta. Antes de pasarse por la cámara mortuoria, se fueron a solas a la biblioteca, en el extremo opuesto a la habitación en la que estaba Eva. Durante una hora terminaron de zanjar el inevitable acuerdo económico. A Ara le gustaban las cuentas claras. Perón le pagaría cien mil dólares en dos entregas. Cincuenta mil en aquel mismo instante, al comienzo de su

labor, y el resto, otros cincuenta mil, una vez hubiera terminado. Cumplimentados los trámites previos, el presidente le llevó hasta la habitación en la que acababa de morir su mujer y donde aguardaba un joven ayudante del anatomista español que ayudaría a convertir el cadáver en incorruptible.

—Aquí está. No ha sido una decisión fácil para mí. Me ha costado un enorme enfrentamiento con su familia, pero creo que es lo mejor que puedo hacer, cumplir con sus deseos y dejar su cuerpo para la posteridad.

Ara volvió a evitar entablar una conversación y empezó a investigar cuál sería el mejor lugar para trabajar. En la habitación estaba en ese momento la enfermera, María Eugenia Álvarez, que le ayudó a depositar el cuerpo en una camilla plegable con ruedas que había llevado el asistente del doctor. La empujaron hasta el baño que había en la estancia y enseguida el médico empezó a sacar de su maletín todo el material necesario para embalsamar a Eva.

—Ya se pueden ir. Necesito concentrarme.

—Solo una pregunta, doctor —dijo el presidente—. ¿Cuánto tardará en hacer todo el trabajo?

—Sinceramente, no lo sé. La primera fase será fácil. Se trata de acondicionar el cuerpo para que pueda ser exhibido en la capilla ardiente. Es probable que esté listo a primera hora de la mañana. Y una vez terminados los actos oficiales de despedida, me encerraré con ella todo el tiempo que sea necesario. Pueden ser seis meses, un año... lo que necesite para que quede perfecta.

Ara se enfrentaba al trabajo más complicado y de mayor responsabilidad de cuantos había realizado hasta ese momento. Incluso llegó a decir no a restaurar la «momia» de Lenin porque nunca lo vio claro. Pero este encargo era distinto.

Mientras Perón abandonaba la estancia rumbo a la sala en la que aguardaban la familia directa de Eva y su confesor, el padre Benítez, el anatomista y embalsamador empezó a manipular el cuerpo.

—*Adelante. Confío en su trabajo. Déjeme bella, como lo fui hace tiempo. Quiero seguir estando guapa para mis descamisados.*

Tras relajar el cuerpo, Ara pasó a desinfectarlo. Quitó minuciosamente los gérmenes de la piel en el rostro, en las axilas, en las partes íntimas... Limpió con esmero la nariz y la boca. Con una pinza arrastró la suciedad que había depositada en la lengua y con sus dedos masajeó suavemente las encías para dulcificar la expresión. Continuó colocando algodones en las fosas nasales para que no salieran fluidos, y procedió a la sutura de los labios para evitar que se contaminase. También selló los ojos con un pegamento especial. Y aunque la labor de conservación más complicada llegaría después, para que el cuerpo aguantara inalterable durante varios días, aspiró los gases y los líquidos abdominales. Extrajo toda la sangre por la arteria yugular, para evitar la descomposición, y la sustituyó por una mezcla de productos químicos que introdujo a través de la arteria carótida. Mientras el doctor manipulaba los restos con especial cuidado, observó dos pequeñas marcas en la cabeza a las que prefirió no dar mayor importancia. Hay cosas, pensó, que es mejor ignorar. A las ocho de la mañana, Ara había terminado.

—Recuerda este momento —le comentó a su ayudante—. Ante nosotros está la mujer más amada y más odiada de nuestro tiempo. Luchó fieramente contra los grandes, y cayó derrotada por lo infinitamente pequeño.

En ese momento, tal y como le habían indicado que hiciera, apretó un timbre instalado junto a la mesilla de noche. Eva lo usaba para llamar a la enfermera cada vez que reclamaba sus cuidados.

—¿Qué necesita? —preguntó María Eugenia, que apareció en la sala en cuestión de segundos.

—He terminado. Sería conveniente que avisara a quienes considere para que se ocupen de maquillarla y peinarla —contestó Ara.

—Ahora mismo.

No hizo falta esperar mucho. El peluquero Julio Alcaraz ya se encontraba en la residencia esperando su turno. No pudo contener las lágrimas mientras le hacía el clásico moño que su clienta y amiga lució durante los últimos años de su vida. Una vez peinada, apareció

Sara Gatti, la mujer que siempre le hacía la manicura, y que debía cumplir con las órdenes que le había dado la propia Eva: sustituir el esmalte de uñas rojo chillón que llevaba en el momento de su muerte, y cambiarlo por uno transparente de Revlon. La que era su mucama desde hacía años, Irma de Ferrandis, le quitó el pijama azul celeste que pidió ponerse minutos antes de fallecer, y lo reemplazó por una túnica franciscana en tono marfil. Eva tenía derecho a lucir esta distinción tras recibir el título de hermana terciaria de manos del general de la orden, el padre Perantoni, durante su visita al Vaticano en 1947. No fue el único símbolo religioso que luciría. Una vez preparado el cadáver, Perón se encargó de poner entre las manos de su esposa el rosario que el papa Pío XII le había regalado durante su gira por Europa y del que colgaba una medalla de oro conmemorativa de su pontificado.

—Presidente, el cadáver ya es incorruptible, pero recuerde que quedan muchos meses de trabajo para conservarlo inmutable. Ahora despídase de su esposa. Ha llegado el momento de sellar el ataúd. Les pido por favor que no vuelvan a abrirlo si no quieren que el cuerpo se descomponga.

Perón, destrozado por el dolor, besó los fríos labios de su mujer. Y lo volvió a hacer antes de que el féretro saliera de Unzué, levantando la tapa de cristal, y desoyendo las órdenes expresas dadas por el embalsamador.

—Chinita, no sabes cómo te voy a echar de menos —dijo casi en un suspiro.

—*Viejito. Sé fuerte. Recuerda los consejos que te di. Sigue ocupándote de quienes más lo necesitan y concluye la tarea que iniciamos juntos. Y, por favor, cuidate de los traidores. Juro que te protegeré desde dondequiera que esté.*

Mientras Eva se despedía así del hombre más importante de su vida, el robusto ataúd de cedro en el que habían depositado su cuerpo fue sacado a hombros de su habitación. A las once de la mañana, los restos iniciaban su ruta por las principales calles de Buenos Aires. Cientos de miles de personas lloraban en público su muerte, mientras

otras, bastantes menos, celebraban en privado la desaparición de la que habían bautizado como la Yegua.

**E**l cortejo fúnebre partió hacia el Ministerio de Trabajo, donde Eva recibiría el homenaje de más de dos millones de personas. La lluvia seguía cayendo insistentemente y con fuerza sobre el dolor colectivo que se había apoderado de las calles de la capital argentina. Ciudadanos de todos los rincones del país se unieron en un mismo sentimiento. Los gritos y sollozos se mezclaban en el ambiente, creando una atmósfera de auténtico éxtasis. En el recorrido, un grupo de mujeres trataba de tapar una de las pintadas que los antiperonistas habían realizado en un muro cercano al palacio de Unzué. Habían escrito «Viva el cáncer». Los crespones negros vestían la ciudad y se habían levantado pequeños altares por todos los barrios pobres. A cada paso se veían fotos de Evita rodeadas de flores y velas. El coche fúnebre tardó más de dos horas en recorrer un trayecto que en condiciones normales llevaba tan solo quince minutos. Nunca se había visto tanto dolor, y Perón quiso que ese sentimiento quedara inmortalizado para siempre. Para ello contrató al camarógrafo Edward Cronjager, miembro de la 20th Century Fox, para que elaborara un cuidado documental que reflejara los lamentos de un pueblo entero ante la pérdida de su máximo referente. Se formaron hasta cuatro kilómetros de colas para poder besar el cristal bajo el que reposaba Eva. En esas gélidas esperas murieron cuatro personas y se produjeron cientos de desmayos. Todo era poco para rendir homenaje



a una mujer que algunos quisieron convertir en santa. De hecho, hasta el Vaticano llegaron más de veintiséis mil peticiones para canonizarla. En la puerta del Ministerio de Trabajo, trescientas cincuenta enfermeras de su fundación, perfectamente uniformadas, aguardaban la llegada de sus restos sin poder contener la emoción. Se oían lamentos por todas partes. Nunca Argentina ofreció una despedida así a un muerto, y tampoco es fácil encontrar en el resto del mundo una demostración de amor tan unánime. Tanta necesidad había de demostrar el dolor, que tuvieron que importarse flores desde países vecinos como Chile o Uruguay para poder cubrir la demanda. El féretro quedó instalado en el *hall* principal de la «secretaría», como llamaba Eva a ese lugar. Allí consumía los días recibiendo a sus «grasitas», organizando las cuantiosas donaciones que recibía y contestando todas las cartas que llegaban desde los lugares más recónditos del país.

—¿Ha visto la riada de gente que viene a llorar su muerte? Tenemos que dejarla más tiempo, hasta que el último de los argentinos que quiera despedirse de ella pueda hacerlo. Si es necesario permanecerá aquí dos meses.

Perón expresó este deseo al doctor Ara, ante el cadáver de su esposa, aún a sabiendas de lo que le iba a contestar.

—No es posible —se limitó a decir el doctor.

—Usted no es quién para decidir cuándo se cierran las puertas de este velatorio.

—Tiene toda la razón. Pero sí puedo decidir que mi trabajo ha terminado.

—¿Qué está insinuando?

—Quizá no lo haya visto, pero en solo unos minutos ya ha habido quien ha levantado la tapa que cubre a su esposa para poder besarla mejor. Me parece muy bien que la quieran sentir de cerca y que usted esté dispuesto a permitirlo. Pero esto es incompatible con el encargo que me hizo. Si quiere que su cuerpo pase a la posteridad, las normas las pongo yo.

Perón transigió y ordenó cerrar las puertas de la capilla ardiente el 10 de agosto. Mucho antes de lo que él deseaba y once días después de la fecha que había impuesto el prestigioso embalsamador.

Ara estaba esperando impaciente en la segunda planta de la sede de la CGT. Un edificio frío, de color gris y de un gusto estético bastante discutible, en el que trabajaban los más fieles colaboradores de Eva. Fueron ellos, los sindicalistas, los que impusieron a Perón que su cadáver reposara allí hasta que se construyera el futuro mausoleo.

—No. Imposible. No puede ser. Hasta que se construya el monumento, Evita debe estar en la iglesia de San Francisco. Su madre lo quiere así, y al menos en esto tengo la intención de ceder —respondió Perón a las peticiones de los líderes del sindicato.

—¿Va a hacer caso de lo que diga la madre y va a desoír lo que su propia esposa pidió en vida? —replicó José Espejo, secretario general de la CGT y fiel colaborador de la fallecida—. Presidente, permítame que le hable sin tapujos. Lo que más deseó su esposa en vida fue trabajar codo a codo con vos. No había otra cosa que más deseara que ser su vicepresidenta. Y usted se lo prohibió a pesar de ruegos de millones de argentinos que salimos a la calle para reivindicar su nombramiento. Sepa una cosa, jamás se lo perdonó. No le sirvieron sus excusas sobre su débil salud ni sobre la presión de los militares para impedir su elección. Ella se sentía fuerte. Era usted quien la debilitaba con sus argumentos cuando le decía que su frágil cuerpo no soportaría esa responsabilidad.

—¡Ya vale! ¿Cómo puedes ser tan injusto conmigo? Mi mujer acaba de morir. Yo la amaba como nadie lo hizo, y actué de la forma que yo consideraba que era mejor para ella. No merezco escuchar todo esto.

—Lo que hizo cuando estaba viva ya no tiene solución. No repita los mismos errores ahora que está muerta.

En ese momento Espejo sacó de su desgastada cartera de piel negra varios papeles que contenían decenas de discursos de Eva. En ellos expresaba que, si era necesario, como medida temporal, deseaba que su cuerpo esperara su ubicación final entre las paredes del edificio que mejor representaba a sus admirados obreros. Perón acabó cediendo a pesar de sus reticencias y las del doctor Pedro Ara. El anatomista consideraba que ese lugar no era el más apropiado para instalar su laboratorio, por la incomodidad y, sobre todo, por la falta de seguridad al ser un edificio con tantas connotaciones ideológicas. Pero no se le dieron más alternativas. Así, el 11 de agosto, sobre la cureña de un cañón arrastrado por treinta y ocho dirigentes sindicales, llegaba el cadáver de Eva a la CGT, segundo destino tras su paso por el Ministerio de Trabajo. Tras celebrarse un responso íntimo en la entrada de la sede sindical, el féretro fue introducido en un área reservada a la que se accedía a través de una puerta de madera que tenía dos pequeñas ventanas de vidrio opaco. Nadie podía entrar allí sin la autorización del doctor.

—Presidente, le ruego que mis instrucciones se cumplan al pie de la letra. No voy a tolerar que ocurran cosas como las de la capilla ardiente, con manos desconocidas abriendo y cerrando el ataúd. Si veo que no se respetan mis peticiones, prometo que me marcharé sin avisar y sin hacer el trabajo para el que me ha contratado —advirtió Ara.

—No se preocupe. Le prometo que tendrá toda la intimidad que necesite —le aseguró Perón, que le dio la única llave que supuestamente existía para acceder a ese lugar.

La sala donde el médico español iba a manipular el cuerpo de Eva durante varios meses era más bien pequeña. Sus paredes azules

transmitían cierta sensación de frialdad. La única luz que había procedía de una sola lámpara que iluminaba directamente la camilla sobre la que acababa de colocarse el cuerpo.

—Ahora, si no le importa, voy a empezar a trabajar.

El doctor invitó con esta frase a Perón a que abandonara la sala.

—Déjeme despedirme de ella. Tan estrictas son sus reglas que no sé cuándo me dejará volver a verla.

—Ya le adelanto que no la verá demasiado. Le dejo un momento a solas con su mujer para que pueda decirle adiós. Y aproveche ahora que todavía puede tocarla. No tema. Está tan intacta como cuando estaba viva.

Ara cerró con sigilo la puerta que desde ese día iba a estar custodiada permanentemente por quince hombres. Dentro, Perón empezó a tocar aquel cuerpo rígido con sumo cuidado. A pesar de las palabras tranquilizadoras del embalsamador, temía que el roce de las yemas de sus dedos fuera capaz de reducir a polvo aquella frágil estructura. Lloró como nunca lo había hecho. Y se sintió culpable de cosas de las que incluso ni se acordaba.

—Eva, no olvides cuánto te he querido. Todo lo que he hecho, tanto lo que te conté como lo que nunca te dije, lo hice por tu bien. Perdóname si no entendiste algunas de mis decisiones. Ser presidente no es fácil y a veces te coloca en la endemoniada situación de tener que tomar medidas difíciles de explicar. Evita, lo siento, pero tuve que frenarte. Te comieron la cabeza esos amigos tuyos del sindicato. Te inocularon la versión más radical de la política, y el sectarismo siempre resulta negativo porque resta simpatías. Chinita, te echaré tanto de menos...

*—Por favor, no sigas hablando. Podría perdonarte por muchas cosas que me hiciste durante nuestra vida en común. Pero en los últimos meses... me decepcionaste tanto... Me anulaste, quisiste convertirme en tu fiel sirvienta. De repente me convertí en una mujer sumisa, y he tenido que morir para darme cuenta de lo que fuiste capaz de hacer. Ese médico que contrataste ha encontrado en mi cabeza varias señales que evidencian la tortura. Ahora puedo*

*recordar incluso aquellas cosas que pasaban durante mis periodos de inconsciencia. ¿Por qué no me dijiste que tenía cáncer? ¿Por qué hiciste llamar a un cirujano que no me conocía de nada para que se ocupara de mi útero enfermo? ¿Por qué echaste del quirófano a mis médicos de confianza en aquel hospital de Avellaneda? Y sobre todo, ¿por qué ordenaste manipular mi cerebro?*

En ese momento, Perón sintió un intenso escalofrío, pero no supo identificar la causa.

*—Nunca pensé que fueras capaz de llegar tan lejos. Yo solo quería protegerte de los militares, de esos en quien tanto confías y que muy probablemente acabarán con tu carrera. No te confundas. Tú no eres uno de ellos.*

Perón dejaba caer sus lágrimas sobre la túnica de Eva. Según pasaban los minutos afloraban en su mente episodios de su vida en común que deseaba borrar. Se dio cuenta de que muy pocas veces había experimentado esa sensación de arrepentimiento.

*—¿Crees que merecía que manosearan mi cabeza por haber intentado salvarte? ¿Qué hacía falta para que reaccionaras? El general Menéndez se levantó contra vos, y no hiciste nada. Yo solo te quise ayudar. ¡Era necesario armar a nuestros obreros para defendernos de los enemigos! Con esas cinco mil pistolas y mil quinientas ametralladoras que compré a mi amigo, el príncipe Bernardo de Holanda, habrías estado más seguro. Pero no quisiste organizar las milicias. Te equivocaste de enemigo. Creíste que estaba loca y que el problema estaba en mi cerebro y no en los cuarteles. Ya te he oído decir que entregarás todas esas armas a la gendarmería. Ya no puedes escucharme, pero te aseguro una cosa... te arrepentirás.*

El presidente argentino agarró con fuerza las frías manos de Eva. Quiso pedirle perdón por todo aquello que pudiera reprocharle. Pero no lo hizo.

*—Esa maldita lobotomía me anuló. Bien sabes que es mentira que esa operación tuviera como único objetivo calmar el insostenible dolor de la enfermedad que me ha consumido. Ante todo, querías que te dejara en paz. Deseabas una mujer que no tomara decisiones por*

*sí sola. Que no pensara. Que no te hablara de política. Que no te llevara la contraria y, sobre todo, que no te hiciera sombra. Y la lobotomía era perfecta, ¿verdad? Un par de agujeritos en el cráneo y lista. Se acabaron los problemas. ¡Con decisiones como esa me jodiste la vida! ¡Solo te pido que no me jodas la muerte!*

Eva deseaba poder levantarse y abofetear a su marido. Lo odiaba tanto como lo amaba. Y había momentos en los que los sentimientos se confundían. Del enfado pasó al remordimiento. De repente sintió que estaba siendo injusta con aquel hombre que lloraba desconsolado. Quiso besarlo. Pero era demasiado tarde. Perón acababa de abandonar cabizbajo la sala mortuoria donde el cuerpo de Eva volvería a ser sometido a todo tipo de experimentos y vejaciones.

## 8

Antes de ponerse manos a la obra, Ara sacó del bolsillo de su bata blanca una pequeña libreta de anillas con tapas rojas, en la que iría anotando cada paso del embalsamamiento más importante de todos los que haría en su carrera. No quería que el paso del tiempo ayudara a borrar de su mente detalle alguno. Era consciente de que aquella intervención pasaría a la historia, y quería que los libros de texto recogieran con toda veracidad su trabajo. Había llegado el momento. Tras depositar el cuaderno en una minúscula mesa de cristal situada en uno de los rincones de la sala, se acercó cuidadosamente al cadáver.

—Vamos a ver, jovencita. Te voy a ir contando todo lo que vaya haciendo con tu cuerpo. No te asustes. No tienes nada que temer. Seré tremendamente escrupuloso. Yo no diferencio entre cuerpos vivos y muertos. Para mí todos merecen el mismo respeto. Solo tocaré lo que sea imprescindible y pensaré en lo que podría molestarte si estuvieras en condiciones de sentir algo. Dicho esto, vamos allá.

—*Estoy en sus manos, doctor.*

—Anoche, durante una primera exploración, mis temores acerca del estado de la piel quedaron desvanecidos, pues las arrugas producidas por la desecación lenta se encuentran duras como el cartón. Tras esa rápida revisión, te cubrí los ojos, la nariz y la boca con un algodón humedecido con glicerina, alcohol y timol —comentaba



Ara en voz alta—. Eso ocurrió ayer. Hoy es 12 de agosto. Ya tengo en mi poder todos los reactivos necesarios para proceder al embalsamamiento. Voy a empezar vendándote los dedos de las manos y de los pies, uno por uno. Pero antes impregnaré el vendaje con la mezcla de tricloroetileno que ya tengo preparada.

Lo hizo con un cuidado exquisito. Tanto, que cuando quiso darse cuenta el austero reloj que había en la pared había empezado a marcar un nuevo día.

—Cómo pasa el tiempo. Fíjate, ya es 14 de agosto. Hoy me voy a centrar en revisar y mover bien tu cuerpo para que esté completamente listo para el siguiente paso. Será una jornada de trámite. Hoy te dejaré descansar.

*—Gracias, doctor. Después de tanto sufrimiento y de tantas despedidas, se agradecen unas horas de tranquilidad.*

De repente el sol volvía a asomar por las ventanas de la segunda planta de la sede de la Confederación General del Trabajo. En su fachada se habían colocado cientos de ramos de flores blancas y una enorme fotografía de Eva tomada en los años en los que mostraba su máximo esplendor. Lucía su particular moño y una sonrisa serena capaz de tranquilizar a quienes se acercaban a aquel edificio para recordarla. La imagen ocupaba toda la esquina de las calles Azopardo e Independencia. Ara apenas había dormido cuatro horas en una habitación contigua a la cámara mortuoria. A las ocho de la mañana volvió a enfundarse su inevitable bata de color blanco.

—Es 15 de agosto. Hoy también nos lo tomaremos con tranquilidad. Voy a quitarte las vendas que puse sobre tu cuerpo el primer día y sacaré de tus ojos esas molestas almohadillas que inserté en el interior de tus párpados. Ya verás. Te sentirás mucho más a gusto.

El médico a veces tenía la sensación de estar hablando con una enferma y no con una muerta.

*—Doctor, tómese su trabajo con tranquilidad. No hay prisa. No tengo ganas echarle de menos.*

Así transcurrían los días. Ara pocas veces reclamaba la ayuda de sus asistentes. Solo para que le facilitaran los productos que se iban terminando o para que le suministraran alguna herramienta nueva que fuera necesaria. A solas, cada jornada probaba nuevas mezclas para mejorar los resultados anteriores. En una enorme mesa de metal, cubierta por un impoluto paño de algodón blanco, había colocado todo el instrumental necesario para inmortalizar a Eva. Nunca se había ensayado un proceso similar al que él estaba practicando a aquel cuerpo joven. Fue una verdadera obra de ingeniería. Llenó el cadáver de parafina y mantuvo intactos todos los órganos. No le sacó una sola víscera ni le practicó un solo desgarró ni incisión. Su piel estaba como nueva.

Casi sin darse cuenta, el calendario le indicó que era 26 de agosto. Ese día se cumplía un mes de la muerte de la primera dama de Argentina. La jornada fue similar a las anteriores, pero al caer la noche miles de personas se reunieron frente al edificio de la CGT para recordar a la mujer cuya desaparición había conmocionado a todo el país, ya fueran seguidores o detractores. Los manifestantes llevaban en las manos antorchas que brillaban en la oscuridad y que ayudaban a sobrellevar el insoportable frío de aquella jornada invernal. Ara se asomó desde la ventana que había en el pasillo más cercano a la sala en la que se dedicaba en cuerpo y alma a la conservación de los restos de Eva. De pronto, empezó a temblar. No sabía muy bien por qué tenía esa sensación de miedo, pero aquella escena no le gustaba nada. Como si le estuviera avisando de que algo iba a ocurrir, su cuerpo empezó a sudar. Con la manga de la camisa se secó la cara. Temía que se produjera un desastre. Su mente le llevó a imaginar que un trozo de brasa, procedente de alguna tea, pudiera ser arrastrada por el fuerte viento que había en el exterior y prendiera los productos altamente inflamables que estaba utilizando. Si no lo evitaba, el cadáver podría prenderse y desaparecer para siempre. Con esta imagen en su cabeza, Ara se giró, volvió a recorrer el pasillo hacia su laboratorio y regresó a su tarea. En la sala de paredes azules, de momento, le seguía esperando Eva.

Justo un año después de que comenzara los trabajos de embalsamamiento, el prestigioso anatomista español daba por finalizado su trabajo. Estaba emocionado y feliz por el resultado pues había conseguido que Evita fuera para siempre Evita, pero al mismo tiempo sentía un enorme vacío interior. No se había separado de aquel cadáver durante más de doce meses. Tanto se había obsesionado con aquella misión, que a lo largo de ese año apenas tuvo contacto con su familia. Su mujer y sus hijas habían pasado a un segundo plano, pero estas nunca le reprocharon la falta de atención. Entendían que ese trabajo requería una dedicación absoluta y esperaban con paciencia que culminara con éxito tan importante encargo. Y ese momento parecía que por fin había llegado. Ara besó la frente de Eva, anotó en su libreta la frase «objetivo cumplido», y salió de la sala para informar telefónicamente a Perón de que el cuerpo ya estaba listo.

—Presidente, tengo el honor de informarle de que acabo de concluir los trabajos que permitirán a su mujer ser inmortal. Está igual de bella o más de lo que estaba en vida. Si me lo permite, he de decir que parece una auténtica virgen. Me pidió que hiciera de ella una estatua y se la voy a entregar como si su corazón siguiera latiendo en su interior. —Ara no hizo ni una sola pausa en su ensayado discurso. Casi sin coger aire, reprochó al presidente su

incomprensible actitud—: Antes de que me diga nada quiero mostrarle mi sorpresa por sus ausencias. No sé si es consciente de que han pasado más de trescientos sesenta y cinco días desde que usted me pidió que me encerrara en esta sede de la CGT a trabajar. Ya sé que el tiempo pasa rápido, pero ha debido estar muy ocupado para no dejarse caer por aquí ni una sola vez. Perdona la indiscreción, pero creo que ahora sí debería buscar un minuto para venir a verla. A ella le encantaría que le hiciera una visita por breve que sea.

El doctor no conseguía entender cómo era posible que Perón, del que decían estaba tan enamorado de su esposa, no hubiera pasado ni una sola vez por aquel lugar desde el día en el que el médico empezó a trabajar.

—No le tendré en cuenta el reproche, doctor —contestó con evidente molestia Perón—. Es más, intentaré buscar un hueco en los próximos días para desplazarme hasta allí. Pero no piense que su labor ha finalizado.

—¿Qué quiere decir, presidente? —interrumpió Ara temiéndose lo peor—. Yo ya he terminado el trabajo para el que me contrató.

—Debe quedarse al cuidado de Evita durante algún tiempo. La situación política se está complicando y no tengo duda de que con vos estará en buenas manos.

—Le agradezco la confianza, pero no puede ser.

Ara era consciente de que el descontento se había apoderado de buena parte de la población y de que los militares contrarios a Perón no cejaban en la idea de dar un golpe de Estado en cualquier momento. Habían visto en la muerte de su esposa la mejor oportunidad para iniciar una movilización que terminara echando al presidente de las instituciones.

—Verá, doctor. Las obras del mausoleo se están retrasando. Le aseguro que no hay nadie en el mundo que desee más que yo que el cuerpo de Evita esté en el lugar que merece, pero aún no se dan las circunstancias.

El médico español tomó conciencia en ese momento de que Perón no estaba dispuesto a aceptar un no. Y aunque no lo quisiera

confesar, tampoco quería separarse de esa mujer capar de seducir a cualquier hombre incluso desde el ataúd.

—De acuerdo, presidente. Ya veo que no tengo nada que hacer. Pero al margen de que ya haya decidido que debo ser yo quien proteja el cuerpo de su esposa, sigo pensando que este no es el mejor lugar para que se quede el cadáver. Ha habido suerte durante este tiempo, pero en cualquier momento las cosas se pueden complicar. Ya le advertí, y lo vuelvo a hacer, de que este no es un sitio seguro.

—No hay más opciones. Debe quedarse en ese edificio hasta que la obra se haya ejecutado. No merece la pena buscar otro sitio mientras se construye.

Aún quedaba mucho tiempo para que el monumento en su honor fuera una realidad. Además de la convulsión política, la crisis económica afectaba de lleno al país y no era sencillo justificar ese gasto. En un año no se había puesto ni una sola piedra. El edificio deseado por Eva seguía siendo un proyecto que se plasmó en una elaborada maqueta creada por el escultor italiano Leone Tommasi. Perón, personalmente, había encargado el que en un futuro se llamaría «monumento al descamisado». En él, además de Eva, estarían los restos de un hombre que hubiera dado su vida por el país. La primera dama argentina había dejado escritos todos los detalles sobre cómo debía ser esa estructura erigida en su honor. La parte más alta tendría que medir ciento treinta y siete metros, muchos más que la neoyorquina Estatua de la Libertad, que se quedó en noventa y uno. Pesaría cuarenta y tres mil toneladas y contaría con catorce ascensores. Dieciséis enormes estatuas de mármol se erigirían en la parte más destacada del proyecto, simbolizando diferentes aspectos de la vida, entre ellos el amor. La pieza fundamental sería una imponente estatua que se alzaría en el centro de la obra. Es ahí donde Perón quería poner su impronta: la figura debería tener su rostro. El protagonismo, pensó el presidente, no podía recaer solo en su esposa. Debía compartirlo con él.

—¿Cuánto tiempo cree que el cadáver deberá permanecer aquí?  
—preguntó Ara, seguro de que no recibiría una respuesta concreta.

—El tiempo necesario. Y no se apure por los posibles trabajos que pueda perder. Seguro que no tiene nada más rentable que hacer.

Ese tiempo se tradujo en dos largos años que terminarían de la forma más insospechada.

**E**l doctor Ara hizo del cuidado de Eva su vida. Todos los días de la semana eran idénticos. Se levantaba a las cinco y media de la mañana, y tras una ducha rápida y sin apenas desayunar, se encaminaba hacia el edificio de la CGT donde permanecía al cuidado de Eva hasta aproximadamente las nueve de la noche. Cargado con una pequeña radio y los periódicos del día, se instalaba en el laboratorio y se sentaba junto al cuerpo, mientras se ponía al día de lo que ocurría fuera. Los medios de comunicación informaban del creciente descontento hacia el Gobierno del general Perón. La crisis económica se había agudizado, el aumento del consumo —sobre todo en el sector agrícola y ganadero— no se acompañó de las inversiones necesarias para hacer frente a la demanda. El Gobierno tuvo que poner en marcha un Plan de Emergencia Económica, y el fin de la prosperidad coincidía con la desaparición de quien más influencia podía tener entre los más desfavorecidos. Perón se sentía solo e incapaz de contener la agitación que empezaba a notarse en las calles. Su figura se diluía, mientras la población asistía impotente a un cambio en las políticas que tradicionalmente había defendido el peronismo. Las tensiones entre partidarios y detractores del presidente amenazaban con acabar en una guerra civil, mientras que desde la oposición y el Ejército ya se había planificado su caída. Así, por sorpresa, el 16 de junio de 1955 a primera hora de la tarde, aviones de la Marina

aparecieron en el cielo, sobre una concurrida plaza de Mayo. En cuestión de segundos abrieron fuego contra la Casa Rosada y sus inmediaciones. Con bombas y ametralladoras sembraron el pánico y causaron la muerte de más de trescientas personas. Setecientas resultaron heridas. La escena era terrible. Niños, mujeres y hombres corriendo en busca de un sitio seguro, cuerpos desmembrados por las calles, coches envueltos en llamas... Y miedo, mucho miedo por lo que pudiera pasar a partir de ese momento. El cruel intento de asesinato y derrocamiento del presidente resultó infructuoso. Pero solo tuvieron que pasar dos meses exactos para que los golpistas volvieran a intentarlo. Esta vez consiguieron hacerse con el poder. Quienes derrocaron a Perón lo llamaron Revolución Libertadora. Los fieles al presidente derrocado la denominaron Revolución Fusiladora. El hecho objetivo es que el general Eduardo Lonardi consiguió hacerse con el poder.

En el edificio de la CGT aparentemente todo seguía como si nada hubiera ocurrido. Eva continuaba con su sueño eterno, y Ara, su fiel cuidador, permanecía impasible a su lado. Pero la realidad era otra bien distinta. Perón, el marido de aquella mujer que esperaba un destino definitivo, ya no era presidente, y ese edificio, el de la Confederación General del Trabajo, había pasado a manos de la Marina tras el reparto de organismos públicos que habían hecho las Fuerzas Armadas una vez consumado el golpe militar. El 18 de septiembre, cuando todo parecía indicar que era más que probable la salida del general Perón de Argentina, Ara cambió su ruta habitual. Antes de acudir a su cita diaria con Eva, se desplazó hasta el palacio de Unzué donde aún permanecía el máximo responsable del cadáver. A pesar de las reticencias iniciales, consiguió ser recibido en su despacho, aunque la conversación apenas duró tres minutos.

—Presidente, vengo a interesarme por los planes que tiene para su esposa. Comprenderá que, dada la nueva situación, yo ya no puedo ocuparme de ella.

—En estos momentos no hay planes que valgan —contestó Perón de pie, en mitad de la sala forzando que el encuentro fuera breve.



—¿No sabe qué va a hacer con el cadáver de su esposa? — preguntó incrédulo Ara—, porque algo tendrá que hacer.

—Dejarlo allí a su cuidado.

—¿A mi cuidado? ¿Está hablando en serio? ¿Me está pidiendo que sea el guardián del trofeo más ansiado por los militares que se han levantado en armas? ¿Cómo puede decir eso?

—Tranquilo, doctor. Los acontecimientos se han precipitado y necesito unas horas para pensar. No se preocupe. Esta misma tarde le llamaré para poner en marcha un plan B.

—Tenía que haberlo pensado ya. Todos sabían que esto iba a ocurrir menos usted. Hace unos días escuché a un dirigente de la CGT decir que si Evita hubiera estado viva, esto no habría ocurrido. Ella habría aplastado sin compasión a quienes hubieran simplemente amagado con rebelarse. Y, disculpe el atrevimiento, pero creo que ese hombre tenía razón.

No dio tiempo a que Perón le invitara a marcharse. Ara enfiló el pasillo principal de la residencia hacia la salida. Desde la puerta le recordó que le debía una llamada urgente para comunicarle el destino definitivo del cadáver de su esposa. Perón tardó nada menos que dieciséis años en realizar esa llamada. Y no la haría desde Buenos Aires, sino desde Madrid. El único plan que tenía realmente previsto era huir de Argentina cuanto antes. Lo hizo el 2 de octubre a bordo de un barco de guerra paraguayo en el que estuvo escondido unos días esperando su suerte. Viendo que la situación se complicaba y que su vida corría peligro, optó por marcharse a un largo exilio dejando en manos de sus enemigos lo que más odiaban: a su esposa.

—**A**bra inmediatamente la puerta. Sabemos lo que esconde ahí. Déjenos entrar y no tendrá problemas.

Pedro Ara escuchaba estas advertencias al otro lado de la pared del laboratorio. Eran las seis de la tarde. Como era habitual, él permanecía sentado en una incómoda banqueta junto al cadáver de Eva. A esa hora solía contarle todo lo que pasaba en el exterior. Su imagen era tan real que invitaba a charlar con ella.

—Evita, no sé qué va a ocurrir a partir de ahora. Tengo que abrirles la puerta porque de no hacerlo las cosas podrían complicarse aún más. Solo quiero que sepas que nunca, jamás, podré olvidarte.

Después de tantos años compartidos, Ara sentía una extraña atracción hacia el cadáver. Ya no lo veía como algo ajeno, como un encargo. Era su creación. Y por si fuera poco su marido había desaparecido sin dejar rastro, entregándola a su suerte.

—Han venido a por ti. Tú y yo sabíamos que este momento llegaría antes o después. Todo ha cambiado ahí fuera, pequeña. Me encantaría tener el poder de evitarlo, pero no sé cuánto tiempo podré resistir. Espero que sepas perdóname.

—*Por favor, no te vayas, no me abandones tú también. Me destrozarán. Soy su trofeo de guerra. Vos sois la única persona que me queda. No solo te lo pido yo. También lo ha hecho mi madre. El otro día, ya sabes, vino a verme y me contó que te había rogado que*

*me protegieras ante posibles ataques. El cobarde de Perón ha salido corriendo. Mi suerte solo depende de ti.*

El anatomista besó a Eva en la cara y en varios puntos del cuerpo. Junto a los besos, le dedicó interminables caricias a lo largo de su anatomía. No podía abandonarla. Tenía la extraña sensación de que se había enamorado de una muerta.

—Nunca te olvidaré.

Los golpes contra la puerta eran cada vez más fuertes. Ara se santiguó antes de abrir. Ante sus ojos aparecieron cinco hombres que no podían ocultar su emoción ante el hallazgo. Era un secreto a voces que los restos de Eva permanecían en aquella sala de la CGT, y acababan de comprobar que los rumores eran ciertos.

—Quítese de en medio —le pidieron al médico mientras le empujaban violentamente hacia un lado.

Avanzaron nerviosos por la habitación hasta donde se encontraba el féretro. Se movían muy despacio. Como si hubieran ensayado la escena, se colocaron alrededor del sarcófago: dos a los pies, uno a la derecha, otro a la izquierda, y el quinto cerca de la cabeza. Ninguno de ellos podía creer lo que estaban viendo. Era como una muñeca perfecta. Su color, sus facciones, su gesto dulce, sus labios sensuales, su cabellera rubia... Era imposible. Habían pasado más de tres años desde su muerte. Un cuerpo no podía conservarse tan bello ni con la inestimable ayuda de la química.

—¿Estáis viendo lo mismo que yo? —se lanzó a preguntar el más joven—. No puede ser ella. Me da la sensación de que nos han engañado. Ya había oído decir que Buenos Aires está lleno de muñecas de cera creadas a imagen y semejanza de Evita. Sin duda, esta es una de ellas. No me cabe ninguna duda. Habrá que seguir buscando la original. —Los otros cuatro le escucharon sin quitar sus ojos de aquel cadáver tan perfecto—. ¿Me habéis oído? Creo que deberíamos irnos de aquí. No podía ser tan fácil encontrarla. La de verdad tiene que estar escondida en otra parte —reflexionó en voz alta con la voz temblorosa por el miedo.

—¡Cállate de una vez! —gritó el responsable de la operación mientras se giraba hacia el autor de tal milagro—. Doctor, venga acá.

Ara, que observaba la escena en silencio desde la puerta del laboratorio, se acercó hacia el cuerpo.

—¿Qué desean de mí?

—Que nos saque de dudas —contestó el cabecilla—. Que nos confirme que esta es la zorra a la que estamos buscando.

—No sé de qué zorra me hablan. Con esos datos me resulta muy difícil poder ayudarles.

—Déjelo. Es evidente que si usted se encuentra acá encerrado en esta sala es por algo, ¿no? —preguntó de forma retórica.

—O porque quiere despistarnos —añadió el más desconfiado del grupo.

El jefe se quitó el sudor de las manos rozándolas sobre sus pantalones. Después, estiró con fuerza sus dedos y se dispuso a tocar aquel rostro angelical. Su piel aparecía tan blanca que incluso podían explorarse las venas. Al tocarle los labios, los ojos se le cerraron automáticamente. Se sentía hechizado por el cuerpo que acababa de descubrir. Enseguida sus compañeros quisieron hacer lo mismo.

—¡Alto! Pero ¿qué hacéis? Salid de la sala un instante. Necesito hablar a solas con el médico.

La idea no gustó nada a sus subordinados, pero las órdenes de los superiores están para cumplirlas.

—¿Puede confirmarme que es Evita, la de verdad? Sabemos que durante todo el tiempo que ha permanecido acá ha fabricado varias copias idénticas para despistarnos si llegara el momento. Ese momento ha llegado y le juro que como se ría de nosotros sufrirá las consecuencias.

Ara escuchaba impasible los argumentos del militar.

—No sé de qué me está hablando.

—¡Lo sabe perfectamente! Dicen que ha repartido muñecas por toda la ciudad. Que le entregó una a su esposo, a su madre, a los hijos de puta de la CGT... Verá, entiendo sus reticencias, pero si no quiere que le jodamos la vida conteste de una vez. —Antes de continuar

hablando, pegó su cara a la del médico y le preguntó a gritos—: ¿Es esta la verdadera mujer que estamos buscando? —Ara asintió con la cabeza—. Le aseguro que si me miente tendrá que vérselas conmigo.

—¿Por qué le iba a mentir?

—Porque estoy seguro de que esta hembra puede trastocar la cabeza de cualquier hombre, aunque esté muerta. —Ambos se quedaron en silencio durante unos minutos observando a Eva. Al cabo de unos segundos, el militar apostilló—: Le creo, pero tendré que hacer las comprobaciones pertinentes. Es un asunto de Estado y no puedo fallar.

Se dirigió hacia la puerta de la estancia e hizo entrar a los miembros de su equipo.

—Ayúdame. Necesitamos pruebas que acrediten que estamos ante el cuerpo de la Yegua.

Les invitó a acercarse a la mesa donde el anatomista mantenía todos los instrumentos con los que había embalsamado el cuerpo.

—Alberto, agarra esas tijeras. Néstor, tu ocúpate del algodón. Y el resto, ayuda en la tarea.

Los cinco se acercaron de nuevo al cadáver con los utensilios en la mano, ante la mirada impotente del doctor.

*—¿Qué me van a hacer estos hijos de puta? ¿Qué me van a hacer?*

Ara también se aproximó a Eva. Daba lo mismo que estuviera muerta. Sentía una imperiosa necesidad de tranquilizarla.

—No temas. No me moveré de aquí hasta que me echen a patadas —susurró discretamente al cadáver.

—No perdamos más tiempo. Hay mucha gente esperando a que le digamos algo. Alberto, tendrás el honor de ser el primer no peronista en tocar el cadáver de esta hija de puta.

Fernando Mendoza, el responsable del equipo que debía verificar si estaban ante el cuerpo de la abanderada de los humildes, observó cada centímetro de aquellos restos.

—No te creas que vas a poder tocar lo que quieras. No todavía. Para empezar, vamos a conformarnos con que le agarres la mano

derecha. Arráncale el dedo pulgar. Las huellas dactilares no fallan. Serán una buena prueba para confirmar su identidad.

—Por supuesto, señor. Un placer obedecerle.

—Tú, Néstor, suelta de momento el algodón y agarra otras tijeras. ¿Ves esas orejas tan sensuales? Ya nadie se las va a chupar. Quítale un trozo. Seguro que los tejidos también ayudan a salir de dudas.

—¡Ya basta! ¿Cuántas barbaridades más le van a hacer? — interrumpió Ara.

—¡Cállese! ¿Alguien le ha pedido opinión? Haremos todo lo necesario para evitar que esta zorra vuelva a reírse de nosotros. Feldman —dijo el jefe, dirigiéndose a otro de sus ayudantes—, haga los trámites necesarios para que mañana podamos traer los utensilios precisos para examinar el cuerpo a fondo. No podemos cometer un solo error.

En cuestión de segundos, el cadáver dejó de estar intacto. Ante la mirada horrorizada del médico español, responsable de aquel milagro, cuatro manos arrancaron sin miramientos varios trozos del cuerpo. Una vez extraídos, los pasearon por la sala como si fueran un trofeo. Ara se sentó en una de las sillas que había en la habitación, tapándose los ojos con las manos. Las lágrimas corrían sin control sobre su rostro.

—Chicos, dejen ya de jugar y compórtense como hombres que son. ¿Cuántas veces han estado delante de una hembra como esta? ¿Cuántas? —preguntó el jefe mientras prendía fuego a un cigarrillo.

—Señor, qué preguntas hace —le contestó el más joven.

—Pregunto lo que me da la gana y ustedes tienen la obligación de responder. Vengan para acá, ahora mismo.

Todos obedecieron al momento.

—Saquen a esta zorra de esa horrible caja y pónganla en el suelo. ¡Rápido! Colóquenla sobre esa tela blanca que hay en el sarcófago no vaya a constiparse y la jodamos.

Todos rieron la gracia del jefe, que sacaba su lado más sensible tras haber ordenado trocear el cuerpo.

—Un momento, ¿qué piensa hacer? —preguntó Ara, visiblemente irritado.

—Vaya, no recordaba que estuviera ahí —dijo con sarcasmo—. Si me permite, no le voy a responder a esa pregunta. Prefiero que lo vea.

En cuestión de segundos Eva yacía sobre las frías baldosas de color gris oscuro, protegida por el fino tejido de raso blanco. Mendoza tiró el cigarro al suelo, y tras pisotearlo se bajó los pantalones y la ropa interior.

—*No será capaz. ¡Maldito hijo de puta!*

—¡Ni se le ocurra!

El médico se abalanzó sobre él, pero nada pudo hacer por evitar lo que estaba a punto de ocurrir. Mendoza sacó su arma y se la entregó a uno de sus hombres.

—Toma, apúntale a la cabeza y encárgate de que me deje terminar el trabajo. A ver si se va a creer que va a ser el único aquí que va a poder beneficiarse de esta zorra.

El tiempo se paró en aquella sórdida sala de la CGT. Aquel hombre comenzó a masturbarse delante del cadáver ante la mirada incrédula de todos los demás. En apenas un minuto sus fluidos empezaron a caer sobre el rostro de Eva, mientras jadeaba con una intensidad casi teatral. Enseguida volvió a vestirse y a encenderse otro cigarrillo.

—Sienta bien un poco de sexo con esta hembra, ¿verdad?

Lanzó la pregunta al aire mientras volvía su rostro hacia el doctor Ara que, horrorizado por lo que acababa de ocurrir, mantenía su mirada clavada en el suelo.

—¡Listos! Ya está bien por hoy. Guarden su botín que en la calle hay gente de poco fiar. Y usted, doctor, cuidado con lo que hace. Sabemos dónde vive con su familia, así es que no se vaya muy lejos. Mañana a las nueve de la mañana estaremos de nuevo acá para seguir con nuestro trabajo.

Los cinco hombres salieron del laboratorio dando un portazo. Muy a su pesar, no volverían a aparecer por aquel edificio. Sus superiores consideraron que su trabajo había concluido con la

extracción de los miembros que confirmarían la identidad de Eva. Ara volvió a quedarse a solas con el cadáver, como lo había estado durante los últimos tres años. Pero esta vez lo acompañaría por poco tiempo.



**E**duardo Lonardi era demasiado blando para el gusto de la cúpula militar que había derrocado a Perón. Durante el discurso que pronunció cuando asumió la presidencia, aseguró que no habría «ni vencedores ni vencidos». Guiado por ese lema puso todos sus esfuerzos en lograr la reconciliación nacional, manteniendo algunas de las políticas iniciadas por el anterior presidente. Pero sus buenas intenciones no fueron bien interpretadas por el ala más dura del Ejército. Le pidieron que disolviera el Partido Peronista, que se interviniera la Confederación General del Trabajo y que se creara una Junta Militar Revolucionaria que controlara todos los nombramientos. Lonardi no aceptó las peticiones y fue inmediatamente relevado en el cargo. Su sucesor, Pedro Eugenio Aramburu, practicó una política mucho más dura. Nada más llegar al poder, inició la desperonización del país. Intervino el Partido Justicialista y la CGT, además ordenó la detención masiva de políticos y funcionarios del Gobierno del general Perón. Muchos de ellos fueron torturados. Otros, fusilados. También se destruyeron todos los símbolos representativos del anterior presidente y se prohibieron todas las fotografías, retratos o esculturas de dirigentes peronistas o de sus familiares. Las penas por poseer una imagen o un símbolo relacionado con el peronismo podían llegar a los seis años de prisión. Pero había algo que Aramburu compartía con Lonardi. Consideraba

que el cuerpo de la exprimera dama no debía destruirse ni hacerlo desaparecer, como pedían algunos militares. Llevado por sus profundas convicciones religiosas, defendía que debía recibir cristiana sepultura.

La decisión sobre qué hacer con los restos era de tal importancia para el nuevo régimen, que en la primera reunión que el nuevo presidente mantuvo con su número dos, se produjo un encendido debate.

—No voy a tolerar que se maltrate ese cadáver. Con su muerte prematura esa mujer ya pagó por todo el mal que hizo en vida a este país.

Aramburu no estaba dispuesto a ceder.

—Disculpe, presidente, pero creo que está muy equivocado. Su influencia permanece en lo más profundo del movimiento peronista y sus seguidores no pararán hasta hacerse con el cuerpo. Es su fuente de inspiración. Los obreros la adoran y mientras exista un rastro de ella, la llama del peronismo seguirá encendida —contestó su vicepresidente Isaac Rojas.

—Por eso he ordenado la demolición del palacio de Unzué, donde vivía y donde murió Evita. Para evitar que sus seguidores lo conviertan en lugar de culto y peregrinación. Pero una cosa es un edificio, y otra bien distinta un cuerpo. —El presidente se mantuvo en silencio durante un instante—. Rojas, ¿qué propone que hagamos con el cadáver?

—Aniquilarlo. —El recién elegido nuevo vicepresidente odiaba a Eva. Rojas había trabajado muchos años junto a Perón, al que había demostrado una absoluta fidelidad hasta que se pasó al bando rebelde. Pero nunca soportó el carácter y la influencia de su mujer—. Creo que lo mejor que podemos hacer es quemarla o trocearla, y después tirar cada uno de los pedazos de su cuerpo por distintos lugares del país. Sitios por supuesto recónditos a los que no pueda acceder nadie. Se me ocurre lanzarlos desde un avión por toda la costa argentina.

—Rojas, no puede hablar en serio.

—Yo le doy mi opinión sobre lo que es más conveniente hacer. Ahora le toca decidir a usted.

En ese momento Rojas abandonó el despacho de la Casa Rosada en el que tantas veces se sentó Eva para alertar a su esposo de una más que posible insurrección militar. Ahora eran ellos, los militares los que advertían del peligro que seguía suponiendo aquella mujer.

Aramburu pidió a su secretaria que nadie le interrumpiera por muy importante que fuera el asunto a tratar. Nada podía ser más urgente que buscar un destino definitivo para quien se había convertido en un poderoso símbolo para gran parte de los argentinos. Después de una hora de solitaria reflexión, agarró el teléfono que había sobre su mesa.

—Estela, póngame con el teniente coronel Carlos Moori-Koenig.

—Enseguida, presidente.

En cuestión de segundos la voz del jefe del Servicio de Información del Ejército se escuchó al otro lado del aparato.

—¿Qué necesita?

Moori-Koenig ni siquiera saludó. Sabía que si Aramburu le llamaba directamente era por algo extraordinario.

—Venga a mi despacho lo antes posible. Le estaré esperando.

Cuarenta minutos tardó en llegar a la Casa Rosada desde las oficinas del SIE.

—No he podido llegar antes. Le prometo que me he dado toda la prisa del mundo, pero las calles de Buenos Aires están hoy intransitables.

—No tiene por qué disculparse. No le voy a cesar por esto. Por favor, tome asiento y escúcheme bien.

—¿Qué ocurre?

—Quiero que se encargue del cadáver de Eva Perón.

El teniente coronel tardó unos instantes en reaccionar. Superado el *shock*, quiso saber todos los detalles.

—¿Qué quiere que haga con él?

—Quiero que lo entierre. He dado instrucciones para que se reserve el nicho número 275 de la sección B del cementerio de la

Chacarita.

—Por supuesto, presidente. Y ¿ha pensado cuándo quiere que saque el cadáver del edificio de la CGT?

—Cuanto antes. Hoy mismo si es posible.

—Claro, presidente. Hoy mismo —repitió aturdido Moori-Koenig, consciente de las dificultades de la misión que le acababa de encomendar—. Esta misma noche me haré cargo del cuerpo.

—Tenga cuidado.

—Por supuesto, presidente. No se preocupe por nada.

El jefe de los espías argentinos abandonó el palacio de gobierno y se perdió por las calles de la ciudad. Era un hombre feliz. Tan solo llevaba diez días en su puesto y le acababan de encomendar la misión de su vida. Nadie debía saber que, a pesar del profundo odio que sentía por todo aquello que tuviera que ver con Perón, siempre había sentido una atracción especial por Eva. Incluso hubo muchas noches en las que imaginó cómo sería el sexo con aquella mujer de carácter tan bravo. Ahora tendría ocasión de comprobarlo.

Antes de salir de casa, Moori-Koening anotó la fecha y la hora en su diario mientras daba el último sorbo a un vaso que había estado lleno de whisky.

—23 de noviembre de 1955. A las veintiuna treinta horas me dispongo a cumplir con la misión más importante de mi vida. Ella me está esperando, y yo no debo llegar tarde a la cita.

Había quedado con cuatro trabajadores de la unidad en la que trabajaba, en el exterior del portal de su vivienda. Salió a la calle, y allí estaban, esperándole dentro de un camión Thornycroft que conducía un joven llamado Emilio.

—Buenas noches, señor.

—Déjese de saludos y vámonos ya.

—A sus órdenes, señor.

Las calles de Buenos Aires estaban extrañamente vacías. La luna apenas brillaba por culpa de las espesas nubes que cubrían el cielo. El vehículo, con los cinco hombres armados en su interior, tomó la calle Azopardo, en el barrio de San Telmo, hacia la sede de la CGT. Enseñaron la documentación pertinente a los vigilantes que custodiaban el edificio y accedieron al garaje. Era indispensable dejar el camión estacionado en un lugar seguro y discreto porque había que evitar que alguien les viera con un féretro a cuestas. En el aparcamiento esperaban ya el mayor Eduardo Antonio Arandía, mano

derecha de Moori-Koenig y quince personas más, todas ellas sin uniforme. Juntos, subieron por las escaleras hasta el *hall* principal.

—Buenas noches. Venimos a llevarnos el cuerpo de Eva Perón — Moori-Koenig se dirigió así a otro de los militares encargados de custodiar el edificio.

—Señor, no estamos al tanto de tal orden —le advirtió el capitán de navío Alberto Patrón, que solo había sido avisado de que recibiría la visita de varios hombres durante la noche.

—Comprenderá que se trata de una misión secreta que no debe publicitarse por ahí. Si tiene algún problema, llame directamente al presidente Aramburu. Es él quien me ha encomendado el trabajo.

El tono amenazante de Moori-Koenig no gustó nada a Patrón, aunque acabó cediendo a cambio de una firma que pudiera guardar como justificante. Cumplimentados los trámites, todos siguieron subiendo por las escaleras hasta la planta en la que se encontraban los restos de la mujer que más pasiones levantaba en Argentina. Era la una de la madrugada. Ara llevaba varios días durmiendo en el laboratorio, alertado por la posibilidad de que volvieran para hacer algo al cuerpo o simplemente para llevárselo. El mayor Arandía tomó la iniciativa y aporreó la puerta de madera que protegía el acceso a la sala en la que estaba el cadáver.

—Buenas noches —dijo a través del acceso que permanecía cerrado con llave—. Por orden del presidente Pedro Eugenio Aramburu, venimos a hacernos cargo de los restos de Eva Perón.

El médico optó por no poner resistencia y les dejó entrar.

—Mientras nosotros nos ocupamos de esta zorra, usted vaya sacando toda la documentación que tenga. Necesitamos todo, ya sean papeles o fotografías que existan sobre lo que ha hecho con el cuerpo de la fallecida. Nuestro objetivo, por si no lo sabe, es hacer desaparecer todo lo que tenga que ver con ella, como un paso más hacia la destrucción de este incomprensible mito —ordenó Arandía sin más preámbulos.

—No tengan duda de que colaboraré con ustedes. Pero les pediría, si es posible, poder mantener alguno de los documentos que tengo en

mi poder. Simplemente quiero conservarlos por si fuera necesario algún día defender mi dignidad personal y profesional. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Fue Moori-Koenig el que contestó a las peticiones del médico.

—De acuerdo. Pero nosotros somos los que damos las órdenes y quienes decidimos lo que puede y no puede quedarse. Y para que se esté más tranquilo le daremos recibo de todo lo que nos entregue. No tenemos nada contra usted. De momento, vaya sacando los documentos y organizando todo el material que tiene en esta habitación. Puede llevárselo a su casa. Acá ya no será necesario.

Ara se quitó la bata blanca que siempre vestía en el laboratorio y la metió doblada en su ajada cartera de piel marrón. Después introdujo en varias bolsas las pocas herramientas y líquidos que aún conservaba en esa sala. Mientras, el jefe del Servicio de Información del Ejército pedía a sus hombres que prepararan convenientemente el cadáver para que no sufriera daños durante el traslado. Fue él quien retiró las flores que había sobre el cuerpo de Eva, y que la familia del doctor había llevado hasta allí hacía unos días. También fue él quien se encargó de quitar la bandera del partido peronista que cubría buena parte de su cuerpo. Moori-Koenig quedó impresionado por lo que acababa de ver. Como si de una virgen se tratara, Eva apareció vestida con su túnica blanca, sus manos entrelazadas sujetando el rosario y sus pies descalzos. Su gesto transmitía una enorme serenidad. Estaba bellísima. El responsable de los espías intentaba disimular los nervios provocados por la emoción. Su corazón se había acelerado y apenas podía respirar por la tensión que se había apoderado de su cuerpo. Era increíble. La tenía allí, delante de él. Colocó las manos sobre el ataúd y se acercó a ella para susurrarle al oído.

—Putá Yegua. Al fin te encontré. Ya eres mía.

Nadie le oyó. Algunos de los jóvenes que habían sido convocados para ayudar en el traslado no pudieron evitar llorar. La escena a la que estaban asistiendo era conmovedora.

—Teniente coronel, me gustaría saber, si es posible, qué van a hacer con ella —preguntó Ara a unos metros de distancia, sin retirar la mirada del cadáver.

—Siento decirle que eso no es de su incumbencia. Su trabajo, he de reconocer que muy bueno, ha terminado. Ya se puede marchar.

En ese momento, el doctor se acercó también a Eva. Quiso despedirse de ella besándola en los labios, pero ese gesto podía suponer una imperdonable provocación para los nuevos dueños del cuerpo.

—Espero que te dejen descansar en paz.

Sus lágrimas volvieron a caer sobre aquella obra perfecta que había moldeado y a la que había acompañado durante tanto tiempo.

*—Muchas gracias por todo, doctor. Yo también lo espero, aunque vos y yo sabemos que no será así. Váyase tranquilo. Ha hecho por mí todo lo que estaba en su mano. Hasta pronto.*

Visiblemente cansado por todo lo que había vivido en los últimos años, el médico abandonó el edificio para no regresar jamás.

En el interior del laboratorio, Moori-Koenig y sus hombres introdujeron el féretro en una caja de madera basta que habían encontrado allí mismo, en el edificio de la Confederación General del Trabajo. Pensaron que, aunque nadie se atrevería a pararlos, así llamarían menos la atención durante el traslado. La bajaron por la escalera hasta el garaje. Después, fue introducida en el camión.

—Ya se pueden ir. La misión ha concluido con éxito —ordenó el jefe del SIE a sus subordinados.

—Teniente coronel. Aún tenemos que llevar el cuerpo a algún lugar seguro, ¿no es así?

Su lugarteniente, Eduardo Antonio Arandía, desconfiaba de los planes de Moori-Koenig.

—Tan seguro debe estar el cadáver que cuanta menos gente conozca su paradero mucho mejor. Marche tranquilo. Yo me ocupo de lo demás.

No había otra opción que cumplir las órdenes si quería evitarse un problema. Moori-Koenig entró en la cabina del vehículo. Sacó



una petaca llena de whisky del bolsillo interior de su chaqueta. Le dio en enorme trago y después se encendió un cigarrillo. Se preparaba así para la larga noche que por primera vez pasaría a solas con Eva.

—**M**ira. Ese es el camión que ha entrado antes en el garaje. Estoy seguro de que dentro llevan a Evita. Confío plenamente en mi contacto.

César Villaurrutia, un joven y avisado miembro de la resistencia peronista, vigilaba desde hacía meses junto a varios amigos la sede de la CGT. Lo hacían por turnos y a distancia para no levantar sospechas.

—Rápido. Vamos al coche. Tenemos que descubrir dónde van.

Su compañero Enrique Benítez y él se pusieron inmediatamente en marcha. Persiguieron el vehículo que conducía Moori-Koenig por las calles más céntricas de Buenos Aires. Tomaron la avenida del Libertador en dirección a Belgrano. A gran velocidad pasaron por las barracas para doblar después a la izquierda y continuar por la calle Juramento.

—Corre, lo vamos a perder —alertó Benítez.

—No puedo conducir más rápido. Este carro no da más de sí —contestó angustiado Villaurrutia.

La advertencia se hizo realidad. Cuando quisieron darse cuenta, el camión había desaparecido con Eva dentro.

—Estaciona acá y vamos andando. Echemos un vistazo calle por calle a ver si conseguimos algo.

Ambos jóvenes recorrieron metro a metro la zona. Cuando estaban a punto de tirar la toalla, a las cinco de la mañana, localizaron

el vehículo conducido por el jefe del SIE.

—Mira, ahí está —alertó Benítez—. Quédate acá haciendo guardia. Yo me acercaré al camión a ver qué me encuentro. Te haré una señal cuando te necesite.

En unos instantes había conseguido llegar hasta allí. Tras comprobar que no había nadie vivo en el interior del vehículo, forzó la puerta trasera con la esperanza de poder sacar la caja en la que se encontraba Eva. Pero había desaparecido. El féretro continuaba su recorrido por las calles de la capital argentina, pero ahora a bordo de una furgoneta que habitualmente se utilizaba para transportar flores. El responsable del Servicio de Información del Ejército había conseguido despistar al enemigo. Acababa de lograr el primer objetivo, pero quedaba lo más complicado: encontrar un sitio en el que esconder el cadáver. El presidente debía seguir creyendo que el cuerpo había sido enterrado en el cementerio indicado. Y pensó que el mejor lugar para hacerlo desaparecer sería su casa.

—Escucha —le dijo en voz baja a Eva—. Te voy a llevar donde yo vivo, junto a mi familia, y así te tendré bien vigilada. Espero que sepas agradecer todo lo que estoy haciendo por ti. Te costará creerlo, pero soy tu salvador. Mejor que no sepas lo que algunos querían hacer contigo. Quemarte, disolverte en ácido, tirarte al mar... Pero nada de eso va a ocurrir gracias a mí. Y como buena puta que eres no te costará devolverme el favor. Tú ya sabes cómo hacerlo.

Antes de dirigirse a la vivienda en la que le esperaba su mujer, Moori-Koenig quiso cobrarse la deuda inmediatamente. Dentro de la furgoneta, quitó la tapa sobrepuesta de la caja de madera. Después se deshizo de la cubierta de cristal que tenía el ataúd y levantó con violencia la túnica que cubría el cuerpo de Eva, hasta dejar al descubierto sus partes más íntimas.

*—¡Nooooooo! ¡Déjame tranquila, hijo de puta! ¡No se te ocurra tocarme!*

El teniente coronel empezó a acariciar el cadáver. Primero los pies, recreándose especialmente en los dedos. Después avanzó por los tobillos y recorrió con lentitud las piernas. Cuando alcanzó los

muslos, los apretó con fuerza y siguió desplazando sus temblorosas manos hasta llegar a los genitales. Allí se paró durante varios segundos, disfrutando de la satisfacción que le producía saber que acababa de entrar a formar parte de la lista de hombres que habían podido acceder al lugar más reservado de su cuerpo. Cerró los ojos para centrar todas sus sensaciones en el tacto. Más tarde continuó el recorrido hasta el pecho, donde se entretuvo varios minutos acariciando suavemente los pezones. Estaban muy duros por los efectos del embalsamamiento realizado por el doctor Ara, pero él quiso imaginar que Eva estaba disfrutando. Moori-Koenig no recordaba la última vez que se había excitado tanto.

*—Juro que me la vas a pagar. Lo juro. Prometo vengarme por lo que me estáis haciendo. ¡Destrozaré la vida de quien se ponga en mi camino! ¡Disfruta ahora que puedes porque te joderé el resto de tus días!*

De pronto un coche estacionó justo al lado de la furgoneta. El teniente coronel bajó la túnica blanca, cubrió rápidamente la caja y se desplazó hasta el asiento del conductor. Falsa alarma. Se trataba de una joven pareja que había encontrado en aquella solitaria calle el lugar perfecto para satisfacer su hambre de sexo.

—Malditos boludos. Disfrutad que a mí ya me habéis jodido bien.

Moori-Koenig arrancó el furgón y puso rumbo a su casa. Estaba relativamente cerca, a cinco cuadras. Nada más llegar, llamó desde la calle a su mujer para que acudiera a ver su secreto.

—¡María! ¡Asómate!

—¿Qué ocurre? ¿No sabes qué hora es? ¡Deja de gritar! ¡Vas a despertar a todo el vecindario! —contestó su esposa desde la ventana.

Eran las cinco y media de la mañana de un día muy diferente a los demás.

—María, necesito que salgas. No te puedo decir más.

Su mujer salió cubierta con una bata de color rosa palo.

—No me asustes. Debe ser algo muy importante para que me hagas salir a estas horas.

A María no le sorprendía la hora, estaba acostumbrada a que su marido desapareciera durante días del hogar. Lo extraño era que la necesitara.

—Escucha. Tengo que enseñarte algo. Es un secreto de Estado, ¿me oyes? No puedes contárselo a nadie.

—Carlos, ¿qué pasa?

—Ven conmigo.

El matrimonio se dirigió hasta la furgoneta. El jefe del SIE abrió el portón trasero e invitó a su mujer a subir. Volvió a levantar la tapa de madera y la cubierta de cristal. Al ver el cadáver, su esposa lanzó un grito ensordecedor.

—¡Shhh! ¿Estás loca? ¡No grites!

—¡El loco eres tú! ¿Qué haces con el cuerpo de Evita? ¿Qué estás haciendo?

—Todo es más sencillo de lo que parece. El presidente me ha encargado que me ocupe en persona de ella hasta que decidan qué hacer definitivamente con los restos. Y he pensado que un buen sitio sería nuestra casa.

—Has perdido completamente la cabeza. Ni tú ni el mismísimo presidente me vais a convencer. Vete por donde has venido y llévate ahora mismo a esa muerta —le pidió con tono de amenaza.

—Escucha, solo serán unos días.

—¡Cállate ya! Llevo toda la vida haciendo lo que me pides, pero esto ya es demasiado. En mi casa no entra un cadáver. ¡Todo tiene un límite!

María bajó de la furgoneta y entró corriendo en su domicilio. Nada más cerrar la puerta se puso de cuclillas en la entrada. Enseguida comenzó a llorar al darse cuenta de que no se trataba de una pesadilla. Lo que acababa de ver era real.

Moori-Koenig conducía la furgoneta perdido, sin un destino claro. Recorrió varias calles y descampados de las afueras de Buenos Aires en busca del lugar más discreto para estacionar. Finalmente lo hizo a una cuadra del estadio del River Plate, en el barrio de Belgrano. El teniente coronel no había previsto que al día siguiente jugaba un partido importante el equipo local. Desde muy temprano los aficionados comenzaron a reunirse por los alrededores de la cancha. Tras una noche inolvidable, llena de placer, tocaba marcharse de allí cuanto antes. Durante tres días, con sus tres noches, recorrió cada centímetro de la capital argentina. Pasó varias horas entre enormes contenedores en el puerto bonaerense. Después decidió llevar el cadáver hasta una nave que servía de arsenal, y donde el Ejército guardaba una ingente cantidad de armas. Pero ningún lugar le parecía seguro. De hecho, en cada rincón que elegía para realizar una parada, aparecían misteriosamente ramos de flores y velas blancas encendidas. Empezaba a desesperarse y no tenía claro qué hacer. Se acercó hasta una cabina telefónica y marcó el número de la única persona que podía y debía sacarle de aquel embrollo.

Eduardo Antonio Arandía dormía profundamente en su cama cuando una llamada telefónica le sobresaltó.

—Aló, ¿quién es?

—Soy el teniente coronel Moori-Koening. Te llamo porque ha surgido un problema.

No hicieron falta más palabras para que el mayor supiera que había ocurrido algo con el cadáver de Eva.

—Le advertí de que no podía irse solo con el cuerpo, que era demasiada responsabilidad. Dígame, ¿qué ha ocurrido?

—Voy camino de su casa. Vaya pensando dónde meter a esta mujer. Le prometo que he intentado varias opciones, incluso me he parado un momento ante el local que la SIE tiene en la calle Sucre, pero considero que no es lo suficientemente seguro.

No hacía falta ser muy inteligente para adivinar qué le estaba proponiendo su jefe.

—Lo siento mucho, pero no puede hacer lo que está pensando. Ni hablar. Aunque quisiera, apenas tengo sitio en el departamento.

—Eso no es problema. Seguro que tienes un falso techo en el que meterla.

—Teniente coronel, mi mujer no lo entendería. Está embarazada de dos meses y, como comprenderá, no está para muchos disgustos. Además, ya sabe que tengo una hija pequeña. ¡No puede vivir en casa con una muerta!

—No siga poniéndome excusas. Es una orden. Dispóngase a abrirme la puerta porque estoy cerca.

Cinco minutos tardó en llegar al piso de la avenida General Paz en el que Arandía estaba esperándole.

—Me va a arruinar la vida.

—No exagere. Ahora ayúdeme a descargar el cadáver de la Yegua. Con lo que pesa parece mentira que estuviera tan flaca.

Elvira, la mujer del mayor, dormía plácidamente en su habitación junto a su pequeña hija. Llevaban tiempo intentando que durmiera sola en una coqueta cama rosa que habían comprado para ella, pero no había forma. Necesitaba sentir la piel de sus padres.

Los militares pusieron en el salón la caja de madera en la que estaba Eva. Moori-Koening se fue de inmediato, dejando a su lugarteniente a solas con los restos. Allí permaneció hasta que la luz

empezó a entrar por las ventanas. Temeroso de que su esposa apareciera en la sala en cualquier momento, prefirió ir al dormitorio a despertarla. Debía explicarle que desde ese momento tendrían una invitada especial en casa.

—Buenos días, cariño. —Arandía fue especialmente tierno con su mujer esa mañana—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—No me encuentro demasiado bien.

El mayor temió que Elvira hubiera escuchado algún ruido durante la madrugada.

—Espero que al menos hayas dormido algo.

—Lo suficiente.

—Tenemos que hablar. —Al escuchar esta frase la mujer temió que la fuera a abandonar en ese estado.

—No me asustes. Pensé que estábamos bien juntos.

—Tranquila. No me pienso mover nunca de tu lado. No es eso. Es... —Se mantuvo callado durante unos segundos intentando buscar la frase adecuada, pero ninguna lo era—. Durante unos días vamos a ser cuatro en casa, y no estoy sumando al hijo que estamos a punto de tener.

Su esposa le miraba perpleja.

—No entiendo nada.

—Mi superior me ha ordenado que guardemos el cuerpo de Eva Perón.

Elvira no supo cómo reaccionar.

—Che, invéntate una ocurrencia mejor. Me estabas asustando.

—Lo que te cuento es completamente cierto.

En ese momento le pidió que le acompañara al salón.

—Ahí está. Dentro de esa caja.

—¿Me estás hablando en serio?

—Completamente.

—Lo siento. Yo no puedo convivir acá con una muerta.

—Es una orden.

—¿Una orden de quién?

—De mi jefe. Del teniente coronel Moori-Koening.



—Pues que se la lleve él a su casa —contestó a punto del llanto.

—Elvira, será por poco tiempo. Te lo prometo.

—Ni hablar. Si esta muerta se queda acá, yo me marchó. —Hizo una pausa para ordenar sus ideas y continuó hablando—: Me voy con la niña a casa de mi madre. Avísame cuando podamos volver a vivir solos.

Elvira Herrero ni siquiera sintió curiosidad por ver detenidamente el cadáver. Solo pensaba en salir de allí cuanto antes. Se fue a la habitación y llenó una pequeña maleta con los enseres más necesarios para ella y para su hija. Treinta minutos después se habían marchado.

Arandía trasladó el cadáver, como pudo, hasta la buhardilla de su casa. Allí dejó la caja, cubierta por una colcha de color azul celeste y encerrada bajo llave. Al día siguiente, solo veinticuatro horas después, aparecieron en la puerta de su vivienda las mismas velas blancas y ramos de flores que surgían en cada estación del peregrinaje del cuerpo de Eva. Era una señal terrible. El mayor enseguida interpretó que había sido la resistencia peronista que, mediante una amplia red de información, conseguía saber dónde estaban los restos en cada momento. Y alguien había descubierto que se encontraban allí. La situación era insoportable. Había conseguido convencer a su esposa de que regresara a casa, tras prometerle que el cadáver saldría de allí inmediatamente. Si no lo sacaba su jefe, lo haría él. La misma noche en la que Elvira regresó a su hogar, Arandía oyó unos ruidos extraños en la buhardilla en la que estaba encerrado el cadáver. Él aún no se había acostado, y fue a comprobar de donde procedían esos sonidos. De un pequeño mueble que había en el salón, sacó una pistola 9 milímetros, y con ella en las manos subió las escaleras. De repente alguien se movió junto al féretro. No dudó ni un segundo. Disparó sin parar hasta vaciar el cargador. Tiroteó sin piedad al supuesto intruso. Enseguida se dio cuenta de que acababa de asesinar a su esposa. Había subido unos minutos a la buhardilla con el único objetivo de saciar su curiosidad.

—Mayor Arandía, no sé cómo expresarle mi pesar. Esta misma noche me encargaré de sacar la caja de su residencia. —Moori-Koenig le llamó nada más enterarse de lo que había ocurrido. Su interlocutor, al otro lado del teléfono, no contestó—. Entiendo su dolor, pero debe pensar que su mujer ha muerto por una buena causa.

Ante la falta de respuesta optó por colgar. Como ya le había advertido, en pocas horas llegaba a la residencia de la avenida General Paz la furgoneta que debía transportar el cuerpo de Eva a su próximo destino. Hacía apenas unas horas que otro cadáver, el de su esposa, había salido de allí. El vehículo en el que iban a trasladar a la mujer de Perón lo conducía el propio jefe del SIE, que iba acompañado por un joven militar que desconocía los detalles de la misión. Entre ambos metieron la caja de madera en el vehículo, rumbo a la intersección de las avenidas Viamonte y Callao, donde estaban las oficinas del Servicio de Información del Ejército.

—Recuerde que no puede hablar con nadie de todo lo que está ocurriendo esta noche.

—Por supuesto, señor. Es mi trabajo: hacer, ver y callar.

Una vez en el aparcamiento del edificio, ambos esperaron a que no quedara nadie en la calle.

—Es el momento —avisó Moori-Koenig—. Toma aire porque debemos llevar esta caja lo más rápido posible hacia el ascensor.

—Cuando desee, señor.

Sin perder tiempo la metieron en el *hall* del SIE y allí se montaron en un elevador que les subiría hasta la cuarta planta, donde estaba el despacho del teniente coronel. Como no cabía, lo pusieron en posición vertical con el riesgo que ello podía suponer. Una vez colocado en la estancia, Moori-Koenig despidió a su ayudante.

—Ya se puede marchar. Gracias por la ayuda y recuerde que para el resto de la humanidad hoy usted estaba en el cine con su preciosa novia.

—Claro, señor. Buenas noches, señor.

Por fin estaba de nuevo a solas con Eva. Notó cómo la sangre empezó a fluir con rapidez por su cuerpo. La excitación le sobrevenía por el mero hecho de volver a compartir espacio con ella. Apartó las tapas que cubrían su cuerpo y esta vez no la tocó. Necesitó masturbarse para encontrar alivio lo antes posible.

—Putá, vaya quilombo has montado con tal de estar conmigo. No sabías cómo salir de aquella casa para estar junto a mí, ¿verdad? Pues ya lo has conseguido. Ahora sí que eres solo mía y lo serás para siempre.

—*Dejate de joder y callate ya, negro de mierda. Escuchá lo que te digo. Terminarás tus días peor que tu compañero, ese que ha matado a su mujer. ¡Te maldigo con todas mis fuerzas!*

Tras subirse el calzoncillo y el pantalón, Moori-Koenig arrastró como pudo la caja con el ataúd dentro hasta una pequeña sala que había pegada a su despacho, y en la que se guardaban cajas llenas de papeles. Pensó que ese era un lugar más discreto para esconder el cadáver. Pero la discreción no era una de sus virtudes. Solo veinticuatro horas después, la siguiente noche, llevó hasta aquel lugar a un grupo de amigos. Ya les había advertido de que se sorprenderían cuando descubrieran su secreto. El jefe del SIE compró varias botellas de whisky y cartones de tabaco para pasar la velada. La ocasión lo requería.

—¿Preparados? —preguntó con la excitación reflejada en su rostro—. Aquí tenéis mi trofeo.

El teniente coronel abrió la puerta de la sala repleta de papel, y ante los ojos de sus acompañantes apareció el cuerpo desnudo de Eva, dentro del sarcófago y en posición vertical. Todos se atragantaron al ver la escena.

—No tengáis miedo, esta zorra es incapaz de hacer nada malo ahora —dijo mientras sobaba a dos manos sus firmes senos—. Sé que os morís de envidia por hacer esto, pero... por algo soy el jefe. Quizá otro día me encuentre de mejor humor y decida compartir a esta puta.

Entre risas forzadas, todos salieron enseguida del habitáculo dejando allí a Moori-Koenig completamente borracho. Esa noche culminó su pasión necrófila por Eva. Empezó acariciando la suave y tersa piel de aquel cuerpo y acabó violando el cadáver. Su particular fiesta concluyó al amanecer.

Apenas había dormido, pero no había tiempo para el descanso. A primera hora de la mañana ya tenía sobre la mesa de su despacho la agenda con las citas previstas para toda la jornada. Una de ellas, una entrevista con la cineasta María Luisa Bemberg, con la que pensaba colaborar en algunos trabajos. La recibió a la hora prevista, pero no le importaba en absoluto lo que aquella mujer le estaba contando. Solo pensaba en Eva y en la noche que había pasado junto a ella. Su obsesión era tal que no podía pasar un solo minuto sin verla.

—Disculpe. Todo lo que me cuenta es realmente interesante, pero si no le importa tengo que echar un vistazo a la sala de al lado. Tengo un asunto muy importante que atender.

—Por supuesto. Puedo esperarle acá si lo desea —contestó Bemberg.

—En absoluto. Estaré encantado de que me acompañe.

Moori-Koenig había normalizado tanto la presencia del cadáver en su vida, que le resultaba completamente natural compartirlo con quien le visitara.

—Adelante —dijo mientras encendía la luz de la estancia—, ¿es guapa, verdad?

La cineasta se convirtió en la primera mujer en ser partícipe de aquel secreto repugnante. Hasta entonces, el teniente coronel solo

había permitido que lo disfrutaran ojos masculinos. Y ella no estaba dispuesta a aceptar aquello con la misma naturalidad que los anteriores visitantes. Salió de allí corriendo, espantada por lo que acababa de ver. Se metió en su coche y se dirigió hasta la oficina en la que trabajaba el capitán de navío Francisco Manrique, jefe de la Casa Militar e íntimo amigo de su familia.

—Paco, no vas a creer lo que te voy a contar. —María Luisa irrumpió en su despacho sin previo aviso—. Ya había oído que Evita había sido embalsamada y que su cuerpo incorrupto había permanecido en el edificio de la CGT, pero... nunca pude imaginar que yo pudiera verlo.

—¿Verlo? ¿El cadáver? No desvaríes, amiga. El presidente ordenó que fuera enterrado cristianamente, según sus propias palabras. No tiene sentido lo que me cuentas. Es imposible —respondió, incrédulo.

—No solo es posible, sino que está en manos de uno de vosotros.

Manrique no sabía si preguntar. La historia resultaba demasiado increíble para ser cierta. Pero confiaba por completo en quien se lo estaba contando.

—¿En manos de quién está?

—Del teniente coronel Carlos Eugenio Moori-Koenig.

Al escuchar ese nombre Manrique se estremeció. Nunca le gustó aquel hombre, conocido por su afición a leer textos nazis y por su odio irreprimible a todo lo que tuviera que ver con el peronismo. A eso se sumaba su adicción al alcohol, que le llevaba a verse involucrado en constantes escándalos.

—María Luisa, es el peor nombre que podías pronunciar.

—Pues escucha lo que te voy a contar ahora. Tiene el cuerpo de Evita en una habitación que sirve de pequeño almacén, justo al lado de su despacho, en el Servicio de Información del Ejército. Lo llama su trofeo y se lo enseña a todo el que pasa por allí. Lo ha hecho también conmigo. Está metido en el féretro, de pie, apoyado en una de las paredes. Paco, me atrevería a decir que incluso tiene sexo con ella.

—¡Por favor! ¡No digas eso!

—Escucha. Cuando me enseñó el cadáver, se excitó. Empezó a acariciar su pelo y su cara, y enseguida pude ver su reacción a través del pantalón. Ese hombre está completamente loco.

El capitán no dijo nada más. Se levantó del sillón de terciopelo granate en el que se había sentado y se dirigió a la mesita en la que estaba el teléfono.

—Pásame con el presidente Aramburu. Dígale que necesito hablar inmediatamente con él. Es muy urgente.

No habían transcurrido ni dos horas desde que Manrique tuvo conocimiento de lo que pasaba en aquella habitación del cuarto piso del SIE, y ya se encontraba frente al presidente argentino en la Casa Rosada. Pedro Eugenio Aramburu había cancelado todas las reuniones, después de que el jefe de la Casa Militar le anunciara por teléfono lo que ocurría con uno de sus hombres de mayor confianza. No en vano, le había entregado el control de los servicios secretos. A la reunión también había sido citado el ministro del Ejército, Arturo Ossorio Arana, quien debía ayudar a buscar un relevo inmediato. Tanto él como el presidente escucharon aterrados la historia que, con todos los detalles, estaba contándoles Manrique.

—Maldito hijo de puta. ¿Cómo es posible que haya hecho eso? — se lamentó a gritos Aramburu—. ¡Le pedí que enterrara a esa mujer! Su mala cabeza ha complicado todo. Ya es público que la momia de Evita anda por ahí suelta, pero, que se sepa además que han abusado de ella, ¡es lamentable!

—Presidente, ya no hay tiempo para los lamentos. Ahora hay que pensar en la solución —contestó Arana, intentando no abundar más en la truculenta historia.

—¿Y qué propone, ministro?

—El teniente coronel Moori-Koenig debe ser inmediatamente arrestado y trasladado a la Patagonia, a Comodoro Rivadavia. Hay que

quitarlo de la circulación cuanto antes.

—Me parece bien. ¿Tiene algún nombre en la cabeza para sustituirlo? Pensemos en que quien ocupe su puesto debe encargarse de limpiar la institución y de cumplir de una vez por todas con mis órdenes. Ya hablaremos más detenidamente, pero creo que lo mejor, tal y como se han puesto las cosas, es sacar ese cuerpo del país lo antes posible.

—Tengo a la persona apropiada para esta misión.

—¿De quién se trata?

—De Héctor Eduardo Cabanillas.

Aramburu se levantó del sillón tras escuchar ese nombre. Era un hombre tremendamente duro. Ya había sido el responsable del SIE durante la presidencia de Eduardo Lonardi, que decidió apartarlo del cargo tras organizar, sin su consentimiento, un atentado fallido contra Juan Domingo Perón. De hecho, estuvo a punto de asesinarlo en tres ocasiones. Su lugar lo ocupó después Carlos Eugenio Moorikoenig, un hombre con fama de ser especialmente astuto y brillante. Meses más tarde, el nombre de Cabanillas volvía a estar sobre la mesa.

—De acuerdo. Acepto la propuesta —contestó Aramburu, tras otorgarse unos segundos de reflexión—. Llámeme ahora mismo. Por lo que parece el cuerpo de esa mujer no se corrompe, pero parece empeñada en corromper nuestro gobierno. Es inexplicable cómo puede seguir levantando tantas pasiones aun después de muerta. Vamos, no podemos perder ni un solo minuto.

—A sus órdenes, presidente. Si me permite, abandono el despacho para comunicar al afectado su nombramiento y para ordenar la inmediata detención del teniente coronel.

El ministro del Ejército abandonó apresuradamente la reunión dejando a solas a Aramburu y a quien le había transmitido las barbaridades que estaba cometiendo el guardián de Eva.

—Gracias, capitán, por haber dado el paso de contar lo que sucedía.



—No debe darme las gracias a mí —respondió Manrique, que había permanecido en silencio durante las deliberaciones para nombrar a otro jefe de los servicios secretos—. Agradézcaselo a una mujer, a María Luisa Bemberg, por haber tenido la valentía de hablar.

Mientras el jefe de la Casa Militar abandonaba la Casa Rosada, el general Héctor Cabanillas se desplazaba hasta allí. Hacía unos minutos que había contestado a la llamada del ministro comunicándole su nuevo puesto, e inmediatamente se puso en camino. La visita al palacio de gobierno fue protocolaria. Apenas duró diez minutos, los necesarios para escuchar por boca del responsable de la cartera de Ejército su nombramiento.

—Coronel, el presidente y yo estamos de acuerdo en que usted es la persona más apropiada para hacerse cargo del SIE. Creemos que debe volver a ocuparse de una institución tan importante.

—Agradezco su confianza, ministro, pero comprenderá que debo preguntar por el teniente coronel Moori-Koenig. ¿Ha ocurrido algo?

—Ha ocurrido mucho —respondió escuetamente Arana.

—¿Se puede saber qué?

—En estos momentos estamos procediendo a su detención. Será trasladado a Comodoro Rivadavia donde pasará una larga temporada. Pero no me pregunte más. De momento no podemos darle más datos.

El ministro se dirigió a la puerta e invitó a salir al coronel.

—Acompáñeme. Un coche oficial nos está esperando para llevarle a su antiguo despacho.

Mientras abandonaba la sala, el presidente le llamó:

—Coronel. Suerte en su recuperado puesto. La vamos a necesitar.

La advertencia alteró la serenidad habitual de Cabanillas que, ni por asomo, podía imaginarse lo que le esperaba.

Cuando llegaron a la sede del Servicio de Información, el personal con el que trabajaría más directamente le esperaba en una amplia sala de reuniones. Entre ellos había caras nuevas y viejos conocidos con los que Cabanillas había compartido mejores y peores momentos en su anterior etapa. Tras los saludos y felicitaciones pertinentes, el ministro de Ejército le pidió que le acompañara a otra habitación. Su trabajo anterior en aquel edificio le permitía conocer a la perfección cada rincón. Por eso cuando le indicó que caminara hacia la pequeña sala que había junto a su antiguo y nuevo despacho, no le sorprendió.

—Quiero enseñarle algo. Prepárese para una enorme sorpresa — le dijo Arana en voz baja.

Cabanillas entendió que le mostraría alguna documentación sobre aquello que Aramburu le había dicho que era tan importante.

—Estoy preparado para todo.

En un abrir y cerrar de ojos, el nuevo jefe de la SIE se encontró ante un ataúd abierto. Seguía colocado en posición vertical, apoyado sobre la pared. Nadie se había atrevido a tocarlo. En su interior pudo ver el cuerpo embalsamado de Eva Perón. Tardó varios minutos en reaccionar. No es habitual encontrarse con un cadáver en una oficina. Y más sorprendente resulta aún si se trata de la mujer más odiada y amada de Argentina. Superado el impacto, Cabanillas solo se atrevió a preguntar:

—¿Qué hago yo con esto ahora?

—Nada —contestó el ministro—. De momento, lo dejo bajo su custodia personal. Pronto decidiremos su destino definitivo. Solo le pido que sea cuidadoso y respetuoso con el cadáver. Le voy a ahorrar los detalles de lo que su antecesor hizo con él.

—Hace bien, ministro. Sinceramente, prefiero no saberlo.

—Suerte. Le seguiré informando.

—Gracias. Espero sus órdenes.

Osorio se marchó dejando al coronel a solas con Eva.

—*Vaya. El que faltaba. El boludo y torpe de Cabanillas. Qué, ¿te alegras de verme? Como no pudiste acabar con Perón, vienes a confirmar ahora que el cáncer se ha encargado de hacer su trabajo conmigo. Lástima que ya no pueda mostrarte esos, ¿cómo decías? ¡Ah, sí! Esos modales de prostíbulo con los que trataba a la gente. Pues aquí tienes a la Eva impertinente y ordinaria a la que tanto odiabas*

Cabanillas estaba impactado. Echó el pestillo de la puerta y se dispuso a explorar cada detalle.

—Es realmente increíble —susurró—. Cualquiera diría que está viva. Parece que en cualquier momento se fuera a despertar. —Al contrario de lo que hacía su antecesor, no se atrevió a ponerle un dedo encima—. No puede ser una momia. Ni siquiera una muñeca de cera. ¡Dios mío! Es como una mujer de carne y hueso. Había oído hablar del trabajo realizado por ese tal Ara, pero ni de lejos podía imaginar esto. El doctor ha hecho un trabajo excelente. Es perfecta.

Se quedó embelesado, observando el cuerpo durante más de dos horas. Se fijó con detalle en las mutilaciones que sufría. Aquellas que podían verse a primera vista. Después exploró el ataúd, y comprobó que no era el mismo féretro lujoso que había visto durante las largas exequias que se habían celebrado en agosto de 1952. El sarcófago estaba también metido en una caja más común, sin cubierta ni chapa, en la que podían verse los agujeros de los clavos que sostuvieron un antiguo cartel que decía «Equipos de radio». Lo había puesto en su momento Moori-Koenig para intentar desviar la atención. Tras

inspeccionarlo todo, lo primero que hizo como recién nombrado cuidador del cuerpo fue poner el cajón en horizontal.

—Así estarás más cómoda.

—*Vaya, coronel. Ahora resulta que se ha vuelto un sensible que se preocupa por la comodidad de sus enemigos.*

El propio Cabanillas estaba sorprendido por su reacción. Él, que tanto había odiado a aquella mujer, tenía que rescatarla de las atrocidades que sus compañeros en el Ejército estaban cometiendo con su cadáver. Ironías de la vida. Como ya les había ocurrido anteriormente a otros, el realismo que desprendía aquel cuerpo le invitaba a dirigirse a él como si le pudiera escuchar.

—No quiero ni pensar lo que han podido hacer contigo. —El duro de Cabanillas parecía un blando ante la preocupación que mostraba por Eva.

—*Créeme que me encantaría contártelo. No solo me han mutilado. Me han violado, me han escupido, me han orinado y vomitado encima, me han rociado de alcohol durante las largas fiestas en las que han utilizado mi cuerpo como mesa, me han pegado, me han insultado, y a punto han estado de prenderme fuego. Lástima que se arrepintieron en el último momento. Me habría ahorrado muchos disgustos.*

—Conmigo puedes estar tranquila. Una cosa es lo que se hace en vida y otra el respeto que todo cristiano debe tener hacia los muertos. De momento te dejaré acá, en esta sala. Pero estarás tranquila. No permitiré que nadie disturbe tu paz.

—*Me encantaría creerte.*

—Te lo prometo.

El coronel salió hacia su despacho para comenzar a ordenar su agenda. Solo tenía un asunto del que ocuparse. Pero requería dedicación absoluta.

Esa noche se fue a dormir a casa. No le apetecía hablar con nadie. Por eso nada más entrar en su residencia, advirtió a su familia del fortísimo dolor de cabeza que tenía. Se fue directo a la cama donde estuvo toda la noche sin pegar ojo. Imaginaba que, en su ausencia, decenas, quizá cientos de personas entraban en la sala donde estaba Eva para someterla a todo tipo de aberraciones. A ratos también sospechaba que alguien aparecía allí para llevarse el cadáver. Aguantó solo una semana yendo a dormir a su hogar. Hasta que una mañana, al llegar a la oficina, encontró en la puerta las mismas flores y velas blancas que habían acompañado a Eva por cada uno de los lugares por los que había pasado. Había sido el primero en llegar al trabajo y, antes de que nadie pudiera ver ese improvisado altar, guardó su contenido en una caja de cartón. Era evidente que el secreto se sabía, que había quienes ya conocían el paradero del cadáver, y él no podía permitirse abandonarlo ni un solo instante.

—Fabiola, no me esperes en casa. —Cabanillas llamó por teléfono a su mujer para contarle sus planes más inmediatos—: Durante una temporada no iré a dormir. No puedo decirte más. Tiene que ver con un asunto de Estado del que no te puedo hablar. Cuando pase todo serás la primera en conocer los detalles.

Su esposa apenas dijo nada. Solo se interesó por el tiempo que no vería a sus hijos.

—No te preocupes. Me los traeré a la oficina por las tardes para hacer los deberes juntos.

Y así fue. Tarde tras tarde visitaban a su padre durante una hora. El que más tiempo pasaba con él era el mayor, que estaba preparando los exámenes de acceso al Colegio Militar. El primer día que estuvo allí estudiando, alertó a su padre de un olor extraño.

—Papá, ¿cómo puedes soportar esta peste?

—¿De qué me hablas, hijo?

—Del olor que tienes acá. Es nauseabundo.

—Debe ser tu imaginación. Estás aturdido con tanto estudio, y notas cosas raras.

—No, papá. Me da la sensación de que el olor viene de allí —dijo señalando al otro lado de la pared, justo donde estaba el cuerpo de Eva.

—Ahora que lo dices, quizá sea el espray que se utiliza normalmente para limpiar bien las armas. En esa sala hay un almacén y es posible que guarden ahí esos líquidos.

Cabanillas también sentía el hedor que había empezado a desprender el cadáver, pero no sabía cómo disimularlo. Durante su larga estancia en la CGT, el doctor Ara se encargaba de rociar el cuerpo con líquidos especiales que lo mantenían húmedo y que ayudaban a tensar los tejidos. Pero después de tantas semanas de despreocupación, los restos empezaron a notar la falta de cuidados.

Una de las tardes que salió del despacho a despedir a su hijo, vio cómo el número de velas y flores blancas se había multiplicado.

—¿Qué es esto, papá?

—Nada, alguien que debe de aburrirse mucho. Venga, márchate ya y ten mucho cuidado por el camino. Ah, y da un beso a mamá de mi parte. Dile que la echo mucho de menos.

—Nosotros a ti también. ¿Cuánto tiempo más vas a estar fuera de casa?

—Poco, te lo aseguro. Ya queda muy poco.

Cabanillas lo dijo a sabiendas de que sus noches allí estaban contadas. Era evidente que había que sacar a Eva cuanto antes, e

inmediatamente lo puso en conocimiento del ministro de Ejército.

—Señor —el coronel lo llamó por teléfono nada más despedirse de su hijo mayor—, tenemos un problema muy serio. Hay que actuar de inmediato.

Arturo Ossorio Arana no necesitó más indicaciones para saber que se trataba de algo relacionado con el cadáver de la exprimera dama argentina.

—Le espero en mi despacho. Venga en cuanto pueda.

—Ahora mismo, señor.

Cabanillas salió de la sede del SIE en un coche militar que le llevó hasta el ministerio donde le esperaba su superior.

—Hay que sacar el cuerpo de allí ya mismo.

El coronel no perdió tiempo ni en saludar.

—¿Qué ha ocurrido?

—La resistencia peronista puede llevarse el cadáver en cualquier momento. Ya sabe que habían aparecido algunas flores y velas a la entrada del complejo del SIE. Pero hoy las han dejado en la puerta de acceso a mi despacho. No podemos esperar más para actuar.

Ossorio llamó a su secretaria para que le pusiera con Aramburu.

—Presidente, necesito verle de inmediato. Ha venido a hablar conmigo el coronel Cabanillas. Las cosas se complican.

—Vengan ya mismo para acá —se oyó al otro lado del aparato.

El ministro de Ejército y el jefe de los espías entraron veinte minutos después en la Casa Rosada sin poder ocultar su nerviosismo.

—Este asunto me empieza a cansar. ¿Qué es lo que ha ocurrido ahora? —preguntó Pedro Eugenio Aramburu.

—Los fieles a Perón han localizado el cadáver —apuntó Ossorio—. La puerta del despacho del coronel Cabanillas ha aparecido llena de flores y candelas.

—Hay peligro de que el SIE sea infiltrado y copado por partidarios del tirano prófugo. Hay un riesgo más que evidente de una acción de fuerza para secuestrarlo —apuntó Cabanillas.

El presidente se tomó un tiempo para responder. Dio varios paseos por su despacho, hasta que se paró ante el enorme ventanal

situado detrás de su escritorio.

—Hemos obrado mal al retener tanto tiempo a esa muerta. Le ordeno, coronel, que se cumplan de una vez por todas mis órdenes y se le dé cuanto antes cristiana sepultura en un lugar anónimo, del que nadie sepa nada. Usted será el encargado de guardar el secreto hasta el momento en que debamos devolverla a sus legítimos deudos.

Las palabras de Aramburu sonaron solemnes. Cabanillas supo desde ese momento que aquella orden le acompañaría el resto de su vida.



**T**ras ser derrocado Juan Domingo Perón, doña Juana se instaló en Chile junto a las hijas que le quedaban con vida. El único varón, Juan Duarte, se había suicidado solo unos meses después de que muriera Eva. Desde el exilio, luchó permanentemente para que se le hiciera entrega del cuerpo de su hija menor. Ignoraba su paradero, pero sospechaba que no habría recibido el trato que merecía. Por eso, como católica ferviente que era, estableció contacto con la Iglesia para recabar su apoyo y conseguir que los restos de su pequeña fueran enterrados en el panteón que la familia Duarte tenía en el cementerio de Recoleta. Pero el gobierno del general Aramburu ya se había adelantado pidiéndole a Cabanillas que se inhumaran los restos en un lugar secreto. Cuando el general tuvo claro lo que hacer con el cadáver, se lo quiso contar al presidente. Pidió una reunión discreta con él, y Aramburu le recibió en la quinta de Olivos, donde residía.

—Presidente, tengo el lugar.

—Le dije que decidiera y actuara por su cuenta. Pocas veces el líder de un país dice esto, y usted no lo está sabiendo aprovechar. ¡Como no lo haga desaparecer ya, le juro que pido que vuelen el edificio del SIE con los restos dentro!

—Escuche. Creo que lo mejor es sacar el cuerpo del país. He establecido contacto con sectores de la Iglesia católica que nos pueden ayudar.

—Insisto, haga lo que le dé la gana, pero le pido que no me cuente nada. No quiero saber nada más sobre esa mujer, ¿me ha oído?

—Por supuesto, presidente.

—No vuelva por aquí si no es para contarme que Evita está por fin bajo tierra.

Antes de esta conversación, Cabanillas ya había hablado con un sacerdote con quien mantenía una buena amistad. Se llamaba Francisco Rotger, y era un asiduo visitante de las instalaciones del SIE por su cargo de capellán de la Escuela de Marina de Buenos Aires. La charla tuvo lugar en un acogedor café de la calle Viamonte, muy cerca de la sede de los espías.

—Padre, como representante de la Iglesia, comprenderá lo urgente de encontrar una solución para un cuerpo que se ha convertido en un trofeo de guerra. Sabe que yo no tengo ninguna simpatía por esa mujer, pero tenemos que ponerla a salvo de unos y de otros. Su perversa influencia no ha disminuido un ápice a pesar de estar muerta.

Cabanillas ya le había puesto al tanto de las aventuras que había protagonizado el cadáver. Sobre todo, de lo que habían ocurrido desde que el cuerpo salió de la sede de la CGT.

—Héctor, no me expliques nada más. Ese cadáver debe estar cuanto antes en manos de la Iglesia.

—Sí, padre. Pero ni siquiera ustedes lo podrán controlar dentro de Argentina. Mi opinión es que debemos sacarlo del país. He pensado que podríamos trasladarlo a Uruguay, a México, no sé... a Alemania.

—No se precipite.

—Claro que lo hago. No podemos esperar ni un segundo.

—Pues déjemelo en mis manos. Lo único que le pido es que sea usted el responsable de la operación.

—No se preocupe. El propio Aramburu me lo ha pedido así.

—Entonces, de acuerdo. No hay nada que temer.

Rotger era miembro de la orden de San Pablo y tenía una relación personal con el papa Pío XII. Además, conocía a la perfección la estrategia que había seguido Juan Domingo Perón para sacar de Alemania a algunos de los nazis más peligrosos tras la Segunda Guerra Mundial.

—General, si la Iglesia ayudó al expresidente hace diez años en aquellos traslados, prestando albergues secretos, ¿por qué no íbamos a colaborar ahora con ustedes?

—No sabe cómo se lo agradezco.

—No hay nada que agradecer. De momento, me tiene que ayudar a montar la infraestructura. Le aseguro que el mejor lugar para esconder a Evita es sin duda alguna Italia. Ya le contaré los detalles. Pero, para empezar, necesito como sea un pasaporte italiano para la fallecida. Y eso, me temo, habrá que buscarlo en el consulado de ese país.

El sacerdote pronunció esa última frase acercando sensiblemente su rostro hacia el de Cabanillas, que recibió claramente el mensaje.

—Si puedo, mañana mismo tendré ese pasaporte listo.

—Perfecto. Llámeme en cuanto lo tenga en su poder. Adiós.

El padre Rotger abandonó el local, mientras el coronel se quedó tomando otro café, que acompañó con un exquisito dulce de leche. Mientras disfrutaba del postre, encontró el nombre apropiado para el trabajo más trascendental de su vida. Se llamaría Operación Evasión, y no pensaba malgastar ni un segundo de su tiempo para que todo saliera correctamente. De hecho, nada más abandonar la cafetería reunió en su despacho a sus tres hombres de máxima confianza.

—Llamad a vuestras casas. Decid a vuestras familias que hoy no dormiréis allí. A medianoche debéis entrar en el consulado italiano. Sed especialmente cuidadosos. Necesito que saquéis varios pasaportes en blanco. Llevaos también algunos objetos para disimular. No sé, quizá unos cuadros, lámparas, máquinas de escribir... que parezca un robo perpetrado por una banda de falsificadores, pero no olvidéis que lo único importante son los documentos. Mañana a primera hora espero vuestras noticias.

La Operación Evasión ya estaba en marcha.

Aún tendría que pasar algún tiempo hasta que el cadáver de Eva pudo salir rumbo a Italia. A pesar de que los espías, el ejército y la Iglesia habían puesto un extraordinario empeño para que se aceleraran los trámites, todo trabajo requiere de unos plazos por mínimos que sean. Y durante ese tiempo, el cuerpo debía estar a buen recaudo. Tras despachar varios asuntos de poca importancia, Cabanillas pidió que nadie le molestara. Se encerró en su despacho con el firme propósito de no levantarse hasta haber encontrado una solución. Abrió un enorme plano de Buenos Aires y lo extendió sobre la mesa. Con el dedo índice de la mano derecha, recorrió calle tras calle, avenida tras avenida, buscando el lugar más apropiado para esconder el cuerpo. No había manera. Ningún sitio le parecía seguro, pero algo había que hacer. En plena desesperación por la falta de ideas, decidió salir a pasear. La fresca brisa del otoño bonaerense le ayudaría a encontrar la solución. Y así fue. Llevaba poco más de una hora andando cuando vio a su izquierda la entrada del cine Rialto. Un operario estaba en ese momento cambiando los carteles de las películas que empezarán a proyectarse ese mismo día. Eran dos, pero ninguna resultaba en principio especialmente interesante. Cabanillas apenas tardó unos segundos en definir su plan. Hacía muchos años que no sabía nada de Ernesto Pavetto, el dueño de aquel local, pero era el momento de volver a saludarle. Habían sido compañeros de

colegio y durante mucho tiempo mantuvieron el contacto. Pero sus vidas eran tan distintas que no había muchas excusas para quedar. Ahora había una trascendental.

—Disculpe —se dirigió el coronel a uno de los trabajadores—, ¿sabe si está por acá el responsable del cine?

—No, señor, no tengo ni idea. Pero espere un momento que mire. El joven entró en el local a preguntar y salió inmediatamente.

—El jefe está dentro, pero quiere saber quién es usted.

—Dígale que soy Héctor Cabanillas. Somos amigos desde niños.

El operario volvió al interior y enseguida apareció confirmando que podía entrar. El primer trámite estaba hecho. El coronel accedió a la entrada del cine donde ya le esperaba el dueño.

—¡Pero bueno, amigo! ¡Benditos los ojos!

Ernesto fue muy efusivo en su saludo. No en vano habían compartido los años más felices de sus vidas y largas noches de borracheras.

—Recuerdo la última vez que te vi. Acababas de quedarte con este cine y te prometí que vendría todas las semanas a disfrutar de una película gratis —apuntó riendo Cabanillas.

—Pues ni con esa oferta conseguí que vinieras a ver a tu amigo. Bueno, cuéntame, ¿cómo te va? Ya he leído en los periódicos que has vuelto con tus espías. ¡Ese sí que es un trabajo divertido!

—No te creas. Parece más entretenido de los que realmente es. Además, todo son problemas. Es un departamento dedicado a arreglar grandes catástrofes. Y cuando las arreglas nadie sabe que has sido tú. El mérito siempre se lo lleva otro.

—Bueno, hombre, tampoco hay que exagerar, ¿no?

—Lo vas a entender enseguida —contestó el coronel a su amigo con cara de circunstancias.

—¿Qué ocurre?

—No puedo hablar acá. ¿Podemos conversar en un lugar más discreto?

—Por supuesto. Sígueme.

Ernesto se llevó a Cabanillas a la parte trasera de la pantalla del cine. Por allí nunca pasaba nadie.

—Necesito que me prometas que mantendrás en secreto todo lo que te voy a contar ahora.

—Confía en mí —contestó el dueño del cine, mientras señalaba un par de pequeñas sillas de tijera que había en ese lugar—. Siéntate y cuéntame.

—Se trata del cadáver de Eva Perón. —El coronel no quiso andarse con rodeos. Sabía que su amigo era un antiperonista moderado, por lo que no resultaba, en principio, peligroso—. Está en una sala pegada a mi despacho. No me preguntes por qué. Tengo que sacarlo cuanto antes porque ya se ha corrido la voz, y demasiada gente conoce su paradero. —Cabanillas hizo una pausa esperando que su amigo interviniera, pero obtuvo el silencio por respuesta. La noticia le había dejado tremendamente impactado—. En resumen, hay que llevarlo a otro lugar cuanto antes, y he pensado que el mejor sitio es este.

—¿Cómo? —Ernesto reaccionó de inmediato ante tal idea.

—Solo serán unos días, hasta que lo traslademos a otro país.

—Lo siento, no es posible.

—Claro que lo es.

Ernesto se dio cuenta enseguida de que su amigo no le estaba pidiendo un favor, le estaba dando una orden.

—Esta noche traeremos el cuerpo y lo depositaremos justo acá, donde estamos sentados tú y yo. Estoy convencido de que no existe un lugar más discreto en todo Buenos Aires.

—¿No me das opción a negarme?

—No.

—¿A qué hora vendréis? —preguntó, resignado.

—Yo no estaré. No sería bueno que alguien me viera cargando una caja enorme a deshoras. Pero mandaré a un hombre de confianza. Calculo que llegará sobre las doce y media de la noche. Le diré que pregunte por ti. —En ese momento le puso su mano derecha sobre el hombro y continuó dándole argumentos para que se tranquilizara—:

No va a pasar nada y tendrás el orgullo de haber participado activamente en una de las misiones más importantes que jamás se hayan llevado a cabo en la historia de Argentina.

Tras levantarse de su asiento, Cabanillas dio un abrazo de complicidad a su amigo y se interesó brevemente por su familia.

—¿Cómo están tu mujer y... era una niña lo que tenías, no?

—Sí. Están bien, gracias a Dios.

—Me alegro. Espero tener la oportunidad de conocerlas en breve.

Dicho esto, Cabanillas salió camino de la sede del SIE. Allí pasó la tarde ultimando los detalles del traslado del cuerpo. Dio muchas vueltas hasta que eligió el nombre de la persona que debía ocuparse de un asunto de tanta trascendencia, y llegó a la conclusión de que el que más cualidades reunía era el mayor Alberto Hamilton Díaz. De carácter reservado y obstinado, se había convertido en uno de los espías preferidos del coronel para infiltrar y perseguir a la resistencia peronista. Y ahora se erigía como la persona perfecta para colaborar en uno de los mayores secretos de Estado del siglo XX. Pidió que le buscaran para que se acercara a su despacho cuanto antes. Y así lo hizo.

—Buenas tardes, coronel. ¿Quería verme? —dijo Díaz desde la puerta.

—Sí, cierre y siéntese. —Una vez acomodado en su asiento, Cabanillas le puso al tanto de sus nuevas órdenes—: Estoy francamente contento con su trabajo en esta institución, y por eso le voy a recompensar con uno de los asuntos más importantes que marcarán la historia de este país.

A pesar de su templanza, el mayor empezó a sentir algo de vértigo.

—Siendo así, es un honor que haya pensado en mí —dijo, sin atreverse a preguntar de qué se trataba.

—Voy a evitar más preámbulos. Todo lo que le voy a contar le resultará muy extraño, pero le ruego que no me interrumpa. El cuerpo de «la Eva» —como le gustaba llamarla— está aquí, al otro lado de la pared. La resistencia peronista ya ha dado muestras de que



lo tiene localizado y debemos actuar cuanto antes. De hecho, lo haremos esta medianoche, y usted será el encargado de llevárselo. Ya he contactado con el responsable del cine Rialto. Nos dejará tenerlo allí durante unos días, hasta que se tome una decisión definitiva. Él le estará esperando en la entrada para llevarlo al punto elegido. —Hasta ahí llegaron las explicaciones—. ¿Alguna duda?

—Me surgen muchas, señor, pero creo que lo mejor es no preguntar.

—Es la respuesta que esperaba de usted, y no me ha defraudado. Le espero a las doce aquí mismo. Le ruego sea puntual.

Y lo fue. Justo cuando el reloj marcaba la medianoche, se volvieron a ver en el mismo sitio. Cabanillas llevó a su ayudante a la sala donde estaba el cadáver. Díaz no dijo ni una palabra ni hizo gesto alguno. Optó por mostrar normalidad ante un hecho que no era para nada normal. Entre los dos cubrieron el ataúd con su tapa y después metieron el féretro en la otra caja de madera más basta. Había colocado un letrero escrito a mano en el que podía leerse «frágil» con el que pretendía desviar la atención. Agarraron el cajón y lo llevaron por las escaleras hasta el aparcamiento subterráneo que tenía el edificio. Allí esperaba ya un camión de una empresa de mudanzas. Metieron a Eva y, sin mediar palabra, Cabanillas volvió a su despacho. El mayor arrancó el vehículo y, como estaba previsto, se puso en marcha hacia el Rialto, situado en la transitada calle Córdoba. Hubo suerte. Cuando llegó con su carga secreta, no había nadie alrededor. Era una noche especialmente fría y los bonaerenses parecían haberse puesto de acuerdo para encerrarse en casa. Paró el camión en la entrada principal donde le esperaba Ernesto, puntual a la cita.

—Buenas noches. ¿Es usted el dueño del cine?

—Correcto.

—Soy...

El empresario no le dejó terminar.

—Adelante —contestó con cierta urgencia para acabar con aquel asunto cuanto antes—. Le ayudo a sacar la mercancía.

Extrajeron la caja, y ya dentro del local, atravesaron el *hall* y traspasaron una pesada puerta que llevaba a las zonas reservadas. Bajaron una pequeña rampa y enseguida llegaron al lugar elegido.

—Es aquí —apuntó Ernesto.

Dejaron la caja en el suelo, pegada a la pantalla, y Díaz se marchó tras un escueto «adiós». El responsable del local se había quedado solo. No sabía muy bien qué hacer. Era consciente de que no debía tocar nada, pero no pudo evitarlo. Disimuló su curiosidad con el argumento de que, si quitaba la tapa y dejaba el cadáver al aire, podría mantenerse mejor. Y eso hizo. Se fue hasta un pequeño mueble donde guardaba las herramientas y agarró la que le pareció más apropiada para sacar los múltiples clavos con los que habían sellado el féretro. Con mucha paciencia, para no dañar la madera, quitó uno a uno. Cuando terminó levantó la tapa y se encontró con el sarcófago. Tardó varios minutos en reaccionar. Respiró profundamente y se dispuso a descubrir lo que había en su interior. Ante sus ojos apareció el cuerpo de la mujer más famosa que había dado Argentina en toda su historia. Tuvo la misma sensación que el resto de mortales que habían contemplado el cuerpo anteriormente. Era increíble que se mantuviera así. Estaba bellísima y su piel se mantenía tan blanca que casi se adivinaban sus órganos internos. Tampoco él pudo resistirse a tocarla. Era como un embrujo. Quien la miraba sentía una atracción irresistible.

—Esto no puede ser real —comentó en voz alta.

—*Claro que soy real, como me llamo Eva. Por cierto, qué idea más original esta de traerme a un cine. Al menos estaré mucho más entretenida.*

Ya eran casi las dos de la madrugada. Aunque había avisado a su mujer de que llegaría más tarde de lo normal, era el momento de volver a casa. Cerró minuciosamente cada una de las puertas que accedían a aquel lugar y añadió dos candados más a los que ya utilizaba habitualmente en la reja exterior.

A la mañana siguiente regresó a la sala de cine. Pasó prácticamente toda la mañana cuidando el cuerpo de Eva. Tenía

miedo de moverse de allí. Por la tarde, como era habitual, llegó su hija tras salir del colegio. Solía pasar un rato entre bambalinas antes de ponerse a hacer los deberes. Ese día Ernesto pidió a su pequeña que durante una temporada no accediera a la parte trasera de la pantalla. Justificó su petición en que había echado un producto especial para acabar con las cucarachas que de vez en cuando se movían por el recinto. Pero no hay nada mejor que pedir algo a los hijos pequeños para que hagan lo contrario. Ángela, de siete años, aprovechó un despiste de su padre para asomarse a su rincón favorito. Cuando vio el cadáver, no le impresionó especialmente. Pensó que era una enorme muñeca que su familia había guardado allí para darle una sorpresa más adelante. Desde ese día, cada tarde, la niña visitaba a Eva. La peinaba, jugaba a maquillarla y le daba conversación. Un día, al ver que pasaba el tiempo y su padre no le decía nada, se lanzó a hablar.

—Papá, he descubierto tu secreto.

Ernesto Pavetto se echó a temblar.

—¿Que has descubierto qué? No sé de qué me hablas.

—No disimules. Ya he visto la sorpresa que tienes para mí. ¡Es preciosa!

—¿De qué estás hablando, Ángela? —Ernesto no podía imaginarse, ni por asomo, que su hija hubiera descubierto el cadáver.

—De la muñeca que hay detrás de la pantalla. ¡Es más grande que yo! ¡Es casi como mamá!

—¿Cuándo descubriste la sorpresa? —preguntó el padre, consciente de que ya no valía la pena disimular.

—El día en que me dijiste que habías echado un líquido. Se nota mucho cuando mientes, papá. Me asomé y vi el juguete. ¡Me encanta! Voy todos los días a peinarla y a pasar un ratito con ella. Debe estar muy aburrida ahí sola.

—Hija, ven acá.

La niña se acercó a la silla en la que estaba sentado su padre. Este la agarró y la colocó sobre sus piernas.

—No vayas más a verla, ¿me oyes?

—¿Por qué, papá?

—Cuando seas mayor lo entenderás. Ahora debes hacerme caso.

Cuando su padre le hablaba así, no había nada más que negociar. En cuestión de minutos, la madre de Ángela llegó al Rialto para llevársela a casa. En ese momento Ernesto llamó urgentemente a su amigo, el coronel Cabanillas.

—Héctor. Esa mujer no puede seguir acá. Mi hija pequeña ha encontrado el cuerpo. Cree que es una muñeca, pero no dudará en compartir, en cualquier momento, el hallazgo con sus compañeras. Tienes que sacarla cuanto antes.

—Dame un poco de tiempo.

—No puedo. Además, esta mañana han aparecido algunas flores tiradas en la puerta de mi local. No sé lo que significa, pero no me gusta nada.

—¿Han aparecido velas junto a esas flores? —preguntó, visiblemente preocupado, el general.

—No —respondió tajante el empresario.

—De acuerdo. No te preocupes, lo entiendo. Voy a acelerar los trámites todo lo que sea posible. Te llamaré en las próximas horas para darte una solución.

Tras escuchar estas palabras, Ernesto respiró algo más aliviado. A él no le gustaban las emociones fuertes. Era feliz con su tranquilo y monótono trabajo de gestionar una sala de cine.

Las gestiones para la salida del cuerpo de Eva hacia Italia se habían acelerado y se hacían a varias bandas. Además de Cabanillas, el padre Francisco Rotger había sido contactado también por el teniente coronel Alejandro Lanusse, quien más adelante sería presidente de Argentina. En ese momento, era el jefe del regimiento de granaderos a caballo y custodia oficial del presidente Aramburu, y le encantaba inmiscuirse en los grandes asuntos. Lanusse se puso en marcha por su cuenta tras una conversación que mantuvo con el capitán de navío Francisco Martínez, a quien la cineasta puso al tanto de las aberraciones que se estaban cometiendo con el cadáver. Rotger era consciente de la urgencia que requería aquella misión. Por eso se desplazó a Italia inmediatamente, para poner los hechos en conocimiento del papa. El sacerdote tenía una relación directa con el propio Pío XII, pero pensó que sería bueno informar también al superior de la orden de San Pablo, el padre Giovanni Penco, que vivía en Milán.

—Bienvenido a mi ciudad, padre. Es una pena que se quede tan poco tiempo.

Rotger había advertido de que se trataba de un viaje de ida y vuelta.

—No hay mucho margen si queremos evitar problemas. Están ocurriendo muchas cosas, la situación es muy delicada y hay que

actuar ya. No hace falta que le dé muchos detalles porque me consta que ya está al tanto. Lo único que le puedo decir es que no podemos aceptar que el cadáver de una persona sea maltratado, se trate de quien se trate. Y en este caso su trascendencia es mucho mayor.

—Lo entiendo perfectamente —contestó Penco—. He estado pensando en cuál sería el mejor lugar para enterrar los restos de esa mujer, y creo que deben venir aquí, a Milán. Conozco a mucha gente y me resultará mucho más fácil controlar que todo va bien.

—Me parece una buena opción. Por mi parte, creo que no tardaré mucho en tener preparada toda la documentación necesaria para que su cuerpo sea inhumado. ¿Usted ha podido hablar ya con Pío XII?

—Sí. Ya le he puesto en antecedentes, pero he quedado con él en que mañana estaremos en el Vaticano para darle los detalles. Le he dicho «estaremos», porque creo que sería conveniente que estuviéramos los dos en ese encuentro. Podríamos viajar a Roma esta misma tarde.

Y así fue. Ambos sacerdotes volaron hasta la capital italiana y se vieron con el papa al día siguiente en su despacho del Vaticano. El sumo pontífice estaba muy enfermo, de hecho, murió al año siguiente. Su estado de salud era muy débil y eran nulas sus ganas de oponerse a cuestiones que fueran complicadas.

—Santidad, comprenderá que se trata de un asunto de una enorme trascendencia. No pretendemos en ningún caso que participe activamente en el traslado, sino que nos dé su consentimiento —argumentó Penco.

—¿Podría negarme a ello? La Iglesia está, entre otras cosas, para guardar secretos. Como dicen algunos, si no actuáramos así, habríamos desaparecido hace ya mucho tiempo.

—No le falta razón —apuntó Rotger.

—Además, no sé si lo saben, pero yo conocí a esa mujer. —El papa se mantuvo durante unos segundos callado, tratando de hacer memoria—. Fue, si no recuerdo mal, en el verano de 1947. Hizo una gira por Europa y quiso que la recibiera. No es que fuera una entrevista especialmente cordial, la verdad. Recuerdo su genio y su

carácter. Venía convencida de que era merecedora de un reconocimiento especial por lo mucho que hacía por los pobres de su país. —Volvió a hacer otra pausa para tomar aire y esbozó una ligera sonrisa—. Creo que no salió demasiado contenta de aquí. —Rotger y Penco rieron el comentario al darse cuenta de que debió marcharse de allí sin conseguir ninguno de sus propósitos—. Bueno, no quiero hacerles perder más tiempo. Cuenten conmigo. Entiendo que es una situación excepcional.

—Lo es —contestó el máximo responsable de la orden—. Se lo agradecemos, santidad. Esto era lo único que necesitábamos, su asentimiento y apoyo. De lo demás nos ocupamos nosotros.

El encuentro fue muy breve. El papa no puso obstáculos ni quiso conocer detalles sobre el traslado. Cuanto menos supiera, pensaba él, mucho mejor. Esa misma tarde, Francisco Rotger voló a Buenos Aires dispuesto a trasladar las buenas noticias a Héctor Cabanillas. Este llevaba varios días prácticamente encerrado en su despacho del Servicio de Información del Ejército diseñando todos los detalles de la operación. Ese día, como era habitual cada mañana, su secretaria apareció ante él con la prensa de la jornada en sus manos. Depositó los periódicos sobre la mesa de su jefe y salió sin decir nada por la misma puerta por la que había entrado. El coronel fijó de inmediato la mirada sobre el titular de uno de los diarios.

—«Robo en el consulado italiano» —leyó en voz alta—. «Varios ladrones sustraen documentos y máquinas de escribir».

Se sintió muy satisfecho de que sus órdenes se hubieran cumplido escrupulosamente.

—Un asunto menos del que preocuparme —exclamó mientras agarraba el teléfono.

Hacía días que le debía una llamada a su antiguo amigo Ernesto Pavetto y había llegado el momento de cumplir lo que le había prometido.

—Hola, ¿quién es? —preguntó el empresario.

—Soy Héctor. Siento no haberme puesto antes en contacto contigo, pero tenía que solucionar algunos asuntos. No te puedo

ofrecer muchos datos. Solo quiero que sepas que será esta noche. Estate pendiente en el mismo lugar y a la misma hora que la otra vez. —Cabanillas evitaba dar más detalles.

—Entendido. Así será —contestó escueto el dueño del cine, consciente de la confidencialidad que requería la conversación.

Cabanillas llamó inmediatamente a Alberto Hamilton Díaz, el único que le ayudó a sacar el cuerpo del SIE y quien lo trasladó hasta el Rialto.

—Estoy en su despacho en cinco minutos —le dijo el mayor.

No hizo falta tanto tiempo. En cuestión de pocos segundos estaba frente al coronel.

—Alberto, ha llegado la hora de rematar la faena. Estamos cerca de deshacernos de este problema y empezar a pensar en otros asuntos. Escuche, esta medianoche debe regresar al cine. Allí le estará esperando su dueño para ayudarle a meter la caja en el camión. Utilice el mismo que hace unos días, el de la mudanza que está en el estacionamiento. Cuando tenga el féretro en el interior del vehículo, diríjase a la calle Sucre, a la casa de seguridad que tenemos allá, ¿sabe a cuál me refiero?

—Sí, señor.

—Perfecto. Yo estaré esperándole dentro. ¿Alguna duda?

—Ninguna, señor.

—Me alegro. Estoy convencido de que con esa actitud llegará lejos. Ahora puede retirarse a descansar. La noche será larga.

Nada más despedir al mayor Hamilton Díaz, Cabanillas pidió reunirse con quien debía elaborar el pasaporte falso con el cual viajaría Eva. Como trabajaban en la misma planta, no tardaron en verse.

—Buenas tardes, señor. He avanzado mucho en su ausencia.

—Me alegro porque tenemos las horas contadas. ¿Cómo están las cosas?

—Prácticamente hechas. Ya hemos dotado a esa mujer de una nueva identidad. Hemos localizado en el registro civil del partido de San Vicente a una mujer de nacionalidad italiana que falleció hace



unos años, casi en la misma fecha que Eva Perón. Hemos accedido a algunos de sus datos para que la identidad sea más creíble a la hora de sacar el cuerpo del país, e ingresarlo en el cementerio que corresponda. En el pasaporte aparecerá el nombre de María Maggi de Magistris, nacida en Dalmine, en Bérgamo, Italia, y fallecida el 29 de febrero de 1951 en un trágico accidente de coche en la ciudad de Rosario. Hemos decidido que era hija de Calógero Maggi y de Iris Rossi y que tenía un solo hermano, Carlo Maggi. En su biografía figurará también que dejó un viudo, Giorgio Magistris. Será él quien nos ayude a repatriar el cadáver.

—Brillante. ¿Falta algún cabo por atar?

—No lo creo, señor. Por nuestra parte, todo está listo.

En ese momento el funcionario dejó los pasaportes sobre la mesa de Cabanillas.

—Si no necesita nada más, me retiro.

—Váyase ya a casa. Es tarde.

—Gracias, señor.

El coronel estaba elaborando una lista con los trámites que ya se habían cumplido y los que quedaban pendientes. Tenía que decidir los nombres de todos los que se desplazarían a Europa para participar en la misión. Pero lo que de verdad le preocupaba es que aún no había llegado al puerto de Buenos Aires el barco que debía llevarse el cadáver de Eva. «Mañana me ocuparé de eso», pensó. Tenía por delante dos horas y media hasta que llegara el momento de salir hacia el escondite de la calle Sucre. Estaba tremendamente cansado. Se acomodó en su sillón, echó el respaldo hacia atrás y se quedó dormido.

El oficial Hamilton Díaz llegó al cine Rialto a la hora prevista, y, como estaba previsto también, en él esperaba impaciente su dueño. Apenas hubo palabras entre ellos. Fueron por un pasillo lateral hacia la parte posterior de la pantalla, llena de cuerdas y cables. Al final del trayecto, allí seguía descansando el cuerpo de Eva.

—*Vamos, déjense de joder. Con lo tranquila que estaba acá, ¿dónde me llevan ahora?*

Los dos hombres volvieron a cubrir el féretro con su tapa y a introducirlo en la caja de madera. Lo subieron sobre sus hombros con sumo cuidado y lo llevaron hasta el camión de mudanzas. Una vez colocado en su interior, estrecharon sus manos.

—Mucha suerte —le dijo el empresario.

—Gracias, la necesitaremos.

El militar arrancó y se perdió por las calles de la capital argentina rumbo al lugar elegido por Cabanillas. Era la una y media de la madrugada cuando el vehículo llegó a la casa de seguridad. Se quedó dentro de la cabina esperando a que el coronel diera señales de vida. Pero nada. El reloj marcó las dos, las tres y no sería hasta las cuatro cuando el jefe de los espías apareció por allí. Bajó rápidamente del coche y fue a disculparse por la tardanza.

—Lo siento. Me quedé dormido mientras trabajaba en mi despacho. Nunca me había pasado algo así y menos teniendo asuntos

tan importantes entre manos.

—No se preocupe, le entiendo perfectamente. Ahora, si le parece, vamos a descargar el camión. A ver si conseguimos acostarnos antes de que amanezca. —Era la petición más atrevida que había osado pronunciar en presencia de su jefe.

En el recinto esperaban también dos jóvenes militares que habían sido alertados de la llegada de sus superiores. Ayudaron a bajar la caja del camión y a colocarla en la sala más pequeña de la casa. Nadie les había dicho qué había dentro. Las únicas ordenes que habían recibido eran la de no abrirla y vigilar que nadie accediera a aquella habitación.

—Como me entere de que alguno de ustedes ha desobedecido, les mando mañana mismo a los dos a la Patagonia, ¿me han oído?

—Sí, señor —gritaron al mismo tiempo los jóvenes en posición de firmes sabiendo que la amenaza era real.

—Mañana vendré a primera hora a comprobar que todo está en orden. ¡Ah! Y no hace falta que les diga que no pueden dormir los dos al mismo tiempo. De hecho, lo mejor sería que ninguno de ustedes cierre los ojos esta noche.

—¡A la orden! —volvieron a gritar los encargados de la custodia del cuerpo.

Tras dar las pertinentes orientaciones, Cabanillas y Díaz salieron de allí camino de sus respectivas casas. Eran las cinco de la mañana de otra jornada agitada.

El sol empezó a brillar con fuerza desde primera hora de ese 22 de abril de 1957. Los pasajeros que viajaban a bordo del lujoso transatlántico *Conte Biancamano* disfrutaron desde cubierta de las maravillosas vistas de la ciudad de Buenos Aires. La llegada del barco iba siempre acompañada del bullicio de los familiares que se concentraban en la dársena para dar la bienvenida a los suyos. La entrada del *Conte Biancamano* en el puerto era todo un acontecimiento. Empezó a prestar servicios en 1925. Fue una de las embarcaciones más lujosas y rápidas de su época. De hecho, se la conocía como «El Versalles flotante», hasta que en la Segunda Guerra Mundial fue remodelado para uso militar. Después de la contienda, volvió a dedicarse al transporte de pasajeros, llevando en su interior a ilustres personalidades y cubriendo, entre otras rutas, la de Génova-Buenos Aires. Pero ese día no eran los viajeros ni sus familiares los que mostraban una mayor felicidad. Cabanillas, sin haber dormido apenas, se había desplazado al muelle para comprobar, con gran satisfacción, que el barco atracaba a la hora prevista. Y allí se mantuvo durante casi una hora observando, sobre todo, el trabajo de la tripulación en las labores de desembarco. «Parecen buenos profesionales», pensó mientras daba la última calada al cigarrillo que acababa de encender. Tras constatar que el barco estaba donde debía,

se dirigió a la casa de seguridad del SIE donde se encontraba el cadáver, para comprobar que no había contratiempos.

—Buenos días. ¿Alguna novedad?

—Buenos días. No, señor —contestó el más joven de los guardianes con un tono de voz que evidenciaba el cansancio acumulado por la falta de sueño.

—Perfecto. Escuchen. Pueden descansar algo siempre y cuando hagan turnos, ¿de acuerdo? Nada de quedarse dormidos al mismo tiempo. Y no se preocupen, que esta misión terminará pronto. Muy pronto.

El coronel se trasladó después a su oficina, donde debía cerrar los últimos pero muy importantes detalles del traslado de Eva. Quedaba ya muy poco para sacar el cadáver de Argentina, y nada podía fallar. Una vez en su despacho, pidió reunirse con el mayor Hamilton Díaz y con Gustavo Adolfo Ortiz, subjefe del Servicio de Información del Ejército. A él le correspondía otra tarea fundamental: preparar los servicios de una empresa de confianza para trasladar el supuesto cuerpo de María Maggi de Magistris.

—Coronel. La funeraria ya tiene todo preparado. Hemos elegido una llamada Spallarosa. Tiene una amplísima trayectoria y está especializada en el transporte de ataúdes al exterior —informó Ortiz.

—¿Y la documentación?

—Todo en regla. El cónsul de Italia ya ha dado el visto bueno al escrito que la supuesta muerta firmó, y en el que manifestaba a su esposo el deseo de descansar eternamente en su tierra natal.

—Estupendo. ¿Y los familiares de la muerta?

—Solo irá el viudo. Cuanta menos gente participe, mejor —contestó Díaz—. Aquí tiene a ese pobre y entristecido hombre. Soy Giorgio Magistris, viudo de María. Un placer saludarle —añadió socarronamente con el objetivo de quitar tensión al momento.

—Perfecto —dijo Cabanillas, demostrando que no tenía ninguna gana de echarle sentido del humor a la conversación—. Vamos con otro asunto que me preocupa. ¿Han pensado ya en cómo trasladar el

cuerpo? Debemos tomar todas las precauciones para no levantar sospechas.

—Todo está listo, ya lo verá —contestó lacónicamente Ortiz.

—Muy bien. Confío en que sea así. Ahora, si no les importa, tengo otros asuntos de los que ocuparme. Ya les comunicaré la hora en la que nos reuniremos mañana en el puerto.

Hamilton Díaz y Gustavo Adolfo Ortiz abandonaron inmediatamente el despacho. Nadie más debía saber el lugar exacto en el que el cadáver recibiría sepultura. Durante su viaje a Italia, el padre Francisco Rotger había cerrado con el superior de la orden de San Pablo, Giovanni Penco, los detalles del sepelio. Y llegado casi el momento de la partida, quiso repasar la documentación que el sacerdote le había hecho llegar. Confirmaba que ya se había procedido a la compra de una tumba en el cementerio Maggiore de Milán, por una validez de treinta años. El nicho estaba situado en el jardín 41 del sector 86 del camposanto y el título de la propiedad figuraba a nombre de Héctor Eduardo Cabanillas. Tras revisar todos los datos, el coronel cayó en la cuenta de que debía trasladar toda la información al presidente argentino. Ciertamente era que había pedido no saber los detalles del traslado del cadáver de Eva, pero era evidente que al menos debía reunirse con él antes de embarcar rumbo a Italia. Llamó directamente a la Casa Rosada pidiendo un encuentro reservado. Pedro Eugenio Aramburu le recibió esa misma tarde en su residencia de la quinta de Olivos. Aprovechando la suave temperatura de aquel día, ambos decidieron conversar mientras paseaban por los espléndidos jardines de la finca.

—Presidente, vengo a informarle de cómo van los trámites para el traslado del cadáver a Italia.

—Coronel, ya le dije que cuanto menos información tenga mejor. Lo único que me preocupa de verdad es que todo salga bien. Me gustaría que la próxima vez que escuche el nombre de esa mujer ya esté fuera del país.

—Ese momento, si no hay complicaciones de última hora, llegará mañana.

—No sabe cómo me alegra escuchar eso.

Aramburu no parecía muy dispuesto a preguntar nada más, pero Cabanillas consideró que había asuntos en los que debía involucrarse directamente al presidente del país.

—Traigo algo para usted —le dijo mientras le mostraba un sobre blanco lacrado.

—¿Qué hay en su interior?

—Toda la información sobre el lugar en el que será enterrada nuestra mayor enemiga. Considero que usted debe estar al tanto.

—No insista.

—Verá. Dentro de este sobre están todos los datos de la tumba y un documento firmado por un notario por el cual cedo al Gobierno de nuestro país la propiedad de ese nicho. De momento está a mi nombre.

—No, coronel. No pienso quedarme con esos papeles. No quiero absolutamente nada. Ya le he dicho que cuanto menos sepa de toda esta historia, mejor para todos. Solo tengo que hacerle una pregunta.

—Por supuesto, presidente.

—¿El cadáver descansará en un cementerio cristiano?

—Sí. Todo se está haciendo según ha ordenado.

—Pues entonces nada tengo que añadir. Solo quiero que me informe cuando el cuerpo esté dentro de la tumba. En ese momento, este asunto habrá llegado a su fin.

—Así lo haré.

—Suerte. Su éxito será también el mío.

Con esta frase, Aramburu dio por finalizada la conversación. Señaló a Cabanillas la puerta de salida y se quedó durante unos minutos a solas paseando entre los árboles. El coronel salió a la calle sin un destino claro. Una vez que el presidente había rechazado quedarse con una documentación tan valiosa, tenía que buscar un lugar seguro y solo se le ocurría uno: una caja de seguridad en el Banco Francés.

Esa noche Cabanillas solo pasó por casa para cambiarse de ropa. Unos minutos antes había telefonado a su esposa para que tuviera todo listo y ella siguió estrictamente las órdenes que le había transmitido. El coronel no abandonaba su papel de militar ni con su familia.

Tardó diez minutos exactos en lavarse las manos, la cara y cambiarse de pantalón y de camisa.

—Espero que eso tan importante que estás haciendo vaya bien — le dijo su mujer, acostumbrada a las misiones especiales de su esposo.

—Yo también lo espero.

La pareja se despidió con un sencillo beso en los labios. Fabiola conocía perfectamente a su marido, y sabía que en momentos de especial tensión debía mantenerse distante. Ya habría tiempo para los arreglos.

El coronel se metió en un vehículo del Servicio de Información del Ejército que le esperaba en la puerta para trasladarle a la casa de seguridad donde estaba Eva. En un trayecto de veinte minutos, se fumó cinco cigarrillos sin apenas parpadear. Le resultaba complicado encajar que el destino le hubiera colocado a él como el salvador de un símbolo al que realmente quería destruir. Pasaría a la historia como la persona que puso a salvo el cuerpo de una mujer que representaba



lo que más odiaba. Pero si alguien creía que con esta misión desaparecerían sus ansias de venganza contra el expresidente Juan Domingo Perón, estaba muy equivocado. Mientras diseñaba sus planes de futuro, llegó al escondite. Antes de entrar al edificio, tomó aire. En solo unas horas saldría de allí con el cadáver listo para sacarlo del país.

—Buenas noches —saludó serio a los dos jóvenes que custodiaban los restos—. ¿No ha llegado nadie más?

—No, señor —contestó el más joven—. ¿Esperamos visita?

—¿Quién se cree que es para preguntarme a mí esas cosas?

—Disculpe, señor.

Cabanillas estaba nervioso. A pesar de su dilatada y exitosa carrera, esta misión le generaba un especial desasosiego. Enseguida llegaron el oficial Hamilton Díaz y el suboficial Manuel Sorolla, con quienes había quedado para preparar convenientemente el cadáver antes de su partida.

—Ya empezaba a intranquilizarme.

Así saludó el coronel a sus hombres nada más aparecer.

—Hemos llegado a la hora marcada. Habíamos quedado a la una —replicó Hamilton.

—Bueno, ya está bien. ¿Han traído lo que necesitamos?

—Sí, señor, lo tenemos en el carro —contestó Sorolla.

—Pues tráiganlo ya. Si nos despistamos se nos hace de día.

Cabanillas se refería al material que habían previsto para que el cadáver viajara seguro. Oficial y suboficial salieron un momento para recoger todo lo que les hacía falta, mientras el coronel despedía a los jóvenes militares que habían cumplido su misión con excelentes resultados.

—Pueden abandonar el recinto. Pero recuerden, nada pueden contar de lo que han visto acá. Si lo hacen, tendrán que asumir las consecuencias.

—Gracias, señor. Adiós, señor —contestaron al unísono los inexpertos militares.

Mientras unos abandonaban la casa, otros estudiaban cómo transportar al interior de la vivienda los materiales necesarios para la misión. Al darse cuenta de la tardanza, Cabanillas se asomó al exterior.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Nada grave —dijo Hamilton.

—Entonces, ¿por qué tardan tanto?

—¿Tiene idea de cuánto pesa todo esto?

Los nervios no solo eran patrimonio del coronel. Los minutos pasaban y no había un segundo que perder. Cabanillas se dirigió hacia sus hombres para ayudar en la tarea.

—¿Qué necesitan? —se ofreció el coronel.

—¿Ve esos sacos blancos? —preguntó Hamilton, señalando al interior del camión en el que habían trasladado el material—. Son especialmente pesados. Si puede, saque alguno, pero tenga mucho cuidado. Se puede dejar los riñones.

Sin atender a galones, el coronel se puso manos a la obra a ayudar a sus hombres. Más de media hora tardaron en sacarlo todo y meterlo en la sala más grande de la casa de seguridad.

—Listo. Vamos a por la Eva —ordenó Cabanillas.

Los tres se trasladaron a la habitación donde descansaba el cadáver.

—¿Lista? —preguntó retóricamente el jefe del grupo.

—*Para vosotros nunca, hijo de puta. ¿Qué me vais a hacer ahora? Empezaba a pensar que se habían vuelto unos blandos. Dos noches enteras de tranquilidad eran demasiadas.*

Cabanillas, Hamilton y Sorolla cargaron el féretro para cambiarlo de sala. Lo depositaron encima de una vieja mesa de plástico verde y allí lo dejaron mientras organizaban el operativo. Primero depositaron sobre otra mesa, también de plástico, pero de color blanco, un féretro nuevo de grandes dimensiones. Se suponía que María Maggi de Magistris era una mujer corpulenta y la caja debía adaptarse a sus extraordinarias medidas. Había llegado el momento

de cambiar el cuerpo de sarcófago. Cabanillas ordenó que lo hicieran sus subordinados.

—Trátenla con cuidado, aunque tengan el impulso de destrozarla. A ver si ahora, a pesar de todo lo que estamos haciendo por ella, nos van a acusar a nosotros de portarnos mal —advirtió a sus hombres mientras retiraba el rosario que seguía enredado entre las manos de Eva.

Hamilton Díaz se ocupó de agarrar bien el cuerpo por la espalda y los brazos desde el lado derecho, mientras que Sorolla hizo lo mismo por los glúteos y las piernas desde el lado izquierdo. Era la primera vez que tocaban a esa mujer fallecida hacía ya casi cinco años, y ambos tuvieron la misma sensación.

—¿Está seguro de que la Yegua está muerta? —bromeó Sorolla—. Porque las carnes de mi mujer, que está muy viva, están menos prietas que estas.

Cabanillas no contestó. Entendía que era necesario sacar la tensión de alguna forma, y bromear no era precisamente la peor opción. Cuando llevaban el cuerpo en volandas, el coronel colaboró sujetando la túnica blanca que llevaba puesta Eva y que amenazaba con enredarse entre las decenas de cables, armas y objetos indefinidos que cubrían el suelo de la habitación. Los espías, ya se sabe, tienen que estar preparados para todo. Cuando se encontraban a punto de introducir el cuerpo en el nuevo ataúd, un pequeño despiste de Sorolla hizo que se le escapara una de las piernas, provocando que el talón se estrellara contra el pavimento. Cabanillas se lanzó como si se tirara a una piscina con el objetivo de amortiguar el golpe, pero no llegó a tiempo.

—¡No me jodan! ¡Les he dicho que tengan cuidado!

Se apresuró a mirar las consecuencias del accidente y observó una pequeña rotura en la parte exterior.

—Miren lo que han hecho. Les juro que como se le salgan los líquidos que le metió ese tal doctor Ara, les encierro en la Patagonia —les advirtió el coronel, usando su amenaza más recurrente.

En ese momento, ningún fluido salió del interior del cadáver, lo que tranquilizó bastante a quienes lo estaban moviendo por la sala. Superado el incidente, consiguieron depositarlo en la caja definitiva.

—Vamos ya con la segunda fase —ordenó Cabanillas mientras volvía a colocar el rosario entre los dedos de la difunta—. Toca rellenar bien la caja para que la Eva no se dé golpes durante el traslado. Hay que conseguir que su cuerpo quede completamente inmóvil. Piensen que el movimiento del barco en alta mar podría provocar que el cuerpo bamboleara en su interior y que sufriera algún daño. Vamos, manos a la obra.

Entre los tres abrieron las diez bolsas blancas que contenían polvo de ladrillo. Vertieron una a una su contenido en el interior del ataúd, rellenando los huecos que quedaban entre la madera y el cadáver de la exprimera dama argentina.

*—¿Para qué hacen esto? ¿Dónde me van a llevar? ¿Un barco? ¿Han dicho un barco? ¿Habrán decidido tirarme al agua en mitad del océano? Pero ¿para eso pierden el tiempo echando esta mierda aquí dentro? Llevadme con Perón. Por favor, dejadme descansar donde esté él. ¿De verdad no hay nada más importante que hacer en este país que perder el tiempo con una muerta?*

Una vez cubierto por completo el cuerpo de Eva, colocaron la tapa. Para que ningún curioso pudiera ver lo que había en su interior, la sellaron completamente utilizando decenas de enormes tornillos con una cabeza tan pequeña que apenas se veían.

—Listo —anunció Hamilton—, ¿marchamos ya hacia el puerto?

Cabanillas miró el reloj por enésima vez esa noche. Las agujas marcaban las cinco cincuenta de la mañana.

—Creo que será lo mejor. Aún tardaremos un rato en acomodar la caja en el camión y conviene que lleguemos pronto por si surge algún imprevisto.

El traslado del féretro al vehículo no fue sencillo. Habían echado demasiado relleno y resultaba muy pesado. Pero lo consiguieron. Los tres viajaron en el camión hasta el último lugar de Buenos Aires en el que estaría el cuerpo.

—Señor, ¿ahora qué hacemos? —preguntó el suboficial Sorolla, encargado de conducir el vehículo.

—Vaya hacia la zona reservada, al hangar que se utiliza precisamente para depositar los féretros con los cuerpos que llegan o salen de acá.

Era el lugar pactado por el subjefe del SIE, Gustavo Adolfo Ortiz, y la funeraria que a partir de ese momento se ocuparía del traslado del cuerpo de María Maggi de Magistris a Italia.

A las ocho en punto de la mañana apareció el encargado de la compañía Spallarosa, y a las ocho y veinte, el cónsul italiano, que se había desplazado hasta allí tras tener conocimiento de que el cuerpo de una ciudadana de su país iba a ser repatriado. Quería asegurarse, para su tranquilidad, de que el trámite se hacía correctamente. Y así ocurrió. Tras dar el visto bueno y firmar los papeles pertinentes, los operarios de la funeraria llevaron, como pudieron, el ataúd hasta el interior del barco. Aún quedaban varias horas para que zarpara —su salida estaba prevista para las cinco de la tarde—, pero era mejor no coincidir con el embarque de los pasajeros. Si podían evitar pasearse entre ellos con un sarcófago, mucho mejor. Casi sin testigos, metieron la caja en el buque y la llevaron por las escaleras hasta la bodega, en el lugar reservado para los muertos que, de tarde en tarde, hacían esa travesía. La colocaron junto a una de las paredes y, mediante tensores, la fijaron a varios puntos de sujeción para que la carga no se desplazara. Había que tener cuidado porque en algunas zonas concretas del trayecto las corrientes marítimas podían jugar una mala pasada.

Todo estaba aparentemente listo. Cabanillas se despidió de sus hombres dándoles un afectuoso abrazo. Aunque en un principio pensó en acompañarles hasta Italia, al final optó por quedarse. Desde su despacho sería mucho más fácil resolver cualquier imprevisto.

—Hamilton, ¿eres consciente de que la Yegua está abandonando su cuadra? ¿Te das cuenta del momento que estamos viviendo? Argentina podrá ya descansar en paz sin la presencia de esta zorra. Hoy comienza una nueva página en la historia de nuestro país y la

estamos escribiendo nosotros. Por eso te pido por favor que no me falléis. De esta misión dependerá lo que la historia diga sobre nosotros.

—Coronel, le prometo que todo saldrá bien. Le mantendré permanentemente informado.

Cabanillas salió del barco mientras Díaz, el supuesto marido de la víctima, y Sorolla se dejaban aconsejar por los trabajadores de la funeraria y los propios empleados del barco para no levantar sospechas. Les ofrecieron un camarote no muy lejano al lugar donde reposaba el cadáver por si en algún momento sentían la necesidad de estar junto a él. Después de aproximadamente una hora de haberse instalado en su habitación, sintieron en el exterior el bullicio propio que se genera cuando miles de personas se disponen a entrar en un barco, y otras tantas se despiden de sus seres queridos sin saber cuándo les van a volver a ver. A las cinco en punto de la tarde, tras los pertinentes avisos sonoros, el buque zarpó. Los dos hombres encargados de deshacerse del cuerpo de Eva acababan de subir a cubierta para tomar el aire, mientras disfrutaban desde el mar de la maravillosa panorámica de la ciudad.

Con la mirada fija en el agua, y sin cruzar una palabra, ambos contenían la respiración. Era inevitable sentir vértigo ante la importancia de lo que estaba ocurriendo. La abanderada de los humildes, de los descamisados, la mujer que encarnaba el peronismo más radical y combativo, aquella que estuvo dispuesta a armar a los obreros para enfrentarse a los militares, la que levantó a los sindicatos, la que animó a las mujeres a ocupar su espacio en la sociedad, la que muchos consideraban referente espiritual de la nación argentina, la que se enfrentaba con palabras y hechos a las clases más acomodadas, la que repartía dinero y enseres de primera necesidad vestida de Dior, la que desde la nada lo consiguió todo, la que movilizó a un pueblo entero con sus mensajes y con su forma de transmitirlos, la que gobernó desde la sombra influyendo en importantes decisiones políticas sin ocupar un cargo en el Gobierno, la que nació pobre y murió rica, la que se vengó de las burlas que

sufrió en sus primeros años de vida, la mujer que rompió moldes con su estética y su comportamiento, la bella, la malhablada, la Yegua, la Santa... la persona más amada por su pueblo y la más odiada por la oligarquía, abandonaba Argentina con la intención de que fuera para siempre.

Con la ayuda de Cabanillas, Hamilton Díaz y Manuel Sorolla habían ensayado, con todo detalle, el comportamiento que debían tener durante la travesía. Pero no solo eso. Tuvieron que inventar una historia creíble sobre María Maggi de Magistris. Concluyeron que el marido iba con ella en el coche la noche de aquel 29 de febrero de 1951. Que se dirigían a casa cuando otro vehículo se acercó de frente con las luces largas puestas. Que durante unos segundos quedaron cegados por el resplandor y que fue en ese momento cuando el conductor, Giorgio Magistris, perdió el control del vehículo. Él apenas sufrió unos rasguños, pero su esposa falleció minutos después del accidente. Decidieron también que la familia llevaba mucho tiempo en Argentina —para justificar su aparente falta de acento italiano—, pero que mantenían un vínculo muy estrecho con su tierra, y por eso habían previsto que en el momento en el que les llegara la muerte querrían descansar en su país. Enterrarían a María en Italia y después tendrían que emprender viaje de regreso a Buenos Aires, donde tenían su trabajo y donde estaban del todo integrados.

—Giorgio, trata de descansar. Para eso he venido, para que no cargues con toda la responsabilidad —dijo Sorolla, haciéndose pasar por el mejor amigo del viudo.

—Me voy a la bodega a estar un rato con María.

—Está bien, te esperaré acá tomando un té.



Hamilton Díaz repetía constantemente la misma frase. Debía mostrarse como un marido apenado, triste y taciturno, con el único deseo de estar todo el tiempo que fuera posible junto al cadáver de su amada esposa. Una estrategia que permitiría poder vigilar de cerca el verdadero cuerpo de Eva. Sorolla, por su parte, había encarnado el papel de amigo personal de la familia. Se había ofrecido para ayudar en todo lo que fuera necesario en unos momentos tan duros. En la puerta de acceso a la bodega siempre estaba el mismo joven rubio, de ojos verdes y cuerpo desgarrado. Se encargaba del mantenimiento de esa área por el que apenas pasaba gente. Por eso sentía una necesidad incontenible de entablar conversación.

—Buenas tardes, señor De Magistris. ¿Qué tal va todo hoy?

El coronel Díaz siempre contestaba con un lacónico «acá estamos, qué le vamos a hacer» y accedía rápido a la habitación donde estaba el féretro. Cuantas menos palabras, mucho mejor. Ya dentro, a solas, se encendía un cigarro y miraba el féretro como si pudiera ver a través de la madera. Recordaba la figura de Eva y se preguntaba cómo podría estar afectando el ladrillo a unos restos que en su momento fueron tan bien conservados por el doctor Ara. Algunas veces, pocas, hablaba en voz alta por si alguien le escuchaba desde el otro lado de la pared.

—Amor mío. Nunca podré perdonarme lo que te hice. Jamás podré quitarme de encima esta culpabilidad que siento. Espero que Dios no tarde en llevarme contigo. La vida sin ti no tiene sentido.

*—Te juro que rezaré cada segundo para que ocurra exactamente eso, para que te mueras cuanto antes. Tú y todos los que os habéis empeñado en no dejarme descansar. Y no vengáis ahora a poner os medallas diciendo que gracias a vosotros mi cuerpo quedó a salvo. ¿Por qué no me entregáis a mi mamá? ¿Por qué no le permitís que me cuide y que me lleve flores cada día a la tumba como hacen todas las madres que tienen la desgracia de sobrevivir a sus hijos? Yo lo hubiera hecho si hubiera sabido dónde llevarlas... No tenéis piedad...*

—Ya queda menos, mi vida, para que descanses para siempre en casa. Le pediré a tu madre que te visite cada día y que no escatime en

rosas blancas. ¡Cómo te gustaba llenar la casa de rosas, y cómo me gustaba regalártelas!

Tras varios minutos de lamentos, Hamilton Díaz se despedía de su supuesta mujer siempre de la misma forma. Besando el ataúd y acariciándolo suavemente. Abandonaba la sala, se despedía del joven rubio con un escueto «hasta luego» y se dirigía hacia su camarote. Así durante los veinte días que duró el viaje.

El barco hizo varias paradas. Primero en la ciudad de Santos y en Río de Janeiro, ambas en Brasil. Después cruzó el océano Atlántico rumbo a Cartagena, en España, y desde allí se dirigió al puerto italiano de Génova, destino final del trayecto. Atracó cuando estaba previsto: justo a las ocho de la mañana del 13 de mayo. Lo primero que pudieron sentir los pasajeros fue la primavera europea. Italia les recibió con una agradable temperatura de veinte grados. Miles de personas se habían dado cita en el muelle para saludar a los viajeros, pero había más bullicio de lo que era habitual.

—¿Has visto? Es como si toda la ciudad se hubiera enterado de que venimos con María y quisieran darle la bienvenida —dijo Sorolla a Díaz en la cubierta, donde esperaban instrucciones para desembarcar. Por un momento temió que se hubiera filtrado la verdadera identidad de la muerta.

—Si no fuera porque llevamos demasiados años fuera de Italia y ya casi no se acuerdan de nosotros, pensaría que efectivamente han venido a recibirla. Merecerlo, desde luego, lo merecería —contestó el supuesto marido de la fallecida.

Díaz estaba tan intranquilo que se giró a uno de los oficiales del barco que pasaba justo en ese momento por allí.

—¿Sabe si ha ocurrido algo? Hay demasiada gente esperando ahí fuera, ¿no?

—¿No lo saben? No se habla de otra cosa en los periódicos italianos.

—¿De qué se habla? —volvió a preguntar asustado el oficial.

—¿Sabe quién es Arturo Toscanini?

—Claro. Es un director de orquesta.

—El mejor de todos los tiempos. Se le conoce como el Maestro.

—¿Y qué ocurre con él?

—No sé si sabrá que falleció el 16 de enero en Nueva York.

—Había oído que había muerto, pero no sabía exactamente cuándo.

—Pues a bordo llevamos las partituras originales que estaban en Buenos Aires y en Río de Janeiro.

—¿Y por eso se ha montado este quilombo?

—Es que hay un rumor que dice que en el barco vienen también sus restos.

—Vaya. Interesante.

—Pero eso no se lo puedo confirmar. Sé que en la bodega hay un cadáver, pero como comprenderá, a mí nadie me ha dicho de quién se trata.

—Imagino.

—Bueno, le dejo que me tengo que ocupar de vaciar el barco.

—Claro. Buena suerte.

Díaz se quedó mucho más tranquilo tras esa conversación. Se acercó de nuevo a Sorolla y le hizo un gesto para que abandonaran la cubierta.

—Vamos a la bodega. Hay que ocuparse de María.

Los dos bajaron al sótano. Allí debían esperar a los trabajadores de la funeraria que se haría cargo del traslado del cuerpo hasta el cementerio de Milán. Apenas tardaron quince minutos en aparecer.

—Buenos días, ¿es este el cuerpo? —preguntó uno de los empleados sin más preámbulos.

—Sí, este es el cuerpo de mi esposa —contestó Hamilton Díaz.

—Muy bien. Nos lo llevamos. El coche fúnebre está en la parte trasera del barco.

—Gracias. Si no les importa vamos detrás de ustedes. Por cierto, tengan cuidado al levantar el féretro.

—Siempre somos cuidadosos. No se preocupe.

—No me malinterprete. Mi esposa era una mujer extraordinaria en todos los aspectos. También en el que se refiere al peso. Tengan

precaución no se vayan a lesionar.

—Estamos preparados para todo.

El empleado de la funeraria se arrepintió pronto de pronunciar estas palabras. Nunca, que él recordara, había tenido que transportar un cuerpo tan pesado. Ni él, ni sus compañeros. Estaban convencidos de que en el interior de aquella caja los familiares habían metido algo más. Pero era mejor callar. El trabajo es el trabajo. Con mucho esfuerzo y la ayuda de unas ruedas, consiguieron sacar el féretro del barco. En el exterior esperaban dos agentes aduaneros que debían encargarse de supervisar que, en el interior del féretro, realmente, había una muerta.

—Buenos días —saludaron a los jóvenes que se esforzaban por mover el ataúd—, parece que el fallecido no era precisamente delgado.

—Buenos días —contestaron los empleados de la funeraria—. Pues no. No parece que lo fuera.

Sorolla, que acababa de salir del buque, intuyó que algo no iba bien.

—¿Ocurre algo?

—Necesitaríamos comprobar que ahí dentro va un muerto —dijo con muy poco tacto el agente más veterano.

—No va un muerto. Va una muerta. Y este es su viudo —contestó, señalando directamente al falso familiar de la falsa María.

—Vaya, lo siento, pero tenemos que inspeccionar la caja.

—¿Está hablando en serio? ¿De verdad nos está diciendo que tenemos que exhibir a mi esposa como si fuera un trofeo? —interrumpió Hamilton Díaz, mostrándose visiblemente ofendido por la petición.

—Lo siento, pero cumplimos órdenes.

—Yo también lo siento, pero no puedo hacerlo. Es una ofensa hacia lo que más quiero.

—¿Qué está ocurriendo?

De repente sonó la voz del padre Giulio Maturini, miembro de la orden de San Pablo en Milán. Su superior, Giovanni Penco, le había encargado personalmente que se ocupara del traslado del cuerpo al

cementerio y de su posterior cuidado, durante el tiempo que fuera necesario. Había llegado al puerto genovés en el momento preciso.

—Hola, padre. Estoy tratando de explicar a estos hombres que nadie puede saltarse las normas, y que tenemos que dar fe de que en el interior de esa caja en efecto va un cadáver. Imagínesse si están traficando con armas el problema que nos podemos buscar.

—Lo entiendo. Pero comprenderá que no se trata de una caja cualquiera. ¿Es usted creyente?

—Claro, padre.

—Pues entenderá entonces que si abren ese ataúd estarán cometiendo un sacrilegio.

El argumento había tenido el efecto que buscaba.

—Claro, padre. Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Muy sencillo. Deje que me ocupe personalmente del cuerpo de esta pobre mujer para que pueda recibir cuanto antes cristiana sepultura.

Y así fue. Los agentes aduaneros se marcharon por donde habían llegado y el sacerdote convenció a los operarios de la funeraria de que se marcharan de vacío con el vehículo en el que pretendían trasladar el cadáver.

—Yo, como representante de la Iglesia, me ocuparé personalmente de mi pobre amiga —explicó a los jóvenes que siguieron las instrucciones sin rechistar.

En ese momento apareció una furgoneta pintada de varios colores que era propiedad de una fábrica de golosinas. La conducía el padre Giovanni Penco, que saludó a través de la ventanilla.

—Buenos días. Encantado de recibirles en mi país. No hay tiempo que perder. Suban la caja al vehículo y vayámonos de aquí cuanto antes.

Entre todos, Díaz, Sorolla y el padre Maturini, introdujeron el cuerpo en el coche y se sentaron como pudieron en los asientos. En unos segundos pusieron rumbo al cementerio Maggiore.

—Gracias por todo —dijo Díaz.

—No hay nada que agradecer. Ahora no perdamos tiempo, nos esperan en el camposanto —urgió Penco.

—Ya pueden estar tranquilos, aquí en Italia la trataremos bien —añadió Maturini.

Los militares argentinos se limitaron a asentir con una sonrisa. Estaban cansados y ya tendrían tiempo en el cementerio de cerrar los detalles. El trayecto fue largo y pesado. Tardaron más de tres horas y media en llegar al lugar en el que dejarían definitivamente el cadáver de su odiada Eva. O al menos eso esperaban. La primera escala del viaje había concluido con éxito. Ya nadie podría venerar, robar, adorar, tocar o violar a Eva Perón en su país. Ya no estaba en Argentina, pero ahora tocaba rematar la misión y mantener en secreto su paradero. Si los peronistas más radicales se enteraban de dónde estaba el cuerpo, no dudarían en desplazarse hasta Italia para sacarlo de la tumba.

Una de las decisiones más complicadas del «operativo evasión» era elegir a la persona apropiada que se ocupara de cuidar y proteger los restos durante un tiempo indefinido. Los militares argentinos consideraban que lo mejor sería que los religiosos de la orden de San Pablo se encargaran personalmente del cuidado. Pero la idea no gustaba a los sacerdotes implicados. Días antes del traslado del cuerpo a Italia, el padre Giovanni Penco conversó largo y tendido con el padre Francisco Rotger aprovechando una de sus visitas a Roma. Ambos tenían opiniones contrapuestas sobre cómo debía realizarse la vigilancia.

—He estado pensando en la mejor manera de solucionar este asunto —comenzó diciendo Penco—, y sinceramente creo que el lugar apropiado para enterrarla es un cementerio, y no un monasterio como alguien ha propuesto desde Argentina. Además, sería conveniente que no estuviera en Roma, porque allí hay demasiada exposición. Lo ideal sería trasladarla a Milán.

—Me parece una buena idea. Ahora debemos decidir quién velará el cuerpo. Es evidente que ni usted ni por supuesto yo podemos ocuparnos —señaló Rotger.

—Tengo a la persona.

—Así me gusta, padre, que lo haga todo sencillo por difícil que parezca. ¿De quién se trata?

—De una mujer llamada Giuseppina Airoidi.

—No he oído hablar de ella.

—Es una monja paulina, de nuestra orden. Una monja laica, una mujer común y corriente que en su momento hizo los votos religiosos. Estoy convencido de que llamará menos la atención. Es de mi máxima confianza y vivió varios años en Argentina trabajando de misionera. En aquellos años Eva Perón era todavía una niña.

—Pero no debe saber la identidad real de la muerta.

—¡Por supuesto! No tiene por qué saberla. Le diré que la fallecida, María Maggi de Magistris, era una íntima amiga mía, a la que conocí durante mi estancia en Buenos Aires. Puede estar tranquilo, y sus amigos argentinos también. De verdad, es una mujer maravillosa. Limpiará a diario la tumba y llevará flores todas las semanas.

—Confío en usted, pero ¿qué pasará si esa mujer muere pronto?

—Se ocuparía otra religiosa. No le diré quién, porque no viene a cuento, pero ya tengo pensado incluso el relevo. Es más, ya tengo el nombre de mi sucesor en caso de que pasaran los años y yo no pudiera ocuparme. Padre Rotger —le dijo tras un significativo silencio—, nada va a fallar, se lo aseguro.

—Eso espero. He tenido que dar la cara por usted ante los militares. Tenían alguna duda sobre su elección. Les he dicho que no es obispo ni cardenal, pero que es el superior general de mi comunidad y que es muy respetado en la Iglesia. Les he recordado que tiene experiencia en operaciones de alto riesgo, como su labor cuando los nazis ocuparon Italia y los paulinos pusieron a salvo a cientos de judíos. Espero que ahora no me decepcione.

—No lo haré.

Tras aquella conversación, el padre Penco se fue directo a la casa donde vivía la monja Airoidi. Una residencia humilde en la que siempre había un café preparado para cualquier invitado. Y aquella visita le causó especial alegría. Hacía tiempo que no sabían nada el uno del otro y ya se echaban de menos.



—Giovanni, ya tenía ganas de verte. Pero no sé por qué me da que esta vez vienes por puro interés —le recriminó con cariño la monja.

—¿Tanto se me nota? —contestó entre risas el sacerdote.

—No me tires de la lengua que nos conocemos. Anda, cuéntame, ¿en qué te puedo ayudar?

—Se trata de una buena amiga mía. Una bondadosa mujer italiana que ha muerto en Argentina en un accidente automovilístico. Había dejado escrito que en caso de fallecer quería ser enterrada en su tierra natal. El caso es que el cuerpo llegará próximamente y me gustaría que te ocuparas de él porque vamos a enterrarla aquí, en Milán.

—Me habías asustado. Creía que era algo más comprometido. Si solo es eso, no tengo nada que alegar.

—Se trata de que mantengas la tumba en buenas condiciones. Su familia no podrá hacerlo porque vive en Argentina. Les he dicho que tú la cuidarás como si fueras su hermana.

—Estaré encantada de ayudar.

Ambos amigos se entretuvieron unos minutos más recordando cómo se conocieron hacía ya muchos años. Siempre se habían apoyado y nunca se habían ocultado nada. Por eso Penco no pudo evitar sentirse mal. Era la primera vez que había mentiras entre ellos.

Pasaban las tres de la tarde de aquel 13 de mayo de 1957, cuando la furgoneta que habitualmente se dedicaba a repartir golosinas entraba en el cementerio Maggiore de Milán. En la puerta esperaba Giuseppina Airoidi. No conseguía entender por qué habían trasladado a aquella pobre mujer, víctima de un accidente de tráfico, en un vehículo de reparto hasta el lugar en el que se suponía que descansaría para la eternidad. Pero no pensaba decir nada. Se limitaría a hacer lo que su amigo le pidiera sin pedir explicaciones.

—Buenas tardes. Por favor, vayan por el pasillo central, y antes de llegar al final, en la penúltima calle, giren a la derecha. Verán un letrero que pone jardín 41. Espérenme allí, que yo llegaré enseguida.

La monja mostró así el camino a quienes estaban dentro del vehículo, que siguieron al pie de la letra sus explicaciones. Una vez llegaron todos, Airoidi les pidió que avanzaran un poco más, hasta el sector 86 del cementerio. Todo estaba preparado. Pronto llegaron hasta una tumba revestida de cemento, con una losa gris de la que sobresalía una gran cruz de un metro de altura. Sobre el mármol, ya se había grabado la inscripción «María Maggi de Magistris 23-2-51. Requiem». De repente apareció el equipo de enterradores que se encargaría de dar sepultura a aquel cuerpo.

—Es la primera vez que veo un cadáver dentro de un coche de caramelos, y he de decir que he visto muchas cosas raras en este lugar

—confesó, perplejo, el más experimentado.

Los sepultureros sacaron como pudieron el pesado ataúd de la furgoneta y lo depositaron con la ayuda de unas cuerdas en el interior de la fosa. Con unas palas echaron tierra sobre el sarcófago antes de taparlo con la piedra. Era el momento de los rezos y las lágrimas. Hamilton Díaz, el supuesto viudo, y Manuel Sorolla, el supuesto amigo, se mostraron visiblemente apenados mientras escuchaban el responso por el descanso de María, ofrecido por Penco.

—Descansa en la paz de Dios y que el Dios bueno y misericordioso premie cada obra buena tuya. Amén —concluyó el sacerdote.

—Amén —contestaron los demás.

Acto seguido, todos menos Giuseppina Airoidi, abandonaron el cementerio. La monja laica se quedó un par de horas más limpiando a fondo la tumba y colocando con paciencia todas las flores que habían llevado sus familiares ficticios. Dentro de la fosa, la verdadera muerta, María Eva Duarte de Perón, la mujer que revolucionó la historia de Argentina, se disponía a descansar, por fin, tras cinco años de continuos traslados y vejaciones.

*—En este momento siento, por primera vez desde mi temprana muerte, que me espera el descanso eterno. Descansaré lejos de Perón y de los míos. De mis queridos descamisados. Y llegado este día solo deseo una cosa: quisiera que el nombre de Evita figurase alguna vez en la historia de mi patria. Quisiera que de ella se diga, aunque no fuese más que una pequeña nota, al pie del capítulo maravilloso que la historia ciertamente dedicará a Perón, algo que fuese más o menos esto: «Hubo, al lado de Perón, una mujer que se dedicó a llevarle al presidente las esperanzas del pueblo, que luego Perón convertiría en realidades». Y me sentiría debidamente, sobradamente compensada, si la nota terminase de esta manera: «De aquella mujer solo sabemos que el pueblo la llamaba, cariñosamente, Evita».*

El «operativo evasión» parecía llegar con éxito a su fin.

Poco después del golpe militar de septiembre de 1955, encabezado por Eduardo Lonardi, el presidente derrocado Juan Domingo Perón buscó rehacer su vida fuera de Argentina. Se marchó al exilio convencido de que volvería a presidir el país y de que se reencontraría allí con el cuerpo de su carismática esposa. Primero encontró refugio en Paraguay, pero el presidente Alfredo Stroessner le pidió que se marchara porque no podía garantizar su seguridad. De allí se fue a Panamá, donde se instaló en la ciudad portuaria de Colón. Fue una época dulce en la que conoció a una joven bailarina llamada María Estela Martínez, que se convertiría en su inseparable compañera. Desde la muerte de Evita, el general no había entablado ninguna relación formal con otra mujer. Muy al contrario, se vio salpicado por acusaciones de pederastia como la que le relacionaba con una estudiante menor de edad llamada Nelly Rivas. Su retiro panameño se acabó con la celebración de una conferencia panamericana a la que asistió el presidente estadounidense Dwight Eisenhower. Perón se vio obligado a abandonar el país centroamericano para instalarse en Nicaragua. Allí fue recibido por el dirigente Anastasio Somoza, con quien tenía una estrecha relación. Pero la estancia en ese país, aunque feliz, fue también breve. En agosto de 1956 decidió instalarse en Venezuela, gobernada por el dictador Marcos Pérez Jiménez. Allí, a pesar de gozar de protección oficial por parte de la Dirección General

de Seguridad, sufrió un atentado del que consiguió salir ileso. Detrás del intento de asesinato estaba el coronel Héctor Cabanillas, el mismo hombre que poco antes había conseguido poner a salvo, en un cementerio de Milán, el cadáver de quien había sido su esposa. Pero no fue el intento de atentado, sino el derrocamiento de Pérez Jiménez, lo que le obligó a refugiarse en República Dominicana, donde fue recibido por el dictador Rafael Leónidas Trujillo. Apenas estuvo dos años en aquel país. El 26 de enero de 1960, Perón llegó a España. Pasó primero por Sevilla y por Málaga. Más tarde se desplazó a Madrid, donde residió en una enorme mansión de unos ochocientos metros cuadrados, ubicada en Puerta de Hierro, una de las zonas más lujosas de la capital. Francisco Franco no se opuso al exilio, aunque evitó tener contacto con él, al menos público. Argumentaba que el expresidente argentino se había rodeado de masones y corruptos, y aquello merecía guardar las distancias. Pero eso no significaba que no le interesara lo que Perón hacía o decía en su casa. Por tanto animó a su hermana Pilar a que se convirtiera en íntima amiga de Isabelita, y poder así acceder a los posibles secretos que guardara el matrimonio argentino.

Mientras Perón buscaba echar raíces fuera de su tierra, en su país se sucedían los presidentes. A Pedro Eugenio Aramburu lo relevaron Arturo Frondizi, José María Guido, Arturo Umberto Illia, Juan Carlos Onganía, Roberto Marcelo Levingston... A todos ellos recurrió desesperada la madre de Eva para conocer el paradero del cadáver de su hija. Pero ninguno supo darle respuesta. No porque no quisieran, sino porque no lo sabían. Doña Juana murió en febrero de 1971 sin poder recuperar el cuerpo. La casualidad quiso que un mes después de su muerte llegara a la presidencia argentina el hombre que se empeñó en encontrar los restos de quien fuera primera dama del país andino. Habían pasado nada menos que catorce años desde que fueran enterrados en un cementerio de Milán. Alejandro Agustín Lanusse, presidente *de facto*, quería impulsar un acercamiento con Juan Domingo Perón para conseguir el apoyo de los simpatizantes peronistas, de cara a unas futuras elecciones presidenciales en las que

él sería candidato. Pero no solo eso. Hacía menos de un año que el expresidente Pedro Eugenio Aramburu había sido secuestrado por un grupo de jóvenes guerrilleros que le acusaban de matar peronistas, además de ser el responsable de la desaparición del cadáver de Eva. Aramburu desconocía por voluntad propia el paradero del cuerpo, pero los montoneros no le creyeron. Lo ejecutaron sin piedad en el pequeño zulo en el que le mantenían escondido. Estaba claro que los fieles a Evita no estaban dispuestos a olvidar. Muchos de quienes reclamaban la restitución de sus restos apenas tenían uso de razón cuando ella vivía. Pero no importaba. Su nombre traspasaba generaciones. Era un símbolo, una bandera para quienes se sentían atraídos por sus ideas. Sus fieles no iban a cejar en su empeño de conocer el paradero del cadáver. Estaban pendientes de cada pista que pudiera llevarles hasta Eva, y cerca estuvieron de descubrir uno de los secretos mejor guardados de la historia. Lanusse, por su parte, quería usar a Evita en su favor y se puso manos a la obra para localizar el cadáver. Algunos de los militares que conformaban su gobierno no estaban de acuerdo en que Perón, al que odiaban visceralmente, recuperara el cuerpo de quien fuera su segunda esposa. Por eso el presidente les puso sobre la mesa la Operación Pera Madura. Argumentó que el fin último de dicho operativo, ideado para la devolución de Evita, sería provocar tal impacto emocional en Perón que la presencia del cadáver ante él le causara la muerte inmediata por culpa de un infarto fulminante. Su gabinete no se mostró muy convencido con las explicaciones, pero Lanusse siguió adelante con su idea. No fue sencillo llevarla a cabo. Estableció múltiples contactos hasta que un asesor le dio la mejor pista en forma de nombre propio: Héctor Cabanillas. El presidente argentino ordenó localizarlo de inmediato, y en cuestión de dos días se reunió con él en secreto en los jardines de la quinta presidencial de Olivos. El coronel aceptó el encuentro, aunque con muchas reservas.

—Presidente, supongo que estará al tanto de mi situación. Antes de que me cuente qué necesita de mí, supongo que sabrá que estoy retirado del ejército desde 1959.

—Lo sé. Soy consciente de que está alejado de los asuntos de Estado y de que ha montado una empresa de seguridad privada llamada Orpi, ¿me equivoco?

—Le han informado bien.

—Una pena. No sé qué ocurriría, pero los servicios secretos perdieron, con su marcha, a un gran profesional. Sin embargo no le he hecho llamar para hablar del pasado. Quiero que trabaje para mí.

—Le agradezco sus palabras, pero estoy convencido de que puede encontrar a alguien más eficaz. No creo que pueda aportar nada interesante.

—Claro que puede. El paradero del cuerpo de Eva Perón.

Lanusse no estaba dispuesto a perder más tiempo en aquella conversación y puso fin a los prolegómenos con una frase que impactó de lleno en los oídos de Cabanillas.

—No sé de qué me habla.

—Claro que lo sabe.

Cabanillas clavó sus ojos en los del presidente y se mantuvo en silencio. Nada de lo que pudiera decir sería convincente. Lanusse continuó hablando:

—Hace ya casi quince años se ocupó de hacer desaparecer un cadáver en una operación que, en mi opinión, escribió uno de los episodios más negativos de la Revolución Libertadora. Sé que se había convertido en un problema para este país, que había que proteger esos restos tanto de la pasión de sus seguidores como de la ira popular. Pero las cosas han cambiado mucho y ha llegado el momento de recuperarlo. Hasta dar con usted me han contado de todo. Me han dicho que en aquellos tiempos los militares ordenaron fabricar varias copias de su cuerpo, hechas con resina de poliéster y fibra de vidrio. Y que, una vez terminadas, fueron llevadas a dos cementerios italianos, a uno belga y a otro en Alemania Occidental. En ese país, según dichos rumores, habrían enterrado la copia cerca del Rin, ¿es así?

Lanusse hizo una pequeña pausa esperando una contestación.

—Eso son boludeces —se limitó a decir Cabanillas.

—De acuerdo. No es necesario que me cuente los detalles, pero hoy saldrá de esta residencia con la orden de encabezar el «operativo retorno». Haga lo que sea necesario para entregar cuanto antes al expresidente Perón el verdadero cadáver de su esposa.

El presidente argentino había entablado contacto hacía unos meses con su antecesor. Como estrategia para captar votos de sus seguidores peronistas, quería convencerle de que permitiera a algunos de sus fieles aceptar puestos en su gobierno. Además, se sentía incómodo con las amenazas lanzadas por los guerrilleros contra su persona, y que solo podía frenar el propio Perón. A cambio, le ofrecía la devolución del pasaporte argentino, la anulación de las acusaciones que pesaban contra él y la recuperación de las pensiones que debía recibir como expresidente. Pero la más importante contraprestación sería devolverle el cuerpo de Evita.

—Interpreto que no me puedo oponer.

—No puede. Le ayudaré en lo que necesite. Pídame lo que quiera.

—Déjeme pensar. Mañana mismo me pondré en contacto con usted para ir preparando el operativo.

El coronel se disponía a marcharse cuando el presidente volvió a pronunciar su apellido.

—Cabanillas.

—Dígame, presidente.

—Gracias.

Cabanillas no contestó. Se limitó a sonreír antes de abandonar la residencia, algo perturbado. Trascurría el año 1971 y no había vuelto a saber nada del cuerpo desde que lo enterrara en 1957. ¿Seguiría en la misma tumba milanesa en la que lo había dejado? En caso de permanecer allí, ¿el cadáver habría conseguido aguantar el paso de los años, o los efectos del buen trabajo del doctor Ara se habrían desvanecido? El fantasma de Evita volvía a estar presente.



Las calles de Buenos Aires resultaron ser pocas para Cabanillas. Pasó largas horas recorriendo buena parte de la ciudad, intentando atar todos los cabos necesarios para cumplir con éxito el nuevo encargo. Cuando parecía que todos habían olvidado a Evita, ese cadáver inquieto volvía a cruzarse en su camino. No tuvo que hacer grandes esfuerzos para elaborar la lista de quienes inevitablemente debían acompañarle en el viaje. Hay cosas que nada ni nadie consigue borrar. Cuando sus piernas empezaron a flaquear, se sentó en una cafetería de la plaza San Telmo. Ya no tenía despacho oficial al que ir, ni ganas de tenerlo. Pidió unas cuantas hojas en blanco, sacó su inseparable bolígrafo plateado de tinta negra de la chaqueta y comenzó a diseñar el plan. Escribió los nombres de quienes compartían con él el secreto y tachó el del papa Pío XII, fallecido solo unos meses después de que los restos de Eva fueran inhumados. Tuvo claro que el actual papa, Pablo VI, no tenía por qué enterarse. Figuraban los sacerdotes paulinos Rotger, Giulio Madurini y Giovanni Penco. También borró el de este último porque había muerto en 1965. En una línea inferior apuntó el nombre de su más estrecho colaborador en aquella misión, Hamilton Díaz, que le acompañó en la larga travesía en barco hasta el puerto de Génova. Pero de repente cayó en un detalle no menor: Díaz no podía regresar porque había sido apartado de la carrera militar por diversos asuntos

turbios. Pensó entonces que había que documentar de alguna forma la muerte del viudo de la supuesta María Maggi de Magistris, para no levantar sospechas. Con esta importante baja, entendió que el suboficial Manuel Sorolla, con el que trabajó estrechamente durante sus años como espía, interpretaría un papel perfecto de hermano de la falsa víctima para poder participar activamente en el «operativo retorno». Ya tenía pensado incluso su nombre. Se llamaría Carlo Maggi. No había tiempo que perder. Pagó el café con leche que se acababa de tomar y se dirigió hacia la vivienda de Sorolla, a escasos metros de donde se encontraba. Hacía tiempo que no lo veía. Creía recordar que la última vez que coincidieron fue cuando se unieron para intentar asesinar a Juan Domingo Perón en Venezuela. Por eso, la aparición de Cabanillas aquella noche, en su casa, no podía ser casual.

—Viejo, ¿cómo te va? ¿No me dirás que te ha dado un ataque de nostalgia y no has podido resistir la tentación de visitarme?

—¿No me crees capaz de echarte de menos?

—Sinceramente no —contestó Sorolla a carcajadas mientras abrazaba efusivamente a su antiguo compañero—. En serio, ¿qué te trae por acá? ¿Cómo has sabido que seguía viviendo en esta casa?

—Amigo, recuerda que un espía nunca deja de serlo, aunque se retire.

—Bueno, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Necesito que me ayudes a sacar el cuerpo de la Eva del cementerio de Milán. Tú eres uno de los pocos que conoce el secreto y en el que aún puedo confiar.

—¿Cómo? —Sorolla podía esperar cualquier cosa menos esa—. ¿Te has vuelto loco?

—No es decisión mía. Yo no me metería en tal lío. Son órdenes de Lanusse. Le interesa estrechar los lazos con el peronismo y quiere ganarse al viejo de Perón entregándole el cuerpo de la Yegua. Tendríamos que llevarlo hasta Madrid.

—¿Sabes si sigue en Italia?

—No he oído nada que me haga sospechar lo contrario.

—¿Y cuándo habría que actuar?

—Lo antes posible. Mañana mismo hablaré con el padre Francisco Rotger y moveré la documentación que necesitamos. He pensado que deberías figurar como el hermano de la fallecida, de María. Te llamarás Carlo.

—Siempre me gustó ese nombre.

—Me alegro porque no pensaba darte más opciones. Mañana te esperaré en la plaza de Mayo a las cuatro de la tarde para contarte más detalles. Para esa hora, espero haber avanzado en los trámites.

—Allí estaré. ¿Sabes? Me alegro de volver a vivir otra aventura con vos.

—Yo también me alegro.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir. Pasaron las horas recordando cada detalle de lo que habían pasado juntos e imaginando lo que estaba por llegar.

A la mañana siguiente, a primera hora, Cabanillas entabló contacto con Rotger. Se citaron para desayunar en una de las cafeterías más concurridas de Buenos Aires. Esperaron pacientemente a que quedara libre la mesa más discreta del local. Una vez instalados en un rincón apartado, Cabanillas le contó a su interlocutor, sin aportar demasiados detalles, los planes elaborados por el presidente.

—Hay que desenterrar los restos de la Eva. El mandato de Lanusse es que Perón recupere el cuerpo de su esposa. Considera que son tiempos nuevos y que hay que colaborar.

—Vaya, lo que cambia la historia.

—Para algunos la política es así, un intercambio de intereses. El actual presidente quiere los votos de los peronistas y este es un buen regalo. Se reunió días atrás con los dirigentes de la CGT y no le pidieron ni mejoras laborales ni subidas de sueldo. Solo le reclamaron los restos de la Yegua. Es realmente increíble que tanto tiempo después sigan poseídos por el espíritu de esa mujer.

—De acuerdo. No me cuente nada más, no necesito saberlo. La Iglesia volverá a ayudar en lo que pueda. Supongo que se trata de

hacerlo cuanto antes.

—Exacto. Si puede ser, mañana mismo.

—Déjeme un pequeño margen de tiempo. Pocos días. Me desplazaré hasta Milán a hablar con el padre Giulio Madurini, que es el nuevo titular de la orden de San Pablo. No sé si sabe que el padre Penco murió en 1965.

—Sí, algo había oído. Una lástima, era un buen hombre.

—Lo era. Pero con Madurini no habrá problema. Él nos ayudó a sepultarla, y ahora colaborará para desenterrarla. Le diré que informe directamente a Pablo VI para que esté al corriente de las gestiones. Intentaré salir hacia Roma mañana mismo.

—¿Considera necesario que el papa esté al tanto?

—Debe estarlo —contestó tajante Rotger.

—De acuerdo. Hagamos una cosa. Yo partiré hacia Madrid para dar los detalles de la operación al embajador argentino en España. Jorge Rojas Silveyra debe conocer el plan para que abra una vía de diálogo estrecha con Perón, y para que el Ministerio de Exteriores de ese país dé la autorización para que la Eva pueda entrar con su verdadero nombre. Ese viejo no se va a creer que pueda tenerla de nuevo en casa.

—Muy bien, ¿y dónde nos reunimos?

—Creo que lo mejor es que nos veamos ya en Milán cuando ambos hayamos concluido todos los preparativos. Allá nos encontraremos también con mi colaborador, con Manuel Sorolla. Para entonces todo debe estar listo. Le iré informando de los trámites, pero llévese una valija grande por si acaso esto se demora.

—Espero sus noticias.

—Y yo las tuyas.

El padre Rotger y el coronel se dieron un abrazo antes de abandonar el local. Lo que ocurriera a partir de ese momento era trascendental, y ellos volvían a ser los máximos responsables de otra de las páginas más importantes de la historia, no solo de Argentina.

Apenas dos meses después de que el presidente Lanusse pusiera en marcha el «operativo retorno», había llegado el momento definitivo. Los días previos a la exhumación del cadáver fueron en especial tensos. El embajador argentino en España sorprendió a un incrédulo Perón con la noticia de la recuperación y devolución del cadáver de su esposa. El padre Rotger esperaba en Italia la llegada de Cabanillas, tras haber informado al nuevo superior de la orden de San Pablo del próximo destino del cadáver. Giulio Madurini, jefe de los paulinos, se puso al frente de la operación, habló con el Santo Padre y con la monja laica que participó en el entierro para que también estuviera el día de la exhumación. Dada la importancia de la misión, decidió cambiar temporalmente su identidad para no levantar sospechas. Se llamaría Alessandro Angeli. Por su parte, Manuel Sorolla viajó hasta la ciudad de Milán con la autorización del consulado italiano, para poder exhumar el cuerpo de la supuesta María Maggi de Magistris. Llevaba consigo un pasaporte que le acreditaba como Carlo Maggi, hermano de la fallecida. Mientras tanto, Cabanillas, tras su paso por Madrid, se instaló en Milán a la espera de que todas las piezas encajaran. Tuvo tiempo suficiente para elaborar la complicada estrategia que acabaría con la llegada del cuerpo de Eva a la impresionante casa que Perón tenía a las afueras de la capital de España.

Todo estaba listo para que los restos de Evita fueran exhumados a mediados de agosto, pero las oficinas municipales habían echado el cerrojo con motivo de las vacaciones estivales. Tras muchas y complicadas gestiones, la autorización estuvo lista el 31 de ese mes. Un día después, el 1 de septiembre, el cuerpo de Eva volvió a ver la luz. Eran las ocho y media de la mañana cuando Cabanillas, Sorolla, Rotger, Madurini, y la monja Giuseppina Airoidi se reunieron en la entrada del cementerio Maggiore. Habían conseguido que el camposanto no abriera sus puertas durante varias horas para poder realizar los trabajos con total tranquilidad. No pudieron impedir que acudieran los trabajadores del recinto, entonces optaron por integrarlos en el operativo para desenterrar a la muerta a cambio de unas cuantas liras.

—Debo decirles que en los últimos días han ocurrido cosas extrañas en este lugar —advirtió la monja Airoidi.

—¿De qué tipo de cosas está hablando? —preguntó desconcertado Cabanillas.

—Han aparecido varias tumbas rotas, removidas. Incluso en algunas de ellas, los ataúdes han sido profanados, como si alguien estuviera buscando un cuerpo en concreto y no lo hubiera encontrado.

Las palabras de la monja confirmaban las sospechas de Cabanillas y Sorolla, quienes temían que alguien les hubiera seguido los pasos y se hubiera adelantado en la extracción del cuerpo.

—¿Las profanaciones se han producido cerca de la tumba de mi hermana? —Sorolla temía que efectivamente alguien hubiera dado con el paradero de Evita.

—No, esa zona en concreto no la han tocado.

—Intentaré recopilar más información, pero parece que alguien está muy empeñado en encontrar algún cadáver —añadió el padre Maturini, alertando a los militares argentinos de que habían llegado justo a tiempo—. De hecho, según me han contado, un hombre ha estado pidiendo en los dos cementerios más importantes de Milán el registro de los propietarios de las tumbas. Cualquiera tiene acceso a

esa información porque es pública. Por fortuna, en el registro no figura qué tumba pertenece a qué propietario, pero no es imposible averiguarlo. Es cuestión de ponerse a buscar con paciencia. Supongo que a usted no le importará, pero el hombre del que me hablan, el que ha estado investigando las tumbas, es un teniente coronel argentino llamado Jorge Manuel Osinde.

Cabanillas no entendía cómo el sacerdote no le había puesto antes al corriente de estos acontecimientos. Osinde fue compañero suyo de promoción en el Colegio Militar y le había jurado venganza tras un incidente relacionado con el derrocamiento de Perón.

—Efectivamente, no me importa nada de lo que me está contando. Lo único que quiero es llevarme a mi hermana cuanto antes —zanjó Sorolla, impaciente por confirmar que el cadáver de Evita seguía en su sitio.

Enseguida llegaron al sector 86 del jardín 41, donde casi quince años atrás habían dejado el cuerpo embalsamado de Eva Perón. La lápida estaba en perfecto estado, y los cuidados de la monja Aioldi eran evidentes. El mármol lucía como nuevo y había varias rosas frescas de distintos colores colocadas a los lados del nombre de María Maggi de Magistris. Los seis trabajadores del cementerio que iban a desenterrar a la muerta miraron a Sorolla buscando la aprobación del hermano ficticio. Este asintió con la cabeza marcando el momento en el que debían empezar a retirar la losa. Su corazón, al igual que el de su superior, Héctor Cabanillas, se aceleró como pocas veces en su vida. ¿Estaría el cadáver? ¿Se habría mantenido en buenas condiciones? ¿El polvo de ladrillo habría perjudicado la conservación de los restos? El reloj marcaba casi el mediodía cuando los operarios dejaron al descubierto el ataúd. Hacía un calor difícil de soportar. Los trabajadores se limpiaban permanentemente el sudor con grandes pañuelos de tela blanca que antes eran viejas sábanas de algodón. Enseguida se dieron cuenta de que era imposible extraer el féretro sin la ayuda de poleas y ganchos. Esto tranquilizó a Cabanillas que conocía el enorme peso de la caja en la que reposaba Evita. Con mucha dificultad, y ante la atenta mirada de los enviados argentinos,

del padre Maturini y de la monja que ejerció de cuidadora de la tumba, los hombres llevaron la pesada caja hasta el depósito instalado en el cementerio. Había llegado el momento definitivo.

—Señores, por favor tengan mucho cuidado al abrir la tapa. Intenten no provocar más daño a mi hermana. Bastante sufrió cuando murió en aquel fatídico accidente de tráfico.

El cierre estaba oxidado y un golpe más fuerte de lo necesario podía acabar impactando en el cadáver.

—Perdone, pero no creo que sea una buena idea abrir este cajón —contestó uno de los empleados del cementerio—. El cuerpo lleva mucho tiempo enterrado y no va a ser agradable contemplarlo.

—No se preocupe por nosotros. Necesitamos abrirlo porque tengo que cumplir una promesa que le hice cuando vivía —argumentó Sorolla en calidad de hermano—. Le aseguré que si ella moría antes que yo, le colocaría en el ataúd una manta que hizo nuestra madre y a la que tenía mucho cariño.

El trabajador asintió.

—Disculpen que me entrometa, pero al tratarse de una ceremonia religiosa me gustaría reducir al mínimo posible el número de personas que compartan este momento y que ayuden a levantar la tapa. Supongo, señor Maggi, que le gustará un poco más intimidad.

Las palabras del padre Maturini fueron respondidas con la salida de la sala de tres de los operarios del cementerio. Se quedaron otros tres, que se encargaron de destapar con sumo cuidado el ataúd. El tiempo se paró de repente en aquel depósito cuando pudieron ver lo que había en el interior. El polvo de ladrillo lo impregnaba todo, pero enseguida intuyeron el pequeño y débil cuerpo de Evita, su melena rubia y sus blancas manos cruzadas sobre su pecho sujetando el rosario que Pío XII le había regalado en vida. Nadie se atrevió a decir nada hasta que uno de los trabajadores rompió el silencio:

—¿Están seguros de que es esta mujer? Tenía entendido que murió en febrero de 1951. —La pregunta recibió el asentimiento de todos los presentes, que seguían noqueados tras ver su espléndido aspecto—. Pero ¿se dan cuenta? No puede ser. Esta mujer lleva en la



tumba más de veinte años y da la sensación de que aún sigue viva — insistió el operario.

Nadie contestó. Bastante tenían con asimilar lo que estaban contemplando. De repente, otro de los trabajadores, llevado por la emoción, gritó:

—¡Es una santa! ¡Esta señora es una santa! ¡Milagro! ¡Milagro!

Mientras gritaba se puso de rodillas en el suelo, en un gesto que fue repetido por el resto de sus compañeros. Los tres comenzaron a santiguarse sin descanso y a rezar el avemaría. A los pocos segundos, dos de ellos, los más jóvenes, se levantaron asustados deseando abandonar cuanto antes el recinto.

—Quietos, ¿dónde van? —preguntó con voz tranquila el padre Maturini—. ¿No se dan cuenta de que se trata de una mujer que ha sido embalsamada? Solo es eso. En Sudamérica es una práctica muy habitual. No se trata de ningún milagro.

Las palabras tranquilizaron a los trabajadores, que consiguieron rebajar del todo la adrenalina tras recibir un fajo de liras extra por parte de Cabanillas.

—Ahora, tranquilos. Márchense a casa y hablen con sus familias de otras cosas. Olvídense de lo que han visto —les pidió el coronel que también estaba preocupado por si la monja empezaba a sospechar algo.

—Hermana —interrumpió el sacerdote—, creo que lo mejor es que comience a limpiar el cuerpo. Cuanto antes esté listo, antes se lo podrá llevar su familia.

—¿No me van a dejar sola?

—No veo que sea necesario —dijo Cabanillas, que deseaba volver a ver el cuerpo desnudo de su odiada enemiga.

—Entonces ayuden sacando el cuerpo de esta vieja y ajada caja.

Los militares argentinos depositaron los restos sobre una camilla de madera colocada en el centro de la sala. Inmediatamente, la hermana Giuseppina empezó retirando, con un pequeño cepillo, los restos de ladrillo que aún quedaban sobre el cadáver, y lo limpió con

paciencia, aunque sin profundizar. Temía que aquel cuerpo de cera se desintegrara al más mínimo roce.

—Ahora, si no les importa, les pediría que no mirasen. Tengo que retirarle la ropa, y aunque esté muerta, recuerden que ustedes son hombres y ella es una mujer.

—*Gracias, hermana. ¡Hacía tanto tiempo que no sentía la luz y que no notaba el afecto de alguien! ¿Dónde me llevan ahora? Acabo de oírles que llevo veinte años encerrada. ¿Y por qué me sacan? ¿Me llevarán con mamá? Supongo que habrá muerto, ¿es así? ¿Y qué pasó en la Argentina? ¿Quiénes llegaron al poder? ¿Ha regresado Perón? ¿Vive? ¿Se ha vuelto a casar?*

Cabanillas, Sorolla y Maturini miraron hacia otro lado cuando la monja comenzó a limpiar con suavidad las partes más íntimas. A continuación, le desenredó mínimamente el pelo. Acto seguido, los hombres volvieron a agarrar el cuerpo para depositarlo de nuevo en el ataúd. Ya eran casi las ocho de la tarde. Esa noche el cadáver de Evita descansó en la sala mortuoria. Quienes formaban parte del operativo se fueron derechos a dormir. Faltaban apenas unas horas para la última, complicada y definitiva fase de entrega del cuerpo.

—Valija llega a La Junquera el viernes 3, aproximadamente a las ocho de la mañana, ¿de acuerdo?

—Recibido.

Cabanillas llamó al embajador argentino en España, Rojas Silveyra, justo cuando se ponían en camino hacia España. Habían quedado previamente en que le avisaría en clave del inicio del traslado del cadáver por carretera. El diseño del trayecto y las gestiones para realizarlo no fueron nada sencillos. El Gobierno argentino tuvo que informar a los servicios de inteligencia de los territorios que tenían previsto atravesar: Italia, Francia y España. En la última frontera, en la de los Pirineos, Eva Perón debía recuperar su verdadera identidad. El coronel Héctor Cabanillas y el padre Maturini viajaron a Madrid en avión, por separado. Manuel Sorolla se desplazó en la misma furgoneta Citroën-Transit en la que llevaban los restos de Evita. Debía controlar los movimientos de su supuesta hermana. El vehículo pasó sin sobresaltos por las ciudades de Génova, Savona, Tolón, Montpellier, Perpiñán... hasta ingresar en España. En La Junquera, Sorolla convenció al joven conductor Roberto Germani de que se tomara un descanso.

—Amigo, llevamos demasiadas horas en carretera. Creo que deberíamos estirar un poco las piernas.

—Pues no le voy a llevar la contraria.

Mientras el chófer se tomaba un vino en un poco elegante bar de carretera, el militar argentino esperó junto al vehículo la llegada de dos hombres de los servicios secretos argentinos. No hubo saludos, solo un impecable trabajo. Sacaron el ataúd del furgón funerario y lo introdujeron en un vehículo de reparto en el que podía leerse «Chocolates». Después cambiaron la placa que estaba colocada sobre el sarcófago con la inscripción de María Maggi, por otra en la que podía leerse Eva Perón. Enseguida apareció el disciplinado conductor.

—Roberto, aquí nos separamos —le anunció Sorolla.

—¿Qué quiere decir?

—Que te metas en el coche y te vayas de regreso a Milán.

—Pero, no puede ser. Tengo que llevar a su hermana hasta Madrid. Para eso me han contratado.

—Olvídate del contrato. Toma tu coche y vete por donde hemos venido. Mi hermana ya no está en tu furgoneta. Desde ahora yo me ocuparé de ella.

—Lo siento, pero no puedo incumplir mi contrato.

—Te he dicho que te des la media vuelta si no quieres problemas.

En ese momento el joven se dio cuenta de que varios agentes de policía lo observaban a escasos metros, y entendió que no debía resistirse.

—De acuerdo, ustedes sabrán lo que están haciendo.

Sorolla apenas escuchó las palabras del conductor. Acababa de arrancar el furgón de reparto en el que él mismo transportaría a Eva hasta la lujosa residencia de Madrid.

El tiempo se estaba cumpliendo escrupulosamente. A las ocho en punto de la tarde, la furgoneta debía estar en una gasolinera que había en la carretera de acceso a la capital de España. Y justo a esa hora llegó. Allí esperaba impaciente Cabanillas, quien recorrería junto a su amigo los últimos kilómetros hasta la casa de Puerta del Hierro. El coronel se metió en el vehículo dedicado al transporte de chokolatinas y puso a Sorolla al corriente de todos los trámites.

—Ahora mismo llamaré a Silveyra para decirle que el cuerpo ya está aquí. Perón está al corriente. El propio Silveyra ha avisado al

expresidente de que no se moviera de su casa. Espero que le haya hecho caso. Le ha advertido de que, si no está, el cuerpo podría caer de nuevo en manos indeseadas.

—Buen argumento para que se quede en su residencia. ¿Y Franco? ¿Sabe lo que está a punto de ocurrir?

—Lo sabe y no le gusta nada, pero no le ha quedado otro remedio que aceptar. Le debe demasiados favores a su amigo Perón. Silveyra me ha contado que cuando le dijo que la Eva iba a volver a España empezó a soltar espuma por la boca. Parece que la visita que le hizo en el cuarenta y siete no le dejó un buen recuerdo.

—No me extraña en absoluto. La tuvo que soportar en vida y tendrá que cargar con ella muerta.

—Bueno. Voy a avisar al embajador de que ya nos ponemos de camino a la residencia.

Cabanillas llamó a Silveyra para informarle de la ubicación del cadáver de Evita.

—Calculo que en veinticinco minutos podemos estar en la residencia.

—¿Me está diciendo que llegarán a la casa de Perón a las ocho y veinticinco? ¡Ni hablar! —contestó el embajador.

Cabanillas se dio cuenta enseguida del porqué de la negativa, pero no tuvo ocasión de hablar.

—¿No se ha dado cuenta de que a esa hora murió oficialmente la esposa del expresidente? ¡No podemos entregar el cuerpo a las ocho y veinticinco! Den unas vueltas con el coche y lleguen unos minutos después. Yo les estaré esperando en la puerta.

El coronel cumplió órdenes y se las transmitió a Sorolla, que, con absoluta diligencia, puso rumbo al centro de Madrid. Permanecieron unos minutos parados en la céntrica glorieta de Embajadores, para después emprender viaje de regreso hacia las afueras de la capital. A las ocho cuarenta y cinco la furgoneta que llevaba el cuerpo embalsamado de Eva entraba en la madrileña quinta 17 de Octubre, bautizada así en recuerdo del día en el que los obreros se movilizaron en Buenos Aires, en 1945, para pedir la libertad del entonces coronel

Juan Domingo Perón. La lluvia caía sin descanso sobre la capital de España, como lo hizo el día en el que otro vehículo transportó por Buenos Aires el cuerpo de Evita nada más morir. Hasta ahí los parecidos. Ahora la Argentina volvía a estar en Madrid. Pero a diferencia de los honores que se le dispensaron cuando viajó cargada de ayuda para una población empobrecida por las heridas de la Guerra Civil y el bloqueo internacional, ahora regresaba muerta y casi en la clandestinidad. Para recibirla esta vez no estaban Franco, ni Carmen Polo, ni su hija, ni las más altas autoridades del Estado español. Estaba su esposo, Perón, tremendamente envejecido a sus setenta y cinco años, en el exilio, y casado con otra mujer que había ocupado el lugar que el cáncer dejó. La furgoneta paró en la entrada principal de la casa. Allí esperaban el expresidente argentino; su tercera esposa; el asesor personal de Perón, Jorge Daniel Paladino; su secretario privado, José López Rega; el embajador Jorge Rojas Silveyra; y el superior de la orden de San Pablo, monseñor Maturini, bajo la identidad de Alessandro Angeli. La escena resultaba tétrica y conmovedora. Cabanillas y Sorolla salieron despacio del vehículo. Su dilatada experiencia como espías no era suficiente para evitar unos más que ostensibles nervios. El coronel fijó sus ojos en el expresidente al que intentó asesinar en varias ocasiones, y al que estaba a punto de devolver un poco de vida con la entrega del cuerpo de su añorada segunda mujer. Eso sí no ocurría lo que Alejandro Agustín Lanusse, artífice de la devolución del cadáver, había explicado a sus ministros: que la entrega del cuerpo podía causar un efecto mortal sobre Perón.

—Buenas noches —se adelantó a saludar el embajador argentino—. Les estábamos esperando.

—Buenas noches —contestaron casi al mismo tiempo los militares encargados del traslado.

Inmediatamente Sorolla procedió a la apertura de las puertas traseras del vehículo. Todos se acercaron a mirar el ataúd. Nadie se atrevía a pronunciar palabra. Tras unos incómodos segundos, Cabanillas se arrancó a hablar:

—Soy el coronel Héctor Cabanillas y traigo conmigo el cadáver de Eva Perón. Por orden del Gobierno argentino procedo en este acto a devolverlo. Conmigo traigo un acta de conformidad que deberá firmar una vez comprobado que el cuerpo es el de su esposa.

—Un momento —interrumpió López Rega, haciendo aspavientos y vestido con una camiseta blanca deformada, en contraste con la ropa formal elegida por el resto de los presentes teniendo en cuenta la solemnidad del acto—. El presidente no puede hacerse cargo de estos restos porque no nos consta que sean de Evita.

—Evidentemente, no los ha podido identificar porque aún no hemos abierto el féretro —agregó el canciller Silveyra—. Señor Rega, tranquilícese. Si los restos no son identificados, nos veremos obligados a levantar acta y depositarlos en una funeraria.

Perón estaba noqueado. Era incapaz de reaccionar. Mientras esperaban a que el expresidente pudiera pronunciar alguna palabra, López Rega sacó el ataúd del vehículo con la ayuda de Sorolla y lo depositaron sobre el césped del jardín. Perón por fin habló:

—José, abre la caja. Necesitamos confirmar que realmente es Evita.

Su ayudante obedeció sin protestar. Se dirigió a una pequeña caseta que había en la parcela de la residencia y sacó un soplete y un enorme abrelatas. Todos miraron perplejos, pero nadie se atrevió a decirle nada. Con aquellos instrumentos se puso manos a la obra hasta que consiguió dejar el cuerpo al descubierto.

—Presidente, mire, no es ella. Esta no es Evita. ¡Nos quieren engañar!

Perón se acercó casi sumido en un desmayo. Con los ojos inundados de lágrimas miró hacia el interior de la caja y confirmó la evidencia.

—Sí, es ella. No hay ninguna duda. Es Evita. —Después de tragar saliva, continuó—: Por favor, lleven la caja al interior de la casa y colóquenla en la mesa alta que hay al fondo del salón —pidió, señalando en dirección a Rega y Sorolla, los mismos que habían extraído el ataúd del coche. En ese momento, Perón se derrumbó.

Agarró del brazo al embajador argentino y arrancó a llorar como si fuera un niño—. ¡Ay, Rojitas! ¡Si usted supiera cuánto quise a esta mujer! Yo he sido con ella mucho más feliz de lo que todo el mundo cree. Con su muerte mi vida acabó. Y ahora, casi en el momento de mi despedida, me la devuelven. ¡Malditos miserables, hijos de puta!

Silveyra se mantuvo callado. Se limitó a abrazarle y a conducirlo al interior de la vivienda donde debía firmarse el acta de devolución. En la sala permanecían todos como poseídos por el espíritu de Eva. Los que ya la habían visto momificada seguían impactados por la perfección del trabajo del doctor Pedro Ara. Los que la veían por primera vez entraron en estado de *shock* por la belleza que aún conservaba el cuerpo. El único que no se dejó impactar por el momento fue Rega.

—Insisto, presidente, en que antes de firmar cualquier documento debería hacer un análisis más exhaustivo para confirmar la identidad de esta mujer.

—Eso será mañana, José. Ahora terminemos con los trámites.

El secretario personal de Perón se dio por vencido y fue al despacho a coger la máquina de escribir para redactar el informe que debían firmar los testigos. En él se exponían los detalles de la entrega.

En la ciudad de Madrid, capital del Estado español, a los tres días del mes de septiembre del año mil novecientos setenta y uno, en el domicilio de la calle Navalmanzano número seis, Puerta de Hierro, reunidos los abajo firmantes, el excelentísimo señor embajador extraordinario y plenipotenciario de la República Argentina en España don JORGE ROJAS SILVEYRA, en nombre y representación del Gobierno argentino, y el señor don JUAN DOMINGO PERÓN, ambos dejan expresa constancia que el señor embajador Jorge Rojas Silveyra ha procedido a entregar en el día de la fecha al señor Juan Domingo Perón, con la plena conformidad de este, una caja mortuoria que contiene los restos mortales de su esposa doña MARÍA EVA DUARTE DE PERÓN. Para constancia y ratificación de este acto, se firman seis ejemplares de un mismo tenor y a un solo efecto en presencia de los testigos reverendo padre don ALESSANDRO ANGELI, don JORGE DANIEL PALADINO y coronel don HÉCTOR EDUARDO CABANILLAS.



Todos estamparon su firma menos Isabelita, que había pedido a su esposo mantenerse al margen. Antes de que concluyera el acto de entrega, Perón se acercó al cadáver de Evita y le quitó cuidadosamente de las manos el rosario que le había colocado entre los dedos casi veinte años atrás. Con él se dirigió hacia el padre Angeli, cuyo verdadero nombre era Giulio Maturini.

—Monseñor, me consta el trabajo que ha tenido que realizar hasta llegar a este momento. Sé de sus desvelos por conseguir que el cuerpo de mi esposa pudiera descansar donde debía, cerca de quien más la quería. Por eso le pido que acepte este símbolo que ella recibió del papa Pío XII durante el encuentro que ambos mantuvieron en el Vaticano. No podría estar en mejores manos.

—Le agradezco mucho el gesto, pero no puedo aceptarlo. No lo tome como un desprecio, pero ella fue la depositaria de este regalo y con ella se debe quedar.

Perón esbozó una leve sonrisa, se dio la media vuelta y lo volvió a colocar en el mismo sitio en el que había permanecido durante dos décadas.

—Creo que ya ha llegado el momento de marcharse —urgió Cabanillas.

Militares, curas y civiles se estrecharon las manos en una demostración de buenas maneras. Dentro de la residencia se quedaron Perón, Isabelita, Rega, Paladino y Silveyra, que durante un largo rato se dedicaron a observar el cadáver sin atreverse a tocarlo. Se marcharon Cabanillas, Sorolla y Angeli hacia el hotel madrileño en el que se alojarían aquella noche histórica. Ninguno de ellos quiso hablar de lo que acababa de ocurrir. Todos se fueron directos a su habitación esperando a que amaneciera para viajar a sus lugares de origen. Ahora sí, pensaban, podrían olvidarse de Evita para siempre.

—*¡Quién me lo iba a decir! Acá estoy, de regreso a España en un viaje bien distinto. Me marché embriagada de homenajes, y regreso casi a escondidas en esta caja de muertos. Sabía que volvería, pero nunca pensé que lo haría de esta manera y a esta casa, junto a Perón. ¡Qué mayor está mi viejito! ¡Cómo se nota el maltrato que le ha dado la vida! Ya le advertí de que si seguía mostrándose débil acabaría mal. Y acá está, en el exilio español junto a otra mujer... Espero que ella sea capaz de entender el amor que nos tuvimos y sepa gestionarlo. Porque intuyo que mi estancia en esta casa no será breve.*

La actividad en la residencia de Puerta de Hierro comenzó pronto el 4 de septiembre. Nada más amanecer, Perón llamó al doctor Pedro Ara para pedirle una visita urgente.

—Tiene que venir ya. Aunque le cueste creerlo, he recuperado el cuerpo de mi esposa y quiero que vea cómo está.

Durante unos segundos, nadie contestó al otro lado del teléfono. Finalmente, el médico pudo recomponerse y sacar la voz.

—Disculpe, presidente, ¿me está diciendo que tiene el cuerpo de Evita en su casa?

—Así es. Me lo entregaron anoche, pero era demasiado tarde para avisarle. Es necesario que venga. No he querido tocarla, pero a simple vista he observado algunos golpes y roturas que no me gustan. Usted

obró el milagro con su embalsamamiento y usted debe examinar si los destrozos que sufre el cadáver son propios del paso del tiempo o de reiterados malos tratos. ¡A saber lo que le han podido hacer durante todos estos años!

—No sirve de nada imaginarlo —contestó Ara, manteniendo en secreto las barbaridades de las que él era conocedor—. Estaré en su casa en una media hora.

El médico fue especialmente puntual. A la hora convenida llegó a la quinta 17 de Octubre hecho un manojo de nervios. Aquella mujer había llegado a obsesionarle. Tuvo que separarse de ella de una manera abrupta en el edificio bonaerense de la CGT, y ahora, aunque rodeado de gente, tendría la ocasión de volverla a ver. Cuando llegó, se la encontró dentro del féretro, en la misma mesa del salón en la que la colocaron la noche anterior.

—Doctor, ahí la tiene. Ni siquiera hemos querido limpiarla, porque he creído que lo más conveniente es que usted la viera tal y como me la han entregado. Usted fue quien la embalsamó, y fue también el último que la vio antes de que la secuestraran. Por eso es tan importante que me dé su opinión.

Ara intentó disimular la impresión que le produjo el reencuentro. Seguía estando bellísima, con un gesto sereno y con una piel que se mantenía blanca y resplandeciente. Continuaba siendo una verdadera muñeca, la misma que él creó durante meses. Cuando se disponía a comenzar la revisión del cadáver, aparecieron en la sala los otros dos habitantes de la casa, Isabelita y López Rega.

—Doctor, permítanos que nos quedemos aquí. Le prometo que no molestaremos —comentó el secretario personal de Perón.

—Ya que ha decidido estar presente, ayúdeme al menos a sacar el cuerpo de la caja para que pueda examinarlo mejor —contestó el embalsamador—. Y una vez que lo hayamos sacado, escriba en un papel, todo lo que yo vaya diciendo en voz alta. —Y girándose hacia el presidente, se mostró orgulloso de su trabajo—: Señor, convendrá conmigo en que hice un trabajo magnífico con su esposa. A primera

vista tiene un buen aspecto, pero a continuación voy a examinar el cadáver con detalle.

Entre Ara y Perón, se deshicieron del féretro y dejaron el cuerpo de Eva sobre la misma mesa en la que antes estaba el ataúd. Rega agarró un cuaderno y un bolígrafo que estaban sobre el aparador del salón y siguió las órdenes del médico.

—Anoté. A primera vista se observa humedad y mugre. Sin el menor desorden en el peinado, la cabellera aparece mojada y sucia. Las horquillas inoxidables, herrumbradas, se quiebran entre los dedos. Ni la túnica ni el ligero camisón parecen haber sido movidos. Pero todo está cubierto de grandes manchas, seguramente de los óxidos metálicos y de la tierra, arrastrados por el agua que en pequeña cuantía se había infiltrado, tal vez por alguna falla en la soldadura de la tapa, o por cualquier otro resquicio. Este detalle induce a pensar que el féretro de Eva no estuvo depositado en una cripta o capilla, sino enterrado. —Llegaba el momento de inspeccionar los daños más evidentes que sufría el cuerpo—. Siguiendo con el examen superficial, lo primero que salta a la vista es el aplastamiento de la nariz, producido seguramente por la fuerte presión del cristal de la tapa. En la frente aparecen dos ligeras marcas, también de presión, sobre todo en el lado derecho. Los labios, el mentón y las mejillas, al igual que todo el resto de la cabeza, conservaban la misma forma que tenía a finales de noviembre de 1955. Las puntas de los dedos están erosionadas ligeramente por roces o presiones. Y se evidencia la falta del extremo distal del dedo medio de la mano derecha. Se mantiene el olor del producto químico que utilicé durante los trabajos de embalsamamiento. —Ara se quitó las gafas y se dirigió directamente a Perón—: El cadáver está incólume. Está tal cual yo lo dejé en la CGT cuando me tuve que retirar por la presión que recibí por parte del Gobierno de la Revolución Libertadora.

—¿Está seguro? ¿Ha visto cómo tiene la nariz?

—Esa fractura puede ser el resultado de un golpe que haya recibido durante su transporte. Por las características de la rotura, no tengo motivos para pensar que el origen haya sido otro. De todos

modos, esto es lo que le puedo decir a través de un examen un tanto superficial.

En ese momento, Isabelita se prestó a ayudar al doctor para que pudiera dar una versión más exacta. Se dirigió a la cocina y regresó con una tijera con la que no dudó en cortar la sucia túnica que cubría el cadáver. Ante los ojos de los presentes se mostró el tronco, los miembros y las piernas de la difunta. Todos quedaron impactados por su conservación, al margen de las grietas o golpes que Ara consideraba superficiales. Cuando todos se encontraban en el salón observando el cuerpo, sonó el timbre de la casa. Eran las hermanas de Eva. Perón las había avisado días atrás de la devolución inminente del cuerpo y no tardaron en plantarse en España. Cuando llegaron a la sala principal, vieron al médico recoger el maletín donde llevaba sus instrumentos de trabajo. No lo habían vuelto a ver desde que realizó las labores de embalsamamiento en la sede del sindicato.

—¿Ya se marcha, doctor? —preguntó Erminda Duarte tras saludar brevemente a quiénes se encontraban allí.

—Sí, ya he terminado mi labor.

—¿Ha visto algo raro?

—Nada serio. Pero prefiero que se lo cuente el presidente. Él tiene todos los datos. Un placer volver a verlas.

Sin más palabras, tras estrechar la mano de Perón, Ara abandonó la residencia.

Antes de pedir más explicaciones, la propia Erminda y Blanca Duarte se acercaron a contemplar los restos de su hermana pequeña. Como ya les había ocurrido a todos los que la habían visto, un escalofrío recorrió sus cuerpos. Pero ellas no quedaron impresionadas por su belleza, sino por las heridas y mutilaciones que pudieron ver.

—Juan Domingo, no hace falta que nos digas nada. Ya vemos las atrocidades que le han hecho a nuestra niña.

—El doctor dice que seguramente se deba a golpes propios del traslado. Ha recorrido muchos kilómetros durante estos años.

—¿Y vos lo creéis? ¿No tenéis ojos en la cara o qué?

Ermininda comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa para poder ver mejor los destrozos más evidentes. Se paró a los pies de Evita y, en voz alta, como si pudiera escucharla, empezó a explicarle todo lo que estaba viendo.

—Ocupas todo lo largo de la mesa en la que yaces. Tu melena cae tan crecida que parece ignorar tu muerte. Has sido mutilada, como lo ha sido tu cara y una de tus manos. Tu frente continúa siendo serena pese a mostrar un puntazo en la sien derecha y la señal de cuatro golpes. Veo un gran tajo en tu mejilla derecha y lo que queda de tu nariz destrozada. Miro las plantas de tus pies desnudos cubiertos por una lámina de brea. ¿Qué significado tiene esa capa mineral en las plantas de tus pies? ¿En qué suelo de brea has estado parada, sostenida por tu propia muerte? —En ese momento, se echó a llorar desconsolada—. Perdón por esta infinita herida y por las otras. Por el golpe que seccionó uno de tus dedos. Por los que muestras en tu frente. Por la agresión cuya señal se nota en tu mejilla derecha. Mejor no continuar. —Tras una breve pausa, siguió con un relato que mantenía conmocionado a Perón—: Estoy segura de que, a cada golpe, desde el temblor de tu alma, a imitación de Cristo, habrás dicho: «Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen».

No pudo continuar. Cayó de rodillas al suelo y empezó a rezar todas las oraciones que le iban pasando por la cabeza. Blanca se agachó para abrazarla, mientras el expresidente argentino se secaba las lágrimas con un pañuelo que tenía bordadas sus siglas. En un rincón, Isabelita y Rega observaban la escena con cierta indiferencia y contando los minutos para poder quedarse a solas con Evita. Tanto sentimentalismo les ponía enfermos. Consideraban que los vivos nada pueden hacer por los muertos. Pero estos sí pueden hacer mucho por los vivos. Y no tardaron demasiado tiempo en intentar comprobarlo.

Perón se encontraba muy mal. Había pasado cuarenta y ocho horas muy intensas desde que le fuera entregado el cuerpo de su segunda esposa. Nervios, emoción, dudas, exámenes, visitas, recuerdos... Necesitaba descansar. Por eso, nada más marcharse las hermanas de Evita, subió a su habitación, se quitó la ropa y se metió en la cama. Mientras pensaba en qué hacer con el cadáver, se quedó dormido. Su mujer y su secretario se alegraron enormemente de su indisposición, porque así tendrían el camino libre para empezar a llevar a la práctica extraños rituales. A José López Rega se le conocía como el Brujo. Había sido cabo de la Policía Federal Argentina y consiguió ascender de manera extraña a comisario general. Su común afición al esoterismo con María Estela Martínez de Perón, Isabelita, le hizo ganarse su confianza y tener una enorme influencia sobre ella y, por extensión, sobre el expresidente. Era muy aficionado a la astrología y pertenecía a la logia mafiosa P2, una organización secreta con vínculos con el terrorismo islámico, el tráfico de armas y cuya finalidad última era ganar poder en gobiernos europeos y sudamericanos. Rega pidió a su discípula en cuestiones de espiritismo que se acercara al cadáver todo lo que pudiera.

—Isabelita, no eres consciente del regalo que te han hecho. Ya nunca más tendrás que sentir celos de esa mujer. Es nuestra, y tuyas serán sus virtudes.

—José, ¿qué piensas hacer?

—¿No me has dicho en repetidas ocasiones que te gustaría ser la sucesora de Perón y optar a la presidencia de Argentina? ¿No querías vengarte de esta zorra ocupando el puesto que ella nunca pudo tener? Pues Dios nos ha servido en bandeja esa posibilidad. Tu marido está cada vez más débil y no resultará fácil que recupere el poder en el caso de que se produjera un hipotético regreso a Buenos Aires. Ya no tiene casi energía, pero tú sí las tendrás gracias a ella.

—Me asustas.

López Rega sonrió mientras la sujetaba fuertemente de la mano y le contaba cuál sería la rutina a partir de ese momento.

—Cada noche, cuando Perón se quede dormido, vendrás a esta sala o al lugar en el que queden instalados sus restos. Yo estaré pendiente para unirme a ti. —Señalando el cuerpo de Eva, continuó—: Gracias a una sencilla ceremonia, extraeré de su interior todo el carisma, toda la energía que lleva dentro. Tú serás la beneficiaria.

Isabelita miraba perpleja hacia el cuerpo embalsamado de la anterior esposa de su marido.

—¿Y eso cómo se hace, José?

—Primero dime si quieres que lo haga.

—Por supuesto.

—Pues escucha bien lo que te voy a decir. Compraremos una mesa portátil que guardaremos en el garaje. Si Perón te pregunta para qué es, dile que para las cenas que organizáis en el jardín cuando hace buen tiempo. Cada noche la pondremos al lado de Evita y tú te tumbarás en ella. Cerrarás los ojos y yo me ocuparé de todo lo demás.

—¿Y dará resultado?

—Claro que sí. Sabes que lo único que sé hacer bien en esta vida es jugar con los espíritus.

—Suenas bien. ¿Crees que podríamos empezar ya? No tenemos mesa, pero podemos acercar el sofá.

—Veo que te ha encantado la idea. ¿Sabes? Tendrás que agradecerme durante el resto de tu vida lo que voy a hacer por ti.



Dicho esto, se dirigió hasta el sillón y lo arrastró hacia el lugar en el que reposaba el cadáver.

—Túmbate e intenta mantenerte relajada.

—¿Desde cuándo empezaré a notar los efectos?

—Desde ya —contestó categórico el Brujo.

Se colocó en el estrecho pasillo que quedaba entre los cuerpos de Eva e Isabelita y comenzó a pronunciar frases inconexas e incomprensibles. Solo le faltaba echar espuma por la boca. Mientras se expresaba mediante sonidos y frases que carecían de sentido, puso sus manos sobre la cabeza de la muerta. No la tocó. Apenas dejó dos centímetros entre su palma y el rostro. Se mantuvo así durante un largo minuto y después empezó a recorrer su cuerpo. Al llegar al pecho no elevó las manos, con lo que pasó frotando los duros pezones embalsamados. Allí se entretuvo algo más. Guardó silencio durante los segundos en los que frotaba los senos, para después comenzar a pronunciar una especie de alaridos que a punto estuvieron de despertar al expresidente argentino. Volvió a pararse en la zona del monte de Venus. En este punto se excitó aún más. Pensó en meter su mano entre la túnica, pero desechó la idea de inmediato. Era absurdo arriesgar tanto el primer día. Ya tendría ocasión.

*—Otro individuo empeñado en aprovecharse de mí. Dejen ya de joder. Ni siquiera en casa de mi esposo voy a poder estar tranquila. Resulta increíble la de barbaridades que se pueden hacer con una muerta, ¿verdad? Pues cuidado porque no son pocos los que han podido comprobar lo que este despojo es capaz de hacer.*

Al otro lado Isabelita se mantenía silenciosa y con los ojos cerrados, tal y como le había pedido su hombre de confianza. Sobre ella puso Rega las manos un poco más tarde, pero a una distancia mucho mayor. No tenía ningún interés en sentir el cuerpo de su amiga. Sus aspiraciones con ella nada tenían que ver con una atracción sexual. Eran estrictamente políticas.

El ritual se alargó durante hora y media. Para ser el primer día, pensó Rega, estaba bien. Ya tendría tiempo de practicar un completo abanico de ritos y exorcismos.

—Por hoy hemos terminado. Pero creo que deberíamos buscar un lugar más seguro para poder continuar con los rituales. Hemos de convencer a Perón para que busque un sitio más discreto en el que instalar el cuerpo mientras permanezca aquí.

—Si esa condición es necesaria para lograr nuestro fin, mañana mismo lo hablo con él —contestó Isabelita, que con una sola sesión ya se veía cumpliendo el sueño que su envidiada Evita no pudo lograr: ocupar el despacho más importante de la Casa Rosada.

La presencia de los restos de Evita en la quinta 17 de Octubre se había convertido en un reclamo turístico. Prácticamente todo el que pasaba por Madrid, y tenía conocimiento de su existencia, hacía lo imposible por verlos.

Los únicos que no mostraron interés alguno fueron Francisco Franco y su mujer. No solo por la escasa simpatía que despertó Eva, sobre todo en Carmen Polo, durante su visita a Europa allá por 1947. También pesaba el hecho de que el jefe del Estado español prefería evitar el contacto con el presidente que estaba en el exilio. Tampoco pasó por la casa de Puerta de Hierro su hija Carmencita, aquella que tanto disfrutó de la compañía de Evita en el palacio de El Pardo, y que se convirtió en su inesperada confidente durante el tiempo que la rubia argentina permaneció en Madrid. Aquella joven alegre había cumplido ya los cuarenta y cinco años, llevaba casada más de dos décadas con Cristóbal Martínez-Bordiú, marqués de Villaverde, y había traído al mundo a sus siete hijos. Pero a pesar de haber abandonado hacía ya mucho tiempo el entorno de sus padres, su carácter obediente y disciplinado le impedía hacer algo que sin duda alguna molestaría a sus progenitores. Además, no quería ver el cadáver por muy bien conservado que estuviera. Prefería mantener en su memoria la imagen fresca, transgresora y jovial de su fugaz amiga.

Entre quienes sí se acercaban con frecuencia a ver aquel cuerpo embalsamado era Pilar Franco, hermana del dictador. También cientos de adultos y niños que organizaban verdaderas excusiones para comprobar, como se decía, que un cuerpo era capaz de aguantar el paso del tiempo sin sufrir el más mínimo deterioro. Se había convertido en el símbolo de la eterna juventud. La afluencia de curiosos era tal que Juan Domingo Perón decidió trasladar el cadáver a un invernadero en el que cuidaba sus innumerables plantas.

Reservó uno de los extremos para organizar un pequeño mausoleo en el que destacaba un lujoso féretro de madera de cedro cubierto de raso blanco en su interior. Allí dentro estaba Evita. A ambos lados había colocado dos grandes candelabros de plata cuyas enormes velas estaban permanentemente encendidas. Acudían adultos, pero también muchos niños que, acompañados por sus padres, se enfrentaban por primera vez a la muerte de una manera poco común: contemplando la momia de una mujer fallecida dos décadas atrás. Cuando la puerta del jardín de invierno estaba abierta, Eva lucía una túnica blanca impoluta que había adquirido Perón justo el día después de recuperar el cadáver. Pero al caer la noche, o durante las jornadas en las que no se organizaban visitas, Isabelita jugaba a vestirla con los elegantes y caros trajes, camisas o faldas que compraba casi a diario para ella en El Corte Inglés. No escatimaba en gastos para tener contenta a quien debía transmitirle su arrolladora personalidad. Entre las innumerables visitas que se producían en la residencia del expresidente estaban las de las hermanas de Eva, que repitieron en varias ocasiones. Volvieron a menudo a Madrid a ver el cuerpo de su «pequeña», y a saldar cuentas pendientes que afectaban directamente a la fallecida y por extensión, a ellas.

—Juan Domingo, venimos a hablar de la herencia de nuestra hermana.

Erminda no se anduvo con rodeos. Tras rezar un padrenuestro ante el cadáver, le confesó a Perón la verdadera intención del viaje.

—No sé de qué me hablas. Evita lo dejó todo escrito antes de morir. Lo siento, pero no creo que pueda ayudaros.

—Claro que puedes. Ella dejó escrito lo que todo el mundo sabía. Sus cuentas públicas. Pero tú sabes bien que hay algo más.

—Insisto. No puedo ayudaros.

—Sí que puedes. Y es muy fácil. Solo tienes que hablar con Concha Conde para que nos reciba.

—Hemos intentado contactar con ella, pero ni siquiera nos ha contestado —añadió Blanca—. Y no es porque se encuentre de gira. Hemos estado investigando y no tiene actuaciones programadas para estas fechas. Sabemos que está en Madrid, pero parece que no quiere vernos.

—Lo siento, pero hace años que no sé nada de ella —confesó Perón—. Vuestra hermana era su amiga, no yo.

—Ahora nos dirás que tú no estabas al corriente de las cuentas —dijo Erminda.

—¿De qué cuentas me hablas? —preguntó con tono de sorpresa el expresidente.

—No te hagas el boludo. No hay artista en este país que pueda permitirse el nivel de vida que tiene ella. Está claro que el dinero le ha llegado a espaldas de alguna forma, al margen de sus discos y de sus giras. Siempre creímos que no era trigo limpio, pero nuestra hermana tenía una venda en los ojos. La adoraba y se desvivía por ella y por su familia. Ya sabes que removié lo imposible por curar a su hija de una grave enfermedad. Nada tenemos que decir de lo que le dio en vida, pero que se esté beneficiando del dinero de una muerta es indigno.

—¿Tenéis pruebas? —preguntó Perón.

—No, pero hemos hablado con mucha gente y no tenemos ninguna duda de que está viviendo del dinero de nuestra hermana —respondió tajante Blanca.

—Si no lo podéis demostrar, tened mucho cuidado con lo que decís, no sea que os metáis en un buen lío —advirtió un tanto amenazante el expresidente.

Mientras discutían sobre la supuesta herencia millonaria que Evita pudo haber dejado en cuentas suizas, llegó a la residencia una pareja de amigos de Perón con su hijo de ocho años. Al niño lo habían

vestido para tan irrepetible ocasión con un traje de chaqueta tipo príncipe de gales, con grandes cuadros grises y blancos. La visita supuso la excusa perfecta para que Perón pudiera librarse de sus cuñadas.

—Lo siento, pero tengo que dejaros. Ahora debo atender a estos conocidos. Sinceramente, os deseo mucha suerte en vuestro objetivo.

—No te esfuerces en mentir porque resulta muy poco creíble — contestó Blanca mientras agarraba del brazo a su hermana Erminda —. Por cierto, seguiremos luchando para que el cuerpo de nuestra hermana regrese a casa. Si la han traído acá, no vemos el motivo por el cual no la puedan llevar ya de vuelta a la Argentina.

—Eso, como bien sabes, tampoco depende de mí —contestó Perón ahora con tono apesadumbrado.

Ni Erminda ni Blanca añadieron más comentarios. Dos días después se marcharon de Madrid sin haber podido resolver ninguna de sus dudas.

La visible rutina que se había instalado en el invernadero en el que descansaba Evita —con constantes visitas y sesiones de espiritismo— contrastaba con la actividad cada día más frenética que se vivía en el despacho del expresidente argentino. La casa de Puerta de Hierro era conocida en Argentina como La Meca del peronismo. Todo el que tuviera algo de responsabilidad, por poca que fuera, se desplazaba desde Buenos Aires a Madrid para despachar con Perón. En las maletas llevaban decenas de cintas de casetes vírgenes, que regresaban llenas de importante información y órdenes dictadas directamente por el líder en el exilio. La distancia nunca fue un obstáculo para que Perón ejerciera su influencia casi mesiánica entre sus seguidores. Desde el mismo día de su marcha, sus fieles comenzaron a trabajar para conseguir su vuelta. Y fueron los jóvenes los que lo hicieron con mayor intensidad, apelando a la consigna «Lucha y vuelve». El exlíder argentino estaba al tanto de lo que ocurría en las calles de su país. La convulsión era total. El movimiento estudiantil se había unido al obrero para lograr una estrategia conjunta que se enfrentara de forma activa al Gobierno militar. Y en esa alianza se infiltraron sectores enormemente radicalizados que peleaban con todas las armas contra la dictadura. La juventud no dudó en utilizar métodos violentos justificados bajo el lema «La vida por Perón». La violencia en las calles era insostenible,

mientras crecía el descontento entre la población por las penurias que vivían a diario. Atrás habían quedado los años dorados en los que Argentina se mostraba al mundo como una potencia económica, dispuesta a ayudar a las naciones amigas más necesitadas. Las acciones de la guerrilla proclive al peronismo eran cada vez más frecuentes y brutales, y el presidente Alejandro Agustín Lanusse se vio obligado a buscar una salida que pasara directamente por las urnas.

—Tenemos que restaurar la democracia para quitar todos los argumentos a la subversión, porque el totalitarismo de izquierdas pudo florecer con naturalidad donde existían dictaduras reaccionarias. Por eso es necesario el retorno de Perón —argumentaba Lanusse a todos los que se mostraban en contra de democratizar Argentina—. Si no lo hacemos así, Perón en España y sin alternativa política terminará convirtiéndose en el comandante en jefe de la subversión sin correr riesgo alguno —remataba el dictador.

El proceso de apertura no fue fácil ni rápido. Lanusse, el mismo que había decidido devolver a su marido el cuerpo de Eva, convocó elecciones para el 11 de marzo de 1973. Eso sí, impuso una serie de condiciones que imposibilitaban que Perón pudiera optar a la presidencia, aunque se le permitía regresar a su país en un corto periodo de tiempo. Desde Madrid, el líder peronista organizó toda la estrategia electoral. Se deshizo de Daniel Paladino —quien había sido durante años su hombre de confianza— por las advertencias que algunos peronistas le lanzaban sobre sus buenas relaciones con el Gobierno militar. En su lugar puso a Héctor J. Cámpora, que acabaría siendo el candidato electoral de Perón. El único objetivo del aspirante, tras ganar los comicios, sería renunciar inmediatamente y convocar nuevas elecciones en las que ya pudiera presentarse el expresidente. De hecho, la consigna para aquella convocatoria fue «Cámpora al Gobierno, Perón al poder».

Todo empezaba a cambiar en Argentina y por lo tanto en la madrileña quinta 17 de Octubre. Tras casi dieciocho años en el exilio, se acercaba el momento de hacer definitivamente las maletas para



regresar a casa. Resueltos los trámites políticos, todo era más o menos sencillo de gestionar. Siempre podían alquilarse los servicios de una empresa para que transportara la ingente cantidad de enseres que habían acumulado durante su vida en Madrid. Pero ¿qué podían hacer con el cuerpo de Eva? Entre los beneficios otorgados a Perón por el presidente Lanusse no estaba, de momento, el retorno de los restos de la que fuera primera dama del país. Los militares consideraban que ella, muerta, era mucho más peligrosa que el expresidente vivo. Lógicamente, no entraba en los planes de Perón la posibilidad de negociar un posible entierro en España. Los acontecimientos habían cambiado mucho en su país, y confiaba en que antes o después el cadáver de su esposa pudiera regresar a Argentina como merecía. Pero, mientras tanto ¿quién la cuidaría? ¿Quién merecía su confianza para hacer tan delicado encargo? La finca de Puerta de Hierro era de su propiedad, y evidentemente no tendría que haber ningún problema en dejar los restos en el invernadero. Sin embargo, el hecho de que tanta gente supiera que el cuerpo estaba allí suponía un grave problema de seguridad. Temía que, en su ausencia, se produjeran incómodas o malintencionadas visitas que pudieran hacer daño a la que fue su segunda esposa. Una noche, poco antes de emprender viaje de regreso a Buenos Aires, reunió en el comedor principal de la residencia a Isabelita y a López Rega. Ordenó vestir la mesa con el mejor mantel, uno de algodón blanco y celeste que recordaba a la bandera argentina, una cristalería de bohemia y una elegante vajilla de la Cartuja que le regalaron en la época en la que residió en Andalucía.

—El momento ha llegado y quería pasar con vosotros esta velada especial para compartir mis emociones —comenzó diciendo Perón con una voz casi inaudible—. Hay momentos en los que pienso que este regreso llega demasiado tarde. Mi estado de salud no es el más apropiado para asumir los retos que tenemos por delante, pero cuento con vosotros para afrontar ese trabajo.

Perón fijó sus ojos en Isabelita, que reaccionó levantando la copa de vino tinto.

—Sabes que en mí tienes a una fiel compañera que no te defraudará. Pero no creo que sea momento de lamentos. Estamos a punto de regresar a la Argentina por la puerta grande. ¿Sabes lo que significa eso? —preguntó entusiasmada, vislumbrando la posibilidad de tocar el poder.

—Lo sé, y por eso quería decirte que voy a trabajar desde ya mismo para impulsar la fórmula Perón-Perón. No se volverá a repetir lo que ocurrió con Evita. No permitiré más opciones ni injerencias. Tú serás mi número dos en cuanto pueda recuperar la presidencia.

Era evidente que Perón estaba recordando el momento en el que se negó a aceptar la candidatura de su segunda esposa, no tanto por su enfermedad como por las presiones de algunos de los que formaban parte de su ejecutivo.

Más que a Isabelita, las intenciones del expresidente sonaron a gloria en los oídos de Rega.

—Es la mejor decisión que puede tomar —se adelantó a decir su secretario personal, consciente de la influencia que ejercía sobre Isabelita. Sabía que su ingreso en la política activa le permitiría aspirar a puestos importantes de poder.

—Hay que intentar aprender de los errores y en ello estoy. Pero antes de dedicarnos a resolver el futuro, debemos ocuparnos de algunas cuestiones del presente que tienen que ver precisamente con Evita. Por eso he querido que tú también estuvieras presente en esta cena —comentó Perón dirigiéndose ahora a Rega—. Tenemos que decidir a quién le dejamos la custodia del cuerpo de mi segunda esposa.

En ese momento, el silencio se apoderó del salón. El más preocupado por la seguridad del cadáver era sin duda quien había sido su marido. De hecho, Isabelita estaba encantada de perderlo de vista una vez que supuestamente se había apoderado de su carisma. Las sesiones de espiritismo habían dado sus frutos y se sentía con una fuerza extraordinaria para afrontar los retos que se le pusieran por delante. Rega también consideraba que ya habían sacado del cuerpo todo lo que se podía sacar, y que su éxito al lado del matrimonio

Perón estaba asegurado. Por eso optó por quitarle importancia a que Eva se quedara sin compañía.

—Presidente, si me permite, no veo qué problema puede haber en que una muerta repose en soledad. De hecho, por todo lo que hemos podido ver y escuchar es lo mejor que le puede pasar.

—Lopecito —le contestó el expresidente, utilizando cariñosamente el diminutivo de su apellido—, justo lo que trato de evitar es que vuelva a caer en manos del enemigo. Ninguna fortaleza es lo suficientemente inexpugnable para quien está dispuesto a hacer daño.

—Juan —intervino Isabelita—, no creo que este sea un problema que tú debas solucionar.

Las palabras de su mujer no gustaron nada a Perón.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que la seguridad del cadáver de la que fue mi mujer no debe preocuparme? ¿Y si fueras tú en vez de ella la que estuviera en ese ataúd? —la interrogó, visiblemente exaltado.

Isabelita no contestó. Se levantó llorando de la mesa en la que el servicio doméstico había preparado una abundante cena que nadie consumió. Salió de la sala y subió las escaleras para dirigirse a su habitación, dejando a solas a su marido con su secretario personal. Ninguno de los dos se atrevía a pronunciar la primera palabra. Al final fue Perón el que antes de abandonar también la sala anunció:

—Había pensado en pedir a Silveyra que la embajada se ocupe del cuidado de Evita.

—No creo que sea una buena idea. El canciller obedece órdenes directas del presidente Lanusse. En cualquier momento los golpistas pueden adoptar represalias contra Evita si algo de lo que usted hace no les gusta. Piense en las cosas que sospechamos han hecho con ella y en las que posiblemente hayan hecho y no podemos ni imaginar. Insisto, no hay personas que merezcan más confianza que las que trabajan con vos en esta casa.

El expresidente echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se mantuvo callado durante treinta largos segundos. Entonces habló para dar la razón a Rega:

—Así lo haré.

Perón se marchó a dormir muy afectado y con una extraña sensación de *déjà vu*. Hacía años que salió de Argentina dejando a su suerte el cadáver de su esposa. Después de haberse reencontrado con él en Madrid, emprendía el viaje de retorno dejando sus restos de nuevo atrás. El tiempo diría si podría volver a reunirse con ella.

A pesar de la tensión que se había vivido durante la cena, Isabelita y Rega cumplieron con su cita diaria y se encerraron con Evita tras comprobar que Perón había apagado la luz de su dormitorio. No compartir habitación con su esposo tenía ventajas. Una de ellas disfrutar de total libertad para meterse en la cama a la hora que le diera la gana. Era la una de la madrugada cuando ambos accedieron al invernadero. Quedaban pocos días y no podían perder tiempo, pero Isabelita quiso que ese día la sesión de magia negra fuera algo más breve. Quería, necesitaba quedarse un rato a solas con aquella mujer para saldar cuentas pendientes.

—Lopecito, hoy necesito un rato de intimidad con ella. Por eso te rogaría que hagamos lo esencial —le dijo Isabel, utilizando el cariñoso apodo con el que le había bautizado su marido.

—Vaya, a estas alturas me entero de que tienes cosas que ocultarme.

Rega no soportaba la idea de que ocurriera algo en aquella casa que él no supiera. Quería controlarlo absolutamente todo. Llevaba al extremo la sentencia de que la información es poder. A pesar de su malestar, hizo caso y se retiró a los veinte minutos de haber empezado el rito esotérico. María Estela Martínez de Perón cerró el invernadero desde dentro por si a alguien se le ocurría molestar y se situó frente al féretro. Apoyó las manos en el ataúd, cerró los ojos y

respiró profundamente. Esa noche había tomado doble ración de tranquilizantes para los nervios, y le estaba costando mantenerse despierta. Isabelita sentía una envidia casi enfermiza por la mujer a la que tuvo que acoger en la casa en la que formó una familia con su adorado Perón.

—Ni muerta has dejado de molestar —arrancó a decir mientras miraba fijamente el cadáver—. Recuerdo perfectamente el día en que falleciste. Yo tenía veintiún años y me ganaba la vida actuando por los escenarios de Iberoamérica. ¿Verdad que te suena de algo? Soñaba con tener un golpe de suerte como el que tuviste tú conociendo al bueno de Perón. La casualidad quiso que fuera a verme actuar una noche durante su exilio en Panamá. Nunca jamás podré olvidar aquel momento en el que dejé de ser María Estela. Decidí cambiar de nombre para parecerme un poco más a ti. Juro que pensé en adoptar el tuyo, pero me conformé con usar el diminutivo: Isabelita —dijo parándose en cada una de las sílabas de su ficticio nombre—. Isabelita —repitió—. Recuerda al tuyo, ¿verdad? En cuanto se conoció mi relación con Perón, comenzaron las comparaciones. Que si tú eras más guapa que yo, que si yo carecía de tu carisma, que si yo soy frágil y tú fuerte... Pues mira dónde estás tú y dónde estoy yo.

Hizo una breve pausa, se movió hacia el lateral del féretro para colocarse junto a la cara de la fallecida y comenzó a hablarle al oído:

—Dentro de no demasiado tiempo voy a ser vicepresidenta del Gobierno de la Argentina, cosa que tú no conseguiste. ¿Me has oído? Voy a ser la vicepresidenta de Perón —dijo en un susurro antes de soltar una sonora carcajada que a punto estuvo de escucharse en el interior de la residencia donde todos dormían—. Qué injusticia, ¿verdad? Con lo lista que eras y el carisma que tenías y no te quedó otro remedio que conformarte con ser la simple esposa del presidente. —En ese momento empezó a dar vueltas alrededor del ataúd mientras continuaba hablando—: Regresamos a Buenos Aires, mi esposo y yo. No te hagas ilusiones. Tú te quedarás acá tirada como una colilla una vez más. Es tu destino, vagar sin descanso. Muchas cosas malas debiste hacer en vida para que Dios te castigue así.

Escucha, no quiero volverte a ver más, ¿me oyes? He disimulado todo este tiempo cuidándote más allá de lo que era necesario. Pero se acabó. —Volvió a colocarse a los pies del ataúd y terminó diciendo—: Hasta nunca.

Quitó el candado de la puerta del invernadero y se marchó a dormir, relajada por el efecto de los somníferos y por el desahogo que acababa de experimentar.

Había amanecido un 17 de noviembre especialmente desapacible en Madrid. Francisco Franco, que durante los años de estancia en Madrid del general Perón se había negado a verse con él, decidió trasladarse hasta el aeropuerto de Barajas para despedirlo. Mientras, en Puerta de Hierro, en la quinta 17 de Octubre, el expresidente argentino podía ver a través de la ventana de su despacho la fuerza con la que el viento movía los árboles. Temía que el vuelo que debía llevarlo hasta Roma sufriera algún retraso por el mal tiempo, pero no fue así. Antes de regresar definitivamente a Argentina, Juan Domingo Perón quiso pasar por la capital italiana con la esperanza de que el papa lo recibiera. Quería, entre otras cosas, agradecer al Vaticano en persona las gestiones que había hecho para proteger durante tanto tiempo el cadáver de su segunda esposa. Pero el pontífice no pareció muy dispuesto a hacerse una fotografía con el expresidente. A cambio, Pablo VI le dejó el avión de Alitalia, bautizado como *Giuseppe Verdi*, que él utilizaba en todos sus desplazamientos. A bordo irían además de Perón, su mujer y su hombre de confianza José López Rega. Y aunque en esos tiempos aún nadie lo sabía, entre los ciento cincuenta y cinco ilustres pasajeros viajaban cinco futuros presidentes de Argentina: el propio Perón, su mujer Isabelita, Héctor Cámpora, Raúl Lastiri y Carlos Ménem, todos ellos unidos por la ideología peronista. Hubo muchos problemas para elaborar la lista de



viajeros de ese histórico vuelo, y aunque Perón intentó imponer su criterio, fue López Rega, una vez más, el que decidió los nombres y apellidos de quiénes les acompañarían.

Antes de partir hacia Barajas, con el equipaje ya en el maletero del coche, llegó el momento de las despedidas. Al expresidente no le gustaban nada, por eso dedicó pocos minutos a abrazar y a besar al escaso personal de servicio que se quedaría a cargo de la residencia por tiempo indefinido.

—Gracias por todo. No sé cómo expresar el agradecimiento que siento por todo lo que nos han dado, y por lo que van a hacer a partir de ahora. Les pido que cuiden de Evita como lo hubiera hecho yo. Solo puedo decirles que los llevo en el corazón y que espero volver pronto a la quinta. —En ese momento esbozó una tímida sonrisa para terminar añadiendo un deseo—: Eso sí, a partir de ahora pretendo regresar solo de vacaciones.

Todos rieron la ocurrencia mientras el expresidente se desviaba hacia el invernadero que servía de mausoleo a Evita. Ese que le prometió Perón en vida y que nunca pudo construir en su país. Entró casi a rastras. No podía evitar sentirse culpable por el nuevo abandono. Apenas permaneció dos minutos frente al cadáver. Estuvo callado, cabizbajo. Dudó si besarla, porque no lo había hecho desde que la tenía junto a él en esa residencia madrileña.

Y al final, lo hizo. Lloró como nunca lo había hecho, ni siquiera cuando tuvo que salir precipitadamente de Argentina hacía seis mil doscientos sesenta y ocho días. Durante todo el tiempo en el que nada supo del cuerpo, prometió que si lo encontraba jamás volvería a separarse de él. Y, sin embargo, estaba haciéndolo. En silencio, se hizo la promesa de devolver el cuerpo a su país en cuanto ocupara de nuevo el poder. Pero aquella era otra historia.

—Te amo, Cholita.

Sacó del bolsillo de su pantalón de pinzas gris oscuro un pañuelo blanco de algodón, adornado con sus iniciales, con el que se limpió las lágrimas. Al mismo tiempo, una pequeña gota de agua recorrió el rostro de Evita. Podría haberse filtrado a través de la estructura del

invernadero debido a la fuerte tormenta que a esa hora caía sobre la capital de España. Pero lo cierto era que Perón volvía a abandonarla. Sintió el sonido de sus pasos mientras se marchaba. Él avanzó despacio hasta el vehículo en el que ya estaban su actual mujer y su secretario personal. Cuando el conductor estaba a punto de arrancar le interrumpió:

—Disculpa, Oscar, ¿qué hora marca el reloj del coche?

—Las ocho y veinticinco, señor.

—Adelante. Es la hora perfecta. Ya nos podemos marchar.

El destino se había aliado con Perón para que se dispusiera a iniciar una nueva vida en su país justo a la hora en la que oficialmente había muerto la inolvidable Evita.

## Epílogo

### *El regreso a Argentina*

**E**l 11 de marzo de 1973, la fórmula presidencial Héctor J. Cámpora-Vicente Solano Lima, auspiciada por Juan Domingo Perón, ganó las elecciones con casi el 50 por ciento de los votos. Ese gobierno apenas duró cuarenta y nueve días, el tiempo suficiente para convocar unos nuevos comicios. Se fijaron para el 23 de septiembre de ese mismo año. A esa convocatoria ya podría presentarse Perón. El expresidente argentino consiguió ser elegido por tercera vez con más del 61 por ciento de los sufragios, con Isabelita como candidata a la vicepresidencia. Tan solo diez meses después de volver al poder, el 1 de julio de 1974, Perón falleció a causa de un infarto. Su cuerpo fue trasladado a la quinta presidencial de Olivos. Asumió la presidencia su esposa, convirtiéndose en la primera mujer en la historia de Argentina en ocupar ese puesto. Como persona de máxima confianza en el ejecutivo nombró a José López Rega, el Brujo, quien desde su cargo de ministro de Bienestar Social organizó la conocida como Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Se trataba de un grupo parapolicial y de extrema derecha que fue responsable de más de mil asesinatos. Durante la presidencia de Isabelita, el 15 de octubre de 1974, Montoneros (un grupo guerrillero peronista) secuestró el cuerpo del presidente Pedro Eugenio Aramburu, al que habían asesinado tres años antes. Lo sacaron de su bóveda del cementerio

bonaerense de la Recoleta con el propósito de hacer un intercambio entre ese cadáver y el de Eva Perón, que aún se encontraba en la madrileña quinta 17 de Octubre. Cuerpo por cuerpo. Isabelita aceptó el canje y ordenó repatriar los restos de la segunda esposa de su marido fallecido. Nada más llegar a Argentina, el 17 de noviembre de 1974, el cadáver fue examinado por Domingo Tellechea, un museólogo elegido por el propio López Rega, que determinó que el cuerpo sufría pequeñas lesiones superficiales, junto a otras de bastante profundidad que afectaban a músculos y huesos importantes. Restauró los restos para que fueran depositados y exhibidos junto a los de su marido, Juan Domingo Perón, en una cripta en la capilla de la quinta de Olivos. Durante dos años la pareja pudo descansar allí, en el mismo lugar, en la misma casa en la que en ese momento residían Isabel Perón y su amigo experto en espiritismos. Los cuatro compartieron el mismo techo hasta que dos años después, en 1976, los militares, con Jorge Rafael Videla al frente, dieron un nuevo golpe de Estado. La mujer del flamante presidente, Alicia Hartridge, le dijo que de ninguna manera ocuparía la residencia oficial mientras «esa» (Eva Perón) permaneciera en la casa. Videla llevó el asunto a una de las primeras reuniones de su gobierno. No todos los ministros estaban de acuerdo en sacar los cadáveres de allí, pero el dictador terminó imponiendo su criterio. Ordenó a algunos de sus hombres que se desplazaran inmediatamente a la residencia militar de El Messidor, en la Patagonia, donde había sido recluida Isabelita. Quería tener la autorización de la expresidenta argentina para sacar el cuerpo de su marido, Juan Domingo Perón. Al mismo tiempo se negoció con la familia de Evita dónde y cuándo se trasladaría su cadáver. Dos décadas después de su muerte, la líder de los descamisados seguía poniendo nerviosos a los militares que consideraban que fue a la única que siempre, incluso después de su muerte, se le tuvo miedo. El traslado se hizo en un operativo secreto a las seis de la mañana del 9 de octubre, casi siete meses después del golpe de Estado. El cuerpo fue devuelto por fin a su familia, que nunca dejó de reclamarlo. Sin perder tiempo, el cuerpo embalsamado

de Eva fue enterrado por fin, con su propio nombre, en el cementerio de la Recoleta. Es el camposanto más burgués de la capital argentina y en el que se encuentran las familias más nobles, de rimbombantes apellidos que ella siempre repudió. Allí permanece hoy día, a seis metros de profundidad, y bajo una bóveda acorazada que tiene todas las medidas de seguridad posibles por miedo a que el cadáver sea de nuevo profanado. Hay quienes han llegado a asegurar que descansa sobre un nicho de explosivos, capaz de activarse en caso de que alguien intente forzar el féretro. Paradójicamente, a escasos metros de su tumba se encuentra la fosa en la que está enterrado el general Aramburu, el mismo que ordenó sacar de Argentina el cadáver de Evita. Por su parte, Juan Domingo Perón fue sepultado en otro lugar, en el popular cementerio de la Chacarita, en el que se encuentran los cuerpos de las familias más pobres y desfavorecidas. Fue sepultado sin apenas controles, al contrario de lo que ocurrió con su mujer. En junio de 1987 su tumba fue profanada. Robaron el bastón de general con el que fue enterrado, y al cuerpo le faltaban las dos manos: la izquierda había sido cortada en la primera línea de huesos del carpo, y la derecha en el límite superior de la muñeca, en la extremidad distal del cúbito y el radio. Nunca se ha sabido a ciencia cierta quiénes fueron los responsables de la mutilación. Lo que la investigación sí permitió esclarecer es que realizaron la amputación con una sierra de Gigli, tras haber hecho un boquete en el vidrio blindado de ocho centímetros de grosor que protegía el féretro. Se barajaron hipótesis esotéricas y económicas. Incluso que sus manos hubieran servido para acceder a millones de dólares depositados en Suiza gracias a las huellas dactilares. A día de hoy las manos del presidente Juan Domingo Perón siguen sin aparecer. Su cuerpo fue trasladado el 17 de octubre de 2006 a una finca en San Vicente, a las afueras de Buenos Aires. Perón había manifestado en alguna ocasión su deseo de ser enterrado en esa quinta, de dieciocho hectáreas, que había sido de su propiedad. Hoy hay quienes aún reclaman que Evita sea llevada también allí, junto al hombre que marcó su vida para siempre.

# Agradecimientos

La idea de escribir este libro surge allá por 2009 cuando, durante un viaje a Buenos Aires, Alberto Lotuf y Nestor Sclauzero, dos grandes amigos argentinos, me llevaron ante la sede de la CGT y me contaron algunas de las barbaridades que se habían hecho con el cuerpo de Evita. En aquel momento sentí la necesidad de conocer los detalles de su vida y de su muerte, reflejados en esta obra. Gracias a ambos, y gracias también, Alberto, por ponerme en contacto con tanta gente interesante que ha compartido conmigo información valiosísima. Entre ellas Cristina Álvarez Rodríguez, sobrina nieta de Eva Perón, que me prestó su tiempo para contestar a todas las preguntas y dudas que le planteé. Gracias a Sol Semprúm, jefa de prensa de Patrimonio Nacional, a Juan José Alonso, director del Archivo General de Palacio, y a Aníbal de Miguel, delegado de El Pardo, porque vuestra ayuda ha sido imprescindible para poder recrear el viaje de la primera dama argentina a España. Gracias también al director de *El Heraldo de Aragón*, Mikel Iturbe, por «cederme» el valiosísimo archivo de ese histórico diario. Y gracias a Elena de la Riva, del departamento de documentación de ese periódico, por buscar pacientemente todo lo que podía ayudarme a contar esta historia. Gracias, Luis y Ana, porque, cuando en ese inolvidable viaje en tren a Sevilla os conté lo que tenía entre manos, agarrasteis el teléfono y empezasteis a llamar a quienes podían proporcionarme datos interesantes. Gracias, Ruth Porta, por abrirme las puertas de tu casa y compartir conmigo las

experiencias de tu madre junto al matrimonio Perón. Gracias también a Josemi Rodríguez-Sieiro por ofrecerme aquella fantástica comida en la que me contaste tantas anécdotas. Y gracias a quienes habéis estado pendientes durante tantos meses de cada uno de mis avances en este proyecto.

# Bibliografía

- AREILZA, José María de, *Memorias exteriores 1947-1964*, Planeta, Barcelona, 1984.
- ARIAS, Inocencio F. y CELADA, Eva, *La trastienda de la diplomacia*, Plaza y Janés, Barcelona, 2010.
- BUSTOS, Rómulo H., *Un Perón poco conocido*, Editorial Dunken, Buenos Aires, 2010.
- CANTONI, Ruth, *Nacida para segunda fila*, Imprenta Politécnica, Palma de Mallorca, 1968.
- D'ARINO ARINGOLI, Guillermo, *Evita en Europa. Un viaje iniciático. La construcción del mito*, Destino, Barcelona, 2016.
- JUANA LÓPEZ, Jesús de y PRADA RODRÍGUEZ, Julio, *Nuevas perspectivas en el estudio de la mujer durante el franquismo*, Sílex Universidad, Madrid, 2017.
- MARTÍNEZ, Tomás Eloy, *Santa Evita*, Alfaguara, Madrid, 2002.
- , «Eva Perón, la tumba sin sosiego», artículo especial para *La Nación*, 28 de julio de 2002.
- , *La novela de Perón*, Alfaguara, Madrid, 2003.
- , *Las vidas del general*, Penguin Random House, Buenos Aires, 2015.
- NEGRETE, Claudio R., *Necromanía. Historia de una pasión argentina*, Penguin Random House, Buenos Aires, 2012.
- PAGE, Joseph A., *Perón: una biografía*, Penguin Random House, Buenos Aires, 2014.



- PALACIOS, Jesús, y PAYNE, Stanley G., *Franco, mi padre*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- PAYNE, Stanley G., *El franquismo*, Arlanza, Madrid, 2005.
- PERÓN, Eva, *La razón de mi vida*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1952.
- , *Mi mensaje*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1997.
- PIGNA, Felipe, *Evita, realidad y mito*, Destino, Barcelona, 2013.
- PRESTON, Paul, *El gran manipulador*, Ediciones B, Barcelona, 2008.
- WIDMANN-MIGUEL, Enrique F., *Eva Perón en España*, Iberinfo, Buenos Aires, 2014.

## *Otras fuentes*

Archivo de *El Heraldo de Aragón*.

Archivo de *La Vanguardia*.

Archivo del NO-DO.

*El documental secreto de la vida de Evita*, Crónica TV.

*Eva no duerme*, película de Pablo Agüero.

*Evita: la tumba sin paz*, documental de Tristán Bauer.

*Evita, las claves de la memoria*, documental de la Fundación Villa Manuelita.

*Evita. Muerte, profanación y mito*, documental de Román Lejtman.

*La película secreta de la restitución del cuerpo de Eva Perón*, Infobae.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Ángeles Blanco González, 2019

© La Esfera de los Libros, S.L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-9164-571-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.